



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### **Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

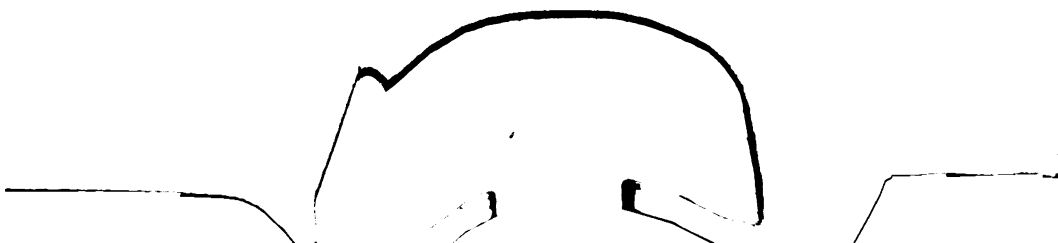
- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### **About Google Book Search**

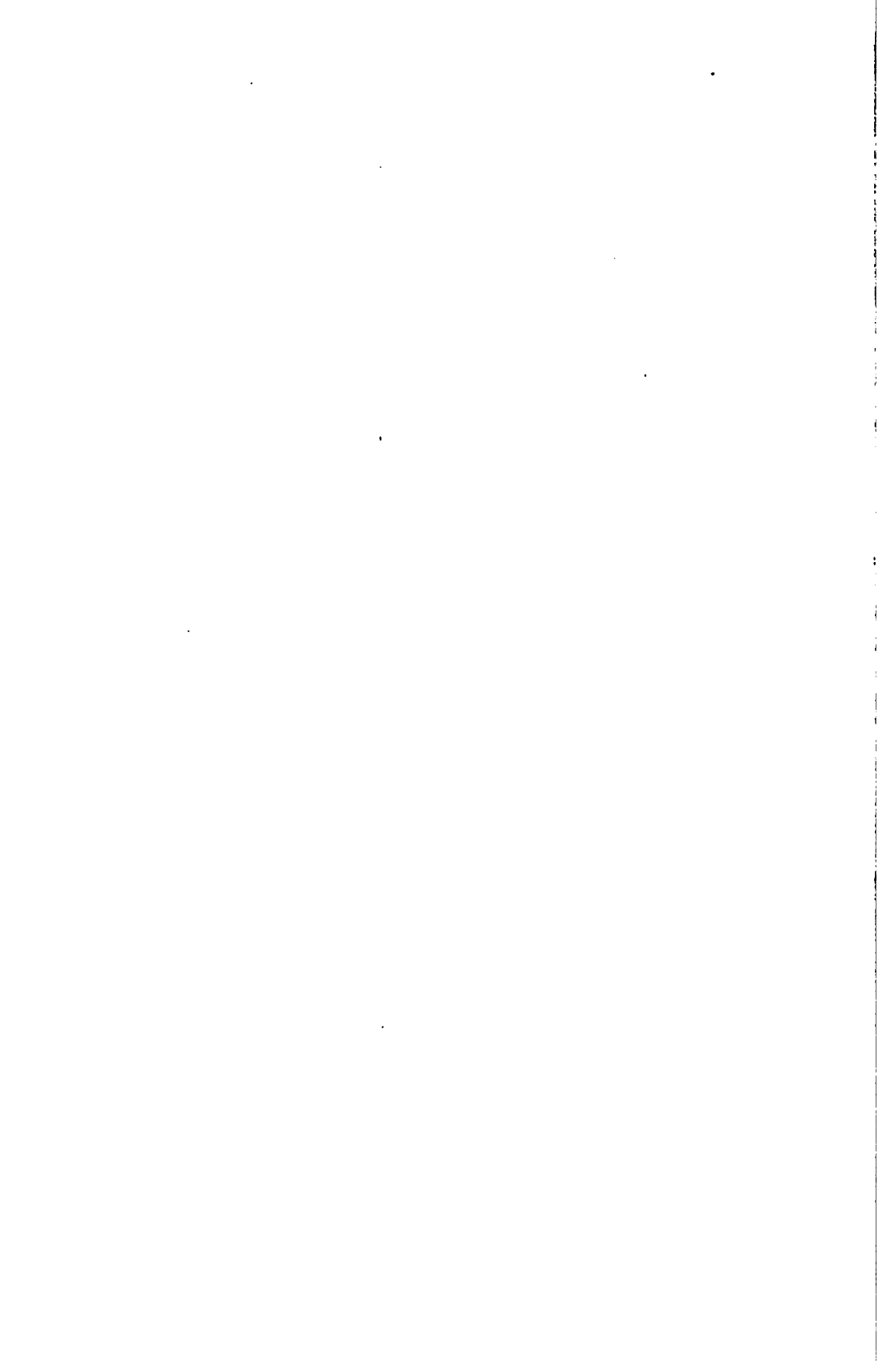
Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



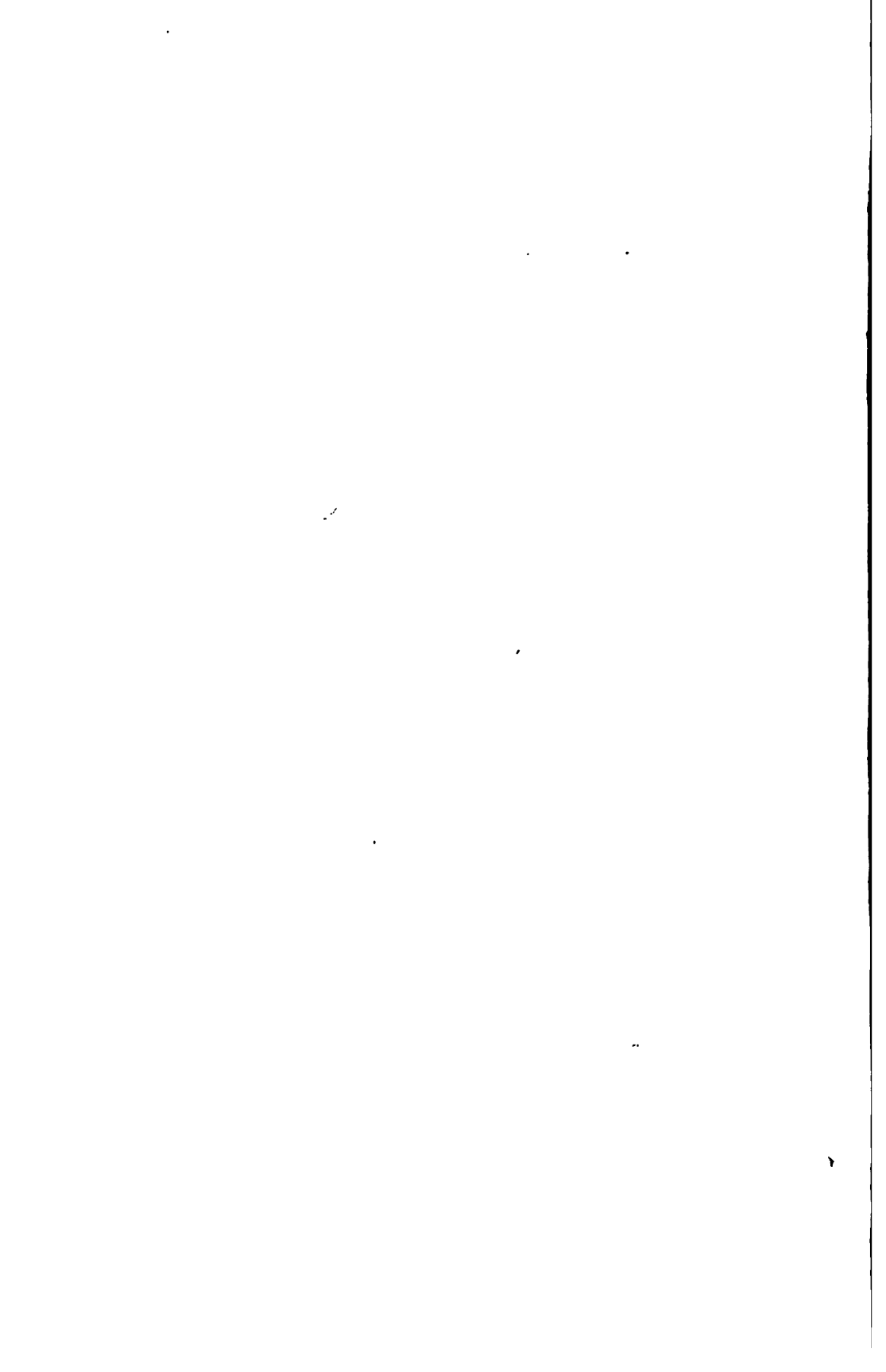
3 3433 07586668 5



NPV  
Acosta, C







CECILIO ACOSTA

---

# OBRAS

~~~~~

VOL. II

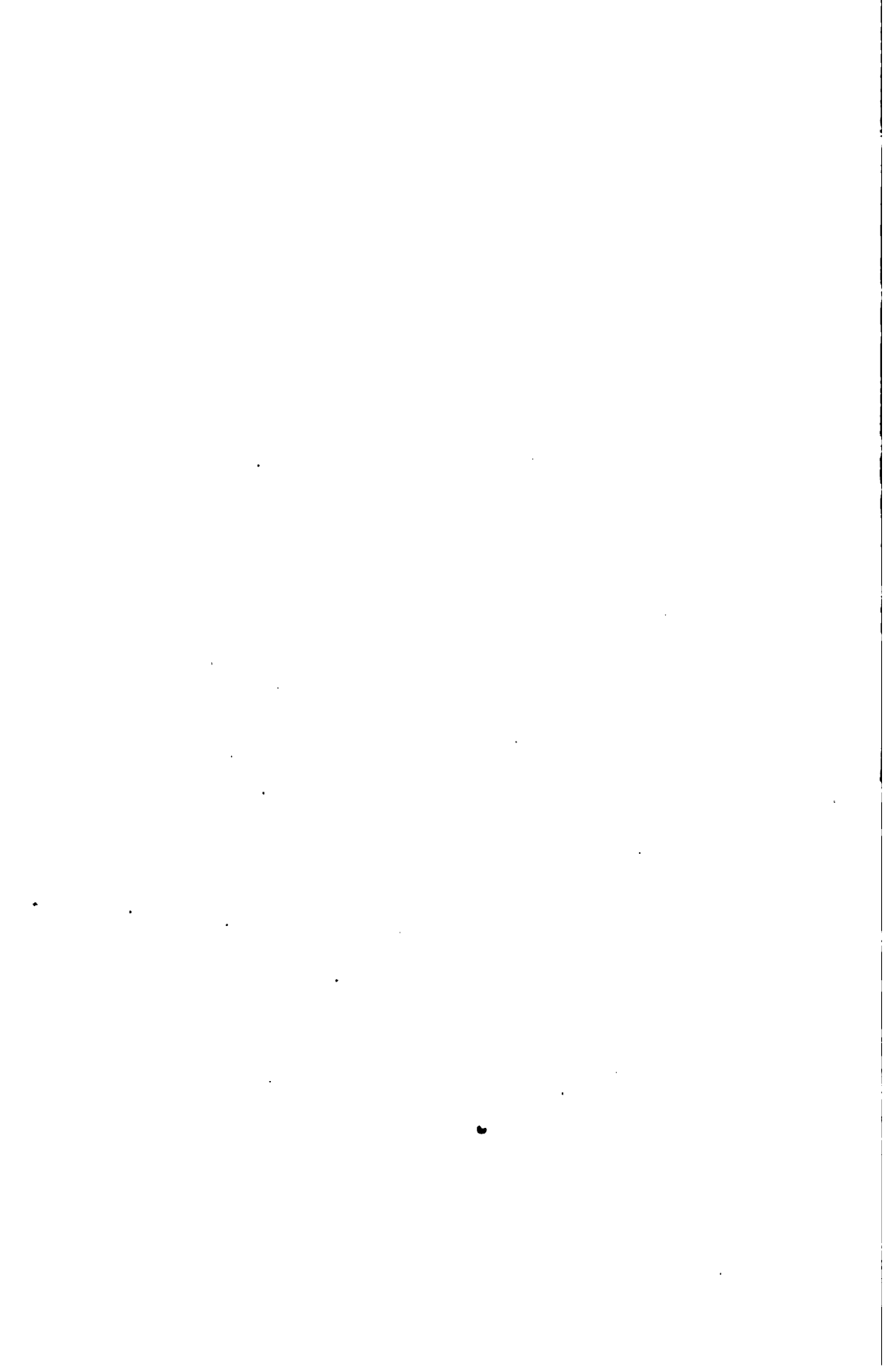
MATERIAS TRATADAS EN LAS DIVERSAS PIEZAS QUE CONTIENE ESTE VOLUMEN:  
HISTORIA PATRIA—RELIGIÓN Y FILOSOFÍA—ARTE LITERARIO—  
FILOLOGÍA—FILOSOFÍA JURÍDICA—DERECHO CONSTITU-  
CIONAL—ECONOMÍA POLÍTICA—POLÍTICA  
HISPANO-AMERICANA

---

---

EMPRESA EL COJO  
CARACAS  
MCMVIII





OBRAS

los, sin mover voluntad ni mano, las ociosas horas; condición indigna de un pueblo tan lleno de espíritu y grandeza, que aseguró la libertad en la América del Sur, que dió el grito más heroico que oyó nunca un continente, y que ha poblado de héroes y varones claros el templo de la fama, y sólo explicable por las guerras continuas que todo lo pervierten, y de resultas, por la postración de los ánimos en busca de empleos y favores, que otros talvez sí, y que nosotros, por amor á nuestra patria, no queremos llamar servidumbre civil.

Comoquiera, tales resabios son transitorios, capas ya flojas que tienen que caer, para que aparezca debajo nuestra índole siempre generosa que nos salvará, ya que es cierto que *índole obliga*; á lo que ha de contribuir en el mismo grado la actitud del Gobierno general, con el oído puesto á las necesidades, su propósito de dejar libres todo pensamiento y toda acción, y el respeto que ha mostrado tener á la soberanía nacional, que ha dado ya el grito en que manifiesta querer quitar el pretexto á las ambiciones y revueltas, sacudir la eterna esclavitud oficial y resolver el problema de la dicha común. Nadie tiene en su mano el porvenir; pero tal es la buena fe con que se obra y el entusiasmo con que todos cooperan, que es posible que luzcan mejores días para Venezuela, y que el pueblo vea coronada la obra de sus esfuerzos, y rigiendo otra vez la constitución por la cual derramó su sangre generosa.

Pero entre tanto, como modo de cefirse para la empresa, y prenda que debe darse de que se piensa en ella para el bien (en lo cual no hay

duda), es menester continuar practicando la justicia, en especial cuando, según se ve en el asunto de que vamos á tratar, su origen es tan puro y su necesidad toca á la puerta. Hay derechos nacidos de obligaciones tan sagradas, conquistados con equivalencias tan nobles, y conservados con tantos sacrificios personales, que no se debe nunca aguardar al tiempo de la reclamación, sino salirles al encuentro, para pagarlos íntegros, mucho más cuando los acreedores son generosos, meritorios y finos, tienen pocos días, la vida ya de paso para el goce, piden casi á la orilla de la tumba, piden á nombre de la patria y reclaman una acreencia de la gloria.

La que ilustra nuestros anales primitivos, mudos hoy de vergüenza porque no los imitamos, la que ostentamos en los días clásicos en que se renuevan grandes memorias, la que como caballeresco mote y gentil divisa figura en nuestro pecho y en nuestro escudo nobiliario, la que nos da puésto en la historia (ya se entenderá que vamos á hablar de nuestros próceres), es la obra suya, y como de ellos, de estos preciosos restos que nos han ido quedando y nos quedan, los cuales, después de haber creado una parte del mundo para la civilización y la libertad—creado, porque ántes no existía—no han logrado de ordinario más que flotar como vil alga en la ola de las revoluciones civiles, estar de puertas afuera en los festines de la patria, ser olvidados en los presupuestos cuando no en las leyes, empeñadas en olvidarlos también ó en hacer obscura la frase ó escatimar los servicios para pagarlos mal ó no

pagarlos, y vivir sin pan, sin hogar, sin honrosa sepultura, ó llevados algunas veces de limosna ó por indignas manos á ella, cuando han debido vivir colmados de respetos y agasajos, siendo objeto de todas las atenciones públicas, gozando de una abundancia digna, y sin las sombras del aislamiento, para dejar ver sus resplandores. Sus resplandores, decimos, porque los del genio no tienen más divino lampo que los del heroísmo y la virtud.

Y aquí viene á nuestra memoria la gran Colombia, la cual, si se presentara como una aparición, se presentaría magnífica, el manto recamado con mil combates pendiente al hombro, la veste ajustada con cinto de estrellas, cada una el nombre de un lidiador, á los pies coronas y cetros destrozados, y ella sobre los Andes, en són de quien preside á América y dicta al mundo el evangelio de la Libertad. Ningún acontecimiento más grande en los tiempos modernos, ninguna historia más heroica; sólo que esta historia es conocida hasta ahora en el tiempo más que en el espacio, el cual abarcará entero cuando esté vertida en lenguas extrañas para entretenimiento y pasmo de las gentes, y que Colombia misma fué un relámpago sublime, bien que para dejar siempre iluminados los cielos que cruzó.

La gran revolución inglesa dejó sus frutos en la propia casa, y vivió al principio de transacciones con las ideas antiguas para la conquista de derechos futuros: la de Norte-América, comparada con ótras, puede decirse que fué incruenta; la honrada frialdad de Wáshington se entendió bien

con la calculadora calma británica, y hubo arreglo; la francesa incendió su suelo y el ajeno para la replantación que al cabo aguarda al mundo, pero muy pronto las antiguas raíces retoñaron: Napoleón el Grande fué un paréntesis puesto en nombre de la fuerza en el código moderno del derecho, una compuerta levantada en nombre del genio en la corriente de los siglos y de los sucesos humanos, los cuales, rebosando al fin, la cubrieron, para entrar de nuevo al cauce.

Lo que casi no tiene par, por los pocos medios con que se contó y por la trascendencia histórica, es que éstas, ántes colonias españolas, llamadas después de constituidas Colombia, sin recursos, sin comercio, sin armas, sin amigos, sin el contagio de las ideas generosas que agitan y transforman las sociedades, hayan desafiado y vencido á una nación tan bizarra y noble como España; á la que no levantó la mano en ocho siglos de guerra galana hasta quitar una mancha de su seno y consumir actos de valor que no han cabido en menos que en romance; á la que sacó un continente de las aguas para donarlo al mundo; á la que logró con sus posesiones ponerle cinturón á la tierra; á la que vió cruzando los mares á sus armadas y flotas para llevar ó traer, como ostentación de grandeza, vireyes y tesoros, ó mensajes de autoridad, de gloria ó de conquista; á la que tuvo Cides y Gonzalos de Córdoba, Corteses, Pizarros y Gravinás; á la que hubo menester más de un siglo de esplendor en letras con tanto ingenio, envidia extraña, para celebrar su galantería caballeresca, su espíritu guerrero y sus altos

hechos de armas; á la que últimamente no descansó hasta que hubo limpiado de extranjeros su propio territorio, visto sepultado el medio millón de hombres lanzados sobre él para continuar la usurpación, quebrantado á los mejores mariscales del Imperio, y lanzado más allá del Pirineo á las derrotadas águilas napoleónicas, para que éstas fuesen á encontrar al que las llevó un día en sus banderas, derrotado él también, lanzador de rayos de mando, dominador de Europa, que preguntaba para obedecerle qué quería, amo de emperadores y reyes, y habitador soberbio de las Tullerías y un momento del Kremlin para ir después á morir en Santa Elena.

Hé aquí á la nación que resultó postrada en tierra, y á la que la postró con tanta bizarría, en lo cual no hay ni recuerdo amargo ni encono, sino la mención de un decreto ya sellado del destino. España luchó como buena por un derecho tradicional, la necesidad de sostener la integridad de sus posesiones, y Colombia por el elaterio del derecho moderno, y el que posee todo pueblo, si tiene la fuerza para ello, de declararse independiente y señor.

Y así sucedió con sólo quererlo: la voluntad humana es un destello de Dios. Cual bramadores vientos desatados del antro de Eolo, así se vieron derramarse en avenida inmensa héroes, batalladores, paladines, varones de seso en el consejo, y de pro en el día del combate; y se trabó la lucha, y el territorio fué todo un humo de pólvora continuado que sólo se disipó con el iris de la paz, y un choque y un estampido constantes de acero

y de cañón que sólo cesaron con la diana del triunfo. Todos los llaneros se volvieron centauros, todos los serranos cazadores, todos los pescadores marinos; y así los rapaces con la leche en los labios como los jovencitos imberbes, corrían desalados á hacer sus primeras armas, atraídos por una canción heroica ó una divisa de patria. Las madres entregaban á sus hijos ó éstos se les escapaban sin saberlo ellas, contentos con saber por el camino el nombre del fusil ó el del campo del honor, para ir á rendir en él en flor la vida ó cantar el primer himno de victoria. Todas las mujeres eran Porcias que se herían en el muslo para probar su ánimo fuerte y lograr ser iniciadas en los misterios de la alta empresa, y todos los hombres Traseas que protestaban en el Senado, ó morían como Catón de Utica por conservar ileso el alto honor de Roma. El sol no hacía más que secar sangre, el viento que llevar hurras, el cielo que presenciar destrozos, y las mesetas y sabanas que mantener extendidas, como una sábana fúnebre, capas de osamentas humanas, la hierba ya hollada y seca con el correr y galopar de los bridones. El valor sucedía al valor, el sacrificio al sacrificio, la muerte á la muerte; y cuando ya quedaban las poblaciones desiertas, las calles solitarias, y el silencio reinando en las plazas, eran de verse acá y allá, como testigos mudos, para probar que no tódo había acabado, inscripciones de constancia, lemas de heroicidades y motes de gloria. Si sucedía pasar por allí dentro de poco otras legiones de la reivindicación nacional, aquel silencio era musa, aquel horror aliento, y se



lanzaban, la ira dentro del pecho y el ardimiento en las manos, á buscar venganza y triunfos. Y conseguidos, los cantaban, y cantándolos los comunicaban como voz de animación á los grupos patriotas que les salían al encuentro, ó los proclamaban en las ciudades como buena nueva, ó en los cerros para que pasasen de cumbre en cumbre, ó en los extendidos valles para que los repitiese el eco cual protesta heroica y grande.

Así siempre, con esa tenacidad, con ese tesón: no había sexo, no había edad exenta, sino que todas eran reclamadas por la guerra; ni bastaba el valor, el cual era mercadería común, sino que era menester el heroísmo, á fin de poder vencer ó morir con él para los aplausos ó para la historia. Por todas partes lucha empeñada, por todas partes vicisitudes, trances, reveses, escaramuzas, reencuentros, batallas, trofeos, proezas, martirios, hasta que al cabo de quince años, todos ellos una sola brega, declarada la suerte á favor nuestro, se vistieron de gala y de pompa las ciudades, se vieron empavesadas las naves triunfadoras descender los anchos ríos para ir á dar la fausta noticia á la orilla de los mares, y apareció la Libertad en la más alta cumbre de los Andes, para darla ella en voz estentórea al universo.

Todas las repúblicas de Grecia juntas no tuvieron estas páginas; pero eran cohortes los varones que contábamos para la árdua empresa. Cristóbal Mendoza y Camilo Torres, Urbaneja y Naríño, Roscio y Zea, Sanz y Córdas, y Madariaga, y Coto Paúl, y Ramos, y Ramón Ignacio Mén-

dez, y mil y mil más que no agotará jamás la pluma.

Urdaneta fué Ney sin su hora menguada, y sí con su ojo certero, su impetuosidad, su denuedo y su incesante acción, pudiendo decir el úno lo que decía el ótro, preguntado si alguna vez hubo miedo delante de sus enemigos: *jamás tuve tiempo de pensarlo*: ésa es una vida preciosa. Páez fué el nieto de Eaco, que sólo con un grito á la orilla del foso hizo retroceder á los troyanos, temerosos de que sin el auxilio de los aquivos, tomase él solo á Troya. Rivas en menos de cuatro años de lucha, dió materia á romances que en el día de la posteridad, y á la lumbre del hogar, recitarán las madres á sus hijos para que éstos crean que son fábulas. Soubllette poseía las dotes de militar, estadista y diplomático, tan aventajado en las últimas, que en años posteriores llamó en Europa la atención con tal carácter: igual á Soutl por la organización y la estrategia, y á Berthier por el espíritu de orden, la regularidad y la administración civil y del ejército, lo que Napoleón I del último pudo decir Bolívar de Soubllette: *que no había quien pudiese reemplazarle*. Bermúdez fué Diomedes. Los Monagas, jefes épicos, siempre aperecidos en el día del peligro y la lealtad. Mariano Montilla un Cimon por su probidad patriótica, y un Pericles por su esplendidez y modos cortesanos. Mariño, el Tancredo de la historia, ennoblecido por el pincel del Tasso. Sucre en medio de los desfiladeros, cumbres y páramos andinos ántes de la acción de Ayacucho y durante ella, más admirable que

Aníbal cuando atravesaba los Alpes; carácter singular aquél, en que la modestia templaba el ardor del ingenio, para hacerlo sereno y dulce en el consejo y en el trato, é infalible en un día de batalla.

¿A qué más? Pero sobre todos está Bolívar, el Moisés de la peregrinación; más feliz que él, porque logró entrar á la tierra prometida. Bolívar es más grande que Alejandro, el cual pasó como el rayo para dejar desastres, y después la división; más grande que todos los Césares, que sólo se encuentran en Suetonio para presentar ante los ojos eunucos y parásitos, mesas opíparas y gustos frívolos, intrigas de córte y torpezas bajas, y un género de molicie tanto más ruin, cuanto que trataba de cubrirse con la púrpura; más grande que Julio, el cual atravesó el Rubicón para el imperio. Bolívar, por último, se destaca en medio de los siglos y la historia, para mostrar á los únos el rumbo, para enseñar á la ótra sus doctrinas; y Colombia, su obra, aparecerá siempre como un norte para la navegación del derecho, y como un faro para los mares de la libertad.

Deseábamos llegar aquí para preguntar si son los autores de semejante obra los que tantas veces hemos olvidado, si merecen estar hambreado y sin nada los que nos lo dieron todo; si los fundadores de la familia y los arquitectos de la casa no han de tener puésto en úna ni ótra; si tendremos que negar á los extranjeros que nos lo pregunten, que sea progenitor nuestro úno que pasa por la calle vestido de harapos, sólo porque los lleva, bien que llevando al pecho y bajo ellos

mismos, medallas ilustres, el recuerdo de cien combates por la libertad, y la constancia de haber oído las portentosas creaciones que salieron de la boca de Bolívar.

Vamos á reparar la falta, vamos á desagraviar á estos patricios.

Ahí está de los que nos quedan, Mejía, el Néstor de los Libertadores hoy, por sus años, tan prudente en el consejo é inmaculado en conducta, como enriquecido de servicios de primera magnitud en esa guerra de Oriente, no escrita aún, talvez por lo pródiga en prodigios, y en que él militó con singular bizarría y clara inteligencia militar al lado de Piar, Bermúdez y Mariño, habiéndole tocado la gloria de encontrarse, entre otras acciones distinguidas, en el Juncal, la que, y San Félix más tarde, dieron la base de Angostura, engendradora de la inmortal expedición á la Nueva Granada. En Mejía el patriotismo es entusiasmo, cada cana un merecimiento, y no proseguimos por nuestro mismo afecto, temerosos de decir poco para él, ó decirlo con desmaña para la patria, que quiere galana la historia de sus hijos.

Ahí está Muñoz y Ayala, perteneciente á la que pudiera llamarse entre nosotros la familia de los Macabeos, de palabra dada y buena fé cumplida, y para la cual siempre fué la patria ántes que tódo. Muñoz y Ayala dió á ella en la Victoria casi tódo, porque casi le dió la vida, no habiéndole quedado sino restos mutilados, hoy como siempre venerables, y los cuales besa respetuosamente nuestra pluma.

Ahí está Clemente Zárraga, de raza patricia toda ella, caballero perfecto como los que retrata Calderón, alma heroica como las que pintan los romances, y enamorado de la gloria, para beber la cual, se fué jovencito aún, destetado de los salones galantes, al lado del Libertador, que la derramaba á torrentes; y allí á su lado ó en sus legiones hizo, atendidos sus cortos años, lo que un doncel que en busca de renombre pelea por su dama, por su escudo y por su honra. Estuvo en el asalto y toma de Puerto Cabello en 1823, se incorporó al ejército auxiliar que se organizaba en Bogotá para la campaña del Perú, prestó importantes servicios con el carácter de Edecán al lado de Mariano Montilla, que le distinguió como él lo merecía, salvó al partido boliviano de la infidencia de un jefe traidor, se unió á las huestes que debían obrar contra Lamar, hizo parte del Estado Mayor de Bolívar, tuvo mando en los cuerpos que hacían su guardia de honor, y mereció del grande hombre, cuyo culto conservó siempre y al que fué leal hasta el martirio, consideraciones, estímulo, agasajos y casi paternal cariño.

Ahí está Lope María Buroz, carácter romano y sin mancilla, de cuyos labios oye úno con encanto la historia de los grandes días, en que él fué testigo y actor, cuya hoja de servicios es tan rica, cuyos hermanos perecieron casi tódos en el campo del honor, y sin cuya ilustre familia estaría incompleto el árbol nobiliario de la Patria.

Ahí están, en fin, Mateo Guerra, veterano de tántos méritos, y uno de los tipos de esa raza oriental privilegiada; Minchin de tánta honradez

como lealtad y denuedo, y José Rosario Ponte, tan decidido, leal y valeroso.

Para decir lo que es la verdad, la Administración del General Falcón hizo mucho por los Próceres, y la actual lo que ha estado á su alcance; pero de hoy en adelante es preciso hacer cuanto ellos merecen.

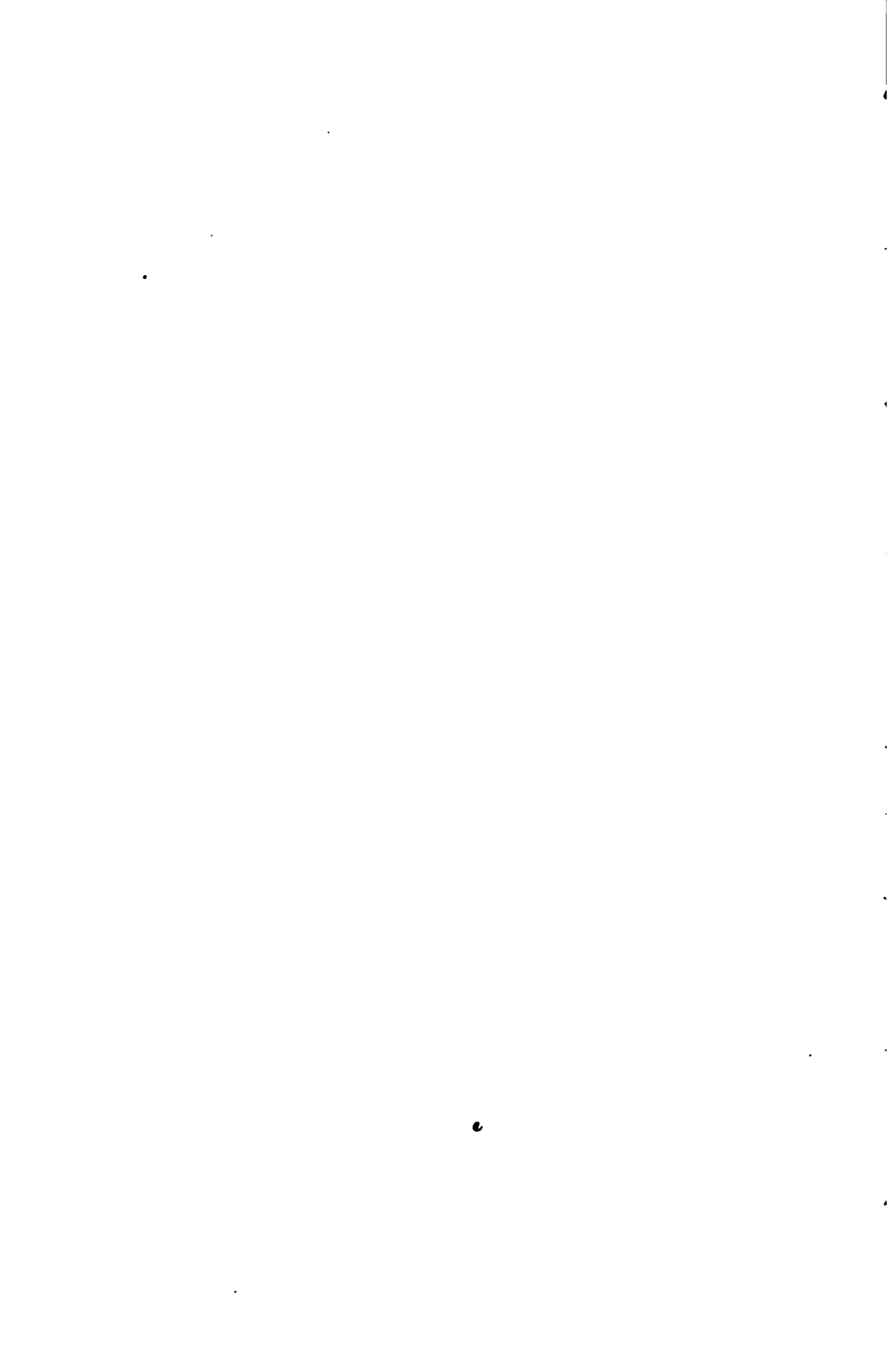
El último Congreso sancionó una disposición sobre el particular, la hoy vigente, que al fin embrolló. Con todo, algún sentido tiene, y según los términos, no es ótro sino que *debe pagárseles, según el grado que hoy alcanzan, el sueldo que á semejante grado se acordó en el ejército libertador.*

Es cierto que la Legislatura nacional no incluyó para semejante pago cantidad alguna en el presupuesto de gastos; pero sobre haber para lo extraordinario una partida llamada de *rectificaciones*, que bastaría para ello, bien sabe el Ejecutivo nacional lo que le toca hacer, y estamos seguros que lo hará.

Lo que importa es salvar de la miseria y proporcionar medios de holgada vida á quienes con tanta sangre generosa, con tanto valor épico, con la ofrenda de tanto sacrificio, supieron darnos patria, libertad y gloria.

Al terminar este artículo sólo nos resta excitar á nuestro muy querido amigo, señor general Nicanor Bolet Peraza, Redactor de *La Tribuna Liberal*, para que con su pluma de oro y la autoridad de su palabra, por todas partes atendida, se sirva acompañarnos en esta idea, que es menos una reclamación que un recuerdo.





## CARTA AL SENOR DON FLORENCIO ESCARDÓ

—  
Caracas, 25 de Mayo de 1878.

*Señor don Florencio Escardó.*

Montevideo.

Muy digno señor y amigo mío.



A hermosa carta con que usted se ha dignado favorecerme, y cuya fecha no cito por no acostumbrar las demás que usted quiere escribirme á igual demora, llegó por fin á mis manos, y usted podrá imaginar cuánta satisfacción y honra me ha proporcionado con ella, cuando sepa que lo primero que hice fué enviarla á la imprenta, fiado en que usted no llevaría á mal un paso que tiende á estrechar más á los ojos del público vínculos que de atrás vienen uniendo á dos repúblicas hermanas, y á hacer ver en el singular documento, todo él dedicado al amor de la familia común y al culto del arte y del espíritu, un bello título de gloria para su afortunado autor, y un justo motivo de orgullo americano.



Acierta usted en antever para nuestra América el espléndido porvenir que le prepara la suerte, y en señalar en los sucesos contemporáneos, tomados en globo y estudiados en sus tendencias generales, el desarrollo de ideas sociales y políticas que van en marcha rápida y triunfal á hacer, en época que ya casi se toca, la industria común, la agricultura próspera, las artes florecientes, las ciencias populares, la libertad práctica, y á abrir para la humanidad una nueva era, no en que se defiendan resabios antiguos ó se luche estérilmente contra ellos, sino en que el progreso se siente en medio de una naturaleza flamante y rica en dones y de los recursos que ofrece un talento fácil y un ingenio feliz, para poblar los caminos, ocupar los rumbos del mar, inundar los mercados, llenar las universidades, museos y escuelas, y transformar el continente en una inmensa área en que no se oiga otra cosa que el silbato de la locomotora, el ruido del tráfico, la voz del derecho, la reclamación de la tribuna, el contento del hogar, y la historia de una felicidad que pasa, aumentada con los anales de otra felicidad que le sucede.

No será maravilla que esto acaezca, aunque sea una maravilla, acaecido; porque ni lo uno está distante, sino ántes bien muy de acuerdo con el desenvolvimiento progresivo, ni lo otro aparecerá ménos que como un hallazgo providencial, después de que por una experiencia dolorosa hasta ahora, hemos visto: á los siglos pasar como espectros para encerrarse en tumbas que no representan sino generaciones empobrecidas y

humilladas: ó, para depositarlos en ellas, á la historia cargada de despojos traídos ó de leyes cesáreas, todavía subsistentes, que no han dado sino servidumbres, ó de campos de batalla que no han dado sino sangre, ó de sistemas filosóficos que no han dado sino errores, ó de sistemas políticos que no han dado sino burlas, ó de las lágrimas de la mayor parte del género humano, que sólo han sido lluvia para regar los campos, aceite para mover las máquinas, y título infame para asegurar el dominio de los opulentos señores.

Por más que se haya adelantado en ciencias y artes; que la astronomía haya abierto ignotos rumbos, ande como en un salón en el espacio, y tenga sistemas planetarios enteros engastados como diamantes en su anillo; que la química de entre los misterios de la combinación molecular haya sacado recursos numerosos para la medicina, y tantos tintes para las telas, y que los estudios físicos hayan hecho de los tres reinos de la naturaleza reinos suyos; todavía, lo que es en el mundo moral y social, queda mucho por hacer: la miseria es aún la suerte del mayor número, la ignorancia el estado general del pueblo, el fanatismo la fé que se profesa en muchas partes, las constituciones las cartas que se quiere dar, y ésas, al capricho de los caudillos, el voto popular el que se ordena por mandato ó el que se compra por dinero; y como continúa el desequilibrio funesto entre el capital, que impone la ley, y el salario, que la recibe, la sociedad con frecuencia se ve dividida en dos clases, la una que vive en los placeres, y la ótra que muere en el

yunque, en el arado ó en los socavones profundos de las minas.

Tal fisonomía en las cosas, descriptiva especialmente de las que pasan en Europa, donde suena el mayor ruido de la civilización, que ha llegado allí á una altura pasmosa, está probando que si ésta no ha producido hasta hoy todos los frutos que debe, y de una manera particular los reclamados por las necesidades y aspiraciones sociales, es ó porque hay estorbos que no se ha podido remover, ó porque es preciso echar por caminos más anchos, más directos y más á la mano con el engrandecimiento y el destino del hombre.

La indulgencia es muchas veces la justicia en la filosofía de la historia, la cual debe tomar los hechos con sus condiciones de viabilidad propia, y no arrancarlos de su domicilio para llevarlos á otro, ni sentenciarlos por una legislación extraña á sus circunstancias y á su época; lo cual, aplicado como doctrina y como criterio de fallo á los grandes movimientos, á las crisis solemnes y á largos períodos de la vida social, al mismo tiempo que deja libre y en capacidad de juez á la justicia coetánea, llamada á distribuir castigo ó galardón según lo obrado, permite ver la verdad de la escuela histórico—providencial, consistente en que si hay hilos falsos que al fin se rompen como obra humana, hay otros bien puestos que permanecen fijos como obra de Dios, para continuar la tela sucesiva del progreso.

Europa se organizó (y de aquí los vicios aún de su estructura) en medio de la mayor confusión, producida por la fuerza, la conquista, la

anarquía, el desorden, hordas que buscaban asiento, pueblos que defendían el suyo, un continente que se vaciaba en ótro para ocuparlo, un mundo nuevo que trataba de someter el antiguo á sus doctrinas para regenerarlo, un derecho sin otro título que el acero y los hechos consumados; y podrá juzgarse de la magnitud de la lucha, de la obstinación de los contendientes, y de las víctimas consagradas al cruento sacrificio, cuando se recuerde que el Bajo Imperio, casi esqueleto al nacer, tuvo aliento para combatir más de diez siglos, que naciones enteras estaban con la alarma en la boca y las armas en la mano, y que una religión de abnegación, espíritu y verdad tuvo que afrontarse con una de carne, cuyos ídolos cubrían el orbe, y cuyos ejemplos de corrupción autorizada, eran halago y cebo de las costumbres públicas.

Nada está más cerca de la fuerza que la sangre; y con tanta derramada en una larga serie de años, natural era que se dividiese el territorio entre los vencedores, la mayor parte de él para los jefes; que sobreviniesen las Cruzadas y se alzase media Europa á hacerse matar y matar á tantos en Asia; que el feudalismo extendiese su red de hierro y no dejase ver sino infelices *villanos* en los campos y *señores de horca y cuchillo* en los alcázares, y que se estableciese por fin lo que se ha llamado *regularización de los gobiernos*, ó monarcas absorbentes; todo ello para continuar la misma cadena de las cosas, con alguna, pero no la deseada mejora social; porque, lo que es la córte era la opulenta; lo que las altas clases, privilegiadas, y los des-

tinos, la propiedad inmueble, el ejercicio de la magistratura, todo suyo; mientras que las clases menesterosas morían por no tener trabajo ó por tenerlo duro, y el capital andaba de triunfos y de goces, y la mano de obra casi de limosna.

De entonces acá: la marcha de los principios, viajeros que jamás toman abrigo ni descanso; el desarrollo del poder municipal, primera conquista pacífica del pueblo; el grito constante de libertad, único código que no se deroga, y única voz que no se apaga; el trato de Levante, para abrir con él las puertas al mayor comercio entonces á la mano; la aparición de la imprenta, especie de encarnación de la luz en su tipo, para hacer que el pensamiento sea tangible, y la palabra, ora enseña ó reclame, inmortal y omnipotente; la brújula, que hizo posible atravesar el piélago; los descubrimientos de la geograffa, que franqueó los mares y acercó los continentes; la Gran Revolución, que dió parlamento, y más después prensa libre; 1789, que equivale á un desagravio y á una redención; todo esto, asociado á las varias escuelas sociales, económicas y filosóficas, á los adelantamientos mecánicos, á las invenciones de las artes y al progreso científico, ha venido ilustrando las clases, emancipando el trabajo, extendiendo el crédito, creando y aprovechando valores, dividiendo la propiedad en Francia, haciendo sabio, benéfico y previsorio el gobierno de Inglaterra; levantando la poderosa existencia alemana para el órden, que en ella es perenne, el municipio, que allí es verdad, y el equilibrio europeo, que así es posible; realizando la grande unidad de Italia, que tiene en

su espíritu la gloriosa tradición de la república antigua, y en sus galerías los mayores prodigios del ingenio; y por último, dando vida á una situación ya hermosa por lo que se ha atesorado en adquisiciones y en riquezas, pero que será perfecta sólo cuando estén en igual demanda el capital y el salario, logren igual valimiento por su virtud el pobre y el rico, sea el voto popular común, sea la libertad efectiva, y el hombre sin fortuna ascienda por sus méritos, y no viva y muera como la ostra pegada á la peña de su destino.

La mala organización de que atrás he hablado no tocó á América, en que no había hábitos vetustos y tenaces que combatir, una vez consumada la Independencia, ni distinciones de raza, ni privilegios seculares, ni vínculos, ni monopolios, ni absorción de propiedad, ni preocupaciones dinásticas: nada de esto ni otra cosa es hoy estorbo, y la máquina social y política puede moverse libremente. Déjos coloniales quedaron; pero sobre ser éstos de segunda mano, pertenecen al número de los que es más fácil desechar que retener. Errores puede haber, y para eso es la censura, lo mismo que puede haber abusos, que se previenen y corrigen por la responsabilidad; pero éstas son pedrezuelas que ceden ó se desquebrajan al impulso y peso de la rueda: la mala escuela desaparece, la farsa se acaba, y al fin la verdad reluce, la institución queda, y el derecho triunfa.

La empresa que los libertadores llevaron á cabo en la parte española de este nuevo continente todavía no ha podido ser bien apreciada en el antiguo, porque hasta ahora la mayor parte de su his-

toria no está escrita más que en castellano, que casi sólo se sabe y se lee en los países de su raza; y sea por esto, sea porque se crea hallar creces para la honra propia en el decaimiento ó deslustre de la ajena, sea porque algunos ó muchos en ultramar no amen nuestras instituciones, y hayan creído útil ponerles malas notas, lo cierto es que algunas veces se nos ha juzgado pésimamente y se nos ha desacreditado, citándose para ello nuestros ensayos como prematuros, nuestras novedades como peligrosas, nuestros cambios como frecuentes, nuestras constituciones como efímeras.

El juicio es un derecho; pero no lo es en nadie inclinarlo á mala parte, ni buscar en él de propósito un motivo de desprecio á los demás. Nada tenemos de qué avergonzarnos delante de los extranjeros, y ellos sí mucho que aprender, gozar y admirar en esta índole nuestra que va al encuentro á dispensar el bien, ó busca los medios de hacerlo por hacerlo; en estos cielos, todos de zafir, y como barridos, para hacer divino el azul, por la mano de los ángeles; en este aire, todo fomento; en esta vida, toda delicias, patriarcal, franca y de familia; en este espíritu, fino en el salón, alto en el gabinete y desparramado en la confianza; en este carácter, que da con la mano lo que lleva dentro del pecho; en esta libertad, que si clama como los Gracos, salva como Cicerón, y es la misma en el foro, en el senado y en los comicios; en esta naturaleza, en que basta extender la mano para hallar pan, y pedirle cualquiera de sus formas ó espectáculos sublimes ó hermosos para en ellos ver á Dios.

Si algo retarda el que se posean de lleno estos goces, es que las cosas no han llegado aún á su punto, y se remueven en busca cada cual de su descanso; ó la impaciencia de lo mejor ó el deseo de hacer figura, ó los celos del mando, ó la ambición desapoderada, que es mal de todos tiempos, mantienen á veces una agitación febril, que si en los pormenores culpa, dejan también ver en el fondo un desarrollo de vida, y un movimiento de ascensión. Vamos, vamos con todas nuestras faltas, que son sombras de los cuerpos, en pos de un gran destino, y pronto tendremos en ejercicio, en medio de una abundancia que rebose, y de una paz, envidia ajena, la invención griega para las artes y el genio de Roma para las leyes.

Entonces se comprenderá lo que han hecho los libertadores de Colombia, y sobre todo, lo creado por Bolívar. Bolívar es un hombre portentoso. Cuanto se platicó en las plazas de Atenas en la exultación de sus brillantes triunfos, cuanto soñó Platón de sublime y bello, tódo lo realizó él. Pasó por la tierra como un relámpago, porque sus días fueron cortos, y asombró el cielo de las grandezas humanas. Tuvo la celeridad de Alejandro, la elocuencia graciosa de César, el cálculo profundo de Napoleón; y sin embargo, ni dominó á Roma, ni sojuzgó á Europa, ni ató á Asia, sino que desató al mundo. Con su espada y con su genio dividió la historia en dos mitades, y se colocó y colocó á su obra en la mitad del derecho, de que fué adalid, amparo y numen. Purificó el templo de la gloria, de donde lanzó á los tiranos, emancipó de la fuerza á las ideas; y tan extraordinaria se alza su



figura en la corriente de los siglos, que si alguna vez las sociedades llegan á envolverse de nuevo en tinieblas y errores, se volverá la vista á él, como á un evangelio para la doctrina y como un faro para la luz. El día que la libertad tenga su Olimpo, él será el Júpiter; el día que el tiempo presente tenga nieblas, él será el mito; el día que la política universal tenga sistema planetario, él será el sol.

Talvez habré de cansar á usted cuando me lea, con ésta ya larga, y no sé si fastidiosa carta; pero en fin, á lo hecho pecho, y que valga como cariño lo que no como parsimonia, y como amor patrio lo que pueda ser prolijidad.

Como se publicó la carta de usted, yo me creo obligado á publicar mi contestación, cuyo original le entregaré ó le enviaré nuestro Luis Malaussena, del cual paso ahora á decir dos palabras, equivalentes á un millón de afectos que ya le debe y que él merece. ¿Qué puedo yo decir á usted que usted no sepa ya de este excelente amigo? Su mejor ejecutoria es el cariño de usted, y la mía poseer el que él me brinda.—El Gobierno venezolano acaba de condecorarle con el busto del Libertador, de lo que estoy muy contento; y se vuelve á esos lugares, donde será mi carta viva. Tiene un hermano, Antonio, cónsul general del Paraguay en Caracas, é ingeniero oficial de sus obras, el cual es muy estimado entre nosotros por sus buenas prendas y su ilustración.

Cordialmente me alegro de que usted haya hecho la estadística de varias de esas repúblicas,

CECILIO ACOSTA

---

y más me alegrara si la tuviese á la mano. Usted va á tener la bondad de enviármela.

Continúe usted honrándome con su trato, y créame su amigo de corazón

*Cecilio Acosta.*





## CARTA AL DOCTOR I. RIERA AGUINAGALDE

Caracas: 1º de diciembre de 1876.

*Señor Doctor Ildelfonso Riera Aguinagalde.*

Mi querido Ildelfonso:

**E**N medio de mi catástrofe—como puedo llamar la pérdida de mi adorada madre—de cuyo estupor no he vuelto aún, recibí tu sublime y patética carta fecha 9 del último noviembre, tan viva por el sentimiento y tan llena de lágrimas, que ha venido á aumentar, si cabe, las mías, ya casi agotadas á fuerza de sufrir; y tengo que agradecerle con ellas mismas, que es lo que me queda para pagar tal muestra de piadosa benevolencia.

Dos veces tuve que suspender su lectura, anegados mis ojos en llanto, para continuar la tercera y poder así apurar la última gota de acibar, que estaba, ménos en el precioso documento, que en este corazón mío, el cual amarga, después de su amargura, cuanto toca..... Perdona á mi debilidad, si lo fuere, y á la postración de mi alma, que no sabe levantarse del suelo: soy hijo,

y el golpe ha sido cruel. Tu pensamiento ostentaba además toda la fúnebre pompa de la muerte: veía y sentía, leyéndolo, llegar la noche cubierta con su manto, el silencio ominoso, la tiniebla fría, el eco mudo, el horizonte sin alba, la naturaleza sin voz; notaba á pesar mío y quería ignorar, que ya tódos se habían ido de mi lado, mi madre también, y que yo había quedado solo y huérfano en el mundo para dar gritos de desesperación en un vacío que no oye, un lecho ya sin calor, un hogar desierto y una tumba solitaria; y ya podrás imaginar, tú que tienes alma sensible y elevada, cuál sería el estado de la mía delante de imágenes tan tristes, ó mejor, en presencia de tan espantosa realidad, abierta á mis pies como un abismo y luégo puesta en lienzo inmortal por tu pluma y tu talento.

Yo no alcanzo á encarecerte lo que ha pasado por mí, si no es señalando, como quien señala ruinas, mi desgracia, que nada me ha dejado de lo que me era propio hasta ayer: el polvo apenas de lo que fué, y la historia no más de hermosos días. Hoy no quedan de ellos sino como espectros que cruzan la memoria, la cual en trances como éste, sólo sabe vivir de hechos muertos, tragedias lastimosas é inscripciones lapidarias. Cuanto me cerca lo veo negro, lo siento helado: la soledad es fría y lo peor que tiene, es insensible.

Ahora es que vengo á comprender el bien perdido, que se ha ocultado á mi vista como una nube que no vuelve, como el tope de un buque tragado por el mar. Se fué, y se fué para no tornar más nunca, la que me llevó en su seno,

meció mi cuna, dirigió los inciertos pasos de mi infancia, puso á Dios en mi conciencia, me hizo aprender el dulce nombre de María, me dió en miel—porque me dió en sus labios—la doctrina de Jesús, acumuló cuantas luces pudo para ilustrar mi entendimiento, me hizo amar la gloria, me informó en las buenas costumbres, y me enseñó que la vida social nada vale sin la virtud, ni la virtud es digna y fuerte sin el decoro y el carácter. Ella fué la que velaba mi sueño, la que me advertía los peligros, la que se interponía, cuando la suerte me era adversa, para recibir sus dardos por mí, la que salía á encontrarme á la puerta de la calle para ahogarme á cariños y colmarme de regalos, la que plantaba frutales en su huerto para traerme después en verde ramo la primera fruta madura.

La buena nueva, ella era quien me la daba; mi dicha, ella quien me la labraba; y cuanto bien gocé en su vida—yo, no merecedor de él—salió siempre de su oratorio, de sus preces y sus coloquios divinos. Ya no tengo á quién referir mis cosas, ni de quién tomar consejos, ni quién sea en mis ideas norte, en mi memoria guía y en mis empresas aliento. Tódo se ha acabado para mí: tódo, si no es estas tristes lágrimas que caen, y con que borro estas líneas, más tristes todavía.

No te canse mi sufrimiento: es mi caudal hoy, y es el que pongo en mi carta. Tú sí tienes el privilegio de hablar del dolor: recoges aromas religiosos para que la pluma destile bálsamos, y luégo, en presencia de las heridas, haces ver que las tribulaciones son pruebas, y la vida sólo una

lucha. Lo reconozco: mi palabra ha ido más allá del linde sagrado: yo he debido desde el principio adorar la voluntad suprema, y no aguardar para ello á desesperarme y agotarme; pero Dios está en el punto extremo de todo extravío y en el fondo de toda miseria, y El es al fin quien nos salva.

El corazón del hombre no tiene sino poquedades é impotencia: ó goces de un día, ó afectos que se le van; y cuando después los busca clamando, como sólo siente y habla con la carne, no hay nadie que le responda: detrás el vacío, delante el muro eterno, divisorio entre las dos vidas. La filosofía también es estéril para el consuelo: capaz de conocer las leyes cósmicas, se contenta con señalar apariencias ó hechos caducos con el nombre de fenómenos, ó con hacer tablas de muertes incesantes con el nombre de transformaciones de los seres; va desde el abismo de la materia, que está en los átomos, en que se detiene para encontrar las afinidades químicas, hasta el disco del Sol á asentar en él su trono para explicar su sistema planetario, ó penetra más y más aún para descubrir otros y otros sistemas celestes; atraviesa el espacio para medirlo, ó persigue las combinaciones de los números hasta dar con el infinito de las fórmulas; pero al pasar con todo ese aparato de gloria, con toda esa luz de las ciencias, con toda esa pompa de triunfos, ni pára su carro delante de las lágrimas, ni las comprende siquiera..... La historia, reducida en gran parte hasta ahora á las guerras—por no decir á los crímenes—de la humanidad, salvo muchas con-

quistas llamadas derechos, y algunas mejoras prácticas llamadas civilización, que presenta como trofeos, no hace por lo común otra cosa que manchar sus páginas con sangre y cruzar los siglos por entre los escombros y el polvo de los imperios caídos, sin que dé nunca como cosecha, ella de suyo, ni una palabra de alivio ni una gota de refrigerio para las desgracias humanas; sepulturera que sólo habla de tumbas, y sibila escapada de las ruinas. ....!

Al llegar aquí, como á ardua cima para divisar desde ella el mundo, no hallamos ni en sus recursos ni en sus máximas nada que explique, aminore ó cure el mal moral, el cual sería el más oscuro enigma, si no fuese, por consideraciones religiosas, motivo de lucha, para aspirar después de la lucha á un título de merecimiento. La vida, desde el primer sollozo de la cuna, por los años que corren y las pérdidas que en proporción se experimentan, es una serie de muertes sucesivas hasta la última que disuelve el sér; toda ella, puede decirse, para pesares, y nada ó casi nada para goces, con un pasado que no existe, un porvenir que es incertidumbre ó amenaza, y un presente inestable que sólo dura el momento del llanto ó de la queja. Así siempre; de manera que si vamos andando, nos vamos al mismo paso consumiendo.

Pero justamente como el hombre no está destinado á terminar ni con la materia ni en lo finito, lo que es al parecer nuestra desdicha es al propio tiempo el origen de nuestra ventura, si sabemos procurarla, y de nuestra bendición si sa-



bemos merecerla. De la miseria no hay sino un paso á la necesidad de la misericordia, y de aquí otro á la oración, que es el modo de pedirla y alcanzarla; viniendo con esto á hallarse en semejantes favores de Dios—que siempre tiene el oído puesto á nuestro reclamo—la hermosa integración de nuestro sér, y en la religión que tál enseña—como que nos hace así dependientes del fin último—la doctrina mejor de la moral. Interrumpido este comercio, cortado este hilo de relación con el Cielo, quedamos cual criaturas flacas, con pies caedizos, voluntad incierta, ideas inestables, expuestos á todo viento de novedades que extravían ó de infortunios que postran, y lo que peor es, con el fatal dón de la incredulidad, para ningún otro fruto derivado de ella, que el desconocimiento de nuestra excelencia, el despecho en nuestras adversidades, el pacto con el ciego hado, y la negación de la Providencia, precisamente en el instante en que ella olvida nuestras blasfemias, y toca á nuestra puerta para enriquecernos con el tesoro de sus gracias.

Visto está que por esta senda, sin esfuerzo de ningún linaje, viene uno á tropezar con el Cristianismo, institución admirable por lo divina, que ha dado á la historia cuanto ella refiere de bueno, y á las costumbres lo que tienen de puro; que ha creado la familia para la ternura, y la sociedad para los deberes; y que proclamando el perdón de los enemigos, ha hecho habitar juntos *las palomas y las águilas, los corderos y los leones*. Sin Jesucristo la humanidad es inexplicable; porque El es quien ha enseñado la piedad, es decir,

el derecho de los pobres; quien ha hecho necesario el amor recíproco, es decir, la solidaridad humana, y quien no sólo olvida la culpa, sino que salva al culpable. Después de todas las catástrofes, después de todas las ruinas, después de un mar de lágrimas, le vemos siempre al lado ofreciéndonos su barca para conducirnos El mismo al mar adyacente de las misericordias.

Jamás me cansaré de alabarlas, ni de alabarle á El como su generoso distribuidor. El las ejerce en la limosna que prescribe, como correctivo necesario á la desigualdad de la suerte; en el hogar del pobre á donde va á llevar el pan del día y el reposo de la noche; en la angustia del desgraciado, al que dice al oído que El es quien borra el mal; en las preces, que El fecunda y cambia en gracias; en todos los accidentes de la existencia, tan propensa á caídas si no hay quien dé la mano. Nunca siente úno los pasos de Dios; pero El está en todas partes: ora se confunde con la trama y urdimbre de las cosas que nos cercan, para asistirnos callando; ora ordena que tuerzan suavemente el rumbo, para hacerlas encontradizas con nosotros en nuestras sendas extraviadas; ora se manifiesta por signos visibles; y aunque no vea úno sus huellas, El sabe dejar sus beneficios. ¿Qué logramos con desconocerlos? ¿Qué somos si no somos religiosos? Somos bestias. Por un poco de oro, que es tierra brillante, por un poco de poder, que es farsa de un día, por un poco de salud, que es verdor de primavera, negamos hoy lo que mañana ese otro día tenemos que confesar y proclamar, perdido ya

tódo, la fortuna ida, el mundo retirado, el ánimo para poco, la voluntad impotente. Se dice que los espíritus débiles son los que alimentan estas sanas creencias: es lo contrario, la debilidad está de parte de los que no las profesan, *porque teniendo ojos no ven y teniendo oídos no oyen*. Uno son los peligros, en que debe mostrarse frente serena, y ótro los principios cristianos, en que no cabe sino la humillación del amor propio, el reconocimiento de leyes superiores, la apelación al que más puede y el candor de la verdad. Creer no es engañarse ni engañar, sino dar asenso á lo que está probado por el criterio más seguro, para hallar así recursos que satisfacen necesidades, remedios que alivian dolencias, é ideas que sirven á integrar el organismo espiritual; y no hay por qué avergonzarse de esta ingenuidad, que es honradez, y de esta buena fe, que es salvadora. La fortaleza, en eso es que consiste, y no en ser ingrato á los favores.

Son muy grandes los que se han derramado sobre mí, no siendo de los menores esta confesión que hago de mi desesperado sufrir, casi equivalente á una impiedad, y esta luz con que veo y venero la justa mano que da y quita. Por ella gocé tantos años mi perdido bien y por ella pude acompañarle en su larga y penosa enfermedad, y recibir, hincado de rodillas, al pie de su lecho mortuorio, en el instante supremo de su muerte, esa bendición última á que se asocia Dios para hacerla fecunda y permanente. Esta despedida destroza el alma: es un adiós, es el último, y en el caso mío era el de mi madre. Y

aquí vuelve el dolor á apoderarse de mí ; pero me resisto de nuevo y torno á la conformidad. Es tal la miseria humana que los afectos más caros, idos, con estériles memorias es que úno los paga ; que para dejar de padecer hay que olvidar, lo que es falta ó crimen, y que hasta la resignación sería una especie de ingratitud, si no fuese un deber religioso.

Me someto, pues. No poca parte de esta resolución á tí te la agradezco, así como te estoy obligado también por tus hermosos rasgos biográficos.

Mis hermanos y yo, en efecto, hemos debido la existencia á buenos padres; raza fuerte por el espíritu, celosa en el cumplimiento de los deberes, y fácil y pronta para el bien. Mi padre murió dejando su familia pequeña, yo el mayor, de diez años; y salvo una hermanita que murió en años harto tiernos, los demás recibimos todo género de educación é instrucción; Pablo y yo en la Universidad de Caracas y el Seminario Tridentino; Florencio, que acabó sus días á poco, en el acreditado colegio del caballeroso señor Ignacio Paz del Castillo; y la única hermana que nos queda, María de los Angeles, en la casa paterna: baste decirte respecto á esta última, que hasta estudió buena parte de latín. Tódo obra de nuestra madre, que buscaba los mejores profesores, que se ingeniaba en los recursos, que se desvivía por nosotros; y te lo cuento, para que veas cómo una viuda con escaso patrimonio pudo hacer tanto.

Con voluntad firme, con capacidad para los

negocios, con constancia á toda prueba, llevó á cabo lo que hubiera rendido á un ánimo que no hubiese sido varonil. Pensó en nuestro buen nombre y lo procuró, nos inculcó que vale más que ser rico ser honrado, y lo que es mejor, *nos enseñó á Jesucristo.*

Sér superior á mi madre no he conocido (y aquí pongo á un lado mi entrañable amor); doble naturaleza en que se reunía á una profunda penetración y á una vivacidad extremada el candor de un ángel; las manos siempre llenas de dones de caridad, ó en busca de ótros para llenarlas de nuevo, los pobres sus amigos, los niños á su lado. Casi siempre partida de éstos traviosos, en su presencia afectuosos, la cercaban y acompañaban en nuestra casa desde las oraciones hasta las ocho de la noche, ella en medio, entretenida con sus gracias, sus risas, sus bromas y sus fiestas. Caritativa como no se puede significar: tenía en sus campos cuartos para alojar, alimentar y curar desgraciados, á no pocos de los cuales llevaba después á su mesa; en la ciudad era el amparo de muchas familias indigentes; y en el hogar de los desamparados, á que asistía de ordinario á llevar consuelos y limosna, como no tuviese dinero consigo, dejó alguna vez su túnica y se volvió sólo con el traje exterior, contenta con haber dado lo que tenía en el momento.

Dispensa este elogio, que talvez está mal en mi pluma. Lo que hay es que la mojé en tinta de tu *Bella madre*, que es la mía también, y me salió el retrato sin pretenderlo.

Por no hacer eterno tu fastidio, voy á termi-

CECILIO ACOSTA

---

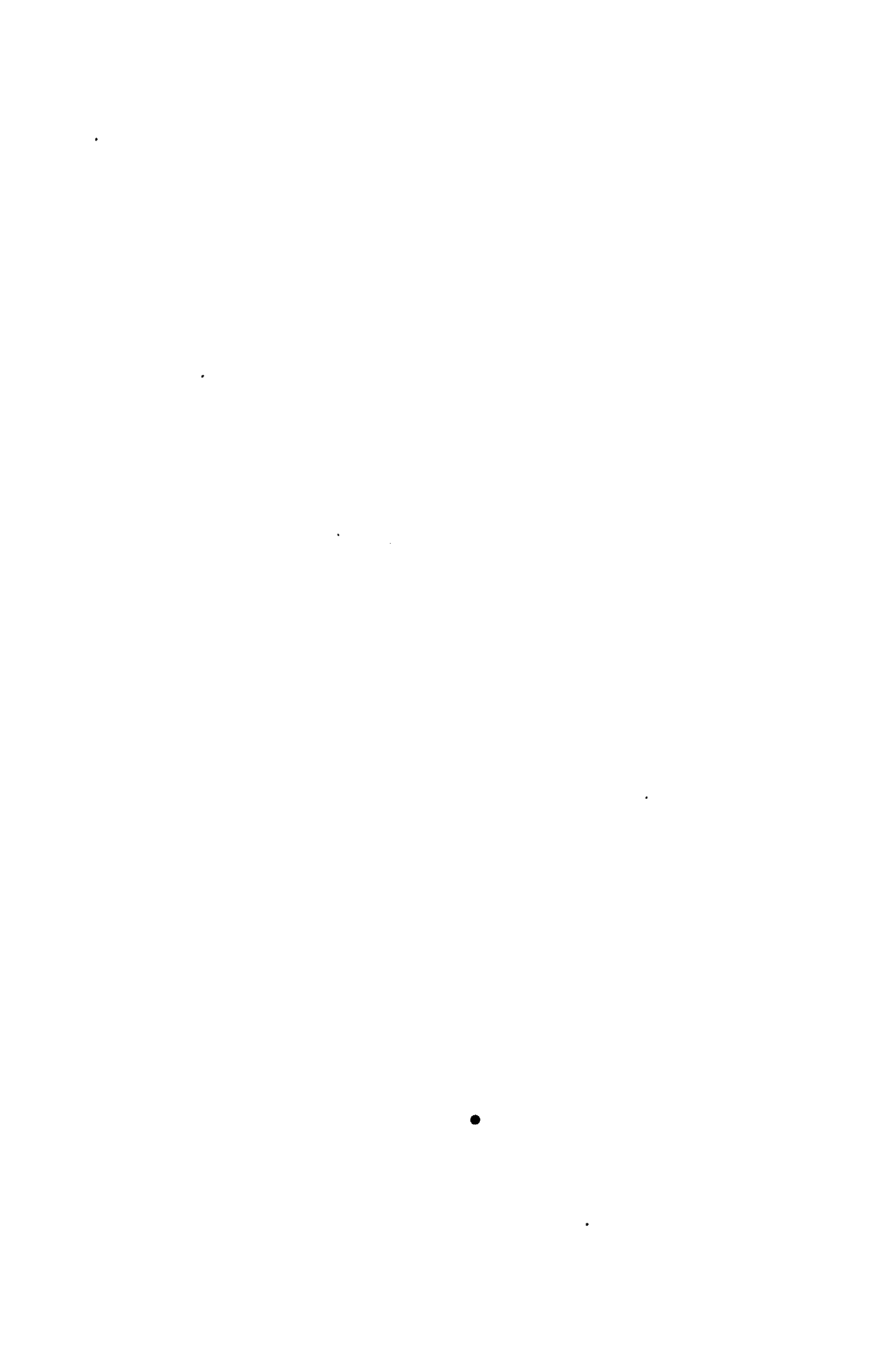
nar esta ya prolija carta. La tuya ha sido aquí muy celebrada y muy solicitada. Yo diré que eso no puede ser de otro modo, porque así como todo árbol da de sus frutos, tú das de tu talento, que es portentoso. No hay quien no lo diga y tú lo pruebas.

Tu estimable familia, á la que veo de cuando en cuando, está buena.

Consérvate tú lo mismo, y créeme el mejor de tus amigos.

*Cecilio Acosta.*





## INFLUENCIA

### del Elemento Histórico-político en la literatura dramática y en la novela.

---

#### LA COMEDIA

---

**E**L primer germen de la poesía escénica en España se encuentra en las composiciones sagradas, que datan talvez desde el siglo XI, con motivo del fervor religioso que el espíritu caballeresco empezó á difundir por todas partes entonces, y á que vinieron á dar pábulo después una devoción sencilla, y las costumbres coetáneas. A los principios, y talvez por largo espacio, no hay que figurarse en ellas dotes de invención, ni prendas de artificio, con un territorio sujeto aún á extraños y una lengua que nacía. Conforme pasa el tiempo, la introducción del lenguaje lemosín en Cataluña, Valencia y Aragón, que vieron celebrar en él las galanterías de los príncipes, las proezas de renombre y las fiestas cortesanas; el cultivo en que entró ya la *gaya ciencia*, de que hubo consistorio en Bar-



celona, y á que dió autoridad un Don Enrique de Villena; el ensanche que iba adquiriendo el nombre cristiano, dando estímulo así al numen y á la gloria; el uso popular del romance, herencia talvez de los árabes, que tanto se amoldó al genio nacional para sus cantos, sus amores y sus triunfos; todo ésto, unido á otras causas que se callan, ha debido ir desbastando la lengua, poniéndola flexible para las formas y haciéndola poco á poco instrumento adecuado para las galas del ingenio.

Italia precedió á todas las demás naciones en este camino; y no puede negarse que allí despuntó más tarde, y siempre primero, el día de las artes y las letras. Su mayor cercanía y contacto con el Imperio de Oriente, del cual recibió una colonia de artistas y de sabios, después que Mahomet II tomó á Constantinopla, fué causa de ello; á que contribuyó también por su parte el haber sido Roma desde el principio asiento de los Papas, muchos de éllos varones eminentes, el haber sido la nación teatro siempre de guerras fecundas, y sobre todo el haberse recogido allí las más granadas espigas de la cosecha helénica. Desde el siglo de Augusto ya decía Horacio:

Graecia capta ferum victorem cepit, et artes  
Intulit agresti Latio

*Ep. ad Aug.*

Colígrese de aquí que el estado embrionario de la lengua italiana duró talvez menos que el de la lengua española, que se desarrolló entre varias y encontradas razas dominantes; bien que (para decir la verdad) el empeño de los que cultivaron

la última en no contaminar su origen, ni admitir, hasta donde fuese posible, enlaces que pudiesen deslustrar el escudo de familia, contribuyó grandemente á conservarle mucho de la nobleza del abolengo y aquella gravedad, sonoridad, entonación y armonía que la hace talvez hoy el idioma más bello de la Europa.

Voy á emitir aquí, aunque sea de paso, una opinión que me es exclusiva, y en que creo no me engaña la idea que me han dejado estudios de conciencia. El griego y el latín son sin duda más perfectos que los idiomas vulgares, pero sólo (si bien esto es mucho) por la concisión, la traba armónica y el acento sonoro: semejan juegos chinoscos, en que las piezas ajustan todas, ó sus propios edificios clásicos en que todas las partes son geométricas y artísticas. Se comprende: en el un pueblo el arte fué un culto, en el ótro la elocuencia una enseñanza privilegiada de las razas patricias. Cicerón nos pinta á los Gracos educados, *non tam in gremio, quam in sermone matris;* y Plinio el joven, con ser quien era, escribía sus oraciones, y no halla cómo ponderar su *esmero en atildarlas: Nullum emendandi genus omitto, dice, ac primum quae scripsi mecum pertracto; deinde duobus aut tribus lego, mox aliis trado adnotando, notasque eorum cum uno rursus aut altero pensito.*

La Grecia, aunque varia en la forma política de sus diferentes Estados, recibía de Atenas el tono en el buen gusto, y Roma era ella sola, por su influencia, el mundo latino; viniendo á ser esta concentración de vida ó esta absorción de intereses, causa de que fuesen sus lenguas menos un

instrumento de comunicación para todos los casos, que una joya de gala para algunos, y una masa preparada sólo para formas estéticas. Tan cierto es esto, que tras la absorción macedónica el griego dejó de ser lo que era, y después que los pueblos del Norte quebrantaron la unidad del Imperio y hubo que entrar en relaciones con otros pueblos, el idioma del Lacio empezó á corromperse, hasta el punto de ser muy otro, mucho ántes de que Justiniano sancionase sus códigos, pues comenzó á perder las desinencias, la voz pasiva y el hipérbaton, trabas de oro, y á dar lugar á la formación de las lenguas *francas*, que fueron á poco el habla común del continente.

Los idiomas, pues, son más ó menos propios, según los objetos á que sirven; sin que los unos tengan sobre los otros, en razón de su organismo, mayores causas para dar mejores frutos de ingenio. El ingenio es obra sólo del acaso ó la fortuna, y en cualquier terreno nace y crece: Sófocles es más sencillo en la expresión, pero Shakespeare es más escénico en sustancia. Tito Livio más pulido en la forma, pero Bossuet es más profundo en pensamiento.

Todo esto es para concluir que si los idiomas de hipérbaton son para las artes, los que carecen de él son para las industrias, el trato social y el comercio; y que si el castellano conserva mucho de la estructura latina (lo que le da formas varias sin trabas duras) y ha tomado como dotes propias la flexibilidad y soltura que lo habilitan para ser intérprete fiel del progreso, sus condiciones son las más ricas: y así que los países donde se habla

sean más florecientes que hoy, su mérito, como órgano de expresión, llegará á ser sin rival. Y aquí ato otra vez el cabo de hilo suelto.

Ningún monumento histórico existe, á lo menos que yo sepa, en el cual conste de un modo cierto, por qué en España, en todo el tiempo transcurrido desde el siglo XI hasta terminar la dominación árabe en 1492, en el de los Reyes Católicos, y más después en la dinastía austriaca hasta Felipe IV, en que llegaron á su mayor esplendor las composiciones sagradas, el cultivo de este género, y la afición por él, llegó á ser algunas veces empleo favorito, y ótras objeto de solaz de los escritores y el público, resonando constante ó alternadamente con otras piezas en templos, corrales y teatros, el eco de las vidas de los santos y la voz de los misterios religiosos; pero es de conjeturarse, á vista de la rudeza é impresionable fantasía de las razas dominantes en aquel suelo, tan apegadas de suyo á alegorías, símbolos y formas, que tales costumbres entrarían como necesidades nacidas de los hábitos y tendencias de su gusto; que esta manera de piedad sirvió de pábulo al culto externo, y que la Iglesia, que siempre se fué con los tiempos en lo que deja intacto el dogma y da ayuda y mano al progreso, permitiendo unas veces, tolerando ótras, y condenando en casos en que era claro el abuso, alimentó así este motivo de devoción popular y abrió puerta á los ingenios.

No será mal visto, por ser el lugar propio, hacer aquí una observación que encuentra abono en la historia, siquiera para que se vea por qué

se abusó tanto de ese género sagrado, y cómo tal abuso, autorizado, puede decirse, con las galas y el prestigio del talento, cundió como un contagio, y dañó á su vez los otros géneros dramáticos. En el tiempo corrido desde la prisión de San Luis en 1250, hasta la caída del Bajo Imperio en 1453, salvo algunos puntos luminosos producidos por tal cual chispa del ingenio, espesas tinieblas cubrían la Europa. Las lenguas vulgares acababan de formarse, duras aún y resistentes á todo trato y cultivo; el feudalismo como sistema, la anarquía como amenaza, la conquista como título, la servidumbre como ley; sólo dos cosas había, eso sí grandes, que podían llamarse de consuelo: los hechos fuertes de armas, los sacrificios generosos, las maravillas de valor que por espacio de casi dos siglos trajeron las Cruzadas á la propia patria, como alimento de la fantasía y dulcificación de las costumbres; y el respeto que en ese estado social tan atrasado se tuvo siempre á la mujer, como herencia no perdida de los antiguos germanos, según testimonio de César y de Tácito. Importación ésta feliz, que propendió á la cultura del entendimiento, dando lugar señalado é influencia decidida á la galantería y á la gloria. Spencer pinta con los mismos colores el cuadro de esta época :

It hath been through all ages ever seen,  
That with the praise of arms and chivalry  
The prize of beauty still hath joined been.

Tal fué el origen á una del espíritu caballescoco que dió tinte á las costumbres, y del espíritu de caballería que dió ocupación á las letras ;

viniendo de ésto y de los vuelos inseguros de una imaginación sin freno, no menos que de la mezcla informe, casi á todos grata, de galantería y dureza, de superstición y piedad, de tradiciones gentílicas y sentimientos cristianos, el que resultasen libros absurdos y poemas monstruosos, en que tanto mayor era el gusto cuanto más desfigurada la verdad. Inglaterra y Bretaña fueron la cuna de estos malos hijos, que ya para el siglo XII formaron familias, entroncando en las historias del Rey Artus, el Santo Grial y los caballeros de la Tabla Redonda, la dilatada progenie que inundó á España en los siglos posteriores hasta muy entrado el XVII. Da grima poner la vista en esas obras, hervideros de desatinos, y que llegaron á ser en todo ese tiempo la lectura favorita y común, y á llenar las bibliotecas. La magia en todas partes, la naturalidad en ninguna; la invención febril; el estilo con frecuencia amanerado ó confuso. Unas veces son reinos que nunca han existido, como el de Sobradiza y Candalla; ótras, mujeres matonas y hombrunas como Bradamante, Marfiza y Antea; ótras, encantamientos que duran siglos, como el de Polixena y Aquiles, ó cuernos encantados como el de Roldán, ó viajes aéreos como el de Rugero y Astolfo, ó caballeros ó damas que derrotan ellos solos un ejército, ó sierpes que ponen espanto ó en fuga á sesenta mil hombres armados. Hay aventuras en que tódo es disparatado é imposible, como las de la *Dueña llorosa*, el *Arco Encantado*, la *Rica Selva*, la *Extraña Trompa*, y algúna, como la del *Tocado de Flores*, á que dió felice cima una mujer como.

Oriana; hay reyes por docenas, gigantes por cientos, elefantes por miles, peones combatientes por millones; y tódo se reduce á torres nadantes, lagos hirvientes, palacios de cristal, dragones, grifos, genios, monstruos, jayanes, enanos, hadas, dueñas, doncellas, terceras, amores, celos, desafíos, combates, mandobles, tajos, reverses y cuanto más puede forjar una imaginación delirante. Benito Arias Montano, hablando de lo perjudicial de estos libros, dice: *et quae nihil melius tractent quam perdere mores*. Esa peste duró centurias enteras; y el último libro impreso en España sobre caballería fué el de Don Policisne de Boecia en 1603; y podrá calcularse hasta dónde raya el ingenio del inimitable Manco, autor del *Quijote*, cuando bastó el donaire de esta inmortal obra en 1605 y doce años más tarde, para curar el mal de una vez y para siempre.

Pero los estragos que él produjo, en especial desde que la imprenta vulgarizó estos abusos y llegaron á ser libros impresos los códices, fueron harto graves, y aun se deploran hoy como mancha del teatro; mayormente cayó ésta en las piezas sagradas, que tomaron de ese gusto enfermizo y bombástico los adornos y las falsas piedras á que sirvió no pocas veces de engaste un oro de alquimia. Las ficciones monstruosas en que abundaban, las danzas deshonestas, las expresiones obscenas (*turpia carmina*), y hasta los recuerdos gentílicos, provocaron la intervención de la autoridad eclesiástica, que contuvo el abuso y lo persiguió hasta lanzarlo por fin de las

iglesias. Tomaron la mano Inocencio III y los Concilios de Santiago, Toledo y Valencia.

Ya para entonces era común la división de estas piezas en *comedias divinas y autos sacramentales*, en que los más floridos ingenios españoles deliraron tanto como lucieron. Respecto de las comedias del género referido, cuyos desarreglos tan donosamente tildaron Cervantes y Quevedo, bástala como muestra el *Cardenal de Belén*, en que aparecen en repugnante confusión San Jerónimo y Juliano Apóstata, San Miguel y el Demonio, cuyo tiempo es casi de ochenta años, y cuya acción pasa en las cuatro partes del mundo. En autos sacramentales fueron más fecundos los escritores, como Lope de Vega, al cual atribuye Don Nicolás Antonio cuatrocientos, y otros le dan menor número, como Montalbán, Tirso, Guevara y Rojas.

Del que quedan más obras de éstas es de Calderón, que las escribió por espacio de treinta años, en los cuales no había quien no pendiese de sus labios, ó no fuese á buscar maravillas en su pluma; y como todas son abundantísimas, bien que mezcladas de tierra y broza, no puede úno pasar de largo sin mirar siquiera un momento. Era mucho hombre ese ingenio, que casi jugando creaba. Los grandes talentos se conocen: él mismo, en el prólogo que escribió cuando imprimió el primer tomo de sus *Autos*, contestando á la tacha que se le imponía de introducir á cada paso las propias figuras alegóricas, como la Fe, la Gracia, el Pecado, el Judaísmo, la Gentilidad, contesta: «que el mayor



primor de la naturaleza es, que con unas mismas facciones, haga tantos rostros diferentes; con cuyo ejemplar, ya que no sea primor, sea disculpa el haber hecho tantos diferentes Autos con unos mismos personajes.»

Con esto tenemos, en lo tocante á estas piezas, la piedra de toque de su valor. Los personajes, inconexos; la trama, de hilos flojos; la fábula, absurda; la acción, sin interés; el desenlace, glacial, ó cuando más, inocente por pueril; pero en cambio, ¡qué de dotes! qué matices! qué riqueza! qué versos! y la versificación cuán lozana! Varios metros hay, pero los romances octosílabos de que más usa para lo descriptivo, y en que no tiene el autor rival ninguno, son museo todos ellos de joyas finas, que la poesía saca algunas veces por gala en días de pompa. Va úno á ellos como va á la mañanita cuando es el cielo azul á ver derramar al alba gayos colores; y Calderón, irregular y todo como es, se me parece en su conjunto á una madre-perla por fuera, pero que está por dentro cuajada de aljófares que duermen en bruñido lecho de nácar.

El Excmo. señor don Eugenio de Ochoa, juez tan competente en la materia, considera los Autos como *el monumento más sublime* de ese ingenio. En cuanto á mí, debo sólo agregar, que aquél á quien no le gusten puede hacer cuenta que Dios no la tuvo con él como sér racional, sino que lo dejó para bestia, aunque curse en Universidad latín y estudios serios.

Algunos no hallaron, pero yo sí hallo, por reminiscencias mudas de lo que he leído, y de.

que no sé dar testimonio (porque esto lo escribo sin mayor acopio de datos) que entre lo profano y lo sagrado hubo siempre un paralelismo contemporáneo de influencia recíproca, que contribuyó, en la confusión de los matices, á dar el color y á fijar el carácter que tuvo en los varios tiempos la dramática española. Esto, junto con la necesidad de ir á la fuente de otras causas generadoras y decisivas, justifica las digresiones que he hecho, para volver de nuevo al principio y seguir con paso largo la reseña.

Para hallar el origen, bien que informe, del teatro español, no se puede remontar más allá del tiempo de Don Alfonso X; el habla había empezado á dar señales de deshielo, y corría, aunque en hilos, con algo de limpieza y de soltura; el poema del Cid, á mediados del siglo XII, el de Alejandro, y las poesías de Gonzalo de Berceo, un siglo después; los *decires árabes*; el gusto y saber de príncipes como Don Jaime el Conquistador y el Rey San Fernando, cuyas córtes resonaron más de una vez con el acento de las musas; y más que tódo, el culto amartelado por ellas que tuvo siempre aquel monarca sabio, el primero de los reyes de España, según Mariana, que mandó que las cartas de ventas, contratos é instrumentos todos se celebrasen en lengua española; los deseos de que esta lengua (que era grosera) se puliese y enriqueciese: todo esto era poco para encarecimiento en las conquistas del espíritu, pero era mucho para ensayo en ellas ó como camino para alcanzarlas, con reinos en desasosiego, casa con enemigos, bandos y

parcialidades siempre, desahogos ningunos; y bien claro se ve por estos y otros hechos históricos, que había grandeza en una raza que pudo fundar entre luchas su idioma, llamado á ser un día órgano de ingenios distinguidos y monumento de gloria, puede decirse, sin rival.

No excederían, con todo, semejantes ensayos, de miserables embriones y remedos, á juzgar por lo único que nos queda de ellos, que son las noticias que nos vienen por las leyes de Partidas: eran pasos aún con andaderas. Juan de la Encina fué el primero que en algunas de sus églogas, representaciones y farsas, si bien sencillísimas, hizo al diálogo nacer de la acción, y encaminar el curso de ésta, si bien con timidez y precaución, al drama. Esto, y la *Celestina* es lo más notable que queda de ese tiempo; novela dialogada ésta última en que la lengua ya habla, el estilo es fácil y corre, el donaire oportuno y picante, si bien un tanto desenvuelto; y en que la cosecha de buen grano es tan pingüe, que produjo, por lo que sirvió de ejemplo y estudio á todos, siega abundante para un siglo de espigas no escasas.

El XVI se abre bajo mejores auspicios: la monarquía española asentada ya en su caja, la América como conquista, las riquezas de oro y plata como esperanza, el mundo abierto á la admiración y al trato de una nación que se engrandece; á vista de lo cual, de que la gloria es blanco y al propio tiempo prez del numen, y de que en todo ese transcurso de tiempo la poesía lírica y la buena prosa rayaron á su mayor

altura, ósa uno creer que igual dichosa suerte había de tocar á la dramática. No fué, sin embargo, así, por causas harto conocidas. La *imitación clásica*, que tras el bien que produjo, fué origen de males, porque esterilizó el talento; el celo suspicaz de la Inquisición, que cegó muchas veces manantiales de aguas puras; los recelos engendrados por la Reforma protestante; la opinión indecisa sobre la licitud de las representaciones escénicas; y hasta las circunstancias de no haber una escuela respetada de cánones fijos de buen gusto: todo esto contribuyó, en el género de que hablo, á hacer sus frutos pobres, desmedrados ó tardíos.

Bartolomé de Torres Naharro algo enseñó como preceptista; y sus comedias, las primeras del siglo, en medio de tantos desaciertos, no poco bueno tienen como ensayo, aunque no fuera más que la versificación, que es fluida, y el interés, que no es escaso. De Cristóbal de Castillejo, que le siguió en el mismo género, no se conserva pieza ninguna, pero es de conjeturarse que serían algunas buenas, ó tendrían dotes estimables por el donaire agudo, la sal cómica y la gracia picante, aunque algo descompuesta, que se ve en las poesías líricas de este autor, dado á motejar vicios y á corregir costumbres, y que afiló siempre sus armas en versos cortos. No está distante tampoco de la verdad que sus comedias se representarían, puesto que consta que por los días de 1573 se dió la prohibición impuesta á éllas y á las de Torres Naharro, para desdoro esto de las letras, y recelos de los que podían cultivarlas.

Y hé aquí, junto con la falta de teatros, que era un inconveniente, y la peregrinación de las compañías, que era al arte deshonra, una de las causas de atraso que se notan en él hasta mediados del siglo. Consta que en 1548, con ocasión de las bodas de un hijo de Carlos V, se representó en Valladolid una comedia de Ariosto, lo cual prueba que algunas veces el vacío no es porque lo hay de suyo, sino porque se forma de propósito, y que no pocas, la razón de estado prepondera sobre la razón del gusto; leyes éstas de los tiempos, y enseñanzas de la historia.

Durante el espacio de treinta años más ó menos estuvo la escena entregada casi exclusivamente á representantes de profesión como actores y autores; y ocurre sin esfuerzo cuánto debió sobrevenirle de deslustre y mengua en manos mercenarias y con escritores de recluta. La única excepción es Lope de Rueda, que por espacio de más de quince años, á contar desde 1548, fué regocijo de varias ciudades populosas, fundó éra, creó la farsa dramática, y dió sazón, sabor y temple, hasta donde cabía en tiempos tan atrasados, al gusto cómico. Sus obras no son modelos, pero fueron en su época un principio de restitución: la fábula sencilla, el artificio natural, la dicción pura, con mezcla de algunos resabios, por supuesto; escritor candoroso, que es cualidad que le distingue. Muestra el aprecio de que fué objeto en vida, la circunstancia de haberle sepultado el Cabildo de Córdoba en la Iglesia Catedral.

De aquí paso á Cervantes por considerarlo como dramático; y debo manifestar de una vez,

que en este particular se le ha juzgado con harta dureza y, para decir todo lo que siento, con sobra de sinrazón. En el interesante prólogo que él antepuso á la edición, en 1615, de sus ocho entremeses y sus ocho últimas comedias, hoy existentes, asegura haber escrito antes 20 ó 30 piezas dramáticas, de las cuales sólo quedan, por haberse rescatado del olvido en 1784, *Los Tratos de Argel* y la *Numancia*. De las primeras afirma él mismo, que no fueron estimadas, y que tuvo á dicha venderlas á un librero, quien le dijo: «que de su prosa podía sacarse mucho, pero de su verso nada»; lo cual revela que las primeras obras de este género que compuso, ó no fueron aceptadas en el público, ó fueron mal recibidas en la escena.

No hay por qué callarlo: Cervantes, con muchas prendas excelentes, en lo cual no hacía más que dar de su tesoro, pero que eran sólo adornos accesorios, promiscuó tanta irregularidad y desorden, que en general el conjunto de sus piezas es un monstruo. La tragedia *Numancia* es lo mejor, y no es buena; sobra de magia, falta de verosimilitud, y hasta un muerto que habla; sólo que hay muchas situaciones bien traídas, y no pocas veces la entonación del coturno, como se ve aquí, hablándose del estrago de la ciudad:

Presto veréis que por el suelo, rasa  
 Está la más subida y alta almena,  
 Y las casas y templos más erguidos,  
 En polvo y en ceniza convertidos.

En los *Tratos de Argel* hay hechicerías, con-

juros, entes alegóricos y hasta un león que sirve de escudero, todo sin traba, en revuelto caos y con una versificación sin alifio ni estro. En la del *Rufián Dichoso*, baste saber que él mismo dice por boca de la *Comedia* que no sigue los preceptos de Plauto y Terencio. *La Entretenida* es una mala trama en que no hay ni propiedad, ni interés, ni estilo, por más que el erudito Don Agustín García Arrieta se empeñe en encontrarle algunas dotes.

Cervantes sale siempre mal librado como trágico; peor aún como cómico, y como poeta malísimamente: la historia no ha levantado aún este fallo. Comoquiera, considérasele como uno de los que contribuyeron, con Lope de Rueda, Pedro Naharro y ótros, á levantar la suerte del teatro y á ponerlo en decente altura, humillado ántes por el suelo, y entregado tanto tiempo hacía á farsas viles y á representantes de *pan ganar*.

Pero no he de pasar de aquí sin dejar asentada una opinión, en que yo no sé que me acompañe ótro, bien que tenga por gran padrino al mismo Arrieta. Semejante sentencia contra el autor del *Quijote*, la tengo por injusta, no tanto porque califica sus obras dramáticas, sino porque le descalifica á él; y es tal el respeto que merece varón tan extraordinario, que tiene úno que poner la mano con mucho tiento sobre una fama que ya es histórica y un nombre que casi es único.

El teatro francés no empezó á dar frutos en sazón hasta mediados del siglo XVII: de Italia, con quien más comunicación hubo desde las gue-

rras del Gran Capitán y de Carlos V, apenas se tomaba lo caballeresco y fantástico, por el halago de ficciones tan extrañas como las de Bayardo y Ariosto; y el teatro inglés, plagado primero de lo que llamaron *Milagros*, *Misterios* y *Moralidades*, quedó lleno á fines del siglo décimo sexto y principios del siguiente, por el inmortal Shakespeare, á cuyos pies, según la expresión de Schlegel, «el mundo de los espíritus y de la naturaleza derramó todos sus tesoros», pero en cuyas obras lo grande es el genio, y la escuela dañina. No es este lugar oportuno de explicar este fenómeno.

Lo que sí importa saber es que Cervantes nada pudo aprovechar de esa escuela, y mucho menos de la de la propia casa, donde no obstante haber ya blasón histórico y escudo de nobleza, los ejemplos eran perniciosos y las costumbres relajadas. En ese tiempo justamente empezó la gran cosecha: el gran sembrador Lope; pero el gran culpable también. Daba el tono, imprimía el sello, era tirano, y *se alzó con la monarquía universal*, según la expresión de Cervantes.

Este no necesitaba de aprender nada; tódo lo sabía, y quien quiera convencerse, lea el famoso coloquio entre el Cura y el Canónigo de Toledo. Lo que hay de cierto es que tuvo hambre: que las comedias las hizo para comer; y que si no logró su fin, rindió parias al mal gusto. Lope ganaba á pesar de todo, y se comprende: como poeta, era una caja de música, á la cual apenas había que darle cuerda para encantar, y bajo la magia de acentos que no llegaban más que al olvido, pero que llegaban: lo imposible, lo real, lo



deforme y lo bello, tódo encontraba disculpa y aplauso en oídos poco educados, para los cuales la música es prestigio, y las formas métricas locura.

Bien conocía el estado de corrupción dominante, quien en el referido coloquio, trae como una especie de desahogo: «Pero como las comedias se han hecho mercancía vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarían si no fuesen de aquel jaez» (disparatadas); y quien más después, en el *Viaje al Parnaso* escribe:

Adiós, teatros públicos honrados  
 Por la ignorancia, que ensalzada veo  
 En cien mil disparates recitados!  
 Por las rucias que peino, que me córro  
 De ver que las comedias endiabladas,  
 Por divinas se tengan en el corro.

Además, los grandes poetas filósofos, salvo Shakespeare, Goethe, y algunos más, los que han menester derramarse para encontrar generalización á sus ideas, los que son como las olas del océano, que van á dar á todas las playas, no es raro que no quepan en moldes de convención, y se encuentren como ahogados—cuando debieran campar por su cuenta—en formas rítmicas, siempre exigentes, ó en ideas reglamentarias que no sean las de la naturaleza, que enseña, ó del propio genio, que agita. Lo fantástico hasta el delirio, lo vulgar hasta la bajeza, lo conceptuoso hasta la hinchazón, la magia gentílica con las virtudes cristianas, anacronismos de siglos, ángeles en coloquios amistosos con los diablos, pollinos en las

tablas, sierpes vomitando encantadores, y como dice el Cura, *lacayos retóricos, pajes consejeros, reyes ganapanes y princesas fregonas*; hé aquí, más ó menos, la tiranía de la escuela contemporánea. Lope, que la autorizó, y que, para cuando escribió su apología, nos dice que de 483 comedias, sólo seis no pecaban contra el arte, pudo vivir rico con éllas, así como con las demás que salieron de su fecunda fantasía, porque su palabra salía labrada en hojas de oro que servían para dorar los pensamientos, aun esos mismos falsos; pero no pudo hacer lo mismo Cervantes, ó porque versificaba menos, ó porque se independizaba más.

Fuera de ésto, él vivió siempre en la indigencia, que si es musa á veces para lo grande, es ocasionada también á lo humilde. En los ingenios en ese estado hay una gran voz para la inmortalidad; ese fué el *Quijote*; después viene el desengaño, el abatimiento, la postración: ésas fueron las novelas, las comedias y sus demás obras.

Estudiáridolas en conjunto, hallo que su autor es el padre de la musa filosófica, la que burla sin odio, anonada sin veneno y ejerce el alto desdén que torna en despreciable lo ridículo; que el donaire, el chiste agudo, las sales oportunas, eran fruto espontáneo de su talento, y oro precioso de su vena inagotable; que las ideas salían de su entendimiento á tomar las formas bellas que todos repetían por agrado y festejaban después como donosas; que la malicia urbana y la vivaz travesura eran dotes originales de su

espíritu; que su pluma era un arma, su fantasía un astillero, y su frase un castillo fuerte de tiro seguro contra los resabios y los vicios. Ingenio superior, que corrigió riendo, que hizo la burla inmortal, y cuya boca, órgano de pensamientos festivos, fué siempre venero de gracias cómicas. Tengo, pues, para mí, que si Cervantes hubiera vivido con holgura y puesto sólo de su caudal, ó seguido sin trabas su genio, habría sido un Menandro ó un Terencio; y que si no lo fué, está la razón en la tiranía de las ideas coetáneas, ó en la falta de estímulo y favor, ó en la sobra de desgracias con que anubló siempre su vida la pobreza.

*Neque cuiquam tam statim clarum ingenium est, ut possit emergere; nisi illi materia, occasio, fautor etiam commendatorque contingat.*

PLIN. *Epist.*

Desahogo el pecho al poner aquí este ingenuo juicio mío: desagravio no es, porque mis fuerzas son flacas; justicia sí, porque la siento. Pido venia por ello: en sustancia nío he hecho más que evocar la memoria de un grande hombre, y poner una siempreviva á la orilla de su tumba.

Aunque alcanzando algo de la anterior, la excelsa figura que aparece en la portada del siglo XVII es Lope de Vega, que ejerció por más de treinta años tánto poder en la dramática española, siendo en ella, y para los que la cultivaban, legislador, juez, tirano y guía. Con este motivo, la his-

toria de su vida literaria es la historia del arte, y como éste hubo de conquistar entonces aquel lustre que continuó después hasta el fin de la centuria, no será mal visto decir algo, siquiera de paso, sobre la índole, tendencias é influjo de aquel ingenio portentoso.

Demás está repetir lo que ótros han escrito acerca de su fecundidad, su inventiva y el número casi increíble de sus producciones; que como versificador era inagotable, como poeta de gracia y colorido, único; que no hubo género que no ensayase, ni dificultad que no venciese, ni campo de lucha de donde no sacase ó trofeos ó aplausos: varón singular, cuya alma era una armonía, y cuyo pensamiento un canto divino. El número de sus dramas, de sus novelas y demás obras causa pasmo, y hoy no sabe úno cómo alcanzó para tanto su vida, por larga que fuese, y aunque ni de día ni de noche hubiera dado su fantasía paz á la pluma. Imaginación riquísima, hasta salirse de madre; dón de poner siempre en los versos la música que corresponde al ritmo del oído; dón de pintar con el color que conviene, y de moler y mezclar para éllo las tintas apropiadas; señóro absoluto sobre la historia, las ciencias y la fábula; maestría en los caracteres, caricaturas y retratos, y la facilidad de desempeñar, jugando, argumentos y temas formidables: tal es el poeta, á que viene á dar realce la índole del escritor, correcto, fácil, flexible y trasparente.

Todo ésto es fácil hallarlo en los juicios contemporáneos. Lo que no hallo yo, pero sí voy á explicar como pueda, es por qué tal varón trabajó

más para su gloria que para el arte; por qué á pesar del inmenso ruido que hizo y de la fábrica que levantó, va úno á verle como al Coliseo de Roma: ruinas monumentales, pero ruinas; por qué no fundó un teatro más permanente, por qué en fin, no obstante la excelencia de sus dotes, las malbarató tan malamente. Y aquí ocurre, como traído de la mano, hablar de Shakespeare, para ver en el cotejo con Lope lo que tienen de común los dos ingenios, y el por qué de la influencia que ejercieron y del lugar que ocupan en la historia literaria.

En la guerra de treinta años da grima ver á media Alemania acuchillada, á la ambición de Austria dando el cuchillo, á casi toda Europa, un tiempo en armas, para ser víctima de él; y sólo descansa el ánimo cuando contempla caracteres tan nobles como el de Gustavo Adolfo, que sabe ir á brillar por su bravura y morir en Lutzen por una idea; y después de la paz de Westphalia aparecen Suiza y las Provincias Unidas tomando puésto en el registro de las potencias reconocidas, la libertad de conciencia garantida, el equilibrio con contrapesos, Alemania en su caja, y un nuevo derecho público que por largo espacio llegó á ser en el Continente patrón y norma; y aunque la que más agitó y más ganó en la partida fue Francia, por lo cual la inculpan algunos, supo redimir tal falta—si la hubo—con su preponderancia, que empezó á ser desde luégo inmensa, y con una gloria casi sin par en hazañas militares y letras, que tramontando el siglo, fué tanto como timbre propio, envidia ajena.

La Fronda no fué más que una intriga de córte, bien que larga y de sangre salpicada, y terminada con influencias de mujeres de alta guisa, epigramas ingeniosos, pensamientos agudos, humor alegre y chistes finos; lo cual prueba que lo que no es serio, no sirve de savia al progreso.

Luis XIV ó lo que se llama su edad, tiene doble faz: yo cojo cuanto cargo pueda hacersele, lo echo á un lado, y lo cubro con su lápida: nunca el carro de una gran idea ó de un gran impulso se mueve sin levantar polvo ó quebrantar pedrezuelas á su paso; y baste esto como contestación, ya que es cierto ser la tolerancia algunas veces la justicia de la historia. Pero en lo demás; qué cosecha para los estudios y qué esplendor para el renombre! El teatro llega á su apogeo; se hace ostentación de una cosa muy buena: amar la gloria; y de otra mejor aún: laurear el mérito; se eleva el buen gusto á la categoría de escuela, y la galantería á escuela de salón; Pascal, él solo es un sistema filosófico; Bossuet, la musa de la historia; Fenelón, el eco de la sabiduría cristiana; Descartes, un vidente; la córte llega á ser centro de reyes huéspedes y de pretendientes dinásticos, que venían á ella á admirar su poder ó á implorarlo; y se imagina úno en el Parque de Versalles á Louvois ó á Vauban hablando sobre la guerra, á Colbert sobre la política y la economía social, al Gran Condé y á Turenna sobre sus hechos de pro, pasmo de Europa, que ellos estimaban como juegos de niños; y en seguidas oír recitando á Racine su Andrómaca, á Corneille su Cid, y al que después había de ser

el célebre Obispo de Meaux, su *Discurso sobre la Historia Universal*, especie de oráculo lanzado por el genio en medio de los siglos.

A la España de los últimos Felipes de la rama de Austria la menciono con el mayor gusto, porque, si bien el sol de la nación declinaba ya en política, y se iba de las manos de aquel Gobierno el poder, un tiempo lábaro de civilización de dos continentes y pasmo del mundo, todavía es cierto, como si la suerte se complaciese algunas veces en cubrir la grandeza caída con manto de estrellas, que el arte escénico—dicho esto en especial por la comedia—tuvo tal esplendor, que no reconoce rival ni en los días antiguos, ni en los modernos; y vuelve úno siempre la vista á ese espectáculo como á una magnificencia histórica, y como á un triunfo espléndido del arte y del ingenio. Lope es un mar sin orillas, como sin fondo; Calderón, todas las cascadas juntas, cascadas de perlas, que caen en él para hermosearlo; y después de tanta opulencia, no hay para qué citar, aunque tan ricos ellos de suyo, á Moreto, Tirso, Alarcón, Rojas y mil más que no agotaría nunca la pluma.

Me vuelvo ahora á Inglaterra. La Gran Revolución de 1668 es un acontecimiento extraordinario, una piedra miliaria en el camino del progreso; y si tuvo menos ruido y más duraderos efectos que otros acontecimientos, fué por lo económico de la lucha, lo doméstico de su carácter y la sensatez de sus doctrinas. Después de las guerras médicas, en que Grecia logró cantar en ditirambos altos triunfos contra Persia, para volver á la

misma esclavitud interior, tener una guerra, puede decirse de familia, como la del Peloponeso, en que se derramó la mejor sangre, un reinado vergonzoso como el de los treinta tiranos, que hubieran continuado la opresión, sin la gallarda acción de Trasíbulo;—después de las contiendas de Roma republicana por la igualdad entre un patriciado soberbio y una plebe voluble, que ora expatrió á Coriolano, ora da mano amiga á Clodio, ó exalta á los Gracos, para mil episodios sangrientos, hasta terminar éstos con la usurpación de César y el puñal de Bruto;—después de algunos esfuerzos más en el mismo sentido y con la misma escasa cosecha, es preciso, para encontrarse con instituciones serias y edificio sólido para la libertad y el orden, llegar hasta Guillermo III, que logró, con el perfeccionamiento de la Constitución que se hizo, fundar sobre bases firmes el Parlamento, el Ministerio, las garantías y la prensa, y dar á la máquina política un movimiento que ni quita acción al gobierno, ni amengua el derecho social. Lástima grande que en ese mecanismo se hubiese dejado subsistir la intolerancia religiosa, peste del tiempo; pero en lo demás es preciso confesar que huye de los dos males que menciona Tulio: *libertate immoderata lite ac licentia concionum*.

Las más interesantes figuras de este cuadro, que quiero cerrar con ellas, son los hombres de letras y de ciencias: Milton y Locke, Torricelli y Bacón, Leibnitz, Galileo y Newton, que se adueñaron del espacio, de la fuerza universal, de la luz, del infinito y del cielo.

El siglo XVIII no es el más puro en cos-



tumbres, ni el más hermoso en artes, ni el más galante en maneras de córte y de salón; pero sí es el más fecundo en el derecho, el cual parece que hubo menester, para comenzar á ser poder social, del desaparecimiento de cien pueblos, de la ruina de mil instituciones, del cambio de muchos códigos, de sucesivos ensayos en administración política y formas de gobierno, y hasta de torrentes de lágrimas y sangre, como si fuese cierto que el egoísmo sólo desiste combatido, y la ambición sólo cede quebrantada.

Era ésta una simiente que había de pouverse más tarde; pero lo que es al principio del tiempo que considero, todavía hay mucha violencia que ver y muchas guerras que llorar. La llamada de sucesión española fue un sacudimiento europeo de trece años, terminados con un vacío de hombres, un equilibrio facticio y un ejemplo fatal. Los tratados de Utrecht y Rastadt fueron un respeto para la decadencia de España y Francia, para la preponderancia de Inglaterra y para adquisiciones en favor de Austria, para ella de más ostentación que conveniencia. La paz de Aquisgrán, tras tantos desastres, y los tratados que pusieron término á la guerra de siete años, sólo sirvieron para ofrecer á la vista: en el primer caso, junto con la avidez de naciones que como buitres se lanzaron á devorar la herencia como una presa, el carácter varonil de María; y en el segundo, el espectáculo interesante de una nación como la Francia, que toma por su genio sitial de autoridad entre las grandes naciones, lleva un peso considerable á la balanza política, y con el tiempo había

de quitar, como lo ha hecho en efecto, la primacía al Austria y á la casa de Lorena, crear un nuevo espíritu público, cuyo vigor se nota en el cumplimiento de la ley y en la pureza de las costumbres, y constituir un centro de resistencia fuera y neutralidad por sus intereses, para lograr, lo que es en el continente, que la raza teutónica no acabara por descomposición y decadencia; que la franco-gala no levantase por largo tiempo un nuevo imperio de Carlo-Magno; y que la eslavo-rusa no lanzase sobre la Europa occidental, para devorarla, sus terribles cosacos del Don.

Se encuentran los verdaderos principios de la Economía política. El derecho internacional tiene intérpretes claros en Wolff y en Vattel. Se enriquece la agricultura con nuevos métodos de cultivo y nuevos frutos de barata producción, y la fabricación y las artes con diversas máquinas y procedimientos. Las matemáticas y la astronomía cuentan con genios como Monge, Lalande, D'Alembert y Laplace, á quien había de tocar, complementando la idea de Newton, rey como aquél del espacio, hallar, para poner en armonía, las fuerzas todas del orbe. La historia natural queda establecida con los nombres de Buffon y de Linneo; y nada, ni la electricidad, ni la química, que empezó á dar los primeros pasos, deja de tener un invento, una adquisición, ó un progreso.

El efecto de las ciencias no es súbito: derraman acá y allá la luz, pero no extirpan por de pronto los intereses, que no cediendo nunca por voluntad sino por impotencia, han menester algunas veces, cuando son hondas las raíces, de sacu-

dimientos profundos, en que la tempestad avienta las aristas sobre regiones ó continentes enteros, que tienen que ir á hundirse en el caos, para volver después al orden.

La armazón feudal era todavía, puede decirse, el organismo político predominante; la índole de los gobiernos, la absorción; el espíritu de la guerra, la conquista; el carácter de la paz el sometimiento servil; y da grima pensar en córtes esclavas del esplendor y el lujo; en altas clases sumidas en la molicie; en influencias sociales caprichosas y tiránicas, sin más sanción que la costumbre ó la fuerza; en órdenes reales, que pasaban en una noche al inocente, de su lecho á la Bastilla; en industrias para el monopolio; en factorías para confabulaciones oscuras; y en la suerte de pueblos que podían ser recortados ó cambiados, como lienzo, en los congresos de paz, ó repartidos cual presa, como Polonia, condenada á triple martirio.

Quisiera borrar este cuadro con la misma pluma con que lo escribo, si no es que voy á hablar de un movimiento, si desastroso por una parte, por otra, grande y fecundo.

La filosofía político-social, que como fuerza imprime impulso, y como recurso acude á necesidades del momento, es tanto como reintegración, creación continua, y así como luz que dora los montes y alegra los valles, fuego encerrado que revienta, ó rayo que se desata de las cercanas nubes. Hay veces que una catástrofe es un remedio; y una erupción, un desahogo de la naturaleza convulsa.

Sonó la hora del caos, y principió sublime, sobre todo en Francia, que dió entonces por el es-

pacio de casi media centuria la lección más terrible y más grande de la historia. El ingenio se hace cortesano, no por la adulación sino por el imperio que impone; los sistemas sociales andan de moda, y lo que no sirve para echar abajo algo y para formar escombros, ni se busca ni se aplaude. Las ciencias tienen enciclopedia; Holbach y Helvecio crean una moral de carne; Condillac una filosofía de materia; Lamettrie una máquina con ruedas en que un movimiento ha de representar el vicio y otros las virtudes. Se defiende el sensualismo, el ateísmo, el materialismo, el deísmo, talvez no por convencimiento, sino por espíritu de lucha, y como máquina de guerra; y esto al mismo tiempo que Condorcet y Turgot sueñan en un optimismo indefinido, Montesquieu graba con su inmortal estilo los fundamentos de la organización de los gobiernos y las leyes, y Rousseau con una elocuencia encantadora saca del polvo con que lo habían cubierto sus amigos, para restituirlo á su cielo, al Dios de la revelación y del cristianismo, sin más extravíos y contradicciones que los de la época á que pagaba tributo, y con todas las extravagancias de un carácter en que la desconfianza de sí propio fué índole, y la negra misantropía, placer. Todo se remueve, se discute, se juzga y se condena: el antiguo edificio se desmorona, y la filosofía impera; la Sorbona y el Parlamento con las obras, eliminándolas la una, absolviéndolas el otro; *Las Bodas de Figaro* ponen en jaque á la corte, y en calor al pueblo; un filósofo, si es rechazado por un rey, es halagado por otro, que lo necesita como oráculo;

en los salones no se habla sino de los *bellos espíritus*, que dan el tono en legislación, letras, artes y ciencias ahora, y han de darlo después; ni en la sociedad sino de la tempestad que ya se ve en la atmósfera; y Voltaire, el que todo lo supo, escribió y dijo, bueno ó malo, falso ó verdadero, sublime ó ridículo; el que destruyó por sistema y combatió de maligno; el patriarca ya reconocido de la nueva reforma, que á su vuelta de Berlín, y Luis XV en Versalles, se vió reinando en París, y todavía tuvo harto tiempo para gozar su gloria, observar las ruinas que había hecho, y ver caer el muro levantado por él entre dos períodos, el del feudalismo que se iba, y el de la libertad que principiaba.

Los sucesos coetáneos influyen más de lo que uno se imagina en el rumbo y el color de las ideas: éstas modifican, pero son modificadas á su vez: acción y reacción que forman el organismo social. La guerra de las Dos Rosas había ensangrentado el suelo inglés casi por un tercio de siglo: envenenamientos, traiciones, asesinatos, casas enteras como las de Neville, Pole, Clifford, diezmadas; el historiador Comines nos habla de ochenta príncipes de sangre real muertos, y hasta del duque de Exeter, hermano del rey, reducido á pedir limosna de puerta en puerta. Da grima lo que se ve desde Henrique IV hasta Ricardo III, que no obstante ser tan hábil monarca, hizo matar en la Torre de Londres á sus dos sobrinos en su propio lecho.

The most arch deed of piteous massacre  
That ever yet this land was guilty of.

No hay cosa más engendradora de desastres, que la ambición desapoderada de mando y el estrago de las guerras intestinas: la virtud se va luego, y la sangre que sobreviene lo que deja es vacío detrás, y delante horror, miedo y luto. En cambio, cuando hay después algún ingenio poderoso, recoge todo esto y lo ofrece á la posteridad, como escarmiento y enseñanza: ejemplo Tácito, Dante y Maquiavelo, en cuyas obras ve úno aún á la humanidad viva, al crimen que asuela y al dolor que se queja.

Siguió la dinastía de los Tudores, en la cual, si es que cabe exceptuar á su fundador, el despotismo fué sombrío, la resistencia del parlamento, débil, si bien deliberada, y la libertad política en todo ese tiempo sólo un ensayo de buenos frutos para más tarde, pero hartos caros entonces, en medio de ideas tan candentes y de una intolerancia religiosa de tal modo ciega, que quería imponer las creencias con mandatos y el culto con patibulos. El brutal Enrique VIII fué cruel por avaricia y por sistema; monstruo que hasta leer su historia causa espanto; la corta edad de Eduardo VI tal vez no le permitió desplegar los instintos de su raza; María vivió—porque á ello la condujeron sus ideas fantásticas y la dureza de su alma—entre piras y cadalsos, é Isabel, no obstante el melindre regio y la coquetería desdenosa de su índole y el ser además ótro su carácter, porque siquiera tenía talento y ricas dotes, halló en la Cámara Estrellada un instrumento ciego de opresión, en Escocia quien secundara sus planes de muerte, y en su reino

quien la ayudara á segar preciosas vidas. Para que sea completo el cuadro, no hay que hablar de Juana Grey que sólo reinó nueve días borrascosos, pero que á haber reinado más, hubiera sido autora de otros sucesos; alma de Platón que á los diez y nueve años escribía como él el griego, que conversaba sobre alta filosofía, según es de verse en su carta desde la prisión al Doctor Aglmers, con tanto acierto y gracia como el profundo Sócrates.

Tal es la Inglaterra que sirvió de modelo y de musa á Shakespeare; sombría, ensangrentada, ominosa: especie de inmenso osario donde los huesos tenían carne aún, bien que en jirones, y la carne movimiento. Me figuro yo que un ingenio tal, á vista de eso, es un gigante vestido de hierro para hacerse insensible en el exterior y poder así dar golpes de manopla sobre las partes doloridas, evocar sombras como quien exhorta á hermanos, ver derramar lágrimas como quien ve caer rocío y traer del reino del espanto los terrores que hielan, y el silencio que hace mudo. En esto, y en el talento superior, está ya el trágico. El que escribe el delicadísimo coloquio de amor entre Romeo y Julieta de que sólo fueron testigos los rayos de la luna, y que parece el primer idilio cantado por los primeros pastores de la Arcadia, es el mismo que los lleva á un cementerio á celebrar sus nupcias con la muerte, y hace decir á la desposada antes de morir, y con el puñal en la mano, que acaba de quitar á Romeo, aquellas terribles palabras:

O happy dagger!  
This is thy sheath; there rust, and let me die.

Si el autor filosofa ó ríe por boca de Falstaff, la burla es hiel y la doctrina desengaño; si quiere usar de lo maravilloso como máquina, crea brujas, y le hace á uno creer en ellas; si le piden terror puebla el teatro de espectros; si le piden un tirano como Ricardo III, le arranca la conciencia, para llenar el vacío con maquinaciones de exterminio. Nada hay más patético que *Lear*, cuya suerte no podrían oír las piedras sin llorar; nada más trágico que aquellas palabras de *Lady Macbeth*, sonámbula de horror:

*Here's the smell of the blood still: all the perfumes  
of Arabia will not sweeten these little hands. Oh! oh! oh!*

Esto hace erizar los cabellos y nos justifica para aplicar al escritor lo que Faseli decía de Miguel Angel: «que era mucho hombre para imprimir el sello de lo sublime hasta en la jiba de un enano.»

Con esto se ve que Shakespeare tuvo en sí mismo mucho genio, tuvo detrás de sí mucha sangre, tuvo en torno suyo hartas luchas, y que si pudo ser trágico por sus dotes, lo fué en realidad por las ideas que mamó con la leche y las circunstancias del tiempo en que vivió.

Vuelvo ahora la pluma, ya que he juzgado á Lope, á tratar sobre España, remontando un poco en la historia, á fin de hallar el carácter y el colorido que sirven á mi objeto. Fernando é Isabel, por enlace, conquistas y herencia, habían puesto bajo su cetro casi toda la Península: la conquista de Granada había traído sosiego; la incorporación de la América, lustre; la unidad de la



fe, unidad de pensamiento; y cuando Carlos V, en 1516, por la muerte de Fernando el Católico, y tres años después por la de su abuelo paterno, hizo suya la sucesión de ambas líneas, se encontró ser la rama de Austria española la más poderosa de las reinantes, y los dominios de aquel monarca, cuyos hombros por otra parte eran robustos para sostenerlos, tan pesados y grandes como el orbe. En sus designios osado, en sus planes previsorio, en su ejecución rápido, pudo el nieto de Maximiliano I nacer con fortuna, luchar con gloria, ocupar en Europa el primer puesto, dar á la fama el tema más fecundo, y al fin en el monasterio de Yuste, fatigado ya de tanta grandeza, consagrar en paz su alma á Dios, y ver como de lejos, fundadas y florecientes, las dos dinastías de su casa. Sin exterioridades fascinadoras ó amables, sin el dón del verbo, que tanto cautiva, lo grandioso de sus empresas nació de lo fijo de sus cálculos, enderezados siempre á guerras con resultados, ó á alianzas que iban tras ellos. El guerrero en él estuvo constantemente sujeto al hombre político, la razón de justicia á la razón de Estado: no obstante su movilidad, todo paso era medido; no obstante sus ímpetus, sabía templarlos con la calma: príncipe raro, que tuvo una patria que no fué su asiento, un domicilio donde jamás fué querido, una sucesión de patrimonios encontrados, y un alto papel que desempeñar, y que desempeñó con esplendor, á pesar de tener por rival á todo un Francisco I; por enemigos, ora al Papa, ora á Enrique VIII, y haber de combatir al turco, al argelino, y al espíritu fanático, múltiple y duro de

una idea religiosa naciente, dejando al fin con honra su corona y sin menoscabo ni merma la extensión de su vasta monarquía.

Hubo de pasar ésta íntegra á Felipe II, salvo la dignidad imperial que tocó á Fernando su tío. El carácter de los príncipes decide con frecuencia de la suerte de sus reinados. Felipe II era taciturno, sombrío, devoto, perseverante: su prestigio el terror; su talento la tenacidad. Capaz para la conservación y no para la conquista, dormía sobre su tesoro; eso sí, lo custodiaba. El fanatismo era en él al mismo tiempo forma externa, fe y arma segura de gobierno: con un clero poderoso, un catolicismo fuerte, unas creencias arraigadas, una corte como la de Roma que tan útil era como aliada ó como amiga, y el espíritu de las reformas que tenía exaltadas las ideas, y que había empezado ya á invadir la propia casa; ó hace el monarca lo que hizo, ó de nó se expone á vivir entre guerras sangrientas como en Francia, agitaciones constantes como en Alemania, ó luchas sordas de partidos que se odian como en la Inglaterra de Isabel.

Para las acciones humanas que hacen ruido en el mundo hay dos clases de criterio: el que nace de la conciencia eterna, que no atiende á circunstancias, y el que procede de la conciencia relativa, que sí tiene cuenta con ellas. Desde que hay que subir un poco en la escala social, y que hacer con intereses poderosos, no cabe siempre someterlos sino consultarlos; y en este sentido, la política, que es la ciencia de dirigirlos, no es la justicia absoluta sino la contemporánea. Si se exceptúa á San Luis, que fué bueno porque sus virtudes no se en-

flaquecieron en el trono; á Henrique IV, que ha sido uno de los que mejor han conocido las artes de la paz y de la guerra por el equilibrio perfecto que hubo entre su corazón y su alma; á Napoleón el Grande, talvez el único mortal que ha podido dar el *quién vive* á todas las ideas é instituciones reinantes para arrastrarlas cautivas detrás de su carro triunfador; y á algún ótro de los que han figurado como jefes de naciones; con los demás que no tienen ni esas prendas innocuas que sirven para hacerse perdonar, ni ese poder irresistible que amasa y que transforma, es preciso ser muy indulgente, y hasta prestarles en muchos casos aquel género de vindicación, que si no los justifica como hombres los salva talvez como estadistas. La filosofía de la historia es aquel alto juicio que da á cada cosa su tiempo, y á cada tiempo sus costumbres y leyes dominantes.

Este es el patrón, á mi entender, de las apreciaciones imparciales; y una palabra más para concluir con estas generalidades que aquí tienen su aplicación y su provecho. Alabar es muy fácil, como también lo es el vituperio; lo difícil es quitar la losa, limpiar de escombros el terreno donde ha amontonado el tiempo sus ruinas, para hallar el relieve desnudo, la cifra pura de los sucesos humanos. Hé aquí por qué hay tántos cronistas para un solo historiador, y por qué pasan siglos de Tácito á Bossuet y de Bossuet á Macaulay. Vuelvo á Felipe II.

Su mano tuvo menos que hacer en la propia casa que en la ajena, porque, á decir verdad, los otros reinos, mayormente los que más relación tenían con

España, estaban, ó alborotados, ó convulsos, y con aquel linaje de fermento que trae luego calor de disputas y dislocación á poco de partes, y él creyó necesidad de su política ahogar el germen para impedir el contagio, ó hacer fuera ruido de armas y de triunfos para tener dentro motivos de loa por altos hechos consumados, ó camino seguro para la consolidación de su gobierno. Carlos V hasta había tenido cuidado, antes de abdicar, de asegurarle la paz por la tregua de Vaucelles, y si la violó apenas hecha Enrique II, las represalias no se hicieron esperar en la toma de San Quintín, y dos años más tarde en el tratado de Chateau-Cambressis, tan desgraciado y fatal para la Francia. Con esto los negocios de Italia, á donde se había asestado el golpe, volvieron á entrar en su lecho, y siguieron su curso antiguo.

Lo que más inquietud llegó á dar á Felipe fueron los Países-Bajos: había cundido allí el espíritu de la Reforma: lo más granado de la nobleza, sobre todos Guillermo de Nassau, le daba calor y ayudaba: metía la mano Isabel desde Inglaterra; y se sabe lo que es una idea flamante que apellida libertad de algún linaje, y que nazca ó se trasplante á suelo donde se la deje echar raíces: á poco, y más si se riega con sangre, es institución. Para una libertad, ótra, bien que templada con los miramientos de lo que es justo; y entonces, tarde ó temprano, la armonía social se restablece, y lo que es mejor, sin sacrificios. Fué un error del Rey el sistema de compresión implacable que adoptó: ni Margarita de Parma, ni el duro duque de Alba consiguieron nada; la unión de Utrecht se hizo en 1579, la lucha

continuó después bajo seis diferentes gobernadores hasta fines de aquel reinado, y de hecho quedó consumada la separación de las Provincias Unidas.

Esta es la única pérdida de cuenta en la monarquía española de ese tiempo: hubo culpa, pero que quedó sobradamente compensada con la adquisición del Portugal.

En cuanto al exterior, el peso y preponderancia de España se hacía sentir con harto gravamen. En Inglaterra obtiene Felipe la mano de María, solicita la de Isabel, agita en Escocia; y si no es porque la infeliz reina de los Estuardos rinde la vida en el patíbulo, ó porque queda destruida la *invencible armada*, ó porque la habilidad de Isabel estaba siempre donde amenazaba el peligro, el monarca español, si no varía en aquél reino las piezas del ajedrez para sí, las varía para manos que él hubiera podido dirigir á voluntad.

En Francia da cuidados á Francisco II, da qué hacer á los Hugonotes, se pone de parte de los Guisas, hace volver, ya á un lado ya á ótro, á Catalina de Médicis, precipita á Carlos IX, compromete al fanático Henrique III, que muere á manos del asesino Clement, promueve la Liga y después hace dudoso el derecho de sucesión; logra poner de su parte al Sumo Pontífice; se hace proponer como candidato; envía al Duque de Parma, que vence y casi oprime; y si no es por Henrique de Navarra, suscitado por Dios para ser la gloria de Francia, el cetro de esta nación pasa á manos de Felipe ó de un deudo suyo. La paz de Vervins en 1598 puso término á esa dudosa y larga lucha, trajo para ambos países un equilibrio sólido que

hizo respetables los intereses respectivos, franqueó para el monarca francés un espacio libre donde pudiesen campear sus altas dotes de mando, y abrió en el propio año para el español una tumba donde durmió con un nombre no querido, después de haber dejado en sucesión una herencia respetada.

Habrá siempre misterio que cubra la memoria de este príncipe: causa para ello, su carácter profundamente concentrado, á que ayudaba la circunstancia de no haber entonces libertad de imprenta, ni anécdotas escritas, ni crónicas, ni libelos, que con frecuencia contienen para el ojo observador la vida á pedazos, pero la vida íntegra de los altos personajes. De aquí nace, respecto á él, lo vario aún de la crítica, teniéndole únos como severo por necesidad y ótros como implacable por índole. Es de conjeturarse, que savia de benevolencia no tenía, ni sensibilidad tierna, ni lágrimas para el dolor, si por la naturaleza en parte, en parte también porque las creencias fanáticas y endurecidas dan dureza. Hombre de pocos amigos, de poco trato, de pocas dudas, eso sí de voluntad de hierro, ya con dominios inmensos y un cetro transmitido en herencia, no necesitó para conservarlo más que de una idea fija que fué la de sus súbditos todos, de un sentimiento común que fué el de toda la nación, y de una línea recta de conducta que marcó siempre los pasos de su vida. Su talento no fué nunca inferior á sus recursos, ni hubo recurso que hubiese dejado de estar en acción entre sus manos: su grandeza no fué de colmo, sino de igualdad, pero la medida de ella era

todo el poder español. Fué intolerante, pero mayor intolerancia había en otras partes donde se encruelecían más odios, se chocaban más partidos y se derramaba más sangre. Su pensamiento dominante fué la unidad de autoridad y la unidad de fe, que logró ver establecidas, porque eran, puede decirse, instituciones: lo que no logró Inglaterra, por haber allí una corona disputada, y sectas religiosas contrapuestas, entre ellas los Puritanos, la más tenaz de todas; lo que tampoco logró Francia, con monarcas débiles, señores turbulentos y parcialidades enconadas; así es que al cerrar su carrera Felipe II, que hizo en su casa lo que hizo porque era una, y en las ajenas lo que se sabe, porque estaban divididas, pudo traspasar con gloria un poder que había recibido de la fortuna, y que supo conservar, aun no siendo los tiempos muy propicios, con el acierto y pulso de político consumado.

No se vea mal esta digresión: la hice porque era menester presentar el cuadro de la mayor grandeza de España, para llegar á Felipe III, quien recibía más bien que daba impulsos, y á Felipe IV, príncipe galante, amigo de fiestas palaciegas, aficionado á las musas y favorecedor, si es que no autor él mismo de las obras del ingenio; y otra vez á Lope de Vega, que ilustró ambos reinados, y cuyo carácter no debe desdecirse del molde de que salió, de las tradiciones que tuvo y de las ideas que veía dominantes en las costumbres, en los gustos y en las letras.

¿Qué fueron esos reinados? Largos años de inacción doméstica: guerras estériles fué; paz sin

frutos dentro. Se vivía sólo de recuerdos, del esplendor pasado, de las flotas poderosas, de los tercios de Flandes, de la monarquía alumbrada á todas horas por el sol del mediodía; á que daba ayuda—para hacer más viva la molicie y más descuidada la conducta, en un tiempo en que ya las necesidades del trabajo y de las investigaciones científicas tocaban á la puerta—la mezcla difícil del espíritu bélico godo y de la imaginación ardiente de los árabes. Después que Colón había puesto á los pies de Isabel la Católica un mundo de prodigios, que Pizarro y Cortés habían conquistado comarcas y reinos de plata, oro y esmeralda, y que la lengua española se hablaba en todas las córtes y el galeón español cruzaba todos los mares, se creyó que tódo estaba hecho, y los ingenios por lo común no hicieron más que dormir sobre laureles. Unas veces tras la imitación latina, esclavos ótras de un gusto transitorio; muchos de ellos, á pesar de sus talentos, malbarataron sus dotes dejando obras en que no es el arte al que se admira sino al artista. La pasaban como herederos ricos en soberbios lechos, sin hacer nada, ó haciendo poco, ó mucho menos de lo que les permitían sus hercúleas fuerzas. La grandeza histórica de la nación trajo la espléndida molicie de las letras.

Y hé aquí explicado por qué Lope con genio para ello como para tódo, no fué trágico como Shakespeare. No sintió casi nunca ó sintió raras veces espinas y dolores; fué ingenio de córte, vivió entre púrpura y brocados, los aplausos eran su aura, los elogios descompasados la menor lisonja á



sus oídos, inventaba jugando, jugaba haciendo dramas y escribía versos como llover; sus favorecedores y amigos fueron los Duques de Alba y de Sesa y el Papa Urbano VIII que le escribió una carta de su puño, y los grandes del mundo sus admiradores todos: buscado, adulado, señalado con el dedo, aplaudido, rey de la escena, tirano del gusto, el hijo mimado de la fama, y entregado él mismo á las fruiciones de este culto universal, bien se comprende que tal hombre estaba menos dispuesto que otros á evocar sombras, derramar sangre y traer el silencio del terror sobre las tablas. Shakespeare y Lope son dos ingenios á igual altura, sólo que uno es el poder que sufre y obra, el otro el poder que goza y abusa.

Cuando Lope iba ya al ocaso, despuntaba del lado opuesto Calderón. Por lo que tengo dicho de sus autos podrá venirse en cuenta de lo que fué en sus otros dramas, ya que es cierto que nadie se desmiente en su género y estilo. De una imaginación florida, y esas flores de perfume, aunque con menos follaje que Lope, asisté uno como á un huerto á la lectura de sus obras, y ve en cada una de ellas, un naranjo vestido de azahares: hasta le sucede á uno, en medio de ese jardín, que se le olvida su irregularidad y sus confusos laberintos, si en cambio puede pasar sabrosas horas en kioscos de enredadera ó en pabellones de verdura, con fuentes cristalinas que pasan á sus pies y el viento que murmura en la enramada. Su inventiva es poderosa, con dos faltas sólo, á saber: que los caracteres llevan no pocas veces fisonomía idéntica, y la fábula, cuando es de su cuño, fic-

ciones parecidas; teniendo cauces de sobra, y éstos amplios, echaba las aguas casi siempre por úno; con lo cual, ó pagó parias al mal gusto ó mostró capricho de ingenio. En lo que era único era en la trama y artificio, llegando á multiplicar los incidentes y á enredar los lances á tal punto, que el interés se ve crecer á la par que crece también la dificultad de darles corte: sin relaciones cansadas, sin conferencias frías, cuyo objeto es, en los que nosaben otra cosa, dar cuenta al que lo oye ó lo lee de la trabazón y dificultades del drama, la acción de éste se ve desenvolver sin afán ni sobreamiento, y tomar las hebras, como si se moviesen por sí solas, el puésto que les corresponde en el tejido. Su afán era crear: no hay que pedirle, es cierto, ni verdad histórica, ni verosimilitud estética, ni armonía clásica del conjunto, ni la observancia de las reclamadas *unidades*: pero á trueque de ello, está Calderón, su originalidad, los mundos que salieron de su verbo. Donde él ponía la mano, quedaba siempre, por humilde que fuese la materia, sello de inmortalidad, y salían de pie seres con vida y movimiento. El célebre escritor don Eugenio de Ochoa, con su habitual alto criterio literario, lo compara á Miguel Angel, trayendo á cotejo, entre otros casos que pudieran citarse, el *Moisés* de éste y el *Hércules* del ótro en *Fieras afemina amor*. El diálogo toma de los incidentes motivo, de la trama enlace, de los afectos interés, y es al propio tiempo desarrollo de la acción y camino para conducir los pasos de la fábula; semeja por lo común una pieza orgánica y no superpuesta; bien que si se ha de decir tódo, no es raro que

aparezcan hablando caballeros presuntuosos, príncipes vanos, damas retóricas y otros personajes más que medianamente impropios ó ladinos. Pero para honra de Calderón, el diálogo es su fuerza: animado, oportuno, bullente; tiene éste tanta vida y se la da tanto al drama, que no ve úno más que movimiento y llega á olvidarse del autor. Un gran defecto suyo es la entonación constante: siempre está de orquesta numerosa, y rara vez se abaja á la humilde vihuela: gran rey que no sale jamás de palacio; á que contribuiría talvez la afición suya—que era también del tiempo—á lo caballeresco y á lo heroico, tinte que tomaron no pocas veces sus composiciones. Otro defecto era el lirismo: le gustaba gallardear; y como era tan rico, tenía oro de sobra para sobrecargar sus hechuras de profusos atavíos. Dicción casi siempre pura, versificación siempre fresca y lozana, elocución espléndida hasta encontrarse en ella todos los veneros del habla, y el romance octosílabo suyo, uno de los que mejor han logrado reunir, sin que se dañen unas á ótras, las pausas de sentido con las pausas métricas. Estas formas son en su pluma nichos donde vienen los pensamientos al justo, y en lo que hace al ritmo musical, cantos divinos. Cuando se apodera el estro de él parece una sibila, y habla y fatiga y derrama sin cesar por su boca bellezas y oráculos; admirable sobre todo en las descripciones; y aunque las alarga á veces con adornos, esos adornos son perlas; la musa de Calderón es regia, viste púrpura, lleva cetro y manda. Su estilo es hermosísimo: es un velo sutil y transparente con los colores del iris, que nunca se di-

sipan, porque nunca faltan sol que dé rayos y aljófares que cuelguen.

El pensamiento que sigue equivale á un libro entero sobre el corazón de la mujer:

No sé que se tiene  
El ser úna amada,  
Que áun penas que ofenden,  
Ofenden si faltan.

Es difícil hallar pintura tan natural como ésta:

Pequeña boca, que unida,  
Es un hermoso clavel,  
Y partida, dos rubíes,  
Que le sirve de cancel  
El tesoro de sus perlas  
Oculto, tal vez negado,  
O concedido tal vez.

Ni que esta ótra:

¡Nunca has visto de una fuente  
Bajar un arroyo manso,  
Siendo apacible descanso  
El valle de su corriente ;  
Y cuando le juzgan falto  
De fuerza las flores bellas,  
Pasa por encima de ellas,  
Rompiendo por lo más alto ?

Ni por último que ésta, donde se ve la gala,  
el lujo, el dominio á lo señor del habla caste-  
llana:

El traje que se vestía  
Era un bien mezclado traje ;  
Ni bien de córte, ni bien  
De aldea, sino á mitades :  
De señora en el alifio,  
De aldeana en el donaire.

Seguía hasta que llegó  
A la cuadrilla, que errante  
Coro tejido de ninfas,  
A los templados compases  
De hojas, pájaros y fuentes,  
Cada paso era un festín,  
Cada descuido era un baile.

Hasta aquí he considerado á Calderón más como poeta que como dramático, pero como ese escritor sublime es tan grande bajo el último aspecto, he de exponer aquí con brevedad mi propio juicio, bien que separándome, en los motivos de la admiración que causa, de Schlegel, cuya manera de ver en el particular me parece más ingeniosa que verdadera. Cree él que las tradiciones, las creencias, las formas religiosas paganas son fragmentos de la vida de los pueblos; y hasta ahí va bien; pero no va lo mismo cuando asegura que la grandeza de la poesía antigua italiana, en que sin duda alude á Dante y Tasso, consistió en incorporar esas alegorías y hechos á la realidad del cristianismo, para ofrecer á la vista cuadros completos; y la grandeza de Calderón en hallar un símbolo cristiano que pusiese en armonía á Dios y al mundo, al espíritu y á la materia. Tiene esto el defecto de ser nebulosamente metafísico, sobre tenerlo además en la parte inteligible, de ser falso: el comunismo histórico es cierto en cuanto á la vida social, pero no hay comunismo de sentimientos en cuanto á la vida religiosa. Jesucristo con un linde creó dos mundos, y con su verbo otra doctrina.

Sin duda que Schlegel dirá esto por las figuras alegóricas, paganas y judaicas que Calderón

emplea, especialmente en sus autos; pero nótese que el objeto en todas estas piezas es matar con la verdad el error, con el dogma el símbolo; y para esto se valía de su inmensa erudición bíblica, sin que le hubiese ocurrido nunca ni unir partes inconexas, ni formar teogonías, ni echar las bases de una escuela novadora. Tomaba sus materiales dondequiera, en la historia, en las creencias, en los recuerdos, los primeros que le venían á la mano, y con ellos formaba sus alcázares soberbios, sin dársele nada de la especie, con tal que la labor fuese prima y el aspecto del conjunto grandioso.

La tragedia es para las grandes pasiones, y la comedia para las costumbres y los afectos comunes ó apacibles, comprendiendo ambas el drama, cuya forma orgánica es la acción como fuerza, y el diálogo como medio de llegar al desenlace. Su forma interna, su objeto, es más alto: es la representación del sentimiento íntimo de las grandes épocas en sus grandes hombres, ó como ley histórica que se cumple, ó como ley del progreso que marcha, ó como continuación de los hilos que forman la tela misteriosa de la humanidad. Imaginación, ciencia, inventiva, verdad, parsimonia, buen gusto; dón de crear, concentrar, persuadir; poder de llamar á los reyes á la puerta de los panteones y de detener los sucesos en la corriente de los siglos; sensibilidad exquisita, facilidad para las lágrimas cuando es menester: tal es el conjunto de dotes que debe tener un autor dramático. Nadie las ha tenido completas; ni puede decirse, por las razones expuestas para Lope, que Calde-

rón sea trágico aunque haya tenido dotes para ello; pero nadie ha creado más ni ha legado á la posteridad cuadros más vivos donde se ven la carne y la sangre de ideas poderosas. No ha dejado personajes como Shakespeare, Corneille y Racine; pero ha dejado épocas enteras, instituciones enteras adonde van la historia y la religión á recoger su propio diseño y colorido. La mitología pagana figura en él, pero como relieves de sarcófago, formas clásicas en cuerpos fríos: prueba de que usaba de ella para enterrarla; lo que tienen de grande sus obras es la edad caballeresca con sus altos hechos de pro, la galantería castellana con su donaire comedido, aquellos duelos de amor para que lo supiesen las damas, aquellas damas disertadoras por cultas, y cultas porque se habían criado en el decoro; y más que esto la hermosura, las promesas y los esplendores del cristianismo, el dogma, la gracia, la fe, los ángeles y el Dios encarnado que regenera la raza de Adán, transforma al mundo y da otra vida á la historia. Calderón no delineó con precisión caracteres particulares, pero pintó con maestría el carácter completo de sucesos portentosos que se han verificado en el espacio y en el tiempo.

Bájo ya de estas arduas cumbres alpinas á que fué necesario ascender, para tomar la perspectiva del antiguo teatro español, que abraza un siglo entero: Lope y Calderón vienen á ser como los maestros, dando la ley y siendo la pauta para cuantos siguieron después ilustrando la dramática de su nación. Tan cierto es esto, que fué de España, y cuando se trata de dar un fallo sobre

ese tiempo, casi es únicamente á aquellos escritores á quienes se hace comparecer y se interroga, como si fuesen atribuibles á ellos no más así el vituperio como la gloria. Tan cierto es que un grande hombre resume toda una época, que los grandes ingenios son la luz de las edades, y que la galería del tiempo está alumbrada por ellos como por soles.

Merecen colocarse casi en una misma línea, como los mejores discípulos de esa escuela, Tirso de Molina, Moreto, Rojas y Alarcón, en quienes no bastardeó ni la sangre de raza ni el escudo de nobleza, sino que más bien contribuyeron, siu mala nota ni mancilla, á conservar el esplendor del linaje. Sería tarea larga la apreciación de sus obras, y además de eso superflua, por haberla hecho con el mayor seso y tino críticos afamados. Pero no puede úno pasar tan de ligero, que no haga alguna detención, como es lo ordinario, en una galería donde hay cuadros célebres de arte.

Moreto ha sido talvez el primero que se ha propuesto aprovechar el caudal de su vena; y aunque no exento de los resabios del tiempo, mayormente del lenguaje conceptuoso y sutil, que llegó á ser gusto del público y mancilla del teatro, se conoce que pensó con seriedad en lo que hacía, y que pensó en esto muy bien. No es posible á nadie hablar en Eneida ó pintar por juego en frescos del Vaticano, ni cabe aspirar á ser como ciertos conquistadores que quieren á caballo mismo fundar repúblicas y organizar reinos, para que al volver la espalda no existan. Jor-



dán derramaba obras como agua, y llegó á ser llamado *Fa presto*; pues en pocas de éllas hay aquel sello que perdura, porque se deja grabar lentamente, y que se nota en casi todas las obras de Rivera, Velázquez y Murillo. Moreto ya se ocupa en dejar vaciados caracteres, que es úno de los fines esenciales del drama, y de enriquecer con ellos museos, que son para las costumbres y pasiones, ó corrección, ó historia ó enseñanza. La trama cierra, los incidentes se tocan, las situaciones nacen, y el interés crece conforme se desenvuelve la fábula. El diálogo oculta el arte y descubre la naturaleza, y el estilo es llano sin humildad y culto sin presunción. Estas prendas son observables en muchas composiciones suyas, sobre todo en *El desdén con el desdén*, inmortal obra, donde, como en algunas ótras, el autor puso tánto de labor como de ingenio

.....castigavit ad unguem.

A pocos autores llega úno con ánimo más alegre, y como que lo busca para amarlo, que á Don Francisco de Rojas, y todo el secreto de ello es *Del rey abajo, ninguno*, donde se ve de lleno al autor, y donde está toda su alma. En otras piezas suyas, ó sólo hay extravagancias y delirios, ó hay confusa mezcla de esto y de talento—que en el autor era harto claro—pero la pieza citada es una perla. Yo no sé si diga que es la que más me agrada de todo el teatro español. Es tragedia por el bien parecer; pero comedia, en verdad, por la contextura, la sazón y gusto: ni

hay sangre que manche, ni terror que hiele, y ántes por el contrario, se ve en ella tono apacible de composición, relatos fieles de costumbres, y aquel estilo difícil, digno siempre, que si sube es para el decoro, si baja para el donaire, sobrado á maravilla; este drama es un palacito de arte, en que los compartimientos son científicos y las luces llenas. Le sucede á úno, leyéndolo, que le satisface el corazón y se sienta úno en él á aspirar la virtud, como aspira auras en un huerto. Don García era un caballero de palabra dada y buena fe cumplida, de esa raza que *lanzaba bofordos para ferir tablados*, provocaba lances para enriquecer escudos, y seguía la córte por el rey, al rey por la lealtad, y el ejercicio de las armas por la honra; galante por bizarro, y bizarro también por la mujer: doña Blanca, una esposa de las que llenan el corazón, así por su gracia y brfo, como por aquel tesoro de prendas, que por su firmeza duran, y por su valor dan confianza. Hé aquí los protagonistas que vivían alegres en rústica y no envidiada medianía, tan bien pintada, que en aquella casa que se describe, casi asiste úno al campo, y luégo á ver asar á la lumbre las piezas que aguarda la familia alrededor. De repente sobrevienen sospechas, habla el honor, se descubre la verdad, muere Mendo, y quedan limpios el decoro del rey, y la tersa fama de Doña Blanca y Don García.

A Tirso le gustaba, porque le era fácil, enredar y desenredar una trama, ú ocultarse detrás de ella para dirigir puntas, cuando no enherboladas, que fuesen derechas al centro de los vicios:

abundante, travieso, maligno, se complace en hacer caricaturas para el ridículo, ó se ríe y hace reír á costa de los que son objeto de su burla. Rico en el habla, oportuno en el donaire, atildado en el estilo, á ser cuidadoso en la disposición de sus fábulas, nadie le hubiera excedido en la comedia de costumbres, sólo que en moral es más que libre, y en filosofía, alambicado.

Alarcón es correcto y de frase limpia, menos ingenioso que Tirso, pero más regular y más exento de resabios: olían más á aceite sus composiciones; y aunque no salpicadas del gracejo dafino del fraile, sí llenas de aquel alto decoro que toma del chiste lo urbano y de la sal lo que sazona. *La verdad sospechosa*, es una comedia histórica porque es muy buena, y es muy buena, porque allí el embuste es tan ingenioso que casi cree úno en él, como casi cree en los sucesos de la venta ó en la historia del yelmo de Mambrino. La crítica que he hecho de estos escritores consiste sólo en haber señalado en ellos pequeños lunares que hacen resaltar más su mérito incomparable. Así á Pablo Veronés se le censuran sus anacronismos y algunos de sus santos, pero es úno de los que más han enriquecido en Venecia el palacio ducal, y no obstante de que á los Carraccios se les tache de rígidos y secos, han sido la inspiración y ornato de la escuela de Bolonia. Esta grande éra del llamado antiguo teatro español llega, por la claridad que le alcanza, hasta el fin de la centuria; pero propiamente fué Solís el último astro: escritor de formas bellas, y que no se deslució en el cultivo del arte.

No es posible en un juicio tan rápido, citar á tódos, ni hacer de los citados una completa apreciación. Llega úno aquí como á la orilla de un bosque secular, para decir apenas: es muy espeso; ó á la orilla del océano para exclamar: es muy ancho; hay una mina, y otra mina, y ótra: por todas partes oro. El teatro español de ese tiempo es sin duda el más rico de la Europa, de tal suerte que la fama de los compositores casi obscurece la fama de los príncipes. Lo menciona úno como menciona al Vaticano, para hacer conocer á Rafael y Miguel Angel, que reinan más en ese palacio que los Papas; como menciona la galería Pitti de Florencia para hacer conocer á Rubens, Van Dyck, Velázquez, Caravaggio y Tintoreto, que reinan allí más que la sombra de los Médicis.

Y aquí he de hacer una observación que sugiere de suyo la historia comparada del arte. Cuando los sucesores de Lope empezaron á sobresalir, empezó el teatro francés aquella éra de gloria que tánto lo distinguió, así por el ingenio como por la regularidad, habiendo continuado por algún tiempo las literaturas respectivas con la diferencia característica de que la úna nó, y la ótra sí observaba en general las reglas de Aristóteles. ¿Por qué ésto?

Antes que otra cosa debo decir que en este punto no soy severo: si hay interés que conmueva, y fin moral de la pieza, está conseguido el fin literario del drama. Después que Shakespeare y Calderón han escrito y encantado, pido *juicio en revista* para las reglas de las *tres unidades*, y entre tanto me atengo á lo que me haga sentir

y gozar. Quiero que haya cánones, pero no que éstos ahoguen: la verdad campea.

Lo que sigue es más delicado: siempre que hay que hacer algo con la historia, que es un carnero de huesos sueltos, el arte no está en escogerlos, sino en articularlos. Toco con Enrique IV, porque la liga que terminó con su advenimiento al trono, es un tiempo en Francia de descomposición de ideas, y su reinado una tregua hecha á la sangre, y un régimen en que lo generoso no quitó nada á lo sabio. Muchas veces un hombre solo decide de la suerte de una nación. El tratado de Vervins fué la palabra de paz, el edicto de Nantes la palabra de unión; lo demás lo hicieron Sully y el Rey, y pudieron así habitar juntos *las palomas y las águilas*. Esa época se distingüé por dos cosas: por la lucha de la libertad, mientras fué ahogada, y por la germinación tranquila en que esta entró, después que dejó de serlo, para dar pimpollos más tarde: el proceso del pensamiento es orgánico.

Salvo los ministerios oscuros de Concini y del duque de Ancre, el reinado de Luis XIII es el de Richelieu, cuya cabeza era toda intrigas, y cuyas intrigas redes de hierro: hombre singular que desafiaba á sus enemigos para vencerlos, y provocaba borrascas para quedar sobre ellas de pie. Persegue á los protestantes déntro, los favorece fuéera, inmola á los grandes, destierra á María, se alía con monarcas, humilla á España, humilla al Austria, impone su voluntad, somete al rey; y al terminar sus días, después de haber tenido á Gustavo Adolfo por soldado y á príncipes poderosos en

silencio, deja para los anales de Francia el ejemplo de un duelo histórico, en que toda la gloria fué propia y todo el descrédito ajeno, y en ciernes para el mundo un tratado como el de Westfalia, que fué una fórmula de paz y equilibrio continental, y una base, puede decirse, de derecho público europeo.

La Fronda no hay casi para qué mencionarla: episodio de ambición palaciega, odios mezquinos, libelos, galantería y liviandad, con su parte de quebranto por los odios, y de burla por la ligereza ridícula que presidió no pocas veces á la lucha. Al entrar Luis XIV á la mayor edad, se encontró con una nación grande, y grande él mismo. Su grandeza no está sólo en haber complementado la obra de Richelieu respecto al Austria, en haber resplandecido más que Leopoldo I, Guillermo III, Carlos XII y Juan Sobieski, y en haber formado marina, comunicado dos mares, é impuesto silencio á la Europa por más de dos tercios de siglo; sino en su protección decidida á favor de las ciencias y las letras, que llegaron á florecer tanto como en los tiempos de Augusto y de Pericles. Basta citar nombres como el de Pascal, que sondeó el abismo del pensamiento, como el de Bossuet, que tocó el fondo del infinito, y como el del gran Corneille, que abrió la éra con el *Cid*: no es posible agotar la lista de tanto y tanto ingenio. No hay prosa como la de las *Cartas persianas*, no hay versos como los de Racine, no hay sabiduría como la de Fontenelle. Versalles era tanto lugar de pompas regias como estadio para el talento; y después de las fiestas cortesanas hechas para celebrar

las batallas de Condé y del mariscal de Luxemburgo, y de aquellos espectáculos de salón en que la galantería venía al molde del buen gusto, había tiempo para acordar premios, fundar institutos científicos, oír la pequeña cuaresma, crear pensiones para Pelissón y Boileau, y hasta para invitar á éste que venga á palacio, de su retiro de Auteuil, á conversar todos los días con Luis. Con excepción de La Fontaine, puede decirse que no hubo un grande hombre que no recibiese del monarca estímulo ó mano ó favor.

Para resumir, y según mi criterio, el espíritu empezó á bullir en tiempo de la Liga, recibió calor de fermento en el decurso de paz de Henrique IV, nuevo calor de gloria en el glorioso ministerio de Richelieu, y aliento y vida en los triunfos nacionales del gran Rey; siendo de advertir que entonces sólo se supo, que el mismo esplendor del saber fué luz de errores y crítica muda de extravíos, y que una corte espléndida, galante, artística y que era ejemplar y espejo en sólo, debía coadyuvar á hacer dominante la estética en las letras, y usual y de ley la regularidad artística en las producciones del ingenio.

Además, los franceses no tenían que inventar nada en el teatro: España les había dado el oro, y su mérito apenas fué hacer joyas. Fueron arreglados en sus piezas, porque no pudieron menos; y sobre esto, porque regularidad es trabajo de segunda mano. Antes de esto está el abrir la mina y encontrar la vena. Según lo cual, el teatro antiguo español quedará siendo siempre el primero.

He entrado en esta reseña porque quería con-

testar cargos y llenar omisiones que noto en el señor Martínez de la Rosa, para lo cual pido venia por la justa celebridad del crítico.

El siglo XVIII fué escaso, no en obras, numerosas en verdad, sino en autores cómicos de dotes: la decadencia había principiado, la nación descendía, y no hay cosa más fatal para el espíritu que este hundimiento universal. El reinado de Felipe V fué estéril, salvo los frutos de Zamora y Cañizares y la doctrina de Luzán, más acertada respecto de él en la teórica que en la práctica. Fernando VI pasó como un paréntesis; y fué de la parte política, en que la monarquía dió signo de mejor vida, el tiempo de Carlos III sólo es nombrado en la parte dramática, por el aliento que infundió en las letras, los esfuerzos laudables de Moratín el padre y don Tomás de Iriarte, y la fecundidad pobre de don Ramón de la Cruz, el ensayo cómico-lírico de Meléndez y *el Delincuente Honrado* de Jovellanos. Lo que hubo de notable relacionado con este grande hombre, que floreció en aquel reinado y en el siguiente, es que su casa fué tanto el templo de Temis como el de las Musas; que á su alrededor se agrupaban todos los amantes del saber; que él era numen, Mecenas y oráculo, y que en esa escuela, y como el más aventajado alumno de ella, se formó don Leandro Fernández de Moratín, uno de los destinados á ser regeneradores del teatro.

Y lo fué en efecto. Amigo de Cabarrús, de Llaguno y de Cean, creció en una atmósfera, si no de grandeza, sí de esperanzas literarias, y tuvo siempre, junto con el afán, el mérito de sobresalir




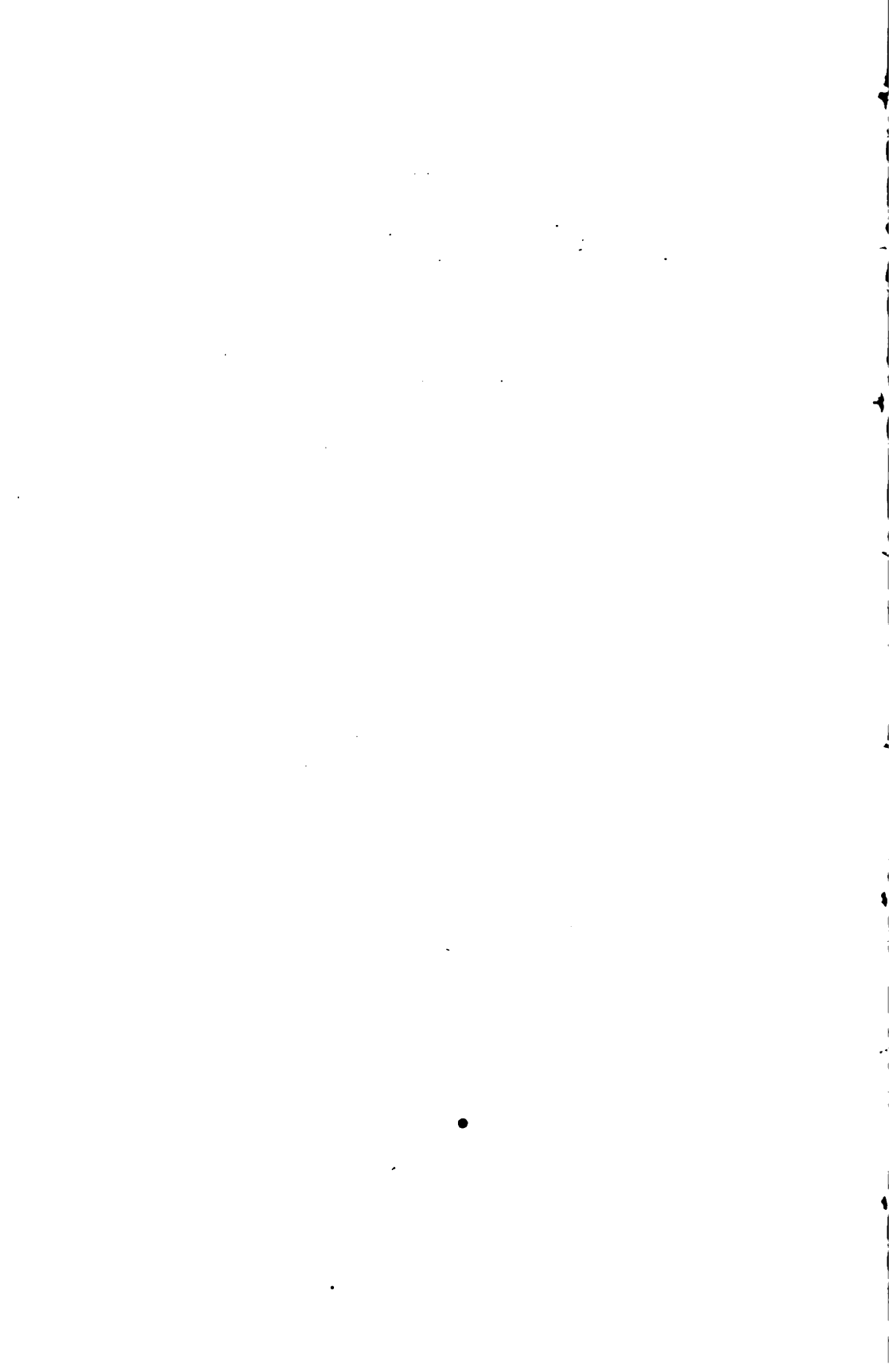
en cuantos géneros cultivó. Como poeta lírico, es uno de los que más han sabido dar á sus versos, en especial á los blancos, aquella combinación feliz de acentos que los hace gratos al oído; se nota el arte y con él también el ingenio; ni ahuecamiento por hinchazón, ni estitiquez por sequedad; era un artista que no se dejaba ver la obra mientras estuviese sin concluir; pero cuando decía que ya estaba, estaba bien: tenía la desconfianza junto con el orgullo de su habilidad. Como prosista es puro, correcto y fácil: ni novador que pervierte, ni pelucón que no transige: le gustaba conservar el escudo antiguo, pero poniendo en él los nuevos blasones conquistados.

No menos que este conjunto hermoso de prendas llevó Moratín á la composición del drama, en el cual su afán fué que campease el ingenio, pero sólo en el espacio que le dejasen libre las reglas; y ciérto que á estar á los ejemplos que nos dejó, si no del todo aceptable la escuela, por ser tan estrecha, sí fué feliz la práctica en la mayor parte de sus piezas. Le ayudaba á ello la índole: su propia modestia le traía á andar siempre con los pasos medidos y las alas recortadas; ó quizá también el temor de extraviarse en regiones desconocidas é inseguras. Su exposición es natural, su trama bien tejida, su diálogo animado, su acción desenvuelta; todo esto con lenguaje castizo y estilo propio; sólo que el artificio es pobre y el interés mediano. La causa de esto último se sabe: él tenía grande ingenio, pero lo sacrificó á un programa: vivió de miedos, y trabajó con miedo: si tiene más aliento, hace mejor y deja más. Pudo haber labrado

sus estatuas, porque tenía cincel y numen, pero se contentó con hacer moldes para vaciarlas; de donde resultan en ellas líneas geométricas, pero no toques de arte. Se la pasó poniendo compuertas al desborde del mal gusto; pero tantas puso, que llegó á esterilizar ricos terrenos.

Comoquiera, Moratín es una gran figura; y sin contar lo que hizo á principios del XIX, con lo que hizo á fines del XVIII desagravió en parte y cerró noblemente el siglo.



## LA TRAGEDIA

---



En el primer tercio del siglo XVI vemos algunos autores de este género dramático, entre ellos Oliva, imitador y traductor del teatro griego.

Juan de Malara, autor de humanidades en Sevilla, compuso algunas tragedias que se representaron: floreció á mediados del siglo.

Jerónimo Bermúdez compuso y publicó en 1577 las primeras comedias en verso castellano: *Nise lastimada* y *Nise laureada*, aquélla con muy buenas, y ésta con muy malas prendas. En este tiempo estaba todavía el arte en mantillas.

De 1580 en adelante, nueva éra para la tragedia.

Cristóbal de Virúes, valenciano, autor de la *Semíramis*, la *Cruel Casandra*, *Atila furioso* la *Infeliz Marcela* y *Elisa Dido*: esta última la mejor. Confundi6 el género antiguo con la costumbre moderna y redujo la tragedia á tres jornadas, lo que hicieron también Cervantes, Juan de la Cueva, Andrés Rey de Artedia, y ántes Francisco Avendaño. Siguió la escuela del desarreglo dramático.

Juan de la Cueva, sevillano, por los años de 1579 empezó á dar al público sus tragedias. Afuente vena, buena versificación; ensayó varios géneros. De sus tragedias: la *Muerte de Virginia*, *Apio Claudio* y la *Muerte de Ajax Telamón*: la mejor es la primera. Escribió su *Ejemplar pòtico*, y defendió en él el desarreglo dramático. Confundió la tragedia con la comedia.

No consta que en Madrid se hayan representado tragedias antes de 1580. Agustín de Rojas, en su *Viaje entretenido*, confirma ésto.

Lupercio Leonardo de Argensola: *La Isabela* y la *Alejandra*, representadas en Zaragoza y en Madrid en 1585.

La *Isabela* es más un cuento en verso que drama: la acción, ahogada entre accidentes importunos y situaciones sin motivo: un rey extranjero que olvidándose de la causa que le trajo á Zaragoza, se enamora sin correspondencia, se compromete sin verosimilitud á salvar á su rival, y se suicida estúpidamente: el viejo Andalla, cuya pasión no da más fruto, fué del propio ridículo, que su misma muerte y la de los padres y hermanos de Isabela; la hermana de Alboacén, que le mata, sólo por la pérdida del afecto de Muley que no la quiere: ningún contraste ni lucha de pasiones; tal es la pieza en que se ven cabezas en el teatro, un rey más cruel que amante, sacrificios estériles y asesinatos fríos.

Disculpa tiene esto en la corta edad del autor, en que talvez no tuvo modelos; en que muchas veces toma el asunto la entonación correspondiente; en que ótras hay afectos bien sentidos y expresados;

en que la versificación es fácil y el estilo puro, y en que no es rara aquella parsimonia de adornos y aquel temple de filosofía moral que tanto distinguió el género especial de uno y otro hermano.

La *Alejandra* está juzgada con harto acierto por Don Francisco Martínez de la Rosa: mala pieza con algunas buenas situaciones. Lo mejor que hay es la aparición de la sombra de Tolomeo, bien personificada y de buen efecto.

La *Numancia*, tragedia de Cervantes.

Yo no hallo, como otros, en esta pieza un embarazo para el poeta el ser el argumento la destrucción de la ciudad, como si esto viniese á darle argumentos varios ó cuadros sueltos; más bien veo á éstos unidos y el interés marchando. Sin duda que es mejor un punto céntrico; pero es lozanía, de muchos formar úno, y despertar no obstante la atención. La escuela *unitaria* es harto severa, y de prevalecer sus dogmas, tendría que borrarse casi lo mejor del teatro inglés. Yo no sé si es que me ciega el culto que tengo por Cervantes; pero en cuanto á la *Numancia* debo decir: que la exposición me parece propia; la versificación, salvo uno que otro verso flojo, robusta; el estilo en general entonado, y que me complace—después de tanta acción heroica, tanto desprendimiento noble, y tras la peste, el hambre y el fuego considerados como estorbo—ver correr por entre ellos la acción, precipitarse, arrasarlo todo, y no dejar nada al fin más que á un muchacho sobre una torre, proclamando que la ciudad no existe, y arrojarse de ella, después de haber pronunciado la última palabra.

Cuando Cervantes escribió este drama (proba-

blemente por los años de 1585) la tragedia no había adquirido aún aquella fuerza que la hizo después tan lozana en varias partes de Europa; pues Shakespeare mismo, que fué el primero que abrió esta nueva senda, no dió á luz su *Tito Andrónico*, antes de 1587. (1) En España se habían hecho por entonces en el género muy buenos ensayos, para ser éstos los de la primera edad del arte: la nación había conquistado gloria; la lengua gracia, soltura y majestad, y no faltaba sino uno de esos genios que abren camino y señalan rumbos. Todos creyeron que había llegado esa época, cuando apareció Lope, enriquecido con tantos dones, rey de la escena, y capaz de llevar sobre sus hombros y de hacer llevar á sus alumnos el esplendor del teatro por espacio de un siglo; mucho más cuando al tramontar el XVI, se vió que había escrito tanto, y se había dilatado su nombre de tal suerte, que él era el oráculo consultado, el Jove de esa edad mítica y el único numen de las letras.

Dios le dió toda clase de poderes; y hasta puede decirse que, como él, creaba obras en un día. ¿De dónde nace, pues, que espíritu tan fecundo no haya dejado una buena tragedia á su país? El mismo no se atrevió á dar este nombre sino á seis de sus composiciones. ¿Por qué el *Castigo sin venganza*, la *Inocente sangre* el *Duque de Visco*, y ótras, tienen tantos vicios de conjunto, si bien mezclados, como sucede siempre en Lope, con tantas bellezas por menor? La misma falta se no-

(1) Si hubiere de prevalecer la opinión de Dryden, y fuese *Pericles* de Shakespeare, esa sería la primera obra publicada: *Shakespeare's own Muse his Pericles first born.*

ta en sus coetáneos, la misma en casi todos los que le siguieron; de manera que el teatro más rico en comedias y en dramas mixtos, hasta el punto de verse aún sin rival, es también el más pobre en piezas trágicas. En otro género de frutos, ahí están las trojes llenas; robadas sí, pero inagotables: en la tragedia el grano es poco y malo. ¿Cuál será la causa de ello?

No se habrá de ver aquí mal mi propio juicio, si humilde por lo arduo del asunto, inocente por el candor con que lo expongo. El renacimiento de las letras, entre tantos bienes como produjo, no dejó de traer algunos males, entre ellos el de la imitación, que lo primero que hace es cortar las alas al ingenio y hacerlo esclavo: se creó un culto falso porque era ciego, se formaron ídolos, y ya se ve, con tal superstición, que no habían de ser los dogmas la verdad. Este contagio, como yo lo entiendo, tocó en especial á Italia, y también á Francia y á España, en donde el estudio de los modelos griegos y latinos sirvió, con todo, de gimnástica para dar vigor á su lengua; y alcanzó mucho menos á Inglaterra, á la cual vino á dar esta exención la índole peculiar de su vida social y política y la tendencia de sus gustos. Por una parte, en lo tocante á la última nación, su literatura apareció desde el principio más despejada que ótras de artificios mitológicos, en bien esto de la verdad, y más cerca de la naturaleza material, que por lo ruda, inclemente y sombría, debía despertar de suyo reflexiones melancólicas: por ótra, en ese pueblo las luchas fueron siempre obstinadas, y las parcialidades reñidas y sangrientas,



en el fondo de las cuales se ve predominar la libertad religiosa como agente, la libertad política como blanco, en bien todo ello del pensamiento filosófico; y á la vista está con esto, y en consideración de que la fantasía se empapa y nutre de las ideas y sentimientos reinantes, que en cuanto hubiese ingenios que la engendraran, la verdadera tragedia debía nacer allí como en su casa: la creación trágica tiene tódo, cuando tiene á la naturaleza pura por espejo, á la verdad severa por imagen, y al sufrimiento íntimo por numen.

De esta filosofía del dolor, de este dolor varonil, de este juego de pasiones desnudas, nació el drama de Shakespeare, en cuya palabra hay luz, ó fuego, ó lágrimas, y acción siempre: al leerlo úno, en muchas partes le parece hallar en las letras nervios y en las cláusulas tejidos. Macbeth se mueve por sí solo, como un animal terrible, sin verse por ninguna parte la mano del autor que lo dirija: lo mismo Hamlet: son seres orgánicos de vida propia. No es cierto, pues, lo que asegura el doctor Johnson: *In tragedy he often writes with great appearance of toil and study.* En el manejo de sombras, hadas, brujas, mágicos, demonios, genios, y de cuanto Dryden llama *the fairy wag of writing*, es único: Banco, Claudio, Oberon, Titania, Ariel, casi nos hacen creer que en Shakespeare la magia era su patrimonio, y el mundo de los espíritus su casa. Así sucede con los grandes ingenios: siempre la propia les viene estrecha. Pero la causa de esto es además, porque el pensamiento profundo no se conforma con menos que llegar á la orilla de los sepulcros y tocar á las puertas del

infinito: es tan grande ese poder, que en la región visible, como en la invisible, todo lo que halla lo recluta, para imágenes, actores y cuanto más entra á animar el drama de la vida. Sus caracteres son inimitables: una vez vaciado úno en el molde, siempre es el mismo; y es de verse la frialdad calculadora de Henrique IV, el noble decoro de Volumnia, el orgullo patricio de Coriolano, y la gracia disoluta y el chiste sangriento de Falstaff que, siendo ridículo de suyo, él fué quien se rió de los demás, y que al reírse cumplió con la regla difícil de Marcial: *ride si sapiis*. Este último personaje y el loco (*fool*) de Lear son notables por su filosofía: el úno filósofo en la taberna, filósofo el ótro bajo el harapo. Defectos tiene Shakespeare, pero ¿quién, sino Dios, deja de tenerlos? Lo que sí importa que se sepa es: que detrás de él hubo una grande éra, en que la sangre fué fecunda, y las ideas por que se derramaba, poderosas: que la libertad luchó, no para abrir tumbas, sino para levantar instituciones; que hubo por millares dolores santos y martirios históricos; y que al cerrarse ese tiempo, de que Shakespeare fué continuación y organismo, él no fué otra cosa que el gran pintor del lienzo y el gran poeta del drama.

Al hablar del carácter de la literatura de Francia, me da miedo no pensar en un todo como Madama de Stael, que es tan sagaz: siempre cree úno que el talento es el que tiene razón; así es que daré mi modo de pensar con reservas. Ella habla: «que la consolidación de la monarquía fué un pacto tácito entre el rey y los nobles, que obligaba á consideraciones recíprocas, y, como for-

mas naturales de expresión, á cierto tono y lenguaje que no hiciese aparecer, ni el mando del úno despotismo, ni la obediencia de los ótros sujeción: que estas relaciones delicadas engendraron delicados miramientos: que la necesidad en el monarca de ocultar la debilidad de su poder, y en los grandes de no hacer sentir el suyo, creó modos vagos de trato y frases finas de córte, en que el fondo fué el buen humor, y el recamado el buen gusto; haciéndose al fin úno y ótro, generales. *«La grâce et l'élégance des manières passaient des habitudes de la cour dans les écrits des hommes de lettres.»*

Hay muy poco de cierto en esto, si es que hay algo: el pacto tácito, sí; lo demás, nó. Sin duda que la célebre escritora comprende desde Luis XI, que lejos de ser mirado con nadie, hizo sentir á todos su tiranía. No hay que buscar mejor razón en lo adelante. Carlos VIII y Luis XII arrastraron á la nobleza, talvez á su pesar, á las guerras de Italia, en donde hubo más fatiga que laureles y más ambición dinástica que interés de los señores. Los tres hijos coronados de Henrique II, en medio del revuelto caos de sus cosas, nada alcanzaron con concesiones, nada sometieron con despotismo, ni hicieron nada con sus trazas, no obstante haber en la córte mucho del espiritualismo, y ser de ordinario Catalina de Médicis, tan artera como tenaz, quien dirigía: á su vez, opresores á oprimidos, pasaron sin dejar huella digna, arrastrados en el torrente de los odios; porque de Luis XII mismo cabe afirmar que no tuvo de bueno más que lo que tuvo de débil. Esa cadena de de-

sastres no terminó con esos reinados, sino que es menester llegar, para que cese, á la hermosa paz de Vervins.

¿Cómo suponer esas consideraciones y ese pacto, cuando el trono estaba dividido de parte de la nobleza: una parte de ésta, de la otra parte: los príncipes de la sangre, de los favoritos: y tódo era asechanzas, combates y exterminio? La conjuración de Amboise fué una injuria de lo hecho á la córte, cuya aceptación y castigo tomaron la forma de cadalsos y degüellos: el coloquio de Poissy, la paz de Beaulieu, y como nueve tratados que hubo para terminar la lucha de 1562 á 1568, no fueron más que formas engañosas, ó treguas falsas de la lucha misma: la de Voissy, una matanza estéril; las de Jarnac y Moncontour, batallas sin fruto; y la de San Bartolomé, todo un río de sangre echado á la cara de un partido, y en que el rey fué parte, la nobleza actora, y se vió el cadáver del gran Coligny hollado horriblemente por los pies de un duque. El condestable de Montmorency, no obstante sus años, no es oído; el partido de los polítics, con ser tan sensato, no influye: hay el furor de destruirse; y si porque piensa, ó porque trama, Luis Condé es condenado primero al último suplicio, y asesinado después por protestante; Henrique de Guisa, valido del rey y al propio tiempo su rival, por él oprime y destroza, contra él conspira, á él le mata sus favoritos y le lanza ignominiosamente de París en la célebre jornada de las Barricadas; y, por mandato de él, es asesinado, al fin, junto con su tío el Cardenal, cuando los Estados generales de Blois, en el recinto mismo

del palacio. Señores contra señores y contra el trono; el trono ya con unos, ya con otros: no hay amigo para amigo, y sí reservas por tratos, traiciones por moneda: se saluda para odiar, y se da la mano para herir: el celo religioso es un disfraz, la santa Unión, pretexto: Henrique de Valois la jura porque la teme, y la sigue para salvarse, sin que nada de esto le valga, ni sus débiles concesiones, ni la amistad de Henrique de Navarra, para no caer al cabo, víctima triste de la mano de un asesino.

En el fundador de la casa de Borbón lo que hubo fué una mano segura que puso concierto, y una justicia sabia que trajo armonía. Cada interés entró en su caja, y el gobierno fué una acción; Richelieu acalló, apremió, concentró, é impuso silencio á su alrededor, para que no se oyese más que la voz de su poder. Por último Luis XIV es el YO consentido, y hasta loado, de una brillante monarquía.

¿Dónde está, pues, el pacto tácito y el comercio de concesiones de que habla Madama de Stael? Lo que yo hallo es que el buen gusto es índole psicológica de la nación francesa, la cual ama con las mujeres la galantería; en el trato, los modales cultos; en la expresión, las formas bellas; y en todo, el buen parecer y las gracias exquisitas. Esto le es orgánico, de tal suerte que hasta en las mismas matanzas y divisiones interiores, se notan ciertos rasgos en que no se sabe si es la ligereza la que predomina, ó la afectación y los afeites del ingenio. Nace esto, á mi ver también, de su género de amor á la gloria: al francés le gusta al-

canzarla, no sólo para la posteridad, sino para los salones: si cierra á muerte con úno, conserva actitud teatral: si conquista la Europa es para que lo sepa la Francia, y si quiere que lo sepa la Francia, es por ostentar placas, bandas, charreteras y cintas, y por contar un día en palacio, en traje de la época y cerca de las damas, los altos hechos de armas, en frases pulidas que luzcan, y en una lengua que tiene las palabras más lisonjeras para la alabanza y los moldes más finos para la apoteosis. Después de esto sabe el francés que la fama viene y recoge: de Versalles ó las Tullerías al libro ó al diario, y del diario á la historia.

Ahora comprendo yo por qué, por esto, por el culto de las artes que se agregó, por el estudio de los antiguos que se hizo, y por la imitación de los buenos modelos que se tuvieron á la vista, el siglo del gran Rey pudo tener grandeza y teatro trágico, y cuál es la naturaleza propia y la índole de éste. Ciertamente que no hay en él la poderosa vida del inglés: la fisonomía no se acentúa, los cabellos no se levantan, las arterias no se hinchan, ni se le mira luchar como al gladiador romano, con músculos que se encrespan, brazos que son de acero y dedos que se marcan y se hunden. Son las francesas obras clásicas: pero se nóta en ellas la mano, la regularidad, la galvanización, el arte; puede uno seguir la trama del autor, en lugar de encontrarse portodas partes tan sólo con la acción: se ve al hombre con frecuencia; en vez de que en Shakespeare se ve siempre un pedazo de mundo, ó una entraña natural. El pulimento extremado da tersura á la superficie, pero le quita aquella rudeza

original donde reside lo sublime, porque residen los misterios: las pasiones son gritos, y el terror no se prepara. El buen gusto es un poder plástico, pero no es más: no se olvide que es una segunda naturaleza.

Este juicio de cotejo entre ambas naciones no tiene más objeto que establecer para cada cual una superioridad relativa, ya que la superioridad absoluta sólo es de Dios. Son géneros distintos, y el francés ya queda explicado: pueblo esencialmente de instintos estéticos, la grandiosidad de sus obras llevaba el molde de su gusto, y las obras mismas se cortaban como trajes. Sensible, espiritual, comunicativo y simpático, sus pensamientos tienen más elocuencia que filosofía, más gracia que profundidad: el terror espanta, pero no hiela; la conmiseración trae lágrimas á los ojos, pero no destroza el pecho; se conoce que hasta en los sentimientos graves es fino el francés, y en las pasiones disciplinado. Pedro Corneille y Racine caracterizan perfectamente el teatro de su nación, y ¡qué hombres éstos! El primero es notable por el nervio, la entonación y la fuerza; y las seis ó siete composiciones que le han dado inmortalidad, si no superan, no envidian el mérito de Sófocles, del cual tienen el interés de las situaciones y la oportunidad del momento en que la palabra trágica va derecho al corazón. El verbo es una chispa, y la tragedia, como composición, un aparato eléctrico, en que sólo un momento da la combinación de gases, la abundancia de fluidos, el penacho de luz y la explosión. En esto es inimitable el gran poeta francés. Su regularidad no daña en nada á

su magnificencia ; su parsimonia á su facundia ; y él es el que ha sabido con más ventajas poner su ingenio al servicio del arte, sin que el úno obedezca como esclavo, ni el ótro mande como señor.

Racine es otra cosa. ¡Qué naturaleza y qué varón! Parece como si Dios mismo le hubiera formado, tomando de su urna más secreta el rayo más fino de luz, la masa más inocente de pasiones, el alma más pura y candorosa ; y esto porque estaba alegre ese día, y quería tener un hombre ángel. Puede decirse que se le siente marchar en sus obras con pies de espíritu : lo adivina úno sin palparlo. En su drama el tejido es íntegro y redondo, como el de un vestido inconsútil, y la acción se desenvuelve callando, como una fuente del valle que se desliza mansa entre guijas. Las impresiones que produce están como purificadas : el llanto corre, pero no quema ; el terror conmueve, pero no postra. Cada sentimiento está en su tono, cada parte en su lugar ; las fuerzas iguales, el equilibrio perfecto ; así es que se vé en la cristalización la transparencia, y al través una luz benigna y suave. No deja ajenjo el dolor, no dejan sangre las heridas ; y parece que la desgracia se moja antes en tintas cristianas para que salga después empapada en consuelos. Racine es singular : su belleza es casta, su arte inmaculado : casi cree úno que nació en el momento del alba, jugó de niño con ángeles, creció entre flores y fiestas de cielo, y se nutrió con cantos divinos.

Me da lástima terminar este cuadro, sin decir siquiera dos palabras sobre *Andrómaca*, la obra maestra de ese escritor, á mi entender, contrario



en esto al de Voltaire, Schlegel y Martínez de la Rosa, que juzgan ser la *Atalía*; y me fundo en que los sentimientos más nobles del corazón humano, *la fe jurada sobre la tumba de un esposo, y ese esposo Héctor, y el amor de hijo*, van en empeñada lucha, despertando cada vez más el interés, hasta un desenlace que no sacrifica el uno por el otro; en que las pasiones vienen como nacidas, y las situaciones como piezas de encaje, y en que el todo está formado, como para dar al drama hermosura y vida, de los cuadros más grandiosos de Homero, los anales más épicos de Troya, los recuerdos más gratos de la antigua casa de Príamo, y de ese estilo en que se nóta, no obstante ser la lengua francesa tan dura para el ritmo, el noble decoro, la corrección graciosa y el encanto de Virgilio. Tiene hasta el mérito la fábula, de que toma del mito lo que no ofende, y de la verdad lo que anima, para dejar de esta manera una impresión viva, sin ser destrozadora: es una verdad dramática y una ilusión histórica: aquello no ha pasado ó ha podido no pasar; y leyéndolo, ú oyéndolo, se conmueve, pero no se ofende el ánimo, y después de un momento de intenso placer, puede uno volver la cara á otra cosa tranquilo. La *Andrómaca* es una vista real, un objeto fantástico y una creación maravillosa, porque amedrenta como nube de tempestad y toca ligera como rocío.

Citaré como muestra varias frases interesantes. Andrómaca es llevada al Epiro como prisionera de Pirro, que la solicita en vano para esposa, y cree ganar su amor interponiendo su poder entre Astianax y los griegos, que habían pedido su muerte.

con calor. Insiste el amartelado príncipe, resiste la altiva princesa, la cual al propio tiempo que habla de su lealtad, hace mérito con orgullo de raza de la inocencia del hijo, como para defenderse y defenderle.

Un enfant malheureux qui ne sait pas encore  
Que Pyrrus est son maître et qu'il est fils d'Hector.

No cede ella, no logra nada su señor, no desisten los griegos: mil veces se ha humillado el hijo de Aquiles y otras tantas ha sido rechazado: ya es el último trance, está echada la suerte, está levantada la pira y él viene para saber la última determinación: ó la mano ó el sacrificio; y Andrómaca lo sabe. Cefisa, su dama de honor, le anuncia que llega: Andrómaca recibe un golpe de rayo: aquel hijo es su hijo, y además es el último vástago de una familia dinástica inmortal: revive entonces la memoria de Héctor que, antes de irse al combate, tomó en sus brazos al hijo para recomendarlo á su madre, que ve en él el continente marcial y heroico de su padre, y prorrumpe casi en las mismas palabras que se habían dicho de Ascanio

Sic oculos, sic ille manus, sic ora ferebat.

Parece que no le quedan fuerzas; que se rinde, y Cefisa así lo cree, instándole á que salga al encuentro al amante furioso, que entra ya, por el sí ó el nó definitivo. Se resuelve con esto á salir; pero reviven el orgullo y la empeñada fe, y le ruega á Cefisa que salga por ella. Cefisa entonces: —¿Y qué queréis que le diga?—Decidle, contesta, *«que el amor de mi hijo es muy grande»*.

—Dites-lui que l'amour de mon fils est assez fort.

Una madre, así es como habla. Se encuentra reducida ó á ser desleal ó á ver inmolar á su hijo, y no pudiendo hacer ninguna de las dos cosas, deja insoluta la cuestión, y lo que le ocurre es cubrirse, como con un manto, con la ternura de madre. Registra en un instante la naturaleza entera, y no encontrando nada más eficaz para ablandar la ira, que el amor filial, coge y lo usa como escudo entre ella y Pirro.

No se queda esto aquí. El trance apura: es menester decidirse. La altiva princesa al fin dice: *Vamos*: Cefisa contesta ¿á dónde? y ella, sin vacilar un momento:

Allons sur son tombeau consulter mon époux...

Esto es al mismo tiempo épico y trágico. Así es como debe hablar Andrómaca, la viuda de Héctor, la que vió á Troya grande y en cenizas, y á Pérgamo famoso y en el suelo.

Al cerrar este punto me ocurre una cosa respecto de Racine: su sensibilidad es tan exquisita que el buen gusto es su tacto, y las palabras pedazos de sus entrañas. Nótese una cosa: que hay músculos y vasos en sus obras, que llegan á ser con esto seres vivos, y por eso se agotó en tan poco número. Nótese otra cosa: que la luz que las bafia, viene menos de su espíritu que de su alma, y hace que sea ésta miel toda, suaves los pensamientos y dulcísimo el estilo, que no es una forma superpuesta; sino una forma orgánica.

Con esto es fácil ver por qué hubo tragedia

inglesa y francesa, y cuál es la índole de la una y de la ótra. Por lo ántes expuesto; y por contraposición, está claro por qué no la han tenido los españoles en todo el siglo de oro de su teatro, ó sólo han tenido ensayos imperfectos, ó cuando más, laudables. Y no porque faltasen ingenios en España: ninguna nación más rica en ellos. Lo que sucede es que los hombres que imprimen sello, lo reciben también del tiempo en que viven, y el que representó la gloria de su teatro, no fué el más adecuado para ese género.

La gente gótica se distinguió por la tenacidad de sus ideas, que la dió también á su carácter: algo de libertad popular en su política; mucho de rudeza varonil en sus costumbres, si bien, por tiempos, muelles y estragadas; lucha por lanzar á los otros bárbaros de la Península; afán por hallar para sus propias cosas asiento: ese pueblo, si bien bastante hizo en legislación, especialmente en la época primitiva, nada pudo hacer por las letras. Con la dominación de los árabes sobrevinieron al par de alianzas y tratados de los príncipes cristianos, tántos disgustos y discordia entre ellos, y de parte y por causa de los príncipes moros, tántos bandos, parcialidades, alborotos, rebatos, incursiones y guerras continuas y saugrientas, que no se daban paz ni tregua la una á la ótra: y bien pudiera decirse de ese tiempo lo que dijo Tácito del período romano que pintó:

*Atrox praeliis, discors seditionibus, ipsa etiam pace saevum.*

Los códices contemporáneos se llenaron de estos sucesos, más propios, por lo singulares y fre-

cuentas, para el colorido de las crónicas que para la grandeza épica histórica; y sin duda á esto, que sirvió á poner en contacto y á mezclar al fin las dos razas, tan ganosas de triunfos como émulas de gloria, entre otras causas fué debido el que la árabe, en el espacio de ocho siglos, que equivalen á una larga vida popular; inoculase su espíritu, soñador, imaginativo, impresionable, tan fácil al trato como galante en las maneras y heroico en juegos y en luchas; el que la goda ablandase un poco su entereza con el influjo que le alcanzó del regalo, la liviandad y las fiestas de la ótra; y el que los príncipes cristianos, conforme iban limpiando de enemigos la propia casa, y extendiendo á términos más amplios los límites de su imperio, contribuyesen á mejorar hábitos, introducir las artes de la paz y estimular los ingenios, hasta que al fin, y mayormente desde que San Fernando reunió en su cabeza las dos coronas de León y Castilla, y él y Don Jaime el Conquistador vieron engrandecidos sus reinos respectivos con las conquistas de Mayorca y Menorca, de Córdoba y Valencia, empezó la lengua á tomar fuerzas y formas, si es que no gala; á hacerse ensayos en la gaya ciencia, de que hubo consistorio para contiendas literarias; á hacerse conocer el romance heroico y amoroso, como una joya favorita del tesoro nacional; á enriquecerse éste con otras producciones de más aliento y de más tono, como poemas y códigos de leyes, y á celebrarse en los palacios remedos tímidos por informes, de obras en diálogo, en que se encontraban la representación, la mímica y el canto.

En todo ese tiempo no hay fisonomía para las

letras: la lengua principiaba, y el pensamiento tuvo hasta muy tarde los grillos de las copias. La consolidación de la monarquía, que principió con los Reyes Católicos, llegó á tal grado de consistencia cuando la rama de Austria, que el soberano era tódo, y nada el pueblo, bien hallado con la obediencia pasiva, y contento con la preponderancia de un cetro que daba en aquel tiempo la señal de la paz ó de la guerra. La gloria de España rayó tan alto, que cuando sus naves cruzaban el océano, llenas de capitanes ó tesoros, se decía que iban á conquistas, ó que venían de ellas; y en las islas más remotas su nombre era el temido. Tuvo virreyes por súbditos, reinos por provincias, paralelos por cefidor, meridianos por unidades de medida, y dos mundos para apoyar sus pies.

Con esto, con paz y poderío fué, y con el carácter español, más fantástico que pensador, más sufrido que impresionable, tan amigo de la pompa y fausto donde debiera haber parsimonia, y fácil para olvidar en la paz el sufrimiento, para sólo acordarse del regalo, la tragedia no podía ser planta indígena.

Entre los talentos que ilustran una época y el tiempo en que éstos viven, hay serie, organismo, y el punto de articulación son las costumbres y el total de hechos que forman los anales coetáneos. España fué una nación batalladora sin tregua, conquistadora con fortuna, poder un tiempo en Europa sin contrapeso ni rival; su nobleza tenía lo rudo junto con lo grande de los héroes de Homero, armas pesadas, alto orgullo y altos hechos, más cortés que galante, más dura que lisonjera; sus *ricos homes*

reyes de armas, pajes y donceles subían y bajaban, en los días clásicos, las escaleras del alcázar, no para festines palaciegos, sino para el servicio de la guerra, ó para los mensajes de la gloria; tuvo adalides como Bernardo del Carpio, que no cupo en menos que en romance; como el Cid, que pudo decir á Fernando VI, después de la toma de Valencia, que *le trata ganados otro reino y mil fronteras*; como Suero de Quiñones que tuvo *paso honroso* por la honra: como Hernán Pérez del Pulgar el de las Hazañas, llamado así por las que hizo; como el Gran Capitán, que pudo conquistar dos reinos y dejar afianzado su nombre en Cerignola; y cuando más tarde se alzó el cetro español y calló muda delante de él toda la tierra, los escritores nacionales se encontraron con una historia espléndida detrás, que tuvieron como cosecha, y que se sentaron á aprovechar como patrimonio sin esfuerzo y sin lucha, sacando de ella costumbres y caracteres para sus comedias de capa y espada, personajes distinguidos y sucesos brillantes para sus comedias históricas, y otros elementos para otro linaje de piezas que fueron órgano, porque no tuvieron par, al raudal de sus ingenios, á las invenciones de su fantasía y á los primores de sus gracias.

Según esto, España se alimentó, más que de otra cosa, de tradiciones; y hé aquí ótra de las causas por qué ella no ha podido tener tragedia, y sí Francia, que fué por el mismo tiempo un laboratorio de ideas; lo mismo Inglaterra, que lo fué de principios. Las tradiciones hasta cierto punto son fósiles históricos, la imaginación quien

las anima, y las ideas tienen que viajar para convertirse en principios; y los principios, porque están ya cerca de ser instituciones, son la vida misma, y pueden ser las pasiones de los pueblos. La imaginación es la madre de la comedia, así como la pasión lo es del teatro trágico.

Estas disquisiciones históricas corren bajo mi responsabilidad. Así es como yo comprendo las cosas. Entro á lo pasado como á una selva: descuajo, escojo, clasifico y diseco; y llamo á esto mío; y aunque no alcance propia, no quito honra ajena. Otros tendrán más acierto; nadie, ni más candor ni más llaneza; con lo cual ya que no desarme, no irrito la censura.

Un nuevo motivo hay para lo hecho, y para que se vea en ello, y aun en la osadía de intentarlo, un capítulo de excusa. No se puede en ningún género, ni para ningún fin, hacer el estudio de las letras, ni el de las bellas artes, sin seguir en el tiempo contemporáneo las huellas del espíritu, de que ellas no tienen que ser más que la forma, ó la expresión, ó el monumento perdurable. Es tan orgánica la propensión del hombre á trasmitirse, y tan irrefragable la ley de la humanidad, que cuando no el mármol, la tradición oral, ó el granito, ha sido el libro ó la hoja volante órgano seguro para que pase el tiempo presente al museo de la historia. Allí se halla todo: miembros sueltos, como los del gigante del Ariosto, que sólo han menester juntarse para volver á la vida. La historia será siempre un campo erial para los que la atraviesan sin descuajarlo, ó un campo improductivo para los que no conocen



sus terrenos; pero las leyes sociales, en ella es que están, y su estudio será en todo caso el más difícil, así como el más útil para el entendimiento humano. Desde el último siglo, especialmente en Alemania, han principiado á hacerse en esta materia exploraciones provechosas, de que ya hay fruto, y algún día la filosofía hará de ella ciencia exacta. Lo que importa por ahora saber es, que la historia es el teatro de las investigaciones serias para los estudios sociales, y que nada se sabrá, fué de los hechos aislados, si no se busca el origen y no se sigue en ella la cadena. Otra cosa importa decir, siquiera en desagravio á las inculpaciones de una escuela, si tal es, que peca más de maligna que de cándida: las letras no son frivolidades, ni versitos, ni cuentecitos, sino el gran depósito de la civilización, el gran reflejo de la luz de un pueblo culto, el alma en letras, y la vida social hablando en el papel. Los pueblos que no han dado cosecha de espíritu, sólo han rendido culto á la materia, y son también materia en la historia, en donde representan ó número, ó epicureísmo, ó fuerza, ó escombros, que ve úno de paso, pero que no estudia. Tiro produjo colonias, para ser destruídas por Nabuco; Cartago un nombre, para ser borrado por Scipión; y la Tartaria conquistadores, alimentados con leche de fieras, para llevar la destrucción á todas partes; y hoy no queda de ellas más que el nombre; mientras que viven siempre, y serán fanales en los siglos, la Grecia de Sófocles, la Italia de León X, la España de los Felipes y la Francia de Luis XIV.

Con esto me parece que está dada la expli-

cación del fenómeno de por qué en la nación española, y refiriéndome al tiempo de que hablo, no pudo haber verdadera tragedia, no obstante tanto escritor eminente, sobre todos Lope y Calderón, capaces de llevar ellos solos en sus hombros toda la gloria de una edad; á que contribuirían también la naturaleza propia y la grandeza misma de sus ingenios. De imaginación ambiciosa y audaz el úno, de fantasía florida y galana el ótro, ni se sabían concentrar en un afecto, ni cernirse en su vuelo por los aires, sino llevarlo cada vez más por regiones inexploradas y remotas. Con un poder de versificar que no conocía lindes ni respetos, con el dón de inventar, pintar y retratar tódo, la naturaleza, la sociedad, los seres espirituales, las pasiones, venían á sus oficinas á su llamado, para ser convertidos en versos lindos, en diálogos animados, en imágenes bellas; y ellos, como dioses niños, se complacían en estos juegos divinos, y en ver elevarse como obra suya creaciones colosales y mundos de prodigios. Hombres de esas dotes no podían sentarse á llorar, ni levantar tumbas, ni andar entre sombras.

La puerta abierta por estos ingenios de primer orden, el prurito de la imitación, la fuerza de la moda, que nace luégo de la fuerza del ejemplo autorizado, la tendencia de los gustos, que ejercen cierto linaje de sanción, y la preponderancia del público, mal hallado con cuanto no sea sus caprichos; todo esto, sin contar con lo expuesto anteriormente, ha sido causa bastante para que la escena española de ese tiempo tomase rumbo diferente del señalado por los que han hecho de la

tragedia especie aparte. Argumentos mestizos unas veces, y ótras puros; fábulas ingeniosas por la urdimbre; enredos que parecen laberintos; situaciones que sorprenden; damas enamoradas con decoro, con el cual discurren y por el cual se amartelan; terceras que se prestan á las trazas, si queda en salvo la honra; caballeros en quienes el cortejo no quita nada al blasón, ni lo gentil á lo galante, y que dan prendas finas como paga, y títulos de nobleza por caricias; las costumbres en su traje, los vicios en el suyo, la virtud alta, el crimen bajo, la sociedad que bulle, la vida que se ve, los sentimientos que palpitan; á ocasiones, como por lucimiento y gala lo plebeyo con lo heroico y lo espiritual con lo terreno, cada cosa en su puésto, en su tono y en su punto; y todo esto sembrado de gracias que son joyas, lleno de talento que es alma, salpicado de sales que son chispas de espíritu, y en versos lindos que parecen nacidos, en diálogos animados que parecen vivientes, con versificación jugosa, galana y espléndida, que semeja obra de filigrana con recamos de oro, y en una lengua, única por el donaire, *que casi se va yendo*, y que fué entonces órgano de poderío, sello de raza y ejecutoria de grandeza; hé aquí el carácter dominante en esa época histórica del drama español.

No se exigirá de mí, ni es menester, que yo éntre en la apreciación de ciertos matices, que por lo mismo que lo son, confirman más y más la unidad del fondo. Los pequeños pormenores, la crítica demasiado severa y menuda (*strictiores*) lo que hace es ahogarse y ahogar con los recortes y

polvillo que levanta. Los caminos de la luz nunca se midieron por estrechos compases, sino por diámetros de sistemas, ó por carreras de soles; y la condición de la verdad es tal, mayormente la que se encuentra oculta entre complicados accidentes, que requiere, ó el conjunto para comprenderla, ó las partes aisladas para calumniarla.

Después de esto, no hay que citar *El Castigo sin venganza*, *El Marido más firme*, *La Bella Aurora*, ni ninguna ótra de las llamadas tragedias de Lope. En ellas se ven sólo raudales de talento perdidos, que ni siquiera se mezclan para formar cauce común, y al autor como á un monarca en su carruaje de oro y pedrería, recorriendo campos que no son suyos, y atravesando caminos que no son siquiera reales. Declamación hueca, follaje inútil, pasiones mentidas, adornos de oropel, metafísica oratoria, conceptos falsos: él se complacía por juego en salpicar esto mismo de gracias como de perlas, y en depositarlo en estilo cándido y terso, como dentro de urnas de nácar. Si se levantaba al sufrimiento heroico, no se sostenía; si se abajaba á la desgracia sin consuelo, ni derramaba, ni hacía derramar lágrimas á nadie; y esto, no porque no tenía fuerzas para ello, sino porque era tan fecundo, que la naturaleza entera, que estaba toda en su cabeza, vivía transformándose en su mente, y él derramando imágenes como quien derrama luz sobre sus obras, que resultaban monstruosas con frecuencia; no porque no fuesen bellas, aisladas, sino porque eran impropiedades relativas las partes componentes.

Otra cosa era cuando campeaba por su cuenta,

con su gusto y en su imperio, es decir, cuando el asunto era cómico, ó bien mixto, y él podía desplegar al aire libre sus alas poderosas; entonces nadie podía reinar á su lado. Los defectos abundan siempre, pero él no podía escribir sin abusar; y en la lucha se dejaba caer de propósito, para aparecer después de pie y gallardo; hacía burla de errores, para hacer gala de aciertos y bellezas; y nunca hizo uso de una piedra falsa que fuese, que no la engastase ántes con oro. Siempre causa pasmo hablar de este hombre: á cualquiera le ocurre, al verlo ensayarse en tantos asuntos, que se va á agotar ya, y no se agota; á semejanza de un niño que no sabe explicarse, á la orilla de un arroyo, por qué mana sin cesar, y no se seca. Desarregladas y todo, como son sus obras, no sabe úno dejarlas de la mano.

He observado que la belleza absoluta es la de la naturaleza, de la cual toma ella los contornos acabados que tienen la belleza de las formas, y hasta las irregularidades que tienen la sublimidad y lo indefinido del misterio.—En este punto no hay más que abrir ojos para ver; pero baste citar la *Moza de Cántaro*, *Los Milagros del desprecio*, *El Molino*, *El mayor imposible*, *La Esclava de su galán*, *Por la puente Juana*, para convencerse de lo dicho.

Antes de cerrar esta materia conviene una observación respecto de Lope, para hacer notar hasta dónde llegaba su poder. De todos los nacidos, acaso es él quien ha manejado el habla en verso con más agilidad, soltura y gracia: las palabras le ocurrían de tropel para vestir sus

pensamientos, que salían ya con un traje al justo por natural, y trasparente por ser de luz, no teniendo él más que abrir la boca para derramar ideas, como la aurora sus puertas para derramar colores.

Así desdeña Jacinta á Benito en *Al pasar del arroyo* :

«Más precio en el soto ó selva  
Seguir de Atalanta el paso,  
Sin que al oro el rostro vuelva,  
Hasta que el sol al ocaso  
En oro ó sangre se envuelva;  
Y en aqueste manantial  
Ver retozar las arenas  
Con los golpes del cristal.  
Más precio coger las flores  
De quien la naturaleza  
Y el cielo fueron pintores,  
Y que cifian mi cabeza  
Las cintas de sus colores.  
Más precio ver susurrando  
Las abejas codiciosas  
Su arquitectura formando,  
Y en estas selvas quejosas  
Los ruiseñores cantando,  
Que sus penas y cuidados,  
Amores ciegos y locos,  
Buenos sólo imaginados,  
Donde hay dichosos tan pocos  
Y tantos son desgraciados.»

Así en la propia comedia se pinta á la mujer buena.

«La mujer que ha de ser propia  
Ha de estar en una caja,  
Como el gusano de seda,  
Hasta ser paloma blanca.»

He hecho estas citas, para tener en ellas una

muestra más de la fisonomía particular del teatro de España: cornucopia que derrama sólo flores; primavera eterna, campos sin tumbas, y mundos sin volcanes. Está visto, pues: tragedia no podía haber, sin que pruebe nada en contra ni las piezas llamadas con aquel nombre, ni la existencia de algunas de las que Martínez de la Rosa,—empeñado noblemente en engrandecer á su nación, hasta con esto, que nadie más le da,—llama elementos trágicos: *Dofia Inés de Castro*, de Mexía de la Cerda, y *Las Mocedades del Cid*, de Guillén de Castro, no pasan de ensayos pobres, aunque laudables; y *Los Amantes de Teruel*, de Montalbán, de una mezcla en que todavía es peor que la confusión el amaneramiento de estilo y los resabios de mal gusto.

No es grande abono para los españoles decir que los franceses han aprendido y tomado de ellos, en especial Pedro y Tomás Corneille, con tanto empeño y candor el primero, que no vaciló en hacerse la apropiación y confesarla; y esto como para que se vea que quienes tienen para dar en préstamo, deben ó han podido ser más ricos que quienes lo reciben. Tampoco vale alegar que hubo en España doctrina sobrada, como barrera á la confusión de los géneros cómico y trágico, y que así, en sus trágicos, el pecado fué el de consecuencia, y la falta por abuso. Es verdad que desde entrado apenas el siglo XVI, se empezó á escribir en este sentido y se continuó en ello hasta el fin de la centuria; que se imprimió la *Propaladia*, se tradujeron la *Poética de Aristóteles* y la *Epístola de Horacio á los Pisones*; tronó

enseñando la *Filosofía Antigua poética* de Alonso López Pinciano; contribuyendo en algo á lo mismo, en medio de lo mucho en contra, el *Ejemplar Poético* de Juan de la Cueva; y que, aun entrado ya el siglo XVII, Rey de Artieda propagó con calor los mismos buenos dogmas; pero ¿de qué podía valer la voz de advertimiento ó de censura, de parte de escritores, sólo preceptista úno, y todos ellos inferiores, con la distancia de un abismo, á un Lope, á un Calderón y á un Rojas? ¿Quién ignora que hombres á esa altura no atienden siempre á reglas, que si nacen, nacen de ellos; ni á que se les muestre camino cuando abren á la sazón otros nuevos y más amplios? ¿Quién dijo que la naturaleza tiene un solo molde, y la verdad un solo traje? Y para no omitir una reflexión más ¿no se sabe que aunque hay determinados principios fundamentales, no tienen número los que los modifican? Justamente los placeres del buen gusto se parecen al espectáculo de la naturaleza: úna, es cierto, en sus leyes, pero infinitamente varia en sus transformaciones y combinaciones. Al encontrar Newton las que da su célebre *Binomio*, reveló sin duda un misterio.

Concluyo de aquí que no es porque pecaron ó no pecaron los ingenios españoles de ese tiempo, ni porque hubo reglas ó dejó de haberlas, que no hubo entonces tragedia verdadera; sino porque ellos se inclinaron de preferencia, ó las circunstancias los condujeron, al cultivo del género cómico. Aun en la comedia no se manifiestan muy observantes: muchas veces van los cáno-



nes por un lado, y su rumbo por ótro; y sin embargo no sabe úno dejarlos de la mano. Horacio dice que los pecados aquí son tanto menos veniales, cuanto más rígidos los preceptos. Pero ello es que ese teatro es el más rico, y por lo mismo el más célebre del mundo; y que si para explicar el encanto que produce, no valen las causas expuestas, es porque hay algunas inexplicables, ó porque hay muchas ocultas.

*Causa latet, vis est notissima.*  
Ovid. Met. IX. 207.

Desde aquí por un largo espacio de tiempo, y en lo que toca á la crítica de ciertas obras y de ciertos períodos, he de atenerme, porque no cabe decir más, á Don Francisco Martínez de la Rosa, escritor cultísimo, cuyo saber y buen juicio es fianza de acierto, y cuya amenidad de estilo fuente de gusto; y esto hasta casi comprender el tiempo en que escribió Don Agustín Montiano y Luyando, la apreciación de cuyos dramas, hecha con tanta cordura y candor, muestra hasta qué punto era grande el vacío que había dejado la gloria de la escena, y fatigado el sobrealiento con que esta especie de generoso restaurador quiso echar sobre sus hombros doctrinas y ejemplo. Le había precedido en el noble empeño, y como preceptista, Luzán con su Poética, que fué un grito de alerta, una protesta honrada, y no otra cosa; libro que, á semejanza de tódos los de enseñanza de artes, son como estos postes de los caminos que dan la dirección, pero no el concurso.

•

El sistema periódico de Vico no es, ni del todo cierto, ni del todo falso: así como detrás de los filósofos aparecen los sofistas; detrás de los ingenios se ve siempre á los maestros.

Por lo atrás expuesto, se ve que si el reinado de Felipe V fué pobre, no obstante ser largo, no fué más rico el de Fernando VI, que sobre esto fué corto; y que es menester subir hasta Carlos III, monarca glorioso por más de un título, y que es lástima hubiese florecido en un tiempo de descomposición de ideas y de furor filosófico, para encontrar al lado del fomento de útiles instituciones, una protección tan decidida y un cariño tan solícito por las letras, que quizá sólo á ello se debió el que en medio de esa postración se levantase un tanto voz de aliento y se limpiase la ejecutoria antigua, aumentando con nuevos vástagos ilustres el árbol nobiliario. Don Nicolás Fernández de Moratín, Cadalso, López de Ayala, Huerta y Jovellanos pertenecen al número de los que cultivaron entonces la tragedia. Bastaría para inmortalizar la de ese tiempo, el nombre del último, no por lo que hizo, sino por haberlo sólo intentado: el *Munusa* no pasa de ser una prueba, bien que notable; pero su autor lo fué en demasía: jurisconsulto profundo, escritor eminente, hombre de Estado, erudito, poeta, anticuario, orador, analista, literato, historiador, patriota que resiste á Sebastiani, mártir que hace memoria en las prisiones de un castillo, oráculo para tódos, numen de las letras, no es frecuente ver, con un talento tan varío, una índole tan bella. Confieso que le amo, y por eso

hice esta posea, que tendrá de ineportuna, pero no de exagerada.

Las composiciones de estos autores se prestan á una crítica en que ya no hay disentiimiento, por ser aquéllas harto conocidas y haber sido tántas veces juzgadas; sino que entre tódas yo prefiero la *Raquel* de Huerta, por lo noble del estilo, la propiedad de algunos caracteres, y porque tiene en verdad una magnificencia trágica que no desdice de su título. Moratín y Cadalso harto hicieron en aqual género, siendo el lírico el favorito de su talento y de sus dotes; y López de Ayala no sale deslucido en el cotejo, ni es para desconsiderarse en esta especie de concurso, en que se ve algo de renacimiento del teatro.

Voy á cerrar esta reseña con Cienfuegos, regalado por Dios con tánto ingenio, y nacido en verdad para el coturno. Poseía mucho de lo que se necesita para él: fantasía creadora, alma impresionable, y una sensibilidad delicada y compasiva; lo que tiene es que las circunstancias no le fueron propicias, con un reino en fermento, tratados infecundos, guerras para ótros; ideas de importación, que más se rechazan que se comprenden; una nube de malos presagios sobre el Pirineo; una borrasca deshecha en el resto de la Europa, que después inundó la propia casa; dentro de ella un gobierno débil y una córte de intrigas de palacio, y lo peor para las letras, un favorito que no las estima, por más que él asegure lo contrario; y la necesidad, ó de hacerse perdonar su superioridad, ó de pedirlo con lisonjas.

Un contrapeso á todo esto fué el dos de mayo, día clásico del derecho, y lo menciono porque fué ocasión de peligros mil para Cienfuegos, y de que fuese arrastrado de su patria para morir en patria ajena, en edad temprana para su gloria.

Es tan noble este carácter, al cual tocó hasta lauro de martirio y la dicha de haber sido, en la escuela de Meléndez Valdés, de sus más claros alumnos, que no obstante ser las simpáticas las que han arrancado muchos de los aplausos que se le han tributado, todavía es tan rico el tesoro de sus prendas como trágico, que bien merece que á sus obras, como lo han hecho algunos críticos, se les haga lugar aparte y juicio serio. De todas ellas, y para dar el mío brevísimo, elegiré la *Zoraida*, por ser la más nombrada, y porque en la opinión común es la mejor.

Boabdil, rey moro, quiere á todo trance poseer la mano de Zoraida, cuyo amor sólo corresponde al que le tiene Abenamet, jefe abencerraje y guerrero, que tiene mano y puésto en los negocios de la córte. El desdeñado príncipe, devorado por su pasión, se resuelve á perder al favorecido amante, haciendo que éste pierda, por connivencia y traición de los Zegríes, en una batalla contra los cristianos, el estandarte sagrado; lo cual por ley del reino, se castigaba con la muerte. Se le condena á ella; y la sentencia se toma como instrumento de negociación abominable: ó la mano de Zoraida junto con el destierro del reo, ó el sacrificio, al instante, de éste. La afligida dama no tiene ánimo para ver inmolarse á Abenamet, y otorga en los altares una pa-

labra que no es suya, á un tirano que aborrece. Pero vive todavía Abenamet, á quien dentro ó fué ra del reino teme Boabdil. El monarca, con la mira siempre de quitar del medio á este rival, le da cita falsa en nombre de Zoraida; y ya en el jardín los dos amantes, Abenamet, temeroso por su vida, se hiere con su puñal, lo da á Zoraida, que también se hiere, y ambos espiran en el teatro.

Además figuran en la escena: Almanzor, carácter bien delineado, por lo noble, leal, resuelto, valeroso y firme, bien que un tanto precipitado, porque no sabía ver más que á su honra y á su alfanje; el padre de Boabdil, Hacén, palabra de advertimiento y protección, pero que en el tono era débil, siendo en la súplica ardiente, ó por los años que ya flaqueaban, ó por el hijo que no oía; Zulima, dama de confidencias, de que fué digna, y de consejos, en que fué extremada; por último, Aliatar, menos confidente que criado de órdenes, que él oye impasible y ejecuta ciego.

Tales es el argumento y tales los personajes. El plan está bien ordenado; sólo que, como es harto sencillo, no hay sorpresas, y le sucede á úno ver desde la entrada, como en ciertos edificios, todas las partes interiores. Los hilos no están mal tramados; sólo que hay algunos que faltan, y otros flojos. No está justificada la súbita violencia de Boabdil, que, sin más ni más, determina que sea Jaén el pretexto para empezar á perder á Abenamet: ha debido preceder una escena de obsequios á Zoraida, hechos por el rey, en que apareciese la lucha de afectos con-

trapuestos, el alto desdén de la úna, que al fin ceda, con el amor no correspondido del ótro, que al fin triunfe; y no que lo que se sabe es por confidencias, desmayadas siempre, y por relaciones ajenas, siempre frías. Tampoco está bien que Zoraida se decida á sacrificar su palabra sin una reserva mental suya y un pensamiento resueltamente trágico: si no sucede lo del jardín, queda casada para siempre; de manera que si pudo salvar su fe empeñada, no sucedió por obra suya, sino porque fué pérfido y cobarde Boabdil. La acción va bien en todos los actos, salvo que en el tercero se precipita de repente la catástrofe: es un cañonazo, cuando quisiera úno no amortiguarla, sino ver que durase, para que durase también el interés.

Las dichas son las manchas principales de la pieza, referentes más á la disposición, que es muchas veces de capricho, que á la ejecución, que es la obra sólo del arte. En ésta, aunque no se pueda presentar á Cienfuegos como maestro, talvez no le falta para ello sino, ó mayor conocimiento de la lengua, que tanto sirve como de coraza real al pensamiento, ó mayor estudio de los buenos modelos, que tanto acendran el buen gusto. La traba está bien hecha; los incidentes traídos á tiempo por la acción; la acción en todas partes como fuerza; las situaciones como afectos naturales; las transiciones sin costuras ni empatés de artificio. Pero en lo que más sobresale el ingenio que voy analizando, es en la sensibilidad, que para mí es la piedra de toque de la tragedia: sólo ella puede pasar del placer de

la imitación, que es pasajero, para producir una conmoción que dura y enseña, y que consiste en lágrimas, puede decirse dulce, y en un terror saludable. De la vida obscura de Shakespeare se trasluce que era un ángel con pasiones: se concibe sin trabajo que un hombre así, debía enfermarse escribiendo, gastarse pensando, y soltar obras como quien suelta pedazos de su alma: cada palabra suya tiene carne. Voltaire está dotado quizá de igual talento que Racine, que es cuanto se puede decir; pero repárese cuán distinta es la impresión que se experimenta leyendo á ambos: el úno tiene una grandeza estéril; el ótro una grandeza con savia: Voltaire admira; Racine encanta: el primero es un verjel de artificio, cultivado en campos calcinados, que desea úno abandonar después de visto: el ótro un jardín natural en campos abundosos, en que quisiera úno hacer morada. No hay duda, el ingenio se inflama, no con claridades de la cabeza, sino con chispas del corazón, y el talento no es sólo la facultad de comprender, sino además de eso, de sentir.

Me he detenido más de lo que parece regular en este último escritor, así porque él lo merece, vistas ya las prendas que le adornan, como para hacer notar que al declinar el siglo XVIII, con el cual voy á cerrar este bosquejo, se hicieron en España excelentes ensayos y los más generosos esfuerzos, para restablecer en la dramática de ambas especies, la gloria antigua del teatro; y esto con tal tesón y tan buen fruto, que no es dable pasar de aquí sin hacer cuenta y asentar

abono de ello en los anales del arte. Los tiempos, con todo, eran muy otros: Carlos II había enterrado el lustre de su familia, príncipe para poco; Felipe V no fué más que una chispa apagada de la suya; el carro de la nación se descolgaba al abismo, y aunque harto hizo Carlos III en detenerlo y levantarlo, no era mucho lo que podía esperarse de un estado de cosas que no era el progreso, y de una descomposición de ellas, que era, á no ser nada, una parálisis. Lo que más daña á un país, no son las convulsiones, sino la decadencia; no existen así ó existen mal las letras, que son ó calor, ó juventud, ó entusiasmo, ó algún linaje de vida, que entonces falta del todo, ó va faltando.

No he querido adrede entrar en observaciones de detalle, como es de observar así mismo cuando traté de la comedia, no sólo porque basta lo expuesto á mi propósito, sino porque meterse en más, sería en mí harta osadía, y contraer nuevos empeños, para los cuales no habría de hallar ya manera alguna de rescate. Siquiera el campo que he recorrido está lleno de sendas, y aunque yo he abierto una, á riesgo mío, del todo diferente, me halaga la idea de que la censura que me alcance, estará con unos filos amellados ya en los que hayan tenido la misma falta de acierto; fué de que, por la distancia á que están las cosas de que hablo, tienen sobre sí la niebla de los tiempos, con lo cual los errores de apreciación encontrarán disculpa, ya que no benevolencia.

No cabe hacer lo mismo respecto de lo hecho en el largo espacio corrido de la presente centu-



ria: ha sido menos manoseado; se resiste más á la crítica; no ha habido, por una parte, una de esas revoluciones literarias innovadoras que abren rumbo; por ótra, los diversos y magníficos ensayos que se han hecho, no han llegado aún á una redondez que marque fisonomía y dé por fin carácter; con lo cual, y aun contando con fuerzas, que bien veo que me faltan, no habría holgura en la estrechez de este escrito, para entrar de hoz en mano á hacer poco y sacar menos en una tarea tan larga y afanosa. Con esto, dicho queda haber sido la cosecha en todo ese tiempo, constante y rica; ocasionado, entre otras causas, del ejemplo que dieron varones que, como Meléndez, Moratín y Jovellanos, tocaron ambas centurias. Se llevó por muchos el lirismo de la oda hasta un punto casi pindárico, y hasta poder dar á alguno de ellos el laurel: reaparece en toda su pompa y donosura el romance de Pérez de Hita, de Góngora y de Lope, así en el ligero octosílabo como en el grave verso heroico, en el cual vuelven otra vez á la memoria los alardes vistosos, hechos en las plazas de Burgos la real, y las danzas amorosas en los salones de la Alhambra; Ruy Díaz, que ennobleció con su sangre á tantos reyes, y el rey Bucar que huye sólo de una sombra; así como la alta bizarría en los antiguos caballeros castellanos, criados en buenos respetos, y que amaban la guerra por la honra y la honra por las damas, al par que los juegos moriscos en la Vega de Granada para ostentar en sus cuadrillas entrelazadas y airosas, delante de ojos á quienes no pesaba de ello, destreza y

arte, divisas y letras, capellares, alquiceles y marlotas.

El drama se despoja de viejos resabios, deja la concha para quedarse con la almendra, y sin ser profuso en galas, tiene las que bastan para el gusto, y no desdeña las que son necesarias para el arte: mayormente en la comedia de costumbres, y sobre todo en algún ingenio que vive aún para su gloria, es tanta la naturalidad, que los retratos salen limpios como de espejos, y tal el candor, la gracia y la soltura, que el autor burla sin mofa; el que lee, ríe sin saña, y hay velo para el decoro, chistes para el donaire y diálogos finos y urbanos, que son dardos con puntas de seda, sin motivo de encono para el vicio. En ellas se nota el desenfado y la filosofía de Plutarco, con más lima, eso sí, y más al tiempo; en la historia, la manera gentil de Melo, que trabajaba siempre al torno, y la frase heráldica y cuidadosamente sencilla de Mariana, que no envejece nunca; y crónicas hay, algunas de ellas de tinte caballeresco y de épocas remotas, donde se ven los trajes, los usos, la lengua, el escudo de armas, el relieve y hasta el polvo nobiliario del siglo. Casi no hay condición que falte, ni género de obras á que no se le haya puesto mano ó cincel: si es por la lengua, se pule; si por el gusto, se acendra; y objetos hay en que han quedado los mejores modelos; el Castillo de Belver halla en sus Memorias modo de hacer revivir en los salones del alcázar la antigua nobleza de Aragón; la Junta Central, quien la defiende con la misma elocuencia gallarda de Tulio; y Hernán Pérez del Pulgar,

quien lo presente de nuevo vestido de punta en blanco y con su misma *fabla, sesuda, marcada é polida*.

Hace su aparición, aunque sin el logro de asentar domicilio, un género de literatura hinchado y llorón, malamente llamado romántico, é hijo bastardo de la escuela de Víctor Hugo, especie éste de arcángel caído, tan grande por el espíritu, como peligroso por sus errores brillantes y sus formas seductoras. Lástima de hombre-genio: acaso es, después de Madama de Stael, el escritor de Francia de este siglo, que hubiera podido acercarse más á Bossuet: capaz como un dios olímpico de recorrer en pocos pasos el orbe, y de interrogar con voz de mando los siglos, lejos de aprovechar tan buenas dotes, se ha propuesto más bien hacer del Hércules para ostentar trabajos históricos, echar abajo toda institución vieja é invocar el caos como su sistema predilecto, prefiriendo el sofisma á la verdad, y el ruido del aplauso á la conciencia de la gloria. Este espíritu de innovación pasó: la fíndole nacional no le dió acogida y hasta le puso ceño.



## LA NOVELA

---

**B**ESPECTO á la novela, lo que se ha hecho es dar los pasos primeros, entre otras causas, por no haber esa sobreabundancia de vida que sirve á dar forma á esta expresi3n del pensamiento. Como este g3nero abraza la pintura de las costumbres, usos, creencias, virtudes y vicios, y de cuanto constituye la fisonomía de un pueblo, de que viene á ser aqu3l espejo 3 trasunto, no s3lo es preciso que el retrato sea fiel, sino que haya en 3l algo de romanesco 3 de extrañio, y siempre de original y artificioso, á fin de que venga á despertar el inter3s, que ser3 tanto m3s vivo, cuanto mayor el movimiento y m3s animado el drama social. Fu3ra de la jurisdicci3n á que alcanzan la comedia y la tragedia, aficionadas de suyo á lo que es elevado por el car3cter, 3 fuerte por el colorido, hay una multitud de medias tintas, que son como medias verdades; 3 de matices, que son como transiciones; 3 de sombras, que ayudan á ocultar el tejido; todo lo cual sirve á la sociedad para diversificar sus formas, y en el lienzo para hacer completo el cuadro. Esta clase de composici3n est3 llamada á tener de

la historia el fondo, del cuento la sencillez, de la imaginación las galas, sin que por eso desdeñe la filosofía, si no es oscura, ni las gracias del estilo, si son naturales; á entrar á la casa de los reyes para ver su orgullo; á los salones de la nobleza para admirar su fausto; á los comicios populares, para oír el derecho bravío; y á las sociedades clandestinas, para sorprender la rebelión; á seguir los pasos del espíritu, que ora encarna en el tipo de imprenta, ora viaja en la hoja periódica, ora derrama desde la tribuna ó el liceo la luz que va siempre delante para dejar detrás la cifra de la verdad limpia y la causa del progreso asegurada; y por último, á penetrar en un confuso laberinto donde las pasiones hierven, las ideas se agitan, los principios se acendran, las instituciones se levantan; y todo ello á fin de producir un libro moral, que sirva de pasatiempo á los ancianos, de enseñanza á los jóvenes, de divertimento á los niños, y que esté tan bien colocado en el estante como en el bufete, el velador y el sofá.

Es cierto que los tiempos antiguos han sido, con harta frecuencia, asunto privilegiado de la novela, como si se buscara llenar de este modo el vacío de la historia con ciertos pormenores interesantes, y suplir lo que le falta de vida, con el calor de la anécdota, el chiste, la especie autorizada y el libelo; y hasta con la relación de los trajes y gustos de la gente de alta guisa, y de las malas artes, resabios, confabulaciones y hablillas que prevalecen en el vulgo y en las compañías de la Hampa. Madame de Stael retrata á Roma antigua; Walter Scott las costumbres caballerescas y heroicas,

y muchos novelistas modernos no han hecho otra cosa que galerías nuevas con cuadros retocados, lo cual revela, puesto que todo está bien hecho, que se echaba menos este colorido en la integridad de la verdad. Pero aparte de que es común que haya alusiones á la época presente, para cuya enseñanza siempre se escribe, y cuyo carácter y tendencias casi nunca se pierden de vista, tiene esta última tal influencia sobre el escritor, que de ordinario ella es la que viene á decidir del buen ó mal desempeño de la ótra. Aunque se quisiera prescindir, para la comprobación de lo que digo, de que un estado social cuando es glorioso, rico ó floreciente, es el que de ordinario sirve de despertador y musa al numen, no cabe hacer lo mismo respecto del idioma, que de un modo ó de ótro debe tener las condiciones precisas para ese linaje de trabajos. No basta para la novela que una lengua sea armoniosa, llena y varia en construcciones: es menester además que tenga ciertas frases crepusculares, ciertas expresiones indecisas, cierta delicadeza indefinida y ciertos modos de decir característicos y autorizados por un trato social extenso y una civilización que sea del día. De no ser así, las lenguas quedan para los besamanos, ó para otros actos serios; pero no sirven, ó sirven mal, para las tertulias del gran mundo: novelar es conversar; y así como está bien que Cervantes represente en Rinconete y Cortadillo, en tiempos que él alcanzó, el humor alegre y la vida suelta de la gente apicarada, no se comprende como posible escribir en el mismo idioma en que está la sátira de Horacio contra Rupilio y

Damasipo, la *Gitanilla de Madrid*, ó cualquiera de las novelas de Jorge Sand.

No hay por qué ocultarlo: España no ha sido fecunda en este género, salvo el *Quijote*, que forma colección con lo más alto del ingenio humano; y las *Novelas Ejemplares* del propio autor, notables sólo por la corrección del lenguaje, la pintura de caracteres y el donaire del estilo—que es como una epidermis de las costumbres retratadas—no hay que ir á buscar gran cosa, ni en *La Pícaro Justina*, cansada y silenciosa; ni en *El Patrañuelo*, insulsa y fría; si no es que hagamos excepción de la *Celestina* (caso de calificarse de novela) por la pureza del lenguaje, y del *Lazarillo de Tormes*, por ser tesoro de chistes, y hasta de las *Guerras civiles de Granada*, por el fondo romanesco. Lope de Vega escribió en esto mucho para poco; Quevedo para la sal, que era su comezón; y Montalbán, María de Sayas y Luis Vélez de Guevara, para cuentos que tan pronto como se leen se olvidan.

¿De qué nace esta pobreza? ¿Cómo ha podido ser que una nación tan abundante en otros géneros, en éste esté necesitada? ¿Por qué Walter Scott es el segundo de los novelistas, Bulwer encanta por su estilo, Disraeli es popular, y aun la novela francesa, que se derrama como un río, no obstante que es peligrosa por inmoral, é incompleta porque sólo retrata al hombre fisiológico, llena las bibliotecas y da la vuelta al mundo? Diré mi juicio en esta cuestión difícil, tantas veces propuesta. No es por la gravedad española, que también la tienen los ingleses; ni porque haya falta de lengua, que allí está la de Calderón y Lope; ni

por falta de galantería, que caballeros como los españoles no ha habido nunca, ni más de pro ni más de fama. La causa de ésto ha sido que la vida de esta nación estaba en la córte y no en la sociedad; y la novela, como el calor vital de ella, debe salir de los salones, que dan siempre, ó la materia prima de la obra, ó el artífice que la labra. Y sea dicho de paso, ya que cada tiempo trae sus necesidades, que la novela es en las letras, así como el periódico en los negocios, la forma más sencilla y veloz del pensamiento.

Ahora es explicable por qué España, á pesar de haber progresado tánto en la presente centuria en los estudios de las letras, no ha logrado lo mismo en los de la especie que vengo mencionando, rezagada como se ha visto en el movimiento general del progreso: la educación popular no crece, la industria no florece, ni pueblan sus bahías las naves portadoras del comercio; y bien se ve que los frutos en este sentido han tenido que afectarse, así de lo erial como de lo estéril donde se ha puesto la semilla.

Pero lo que es en los otros géneros, ya queda dicho cuánto ha progresado aquella nación. Además, la alta enseñanza se ha promovido, los estudios sociales cultivado, y los cuerpos científicos ó literarios, establecidos de antiguo, no han decaído de su primitivo esplendor. Hombres notables en muchos ramos, ingenios, escritores, oradores nunca han faltado, y hoy son ornamento de esos mismos institutos, así como de la prensa, de la tribuna y del foro. Ocupa lugar de preferencia la Real Academia de la Lengua, no sólo por el celo con que



ha sabido conservar el depósito de ella, enriqueciéndola cada vez que ha encontrado joyas que no desdigan de las suyas, sino porque en todas ocasiones ha contado en su seno, y hoy como siempre, varones eminentes, de que da buen testimonio la fama.

La reseña que he hecho hasta aquí, venía reclamada por la necesidad de probar que el cultivo de las letras, en lo vencido de la presente centuria, ha sido esmerado; que la cosecha ha correspondido; que un estado así es el mejor campo y el mayor estímulo para los ingenios; y que en efecto han florecido grandemente así la comedia como la tragedia: la primera, limpia de resabios, y la segunda de declamación y pompa vana.

Esta es la oportunidad de hacer una reflexión que para mí tiene importancia. Hay todo eso en España, y es mucho. ¿Por qué no suena en el mundo, y se queda dentro de cuatro paredes, y, como si dijéramos, para la familia no más?

Obran en esto, á mi ver, dos causas, engendradas la una de la otra, y tan solidarias entre sí, que la responsabilidad les es común, á saber: el estado social y la lengua. Bien merece la importancia del asunto la pena de decir algo sobre él, aunque sea no más que de paso.

Después que los intereses se han proclamado patrimonio, y puesto al alcance de los diversos gremios del cuerpo social, el movimiento del progreso consiste en que ellos circulen por las varias venas de él, y para esto, que haya un estado de justicia que los afiance, y condiciones de fomento que les den calor y vida. De esta manera el pensamiento

toma todas sus manifestaciones, la industria todas las suyas, los recursos acuden á las necesidades, el capital al trabajo, y florece éste á la sombra de la libertad que lo protege al mismo tiempo que fecunda. Pasó el tiempo en que el poderío nacional se cifraba en la fuerza bruta y la conquista: hoy *ser* para los pueblos es *crear*; y aquél de entre ellos es grande, que tiene mercados repletos, costas visitadas, talleres en acción, bolsas que ajustan, diplomacia que arregla y periodismo que difunda una atmósfera de luz. En naciones así constituidas, donde el vapor vuela y el telégrafo eléctrico devora espacios inmensos, es donde el reloj del tiempo suena para la historia, y que ésta recoge y graba cuanto pasa en sus varios monumentos, el primero de los cuales es la lengua hablada ó escrita. Una lengua con tales dotes, y enriquecida además, con el desenvolvimiento de cuanto se produce, que ella bautiza, con el caudal de cuanto se aprende, que ella atesora, y con el influjo del espíritu, de que ella se impregna, tiene el recurso de la riqueza en las voces, la transparencia de la verdad en las ideas y es una verdadera credencial, porque da entrada, y un verdadero órgano, porque trasmite.

Repárese, en prueba de esto, lo que va de nación á nación, aun en la parte más culta del antiguo continente. La Rusia es una masa de granito, temible sólo por su peso; el Austria, una formación feudal, que la ahoga á ella y á las partes; la Turquía una ataracea del Asia, que tiene el sueño de su origen; la Italia un conjunto de escombros de grandeza, unidos, diversificados apenas por la débil yedra y el *amarillo jaramago*; no habiendo en nin-

guna de esas regiones más que quietismo perfecto, ó movimientos convulsivos, ó fuerza en desequilibrio, ó formas vanas: la córte como regla, la servidumbre como estado, ó la guerra algunas veces como la única voz autorizada del derecho. Dan lástima esas sociedades, cuando no dan grima: porque no hay en ellas, ó hay escaso, lo que son signos de progreso en las naciones que lo tienen: la escuela, el taller, el banco y la hoja suelta.

No sucede lo mismo con pueblos como Inglaterra, Francia, los Estados Unidos de Norte América y el Imperio Alemán, donde no hay plétora social, sino fuerzas igualmente repartidas. En ellos se hace todo lo que se quiere, y se sabe cuanto se hace: son como arterias del gran mundo, como teatros donde se representa el drama universal; y la materia prima, el artefacto, el invento, la obra de arte, la obra de pensamiento ó imaginación, y las demás conquistas del espíritu, no se producen, no nacen allí sino para dar la vuelta al mundo. Hé aquí por qué lo que se escribe en francés, inglés ó alemán, es como si se dijera al oído, á la conciencia del orbe, ó como si se estampara en las crestas de las más altas montañas.

Igual cosa no pasa con lo que se escribe en castellano: por profundo que sea en filosofía, ó ejemplar por el ingenio, ha menester, puede decirse, dar de gritos á la puerta de la civilización, para que se traduzca la obra, y logre al fin entrada; de manera, según esto, que España tiene hoy mucha riqueza propia acumulada, pero que no circula porque no tiene el sello corriente. Pasó el tiempo en que el castellano se estudia-

ba por necesidad ó conveniencia en casa ajena; y aun en la propia, después de su grande época, no es el órgano de todas las manifestaciones del espíritu: con lo cual, no por bueno se busca, ni buscado mismo aprovecha; y las obras escritas en él—con raras excepciones—no pasan de ser joyas guardadas. Resulta de aquí que desfallece todo anhelo; que se entibia el amor de la gloria; que se trabaja sólo en familia, y que se va cubriendo de polvo el oro acendrado de la lengua. Las lenguas son siempre efecto y nunca causa del progreso. Como está al presente el mundo, ellas nada son, si no representan de la industria sus conquistas, de las artes sus bellezas, de las ciencias sus tesoros y del estado social sus varios modos, reuniendo hasta donde se pueda el tecnicismo que señala, con la gracia que cautiva. Pasó el tiempo de los idiomas de hipébaton: hoy se va al vapor; y lo que queda de aquéllos se admira como la talla antigua de algunos artezones, ó como los adornos mudos de algún soberbio mausoleo. El francés se distingue por su manera melindrosa y blanda, eso sí artística y bella; el inglés por su enérgica concisión; el alemán por su exactitud filosófica, su variedad y el caudal casi inagotable de sus palabras compuestas; pero nótese que todos éstos son instrumentos que tienen los tonos que dan todas las variaciones del progreso.

No hace diferencia lo fácil ó difícil de una lengua, para ser ó dejar de ser órgano principal del pensamiento, con tal que lo sea de la civilización contemporánea. Grecia fué un pueblo

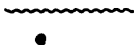
eminente y casi puede decirse único por las artes de la imaginación y del buen gusto: creó cielos con la fantasía é idealizó la materia hasta el punto de encontrar, puede decirse, las huellas de Dios en sus formas puras y castas; y aunque se comprende lo delicado que tenía que ser un idioma que tal expresase, lo cierto es que llegó á ser tan popular en el mundo la teogonía de Hesiodo, como los dioses de Homero, la historia de Tucídides como los versos de Anacreonte. El latín no puede ser más hermoso y vario, tan correcto en Horacio, abundante en Ovidio, profundo en Tácito; no obstante lo cual, pudo hablarse de la Hibernia al mar Bermejo, del Ponto Euxino al monte Atlas; pero es porque Roma llegó á extender su asiento á donde llegaron sus águilas, á tener un Foro que era el oráculo del mundo, y á escribir en granito cifras de gloria, que aún no ha podido borrar el orín del tiempo.

No he de pasar de este lugar, ya que la ocasión es propicia, sin decir dos palabras siquiera sobre la suerte actual del castellano, así como el género de cultivo que debiera dársele en el uso. Cualquiera comprende fácilmente que una lengua en que ha podido escribirse el *Quijote*, bajo cuyo estilo, no el más perfecto, pero sí el más vario conocido, se oculta el pensamiento más ingenioso del entendimiento humano; la *Guía de Pecadores*, en cuya frase, entretrejida de encantos místicos toda, casi *ve úno á Dios*, (según la frase de Linneo) *de paso y por la espalda*, y que sirvió de cauce á Lope y Calderón, debe ser una lengua ennoblecida con muchas dotes;

y, cierto, que á ser la España de hoy la que ilustraron los Felipes de la rama de Austria, el español, sobre ser una lengua sabia por su organismo, fuera un instrumento expedito de la vida social contemporánea. Está visto que no puede ser así; pero en tanto que llegan las circunstancias que producen siempre de suyo el milagro de la transformación en el estilo y de la abundancia en la expresión, es laudable todo celo que se muestre en el sentido de conservar y aumentar depósito tan rico. A la Real Academia Española se deben en esta materia servicios importantísimos: por una parte pone diques á la irrupción del estilo *gacetero* que tanto cunde y pervierte; y por ótra, fija los buenos usos y trasmite las buenas tradiciones, manteniéndose en medio, como un tribunal que juzga, y como un cuerpo de sabios que da ejemplo. Es tanto más difícil este encargo, cuanto que en los países adelantados hay muchos centros de sanción para las lenguas, por lo cual se observa ser el periodismo más ó menos correcto, y las traducciones más ó menos regulares; mientras que en una nación que va detrás, el cultivo de aquélla está reducido á un corto número de prosélitos. Fuera de que, en este último caso, tal culto (y sea dicho para ignominia de los profanos) ó es vergonzante, porque se afea; ó es tibio, porque se ignora; á tiempo que en el primero, esos estudios están en boga, y casi no se conoce hombre de Estado que no sea hombre de letras, como lo prueban Bacon, Colbert, Thiers, Guizot, Lord Derby, autor de la mejor traducción inglesa de

la Iliada, y Disraely, uno de los más célebres novelistas de su nación.

Quisiera dos cosas respecto al castellano: que se conservase la índole de la lengua, y que fuese ésta atemperándose al espíritu, á las necesidades y á las tendencias reinantes: las lenguas también tienen despojos que dejar. Hay un tejido íntimo que hace parte de la complexión, y que no cabe que se pierda. Cervantes, los dos Luises, Santa Teresa, Malón de Chaide, Nieremberg, Ercilla y mil ótros de los grandes siglos, quedarían siendo modelos, y, ó se ocurre á ellos por oro, ó no hay moneda; pero junto con esto, es de observarse que hay cierta escoria, es decir, ciertas formas que entraron en uso de antiguo, que, ó quedan para arcaísmos, ó quedan mal empleadas siempre. Las frases no son piezas de encaje, para que sean los idiomas juegos chinescos. Por casta que sea la manera de San Juan de la Cruz, estaría mal para una arenga popular, y todo el afeite de Solís no excusaría su empleo en una obra didáctica. Hay cierto movimiento, cierto calor de situación, que exige, no otro carácter, sino otras formas: las formas de que hablo, no son el lenguaje, que es el organismo; ni el estilo, que son las líneas del contorno, sino por decirlo así, los trajes de moda que exigen las necesidades de la época. De otra suerte, se escribiría con elegancia, pero con amaneramiento; con pureza, pero con trabas; y una obra así, sería curiosa como antigualla, pero no una obra de uso.



## JUICIO SOBRE LA ODA

DE LA SEÑORA DOLORES RODRÍGUEZ DE TIÓ,

INTITULADA

LA VUELTA DEL PASTOR

---

**C**UNA cortesanía de la autora me proporcionó, como á otras personas que estaban en su casa ahora pocos días, oír la composición que encabeza estas líneas; y desde entonces formé la resolución de hacer su juicio, animado á ello, á pesar de mi incompetencia, por el mérito de la obra, y por estar dedicada al muy digno señor Arzobispo Guevara, mi amigo, á quien mi excelente madre, cuya memoria tanto venero, profesó siempre singular estima y respeto.

Endurecido mi espíritu á causa de los estudios rudos y ásperos, sin más recuerdos de los amenos que los de la primera edad, que se complace en cultivarlos, y abatida mi alma con un dolor que nunca acaba, ni tengo alas para remontar el vuelo, ni otra cosa que manos encallecidas para manejar asunto tan delicado; y no habrá de aprovecharme, como medio ni como excusa, el



afán que ponga en ello, si no me voy con tiento en senda tan quebrada, ó no viene la indulgencia á perdonar mi osadía.

Empezaré por algunas observaciones que caen bien como portada del edificio, ó como hilo que conduce y sirve de enlace á la materia principal.

Siempre habrá de estimarse como tarea atrevida al par que ardua el hacer un ensayo, siquiera ligero, sobre la poesía ó cualquiera de sus géneros. Sea que se la considere como la urna ideal, que contiene los tipos eternos y abstractos de lo sublime y de lo bello, ó como la oficina en que se labran los moldes acabados de las formas; míresela como el iris que dibuja la luz del pensamiento, ó como el seno que engendra cuanto ayuda—por los sentimientos varios que infunde y los instintos generosos que despierta—á la cultura del alma; es lo cierto, al medir la jurisdicción y dificultades de ella, que su imperio es muy dilatado y sus arcanos muy profundos. En la inmensa esfera de observación y creación que es dado recorrer á la actividad humana teniendo al entendimiento por maestro y guía, la industria descubre, las artes mecánicas preparan, el comercio lleva, las ciencias atesoran; y esto con tantos triunfos y ventajas, que, ora cabe pasar de los átomos que se unen á las estrellas que se cuentan, ora hacer de las fuerzas cósmicas auxiliares obedientes del progreso, hasta tener por último para morada del hombre ciudades tan populosas como Londres y París, mercados tan ricos cuales nunca forjó el deseo, al vapor de transporte, al diario de escuela, al fuego de cautivo, al telégrafo eléctrico de men-

sajero, y á media naturaleza, puede decirse, sirviendo de mesa á la otra media, que la cubre con sus panes. Esto es mucho, pero no es tódo: es, si se me permite la expresión, la pompa de la materia. Más allá se ven otros y otros horizontes, casi indefinidos, en que hay necesidades, tendencias, aspiraciones, estímulos, gloria, y adonde va el corazón á buscar el conjunto de sus goces, y el espíritu el complemento de sus leyes.

Si se pudiera atravesar de un vuelo, á la manera de angosto valle, el espacio que se concedió al alma para su completo desarrollo, lo hallaríamos dividido en tres grandes regiones: la que preside el entendimiento, cuyo fin es el mundo material: la que preside la razón, cuyo objeto es el mundo social, moral y religioso, y la que preside la imaginación, que lleva por blanco el mundo de la estética: triple modo de desenvolvimiento, explicativo del sér que piensa, sabe, acumula, ama, se arrodilla y siente padeciendo ó gozando. La ley física como lámpara que alumbrá y camino que enseña los tesoros de la materia, hasta encontrar en ello holgura á la existencia; la ley social, moral y religiosa como medio de establecer el deber, que es para el individuo conciencia, para la sociedad vínculo, y para Dios homenaje; y la belleza como forma propia de expresión y de arte, y condición necesaria de cuanto está llamado á cooperar á la cultura y á las gracias del espíritu: tal es, considerada como estudio, la larga jornada que hay que rendir, y la descomposición que produce el inmenso organismo cósmico y espiritual, descomposición que puede practicar el hombre, y

que hace las ciencias útiles, la piedad santa, y las buenas letras y las bellas artes civilizadoras y amenas.

De estas tres causas generadoras del progreso, ya que las ótras sean más importantes por la responsabilidad más seria que les toca y los más inmediatos fines á que aspiran, la imaginación es la que labra telas de más exquisito primor: ora en gasas cambiantes de luz para reflejar en ella los colores: ora en delgadísimos y transparentes velos con la consistencia del espíritu para cubrir con donaire las formas bellas y guardar el decoro á las formas púdicas, á la manera de la túnica sutil que se imaginase puesta al grupo de las Gracias, para dejar ver en ella y al través de ella, con un candor que parece malicia y no lo es, así lo que vela como lo velado.

La imaginación es el poder verdaderamente creador: en lo demás, salvo la religión, que se aprende en el hogar ó en los templos, basta soplar el polvo de la materia ó el polvo de los siglos, para que aparezca la letra de la ley natural ó social del universo. La imaginación nunca está quieta: va, viene, viaja, atraviesa, lustra y recorre; llega al centro de la esfera para dirigir los radios; llega al extremo de los radios para tocar á las puertas de lo infinito; puebla el vacío, puebla las estrellas ó las vuelve añicos para tener por la distancia diamantes engastados en el azul del firmamento; desencadena el huracán; se goza en las tempestades; encuentra los veneros de la luz, y oye esas voces, mudas para los demás, que en el silencio de la noche ó en la soledad de los de-

sierios profiere la naturaleza sombría y espléndida como el enigma insoluble de sus destinos ó la última palabra de sus arcanos.

En virtud del mismo poder, Homero hace descender sobre el campo de Troya los dioses del Olimpo, que son dioses en su pluma; Miguel Angel trae el *Juicio Final* antes de tiempo, y Rafael halla para sus vírgenes castidad y dulzura en los colores; Shakespeare encuentra las pasiones del teatro, y Tácito las pasiones de la historia; Newton atrae el sol á la palma de su mano, y Bacon las ciencias á su árbol genealógico; Mozart casi es en su *Requiem* el profeta de las lágrimas, y Beethoven en sus sinfonías y sonatas el dios de la armonía universal; Milton crea un Satanás más grande que su infierno, y Dante un infierno capaz de contener todos los pecitos del mundo; San Agustín necesita del cristianismo para hallar base á su genio, y Bossuet de la posteridad para hallar eco á sus oráculos. Por último, Cervantes hizo lo que ningún mortal: insuflar sobre la nada, para producir maravillas que sorprenden y universos enteros que dan pasmo.

Es incansable la imaginación. En la guerra recoge en anales brillantes ó sombríos cuanto sucede de hechos de pro ó de hechos de sangre, para presentarlo como escarmiento ó enseñanza; y en la paz la alegría con que se llevan los cestos de la vendimia, y la tranquilidad con que corren entre colokuos sabrosos los días serenos de la Arcadia. Ella es quien halla en el heroísmo grandeza, en la virtud sacrificios, en la limosna caridad, y en el pudor de una doncella la flor de la

inocencia. Ella quien atesora todas las tintas del alba, todos los arreboles de la aurora y del ocaso, todos los cambios de las nubes, todos los encantos que ofrece el azul de un cielo vespertino. Ella quien explica los secretos del hogar tan íntimos, las palabras de la senectud tan sabias, la historia de los niños tan candorosa, las penas del que sufre pérdida irreparable, tan intensas. No hay lágrima histórica que se le haya escapado, desde las de Raquel, que las derramó inconsolables por sus hijos, hasta las de la Virgen sin mancha, que fué corredentora llorando, y dejó en esas perlas, que guardan los ángeles en urnas, prendas de valor infinito para obtener favores del Cielo. No hay desgracia que no registre: el libro de Job es el poema del dolor religioso, y el drama de Lear el poema del dolor profano. Ella se sienta del mismo modo sobre las ruinas de Jerusalén, para mostrar que Tito pudo destruir todo menos el Gólgota, como sobre las ruinas de Babilonia, para hacer ver que no queda ni polvo de mármol donde antes hubo puertas de bronce, algazara de muchedumbre, poder de Nemrod y soberbia de Baltazar. Ella borra con igual brocha el nombre de Grecia que vence á Jerjes, y el de Roma que intima y arrasa á Cartago. Ella quien compone el manto de César para que muera altivo delante de Bruto, y da á Napoleón el Grande aquella figura fría y oracular con que lo pinta David atravesando los Alpes para caer cual águila caudal sobre Marengo, ó con que él mismo se exhibía delante de los emperadores y reyes de Europa, á quienes man-

daba llamar para preguntarles si ya estaban cumplidas sus órdenes soberbias.

¿Quién dirá, quién agotará toda la acción é influjo de que es capaz la facultad eminentemente creadora? Ella no es cronista; no cuenta sólo; no lleva á tablas mudas cuanto acaece ó quanto descubre acá y allá; no deposita los hechos y las creaciones del espíritu en osarios profundos, donde únicamente se ven sin voz ni acción fríos esqueletos y huesos desprendidos, áridos y secos. Al contrario: á tódo infunde alma y á tódo da vida, á las profesiones liberales en su numen, á las letras en su inventiva, á las ciencias en sus puntos de entronque, á la historia en su musa filosófica, cuando se quiere que enseñe narrando; y hasta el polvo de los siglos anima de algún modo, para encontrar en él ideas que pasaron, y que están allí aún como doctrina escrita en caracteres de muerte. En las costumbres encuentra la moral, en los códigos los principios, en la opinión las tendencias, en la virtud el mérito, y en la fama el lampo divino. No hay nada que no comprenda é invada la imaginación: el tiempo que fué y el que es, la verdad y la fábula, lo finito y lo infinito, el cielo y la tierra; y pasando del fenómeno á la ley, de los efectos á las causas, de las combinaciones químicas á la gravitación universal, del estudio de las formas á la belleza, de la contemplación del heroísmo á la palma que merece, del dolor al consuelo, y de la miseria á la misericordia, se constituye al mismo tiempo en santuario que guarda y en cátedra que enseña las cuatro grandes ideas del mundo espiritual: el arte, la gloria, las lágrimas y Dios.

No es preciso descender de esta altura á que me ha traído la elevación propia de la materia, para tocar con la oda de la señora Tió, que yo quiero examinar del modo que sé. Los partos de la imaginación los considera úno como obra de un mismo museo; y la sencillez tiene cimas como las tiene la sublimidad, si éstas grandiosas y algunas veces volcánicas, para vomitar llamas y humo, enrojecer ó ennegrecer el cielo, hacer retemblar la montaña y cubrir de lava y ceniza los contornos, aquéllas apacibles y cubiertas de olorosas hierbas ó de verde césped, con laderas felpudas que van á dar á tendidos, frescos valles, ó á mansos arroyos que se duermen muellemente entre juncos y espadañas á su margen, menudísima arena y blancas guijas en su fondo.

La naturaleza, varia en sus varias formas, presenta siempre infinita diversidad de tipos de belleza, todos ellos igualmente apreciados, si son suyos. La vista del mar, extendido como un espejo que no acaba, es magnífica; pero no agrada menos una bandada de palomas blancas atravesando un cielo azul después de haber picado el grano en la éra, ó un conjunto de ánades, cerca de alquería tranquila y abundosa, cortando lentamente limpia laguna. El patético *Mondschein* de Beethoven no es inferior á cualquiera de sus grandiosas ó terribles armonías, ni el grupo de Laocoonte puede alegar ventajas sobre la *Asunción* del Ticiano ó la *Virgen de la Silla* de Rafael, valiendo para la desesperación de aquél la beatitud célica y el amor divino de éstas.

Voy á decirlo con lisura, si bien con encogimiento y embarazo, por mi falta de idoneidad.

*La Vuelta del Pastor* es una de las composiciones que he leído más acabadas en su género. Lenguaje, estilo poético, dicción, imágenes, ritmo, pausas métricas, pausas de sentido, pensamientos, epítetos, todo está en su regla, en su oportunidad y en su puésto; es un trasunto de la verdad estética, porque es un producto feliz del númen; y asiste úno á su lectura como á ver una pieza de galería artística.

Distínguela, entre otras prendas, la sobriedad, desesperación ésta de los que quieren cautivar escribiendo. Fray Luis de León la hubiera adoptado por suya, y sin embargo no es imitación. De las imitaciones puede decirse muchas veces lo que (si recuerdo bien) decía madama de Sevigné de las traducciones: que son figuras de tapiz miradas por detrás; y en la obra que me ocupa se ve lo fácil en lo espontáneo, y lo nuevo en lo original: la originalidad es la naturaleza misma ó una creación de primera mano. Lo que sucede es, que la belleza se descompone en tipos inmutables, y el que los tiene en la fantasía los lanza sin esfuerzo, como el fuego sus chispas ó como el sol sus rayos, sin que los únos se confundan con los ótros. Dolce y Guido sobresalen por la unción y la dulzura, pero no son los mismos; Garcilaso y Meléndez por la delicadeza y la ternura, pero lo que en el primero abandono siempre, es algunas veces arte en el segundo; y aunque Vanucci fué el maestro del genio de Urbino, éste fué el llamado á ser el pintor del Vaticano y del Cielo.

La sobriedad de que acabo de hablar da á la mencionada oda las palabras precisas, ni menos para no caer en obscuridad, ni más para no incurrir



## JUICIO DE «LA VUELTA DEL PASTOR»

---

en follaje: viniendo á comprobarse de este modo que el pensamiento verdadero es el que nace de suyo vestido, y que el vestido no es postizo sino el propio y sienta bien, cuando puede llevarse á lo cortesano y no á lo rústico, sin que le falten, si ello es menester, ni ondas para el movimiento, ni pliegues para la majestad. El lenguaje como forma, y el estilo como gracia de expresión en la pieza de la poetisa, son una gasa de espíritu que deja ver las líneas, el contorno y el donaire del cuerpo de la idea.

Los versos son numerosos; las cadencias oportunas y variadas; la música rítmica, apacible; las transiciones, líricas sin ser arrebatadas; las alusiones, propias; los sentimientos, tiernos; las quejas, dignas; la religión, pura; y las estrofas conchas de nácar, donde caben al justo las perlas del ingenio.

Hacer citas está demás, y quien quiera encantar-se, lea.

Caracas: Diciembre 31 de 1877.


Caracas: Enero 20 de 1869.

*Señor Dr. D. Ricardo Ovidio Limardo.*

Mi nunca olvidado Ovidio:

**P**RINCIPIO por refierte: has enviado á *El Federalista*, que la ha publicado ya, la noticia de tu obra filológica y nada me has dicho, con saber tú que nadie celebra más que yo tus cosas, ni tiene mejores credenciales de cariño. A mí me hubiera gustado—tú sabes cuánto—recibir yo el primero la buena nueva, darle la bienvenida en mi casa, y regalarla en ella como á huésped de grande honor y de gran día.

En esto verás que te derramo mi corazón, el cual, pobre y todo como sea, y algunas veces melancólico, tiene siempre para tí riqueza de afectos y fiestas de entusiasmo.

He leído tus trozos de muestra: magníficos. El lenguaje propio, el estilo correcto, las definiciones precisas; las observaciones, sobre gramaticales, filosóficas; las palabras llamadas á naturalizarse, con derecho á la carta; la crítica desapasionada é ingenua: en eso está la magnificencia, y más, el mérito verdadero de tales trabajos.

Tú has dado un paso adelante, y abierto nueva puerta al progreso de la lengua: la despiertas del sueño que la tenía embargada, y la convidas á ataviarse con joyas modernas que no deslustran ni su primitiva gala ni su esplendor de abolengo. Ella fué un tiempo renombrada por lo extenso de su jurisdicción, la gracia de sus contornos y la grandilocuencia de su frase. Tuvo historiadores como Coloma, Hurtado de Mendoza, Mejía, Melo y Solís; poetas como Garcilaso, Ercilla, Gil Polo, Rioja, León, y Herrera; hablistas como Santa Teresa, Oliva, Nieremberg y Granada; autores dramáticos como Moreto, Rojas, Lope de Vega y Calderón; é ingenios que, como Cervantes, constituyen todo un título de gloria, hacen creer más de veras en la semejanza del hombre con Dios, y crean una especie de culto al cual no se puede llegar sino de rodillas, ni con una ofrenda menor que incienso para quemarlo en sus altares.

El habla castellana entonces era bella, sublime y varia: en la égloga sencilla; en el poema épico noble, en la oda lírica, en la canción amena, en el madrigal ligera, en el epigrama punzante, en la elegía patética, en la epístola familiar, en el romance gentil, en las meditaciones sagradas mística, en el drama fecunda é ingeniosa. No es extraño: eso fué en su mayor parte el producto de los siglos XVI y XVII: para ese tiempo España era ó había acabado de ser la nación más grande de la tierra; y los idiomas toman de ordinario el orgullo de la raza, la osadía del poder, el espíritu de conquista y el reflejo de la civilización contemporánea.

Como siguiendo pasos contados, no es difícil

ver los que ha dado la lengua desde el principio hasta ese apogeo de su grandeza. Mezcla confusa, primero, de latín corrompido y de romance; masa más regular no muy tarde, después de la conquista de los árabes; y con algo de pulimento desde que la *gaya ciencia* se lo dió con su ingenio y con sus gracias: llegó á ser en este último tiempo, órgano fiel y sonoro de los amoríos de los príncipes, de las primeras proezas de los caballeros noveles, de las tradiciones de la gloria, y de la pompa y primor de las fiestas cortesanas. Asiste úno todavía al estudio de esas composiciones antiguas, con gusto particular, como al estudio de la infancia lozana de un arte, mofletuda pero graciosa, de líneas redondas pero al propio tiempo bellas. La naturaleza siempre la misma (y sea dicho para pasar á otra cosa): detrás del rudimento las formas, detrás de las formas la expresión, y como conjunto de ella la belleza: proceso común en la vida de todos los seres.

De los diversos reinos cristianos que se mantenían en luchas continuas—muchas de ellas ilustradas de lampo de gloria pura—con los moros, se distinguieron sobre los demás Castilla y Aragón, cuyas córtes fueron no pocas veces cuna de espíritus claros y palestra á ingenios lidiadores. Nace el romance histórico y amoroso, joya favorita de nuestro ajuar: escritores como Juan de Mena y el Marqués de Santillana dan no escasa cosecha de talento: hacen versos y se precian de entendidos Juan el II, su privado y muchos otros caballeros de palacio: el ruido de los triunfos es espuela al anhelo de la fama, y el ser loado por la pluma

camino de la gloria; hasta que reunidas las dos coronas en las personas de Fernando é Isabel, llevada á cabo la conquista de Granada, y libre la casa de enemigos en armas, vino el lazo de la unidad á hacer úno y por lo mismo mayor el impulso de los intereses comunes, vino la plenitud del tiempo á anunciar y á traer nuevos destinos, y asentada la monarquía en bases más firmes, y enriquecida á poco con los favores de la suerte, principió para ella una éra nueva de grandeza, de esplendor y de poderío sin rival.

El siglo XVI se abre bajo muy favorables auspicios. No bien cerrado el primer tercio de él, Carlos V aspira á la monarquía universal, Felipe II tras esto pone espanto á la Inglaterra, y el poder español con frecuencia hace inclinar de un lado la balanza de la Europa: reflejos éstos de grandeza, que fueron para lo presente temas fecundos, y para lo por venir tesoros de gloria acumulada.

La prosa castellana, pasada su edad de adolescencia, principió entonces su largo reinado de dos centurias; bien que al cerrar el siglo XV había ya empezado á cundir la afición á la lectura de los libros caballerescos, que tánto estragó después el buen gusto, y á los fines del XVI vino como una lepra el culteranismo, nacido del claro ingenio de Góngora, y que inficionó á espíritus tan elevados como el de Quevedo, mayormente en sus obras históricas. Por lo demás: las formas de la lengua fueron varoniles y hermosas, y sus dotes preciadas: majestad, morbidez, contornos de labor, elevación, armonía; contribuyendo no poco á ello la imitación de la estructura latina que tánto prevaleció como

gusto, y tanto dió como cosecha por la riqueza del préstamo, la intimidad del parentesco y la ejecutoria de familia.

Tocó igual suerte á la poesía lírica, aunque lo propio no se pueda decir de la dramática, género éste cuya altura se hace inaccesible para unos, y para otros difícil por lo escabroso de la senda.

Por más que se me tache de osado no creo que España tenga tragedias verdaderas, á lo menos como para decir que posee en ellas un tesoro. Todo lo que se ha hecho en este ramo, aun en la era más fecunda, no pasa de ensayos generosos, de cimientos echados, de ricas minas donde el oro permanece confundido con el cuarzo. No hay más que ir á la experiencia. En las obras de este género de Oliva, Malara, Bermúdez, Virués, Cueva, Lupercio Leonardo de Argensola, Cervantes y el mismo Lope, salvo algún trozo lírico, algún afecto bien expresado, lo castizo del habla, la habilidad de los versos y algunas situaciones interesantes, en lo demás sólo se vé, como para afean tan buenas dotes, hinchazón en vez de pasiones, juegos del vocablo en vez de sencillez, contrastes buscados en vez de contrastes naturales, metafísica por sensibilidad, y conferencias frías por acción que desenvuelva. Da dolor pero es preciso decirlo; son la causa: ó el mal gusto que contagia, ó el desperdicio del talento, ó que es otro el genio nacional; es lo cierto que no obstante ser los autores que tomaron esta senda tan distinguidos, lo hicieron para extraviarse ó extraviar.

En la comedia es otra cosa: aquí ninguna nación excede, y para decir la verdad toda, ninguna

iguala á España. A pesar del aparente desorden de sus dramas en el siglo que puede considerarse como el del esplendor de su teatro, y del olvido frecuente de las reglas, es tan notable la lozanía del ingenio, la fecundidad de la invención, la naturalidad del diálogo, las gracias del estilo y lo bien dispuesto de la trama, que con ellos en la mano, no sabe úno dejar su lectura, y hecha mil veces, mil veces se repite. Privilegio del talento, que hace sus obras para dejar enamorados.

La suerte, con todo, de la comedia ha sido varia en ese tiempo. A pesar de que Bartolomé de Torres Naharro en su *Propaladia*, y después Cristóbal de Castillejo, dotaron al teatro con preceptos y dramas al gusto del día, y de que, para mejorarlo y purificarlo, hicieron traducciones muy apreciadas, de idiomas extraños, Villalobos, el Maestro Oliva y Simón de Abril, el arte entró en decadencia, y las piezas dramáticas, ó lo que podía llamarse con ese nombre, no eran en lo general más que deformidades representadas ó escritas; debido todo esto al suspicaz recelo de la Inquisición, y al estrago que hacía la lectura, entonces ávida, de los libros andantescos. Baste añadir para colmo de mengua, que el año de 1548 hubo que representar en Valladolid una comedia de Ludovico Ariosto en italiano. Había miedo.

Esto duró hasta mediados del siglo. Entonces Lope de Rueda, llamado por algún escritor *el embeleso de la corte de Felipe II*, empezó á dar más animación é interés á las obras de este género, hasta que levantados en Madrid *los corrales de la Cruz y el príncipe*, y apareciendo Cervantes en la

escena, se inauguró una vida más robusta y menos interrumpida por el arte.

Cervantes había nacido para el Quijote. Todo aquello á que él puso la mano, lleva rastros de luz; pero los ingenios tienen destino, y, sin saberlo ellos, corren al fin por su lecho como los ríos. Sea dicha la verdad, sus dramas no son perfectos.

Sin embargo fué mucho lo que hicieron él, Cueva, Virués y otros. De repente aparece el gran Lope, que en breve *se alzó con la monarquía universal*, según frase, me parece que de Quintana. Todo cambia, todo lo hace Lope, y nada es bueno sino lo de Lope. Su vena era inagotable, su fantasía una primavera eterna, escribía como hablaba y hablaba como llueve; llegó á ser un mito en vida; y cuando tramontaba el siglo, había enriquecido ya el teatro con más de trescientas piezas que el pueblo oía embelesado y aplaudía con locura.

Su vida fué un aplauso prolongado, su muerte un luto nacional: monstruo que con dificultad vuelve á nacer. No todo es bueno en sus obras, que más bien están plagadas de defectos; pero todo es grande y todo es rico.

Florecieron tras la aparición de este hombre extraordinario, Calderón, digno rival suyo, Tirso, Mira de Amescua, Rojas, Alarcón y otros clarísimos ingenios que casi por el espacio de un siglo fueron recreo de la escena patria y envidia de los extraños.

Qué hombre! Qué inventiva! Qué fecundidad! Qué de bellezas! Las páginas de esos libros son páginas de inmortalidad: y la nación que las ha producido será eterna.



Me ocurre aquí que no sería tarea desdolorosa, sino antes bien de noble anhelo, al mismo tiempo que ardua en demasía, el cotejo de Lope y Calderón. Como los grandes monumentos, estos ingenios pueden verse de lejos, pero sin sus contornos, y rodearse de cerca, pero sólo por sus pies. Con todo, si me viera forzado á ello, yo haría el paralelo de este modo. El úno es más fecundo, el ótro más ingenioso; el úno es más dramático sin dejar de ser lírico, el ótro más lírico sin dejar de ser dramático; en Lope el ingenio se derrama á fuerza de caudal, en Calderón el ingenio va siempre dentro de cauce, á fuerza de artístico; el primero vierte perlas sin saberlo, el segundo las lleva puestas todas con conciencia; en el diálogo del úno hay más candor, y más argumento en el del ótro; la naturaleza de Lope es más rica, la de Calderón es más galana: ambos inimitables, ambos inmensos, como dos mares que van á parar á riberas siempre de plata, como dos cielos tachonados de estrellas que siempre brillan.

La lengua con esto, en fuerza de un cultivo tan feliz, y tanto como por esto, por el desenvolvimiento de su propia índole, llegó á ser rica, sonora, fácil, numerosa y llena; un órgano tanto de comunicación como de armonía; la primera de las que se hablaban en Europa; y un monumento soberbio,preciado entonces, hoy en olvido, pero que merece estudiarse, como la catedral de Sevilla por la gracia gótica y la ligereza atrevida de sus formas, como el Escorial por su magnificencia sombría. Las causas de todo esto están á la vista. Los idiomas son (que se haga gracia del símil) la

columna en que queda más grabada, y es, puede decirse, eterna la historia de la vida social contemporánea. En todo ese tiempo hubo un caudal de hechos que fueron, ó palmas de regocijo, ó recuerdos de gloria nacional. El poderío de España había estado en todas partes: sus dominios eran inmensos; el sol se fatigaba para recorrerlos; un hemisferio era joya de su corona; el oro del mundo, tesoro de sus arcas; y había tenido flotas para barrer los mares, escritores para ilustrar las letras, capitanes para fundar imperios, é ingenios de primer orden para ser las delicias del primer teatro del mundo. El castellano entonces, como el latín del tiempo de Augusto, fué un grande instrumento de fuerza y de prestigio: tódos querían saberlo, porque á tódos interesaba; y al mismo tiempo que servía de órgano del gabinete en Nápoles, en Milán y en los Países Bajos, y de lengua diplomática en París, era gala y orgullo de la propia casa y llevaba el lustre del nombre español á los extremos de la tierra.

Con harto desaliento abre úno las puertas del siglo XVIII, ocupada buena parte de él al principio por la Guerra de Sucesión, y el resto—á partir desde la paz de Utrecht, que tánto desmejoró á la España—por la casa de Borbón, para cuyos príncipes, si se exceptúa á Carlos III, no tiene la historia, ni altas alabanzas, ni otra cosa muchas veces que justísima, por no decir amarga censura. La decadencia había principiado, la nación con las luchas había quedado exánime y exangüe, la casa mudada, los hábitos otros, dificultad para acomodarse á ellos, novedades que no habían echado raíz; así es que cuando Felipe V, llamado al trono desde

el año 1700, terminó su largo reinado, se halló sólo un tiempo corrido sin frutos y un vacío para las letras.

Fernando VI, fué bueno, y no otra cosa : pasó como un paréntesis de paz estéril.

Carlos III fué un rey notable por más de un título; pero quiso comprender tódo su reinado, y la mayor parte del de su hijo hasta cerrar la centuria, porque en aquel tiempo empezó un género de renacimiento de los buenos estudios que fué semilla de cosecha contemporánea y para el siglo que corre pauta y norma de buen gusto.

Mucho ántes había Luzán dado sus reglas y establecido sus principios. La buena doctrina siempre aprovecha; y no se puede negar que la suya contribuyó poderosamente á que, dado el ejemplo, ótros le imitasen como preceptistas, y hecha oír la voz de alarma contra la apatía y la corrupción que reinaban, sobreviniese, aunque más tarde, un estímulo más eficaz en el cultivo de las humanidades y mejores días para la gloria de las letras.

Pero vuelvo á aquellos reinados, si bien para no detenerme mucho. Con éxito más ó menos feliz recibieron notables adelantos el arte dramática y los buenos estudios en manos de Zamora, Caffi-zares, don Tomás de Iriarte, Meléndez Valdez, ambos Moratines, Cienfuegos, Jovellanos, Cadalso, Huerta, etc., algunos de los cuales ilustraron también el presente siglo.

Bendice úno y aprovecha esos nobles y generosos esfuerzos que dieron por resultado tanto bello y tanto útil. La gran cosecha había pasado, es verdad, la que dió al padre de familia días de

huelga, tesoros de guarda y orgullo de riqueza ; pero en los trabajos de los escritores que acabo de nombrar y de otros que omito, no faltaron ni racimos jugosos para la vendimia, ni espigas de rubio grano para la siega.

Son dignos de particular mención don Leandro Fernández y Jovellanos, por el papel que representaron y la influencia decisiva que ejercieron en su tiempo. Lucen en el primero como dotes distintivas, el estudio, la observación, la regularidad artística, la adaptabilidad á las castizas formas de la lengua, la fantasía fácil y el oído armónico; escritor de admirable talento, sin duda, pero en quien el buen gusto no llegó á ser ingenio, aunque se confunde con él á fuerza de exquisito. Tanto bastó para que hubiese llegado á ser hablista consumado, poeta lírico distinguido, regenerador del teatro de su país, y autor de dramas que se leerán siempre con particular encanto; bien que, para decir la verdad, su autor con frecuencia sacrificó en ellos la libertad del numen al despotismo de las reglas. Yo no quisiera que este juicio mío, que he procurado ajustar á la conciencia, quitase nada al culto que merecen á todos, y á mí como al que más, tal hombre y tales obras.

Don Melchor Gaspar de Jovellanos tenía todos los talentos: el de gobierno, el de investigación, el de generalización, el de las ciencias y las artes, el de jurisconsulto, el de orador, el de poeta lírico, el de poeta dramático, el de la alta historia, el de las sencillas memorias, el de las pintorescas crónicas: fué patriota, mecenas bueno y querido, y junto con esto, el oráculo en su nación de todos

los espíritus elevados, y el primer escritor, en ella, de su tiempo. Su nombre será inmortal.

En todo lo que va corrido del siglo XIX se vé desfilar una serie de hombres eminentes que han producido frutos muy sazonados y ricos: Quintana, que algúnos dió á fines del siglo anterior, Gallegos, Lista, Martínez de la Rosa, Toreno, Alcalá Galiano, Modesto de la Fuente, Larra, Espronceda, Ventura de la Vega, Bretón, y mil y mil más. Sería tarea larga nombrarlos todos. Un puésto aparte para Castelar: grande espíritu, gran zapador, que siempre va, siempre enseña, y siempre derrama esplendores de su inmenso foco de luz.

Ese conjunto forma un monumento grandioso. Después de la recorrida que he hecho, de no pequeño afán, menos por las líneas escritas que por el pensamiento, tengo que entrar á él para tomar posa y descanso, verlo un momento no más, verlo para admirarlo, y salir luégo para volver la cara á otra cosa.

No podía ni debía pasar de aquí sin nombrar á mi patria, á mi querida patria, que ha dado hijos tan ilustres; con la desventura de que sus nombres no han tenido eco fuéera como era de desear, ó no lo han tenido completo, como era justo. Sin periodismo extenso, sin órgano de comunicación, sin mucho contacto con el gran mundo, sin liceos, sin academias de estímulo, el talento ha florecido entre nosotros sin anales; y salvo algunas excepciones, salvo alguna huella impresa en alguno que otro libro que perdura, la voz y la pluma se han ahogado, ó en asambleas de horas, ó en cátedras sin auditorio, ó en hojas volantes que después tódos olvidan.

La culpa no es de mi patria, tan rica, tan envidiablemente rica en talentos precoces, ella harto tiene, harto ha producido y harto da que esperar: la culpa es de la suerte, que nos conserva aún en ensayos en la vida política, y por lo mismo en atraso en la vida social. Aún somos niños, aún estamos aislados del gran movimiento del progreso; la causa, la guerra; pero así y todo ¡qué índole! ¡qué adivinación de lo que debe ser! qué adaptabilidad para los adelantos! qué de dotes para ser éste con el tiempo un pueblo de renombre! Lo sé: hay defectos, hay hasta males que no me atrevería á mencionar sino en familia; pero ¡qué quieres! Aquí nací, aquí cogí el primer nido del árbol, aquí me enseñó mi madre á pronunciar el dulce nombre de Dios; y todo, todo esto que me rodea, lo amo con ese cariño de la primera edad de que quedan memorias tan tiernas y tan melancólicas á veces: el sol que me calentó la primera vez, el naranjo del seto que forma la cerca umbrosa de mi casa, la senda aún no borrada de mis juegos infantiles, el agua cristalina que bebieron mis mayores. A ti puedo decirlo, que lo sientes: me gusta sentarme á la sombra fresca del plátano, oír murmurar la fuente á mis pies, y ver á una bandada de palomas blancas, después de haber picado en la vega el grano recién puesto, alzar el vuelo y atravesar el cielo azul que las cubre. Me gusta más esto que todos los tesoros del mundo.

Después de esta digresión, vuelvo al hilo que llevaba. No quiero hablar de todas las secciones de la antigua Colombia; sería tarea prolija: de Venezuela no más. Zea, (aunque granadino, lo

cuento por haber hablado en el Congreso de Angostura, y escrito con tanta elocuencia en el *Correo del Orinoco*. El doctor Mendoza, Ramos, el doctor Pérez, el doctor Level de Goda, el doctor Peña, Ramón García de Sena, el Arzobispo Méndez y los obispos Talavera y Fortique, fueron escritores distinguidos; el doctor Cruz Limardo, tu padre, un sabio, como el ilustre Vargas, y un espíritu filosófico, fino y delicado; Avila un erudito y un orador sagrado; Espinosa una imaginación de fuego, y Tomás Lander una pluma epigramática. Quintero escribió bien, pero en sus escritos hay más acción que reflexión; se parecen á él: gran figura y gran carácter. Bolívar debe estar solo, porque es el talento de la inspiración: ¡qué expresión tan colorida! ¡qué pensamientos tan profundos! ¡qué estro en sus arranques! Sería no hallar término si quisiese yo agotar la lista de Toro, Gual, Michelena, José Hermenegildo García, José María Rojas, Lozano, Pardo, Espinal, Alegría, y tanto y tanto varón.

Merecen juicio aparte el obispo Fortique, ya nombrado, Bello y Baralt.

El ilustrísimo señor doctor Mariano Fernández Fortique era el talento de las gracias y el molde de la estética. Sus maneras, su gusto, su tacto exquisito, revelaban al hombre dotado de un alma hecha para depósito de la sensibilidad y para eco de lo bello. Era una especie de armónica de buen gusto: podía pedirle el tono, y lo daba, en las letras, en el trato, en los consejos y en las costumbres sociales. Era blando, blandísimo, tímido casi siempre; pero es porque reflexionaba mucho, y

además porque era todo luz: penetraba, pero no resistía. Organización enfermiza y débil, el espíritu la devoraba: veíase esto en sus ojos, que eran dos focos. Figura demacrada, piel sobre los huesos, líneas angulosas, irregularidad de prominencias; á pesar de eso, su semblante tenía la hermosura de la alta inteligencia. En un salón nadie platicaba mejor que él; con la palabra en la boca, mayormente en medio de asambleas que no eran de tumultos, nadie decía frases más artísticas y propias: era interesante hablando, contribuyendo á ello hasta el sonido mate de su voz, como si fuese el timbre natural de la casta parsimonia ó el signo característico de la ática elegancia. Si así no es, así lo hacía él aparecer. Era finísimo; y en la conversación con los demás sabía siempre llevar las cosas á un terreno neutro por lo menos, en que no hubiese ni ofensa ajena, ni humillaciones del amor propio, ni sacrificio de los deberes: para él el corazón del hombre era un piano, y tenía la habilidad de tocar la tecla del momento. En nada de esto, esfuerzo; al contrario, en todo lo espontáneo de la ingenuidad y lo amable de la simpatía. Cuando uno salía de su casa, quería volver á ella otra vez y otra sin necesidad de invitación. Tal era su delicadeza, y tan notable la originalidad inocente de sus acciones, que todas eran fisonómicas, hasta la del andar: pisaba siempre suavemente y como tentando el lugar, como si pisase sobre flores, para no lastimarlas. Se conocía que aquel hombre no pesaba ni sobre el suelo. No se consideren pequeñeces éstas, en un varón tan distinguido, en



que todo lo que le es propio le es orgánico, y lo que es más, explicativo.

Se comprenderá ahora lo que ha podido ser el señor Fortique: un sabio, un orador, un escritor correcto y puro. Carácter bellísimo que fué ornamento de esta sociedad, y que no vuelve á aparecer tan fácilmente. El vacío que ha dejado no se ha podido llenar sino con lágrimas.

Aquí, en este papel, que amargo con estos melancólicos recuerdos, caen también las mías, que tengo que secar luégo, á fin de que la pluma corra sin estorbos á expresar su gratitud. El señor Fortique me echó el agua del bautismo, fué amigo íntimo de mi familia, mi protector, mi consejero, úno de los que me guiaron en los inciertos pasos de mi adolescencia, úno de los hombres que más me han encantado por la riqueza de sus dotes personales, así como úno de los que más me han querido; y al evocar su gran memoria, yo debía hacerlo como quien favorecido agradece, como quien agradecido admira, como quien admirando hace justicia. No quita nada el fervor de lo que siento á la verdad de lo que digo: al contrario, se echan menos en el retrato muchos colores que por mi desmaña no he podido llevar al lienzo. Lo que hace falta no es la imparcialidad del retratista, sino la grandeza de la ejecución para responder á la grandeza del cuadro, á la celebridad del personaje, y á la importancia de la galería histórica. Hago con esto una demostración de respeto á la amada sombra y me vuelvo á hablar de otra cosa.

Baralt era un talento privilegiado, una cabeza

universal: hombre de arte, como hombre de inventiva. El hubiera florecido lo mismo en los negocios ó en la carrera militar, que en las letras; pero tomó el primer rumbo que le deparó la suerte. Escritor castizo, donoso, elegante y ameno, su estilo no se parece á ningún ótro; y sus trabajos, por la espontaneidad del pensamiento, del mismo modo que por la perfección de las formas, serán tomados como modelo mientras se hable el hermoso idioma de Castilla.

El señor Andrés Bello tenía una comprensión enciclopédica. Erudición, fantasía, gusto, letras antiguas, adelantos modernos, todo lo poseía: fué publicista, humanista, poeta, legislador; y su nombre es hoy propiedad nuestra y gloria de la América. Varón afortunado, que cultivó los buenos estudios, que supo florecer en ellos, que vivió haciendo bienes y recogiendo consideraciones, respeto y gratitud, y que sin duda ha conquistado la inmortalidad. Hay obras suyas que no pueden ser mejoradas: su Derecho Internacional es citado como texto por los maestros de la ciencia, y su *Silva A la Agricultura de la zona tórrida* sabe á las Geórgicas de Virgilio. ¿Cómo pudo él desde su gabinete abrazar toda esa faja de la naturaleza sin haberla recorrido, y trasladar al lienzo todos sus colores sin perder uno solo? De Bello aquí puede decirse lo que dijo Séneca de Fidias: *Non vidit Phidias Jovem, nec stetit ante ejus oculos Minerva; dignus tamen illa arte animus et concepit deos et exhibuit.*

Esa vida poderosa ha acabado. El último de esos venezolanos fué Juan Vicente González, for-

midable atleta y polemista sin rival. Después de eso nada queda comparable. Vélo de bulto: yo no tengo para enviarte sino esterilidad, ni hay en estas pobres líneas mal trazadas sino espinas y abrojos. Vuelvo atrás para corregirme: no tódo ha acabado. Ahí queda Francisco Aranda, si bien enfermizo y pobre, por el cual tengo una gran veneración, y que por sus talentos administrativos y su profundidad en las ciencias sociales hubiera sido orgullo hasta de la Inglaterra, á haber nacido allá. Ahí está Manuel Antonio Carreño, escritor cultísimo y hacendista, tan ilustrado, tan profusamente favorecido por Dios con los altos dones del corazón y del espíritu, y que hoy peregrina—por causas que le honran—con la inmortal hija, en patria extraña, con pérdida para la suya de lo que pudiera darle en su servicio. Amigo mío como pocos y á quien yo amo con ternura. Ahí estás tú, de quien nada más agrego porque tienes ya un nombre, y como fiador á la Academia de la Lengua, que te lo ha dado. Ahí está por fin la generación actual.

La generación actual ha vivido entre frecuentes conmociones: tiene alto espíritu y grandes talentos; pero no es la mejor coyuntura para desenvolverlos un estado político recién entrado en los odios ó recién salido de ellos. La saugre borra, la pobreza abate, las necesidades transigen; en medio de lo cual, ya que no esterilidad ni abandono absoluto, no se encuentra por lo común ni vagar de estudios, ni estímulos de gloria, ni altivez de miras, sino cuando más, esfuerzos ahogados y arranques generosos á fuerza de valientes. Las

guerras civiles hacen yermo en los poblados y yermo en los institutos de enseñanza ; en medio de ellos sólo bullen y forman algazara los enconos.

Tras esta historia que he hecho de los progresos de la lengua tanto en España como en Venezuela, me ocurre una reflexión, y justamente éste es el lugar de hacerla.

El castellano ha permanecido estacionario. Después de su edad de oro, casi está como estaba. Se ha ejercido sobre él una policía harto severa ; se han establecido como aduanas para que no entren de importación palabras extrañas ; más que un *sistema protector* se ha practicado un *sistema prohibitivo*. El Diccionario de Galicismos (me parece que tal es el título) de Baralt, es una especie de cordón sanitario. El hizo lo que otros habían hecho ántes, lo que aún se hace de ordinario : considerar como apestado todo ó casi todo vocablo de fuéra, por significativo y propio que sea para el uso. Nunca, ni aun con esas condiciones, ó rarísima vez, se les da derecho de ciudadanía, ellos entran por contrabando, toman suelo, encanecen en el domicilio y en la aplicación común, y al fin la declaratoria es de hecho. Las necesidades sociales triunfan en este caso de las previsiones académicas.

Resulta de aquí que en las ciencias, en las artes, en los oficios, en los inventos, en la maquinaria—que puede llamarse ya una segunda naturaleza ó una naturaleza artificial—en ese mundo del progreso del día, no tenemos palabras que lo representen : nuestro Diccionario es pobre. «Los Miserables» de Víctor Hugo casi no se pueden tra-

ducir, y lo mismo sucede con muchas obras extranjeras. Se comprende: las demás naciones crean, y bautizan con nombres adecuados lo que inventan: España ni crea, ni admite los vocablos inventados. Cierra la puerta, mira á su ejecutoria, y no quiere aceptar más ramas que las del árbol viejo.

Otra consecuencia: que el castellano antiguo ha permanecido como un tesoro bajo de llave y el que se suele usar es esa jerga de las gacetas, inaccesibles ambos á las mejoras del tiempo: el úno por encerrado y hurafío y el ótro por impotente y rutinero.

Diferente cosa se hace en otras partes. Los franceses toman por adopción las palabras y frases de que necesitan. Los ingleses lo mismo: éstos tienen á *Beau*, *Rendez-vous*, *Cuerpo*, *Clairvoyant*, *Faux pas*, *Cul-de-sac*, *Fauteuil*, *Beau monde*, *Billet doux*, *Sansculottes*, *Sans souci* y á miles de voces más.

Los alemanes de la misma manera: Véanse los vocablos que me ocurren: *Jurist*, *Environs*, *Bonvivant*, *Conduite*, *Fabula*, *Ingenieur*, *Speculum*, *Parvenu*, *Vacuum*, *Solitude*, *Forum*, *Vademecum*, *Sou*, *Cotelette*, *Maladie*, *Gendarme*, *Cousin*, *Agio*.

La voz inglesa *meeting*, ¿por cuál ótra española puede ser sustituida? Si no se dice *mitin* no se dice lo que ella significa. Y así de otras voces. Los idiomas también crecen por *intususcepción* ó por *capas* y el que no lo hace así, ó se estaciona ó se muere. Se va quedando, cuando mejor le vaya, para idioma sabio, que es quedarse para viejo.

Aquí quería llegar para hacerte ver que tú has hecho muy bien, y para terminar esta materia por donde la principié: que has abierto una nueva puerta al progreso de la lengua.

Después de escrito lo de atrás, casi me humillo de vergüenza: reconozco que me he alzado á mayores. Tú nó, pues cualquiera otro diría que esos son muchos atrevimientos: que me he metido á catedrático sin cátedra; que he llevado mi hoz á mies ajena, entrado donde no me convidan, hablado de lo que no sé, y sentando plaza de evangelista sin misión; pero como quiera que sea, á lo hecho, pecho, y á la impertinencia paciencia, y al pecado ya cometido olvido. Una explicación hay: el deseo que ha habido en mí de agradarte; una disculpa: mi inocencia. Eso tengo yo: decir las cosas como me vienen, y dejar correr la pluma por donde fuere el pensamiento, pobremente vestida ella y sin aliños, porque el ótro no tiene cómo dárselos. Otra cosa también tengo: que no tengo amor propio, porque lo mató un enemigo que nunca perdona: el desengaño. Con que tú, tras el perdón que debes dar, borra lo malo, corrige los errores, y quita tódo lo que quieras, con tal que dejes lo único excusable: mi afecto.

Mis estudios, por otra parte, no son éstos; cuando cursaba en la Universidad, no dejaba de hacerlos, ni ellos dejaban de agradarme, porque todo muchacho se entretiene con lo dulce. Pero después ha venido la vida de los negocios y con ellos otros gustos. El derecho civil y el público, la ciencia administrativa, las ciencias sociales y

tódo lo que se les parece por lo práctico, yo no diré que lo cultivo, porque es mucho decir, sino que es lo único que leo.

Un nuevo motivo hay, pues, para que tú seas indulgente: yo no me alucino. No se me escapa que escribir yo para allá sobre estas materias es como enviar artículos de moda de Baruta á Caracas, ó del Rastro á Calabozo. Y aquí vuelve el orgullo nacional: no es porque Venezuela sea inferior á España, sino porque soy yo el osado, y á tí á quien escribo. A otra cosa.

Ustedes allá muy ocupados con la revolución española: nosotros no menos, porque cada vez que en cualquier parte del mundo palpita la arteria generosa de la redención del hombre, la América se conmueve y salta de gozo. Una cosa es cierta: que Isabel II perdió el trono para siempre, y que la dinastía borbónica acabó para España; pero lo que no se sabe es ni cuándo se consolidará el movimiento, ni qué forma permanente toma al fin.

En estos días he leído en los periódicos que se ha organizado de nuevo el Gobierno provisional, y habido demostraciones colosales en favor de la República en varias partes, mayormente en Madrid, Barcelona y algunas ciudades de Andalucía: todo esto á tiempo que debían practicarse las elecciones.

Como americano é hijo de este suelo, donde esas ideas se maman con la leche y se acarician con ternura, ya tú podrás imaginar si me gustará la República, y que se funde en la patria de Pelayo esa forma política que restituye á la liber-

tad todo su ensanche, al pensamiento todo su vuelo, á la dignidad todo su decoro, y en que es la ciudadanía título, la prensa poder, la opinión gufa y el gobierno encargo ajeno. No hablo aquí de la libertad de Catilina, ni de la de Clodio, la que muge en los comicios para ensangrentar después las calles, y sólo sueña, aun anteviendo trastornos y desgracias, en cambiar la sencilla túnica por el soberbio laticlavio: hablo de la libertad de Bolívar y de Wáshington, la que nace en el sufragio, crece en la representación legítima, y da frutos en medio de la concordia de los intereses comunes.

Creo no equivocarme respecto á España y vas á ver mi juicio. Isabel II ha sido una desgraciada señora—no debo decir más porque es mujer—y con esto una mala reina. Revivió el tiempo de los reyes holgazanes de la raza de Meroveo: en el palacio sólo mayordomos; en la distribución de los empleos sólo favoritismo; en las antesalas, en los despachos, en el gabinete, sólo el nombre del ídolo del día, que despotizaba á la soberana misma, hasta que ésta, más por capricho que de cansada, ó más de cansada que por reflexión, lo sustituía con otro al día siguiente. Linaje de gobierno éste que no lo era, de administración que no administraba sino intereses personales, y de desorden regio, en que la púrpura era el manto, el monarca el cómplice, y el ministerio, como medio de programa, la causa inmediata de tanta torpeza y de tanto crimen oficial. Malos antecedentes de muy atrás, mala historia reciente de familia, de espíritu pobre, Isabel, indolente ella de suyo, ávida



talvez de comprar cortas horas de gozo con sacrificios que cuestan años de quebrantos, no comprendió, ó si comprendió, no pudo ya evitar, la pendiente por donde ella misma se iba, y la efervescencia que había y la cólera en que rebosaba la nación.

El trono estaba socavado: debajo una mina, y en ella todos los elementos reaccionarios: los demócratas, los unionistas, los progresistas, los amantes de la forma pura inglesa, y, como mala hija de todos estos partidos, los anarquistas. El peligro común une, y el instante de la resistencia ó de la lucha, es el instante de las alianzas. Pero se sabe lo que sucede después: hecha la explosión volcánica, la lava va á dar á varios puntos, no para quedarse allí, sino para continuar el incendio.

Puésto por tierra el trono, como ha sucedido, cada partido ha entrado en el lleno de sus intereses propios; y éste es el momento de juzgarlos y de apreciar sus influencias. Con excepción del demócrata, que no es el más numeroso, todos los demás son monarquistas. Aunque el demócrata fuese el mayor: más, aunque excediese en partidarios al conjunto de los ótros, esto no bastaría para augurar de su triunfo. Nótese una cosa respecto de él: sus doctrinas están aún en la categoría de ideas, son gérmenes, si se quiere, que no han llegado á la categoría de instituciones. Las instituciones, que consisten verdaderamente en las creencias, en los hábitos, en general en las costumbres, y que tienen hondas raíces, son, si se me permite la expresión, *las ideas petrificadas*, y, sin que lo desmienta la experien-

cia, la única base de los gobiernos permanentes. Entretanto, lo que se hace es predicar, llevar la luz á todas partes, fecundar el huevecillo. Orense y Garrido son videntes, Castelar un apóstol, y el ejército que conducen, el de Moisés; pero aún no está á la vista la tierra de promisión. No se olvide que en todo proceso de regeneración social hay Mar Rojo que atravesar, dificultades que vencer y enemigos que combatir. No se olvide tampoco que toda obra supone planta y todo triunfo previo combate.

Nada de esto es especulativo, todo es práctico. Las leyes son inexorables; se estudian, pero no se inventan; es aquello de *quod scripsi scripsi*. ¿De qué vale quererse engañar creyendo una cosa, cuando es lo contrario? Las tradiciones de corte, los antecedentes de familia, la ambición palaciega, los títulos heráldicos, las candidaturas de nobleza, los recuerdos dinásticos que viven, el sello histórico que dura, el sistema de privilegios que halaga, la obediencia pasiva que es rémora, y la fuerza de los intereses antiguos que caen como un peso de plomo; todo esto forma en el camino un estorbo colosal que es menester quitar del todo ántes, para que pase la locomotora del progreso.

En países como los de Europa la gestación de la libertad republicana es muy larga, y la República una lucha, aunque no puede ser un hecho tan de pronto. La Francia hizo tabla rasa en 1789, ensangrentó su propio suelo, asombró al mundo y derramó un caudal de ideas que serán materia de digestión para diez siglos; pero pasado el estremecimiento, las antiguas raíces retoñaron. Tengo la

opinión de que en Europa, poniendo aparte la Suiza, que viene siendo hace tiempo una excepción, sólo hay dos pueblos que pueden considerarse como bastante preparados para recibir la forma de gobierno de tódos: Inglaterra y Bélgica; pero para el primero sería menester un movimiento tan serio como el de 1668, y para el segundo una convulsión continental.

El establecimiento de la República en América, es otra cosa: entre nosotros, salvo el Brasil, que es una superfetación del Portugal, aquella forma libre es planta indígena. La República aquí es orgánica porque la República es la aspiración primera del hombre en su estado natural. Tenemos, es verdad, algunas veces extravíos, errores, guerras, barbarie oficial, caudillaje, miseria, hambre, desastres; pero al fin el timón está en nuestras manos, y el barco es nuestro. Vivir es navegar, y otros días han de amanecer. Eso de poder decir úno *esto es mío*, es muy sabroso, porque el *yo* es la independencia, la independencia la libertad, y la libertad la gran ley de Dios y el camino más ancho del progreso. Nadie nos manda como extraño, nadie; y pereceríamos hasta el último ántes que admitir otras distinciones que las del talento y la virtud, ni más gobierno que el de nuestro propio sufragio. Hé aquí nuestras instituciones. Las instituciones son epidermis, más, son un organismo complicado.

Es fácil después de esto ver la aplicación de la ley, que es la misma para ambos casos. Así como entre nosotros es imposible la monarquía, es imposible por ahora la República en España.

Zamora no se tomó en una hora, ni en un día se puede transformar un pueblo como ése encanecido en otra clase de prácticas. Me acuerdo de lo que Cicerón con motivo de la muerte de César—á quien él por cierto no amaba—decía en una carta á Atico: *Interfecto domino, liberi non sumus; non fuit dominus ille fugiendus: sublato tyranno tyrannida manere video.*

Lo mismo en lo antiguo. Atenas y Esparta nunca llegaron á tener cada una más de 30.000 hombres libres: pesaban sobre ellas viejos hábitos y arraigados intereses: en este estado las sorprendió la absorción macedónica y romana. La república de este nombre no tiene grande sino el carácter, verdaderamente grande en el exterior: en el interior, sólo eternas luchas entre una plebe indisciplinada y voluble y un patriciado insolente. La libertad estaba en el combate ó en el nombre; el privilegio era lo que triunfaba como institución. Las repúblicas italianas en el tiempo de su mayor esplendor, Florencia, Venecia, Génova, Pisa, etc., no contaron nunca entre todas más de 20.000 ciudadanos con tener casi otros tantos millones de hombres sometidos. Tódo para la aristocracia, para el pueblo nada; y no se diga que éste no pedía ni reclamaba en forma. Sismondi nos asegura que la maciza arquitectura de Florencia es un testigo mudo hoy de que cada familia noble tenía en su tiempo que hacer fortaleza de su casa para defender lo que ella llamaba su derecho, sólo porque alcanzaba á negarlo con buen éxito á los que lo demandaban con justicia.» De nada valieron el comercio y las riquezas, para hacer posible la li-

bertad, de nada el nombre mismo de república; los intereses fuertes, los gremios poderosos, las distinciones sociales, pesaban más.

Todo esto es para probar: que todos los cambios no son repentinos: que el proceso de la vida es lento: que los intereses no ceden por voluntad sino por impotencia: y que es preciso, aun echado abajo lo viejo, trasportar los escombros para que quede el arca limpia. El tiempo entra como factor de todo progreso.

Conozco bien el espíritu de la nación española: noble, generoso, levantado y grande, y hoy además liberal; pero el carácter es diferente, es aristocrático. El carácter lo forman los intereses, el espíritu las ideas, y tiene que continuar la lucha, y que darse la batalla campal, para que el triunfo quede por fin por las últimas como es justo.

A España le aguarda una guerra civil, el encarnizamiento de los bandos, banderas opuestas, odios de hermanos y algunos años de sangre, horror y luto. Habrá muchos gobiernos provisionales, muchas caídas de gobiernos, muchos programas, muchos ensayos de formas, muchos congresos, y hasta una *iturbidada* puede haber, es decir, una corona de farsa. Hay hasta el mal de que no existen allí grandes hombres de Estado, de administración cuando más; pero no de ésos que organizan, concentran, dirigen, é imprimen sello á las cosas. La bravura bélica de anales militares, pero no políticos: y justamente porque la índole española es muy aventurera y bizarra, es decir, inquieta, es que amenaza tanto el riesgo de

la anarquía, la cual es, traducida en los hechos, la agitación de los espíritus.

Todo lo que digo puede suceder; pero no que sea todavía en ese pueblo viable la república. Acompaño con mis votos á sus elocuentes y generosos apóstoles, la deseo con todo mi corazón, y hasta la sellaría, si fuera menester, con mi sangre; pero delante de la verdad, que no miente, delante de la fuerza incontrastable de la ley histórica, que siempre se cumple, no queda más recurso que reconocer la úna, y proclamar la ótra sin rebozo. *Sed de hoc satis.*

Me he quedado aguardando el prospecto sobre codificación comparada de las leyes mercantiles en que trabajas. Cuando lo reciba, escribiré.

Va incluso esa carta para mi querido amigo Don Manuel Antonio Carreño. Fío en que llegará á sus manos con seguridad.

Una recomendación tuya me trasmitió Martín Tovar. Todavía no es tiempo de trabajar, pero ya llega; con qué éxito no lo sé; con qué voluntad tú lo sabes.

Ignoro si tú tienes un folleto mío con el título de «Reseña histórica y prospecto de código del derecho penal»; te pregunto porque ni de esto ni de una carta que te envié con Fombona me has dado razón.

Te acuso recibo de la que me escribiste en comunión con Becerra. Ese negocio es más de él que mío, y por eso no tengo que contestarte.

Mi señora doña Merced con Rosita, y don José María y Porcia con sus niños se han ido á los Teques, huyéndole á la fiebre amarilla, que

## CARTA

---

por fortuna hace tiempo que pasó: tódos están buenos. Entiendo que no han llegado. Ya yo hubiera ido allá á hacerles una visita, sino es que hay más de mes y medio que guardo encierro por causa del estropeo de un pie. Es un trato que yo cultivo, y que me hace falta ahora, porque hallo en él templado lo gentil de las maneras con el candor del sentimiento.

Acaba de llegar á Caracas, como diputado á la Legislatura Nacional tu sobrino el doctor José M<sup>o</sup> Pérez y por supuesto vino á verme inmediatamente. Yo le quiero mucho porque veo en él la raza, y te veo á tí: tiene sensibilidad exquisita, tiene entusiasmo excitable, y es un espíritu bello. Los talentos como los suyos son en efecto los útiles y fecundos, porque aman á los hombres y aman la verdad. El bien no se recibió sino de la mano del afecto.

Salúdame á Luisa. Háblame de los muchachos y dímeles mil cosas.

Mi madre, mi buena madre, te envía un millón de cariños y te dice que los dejes allá para que los uses como quieras. Consumidos, ella tiene para tí más y más: un tesoro inagotable.

Ya esta carta va larga, pero el remedio es ponerle punto; bien que no sin aquella expresión que es al propio tiempo derecho tuyo y deber mío: que te quiero.

*Cecilio Acosta.*



## CARTA AL DOCTOR R. O. LIMARDO

---

Caracas: 22 de septiembre de 1871.

Mi querido amigo :

**M**E siento á contestar tu carta de 31 de agosto próximo pasado, esta vez no con el mismo humor de siempre. Hay en ella tal tinte de tristeza, que ha pasado á mí también. Te falta tu frescura de otros tiempos, tu filosofía alegre, tu vívida jovialidad; y noto que tu palabra va profunda, pero va llena de ajenjo. Ahondas para llorar, y velas tu pensamiento con sombras melancólicas.

Lo comprendo: primero R. dejó con su muerte en torno tuyo un vacío, y luégo no has tenido á la vista, para llenarlo, más que vapores de sangre humana y osarios de campamento. Tras la desolación, el espanto; y tu corazón ha carecido hasta de lo que casi nunca falta al dolor: un momento desocupado para las lágrimas. Dios te ha probado no sólo hiriéndote en la entraña más fina, sino negándote al parecer la posibilidad de desan-



grarla. Nunca es mayor la desgracia que cuando hay que devorarla en silencio.

Comprendo así mismo hasta dónde llegan ciertos sufrimientos, como el de Job, reducido á tener comercio sólo con la podre ; como el de Lear, condenado, loco ya, á estar con otro loco, según dice Shakespeare, *i' the storm, i' the night*: pero justamente donde se oyé la voz de Dios de un modo más claro, como si estuviera allí para acudirnos con el bálsamo, es en el fondo del dolor ; y cuanto más adentro, más oída. Se engaña el que crea que la existencia es otra cosa que males, y que sendas pueden atravesarse sin abrojos. Parece que el hombre nació para el sacrificio, y que las tribulaciones son su herencia : si nó, díganlo unas esperanzas que casi nunca se cumplen y una muerte que nunca se evita. En este sentido, diré mejor, como consecuencia de esta verdad, la humanidad es una peregrinación y la historia una tragedia ; vamos marchando pero vamos padeciendo.

El cristianismo, pues, no es otra cosa que el complemento de una ley y la satisfacción de una necesidad. Sólo él explica el dolor, y sobre todo lo hace santo, porque lo hace meritorio. De la miseria no hay sino un paso á la misericordia, y de la misericordia ótro á la religión verdadera, que es el modo de pedirla y alcanzarla. La oración es al propio tiempo homenaje, y si cabe decirlo así, organismo espiritual, porque el espíritu con el habla es como se acerca á otro espíritu que es su igual, y con la súplica al que le es superior.

El sistema cristiano, que es el dogma del

sacrificio, está de acuerdo hasta con la filosofía, no obstante la dureza y la falta de flexibilidad en estas materias de la razón pura. La prosperidad es el comercio con la materia, es decir, con el vil oro y los precios de mercado; nada da sino ciego orgullo y la saciedad del sibarita: la desgracia es la que da elevarse á Dios, porque el postrado es el que invoca y el necesitado el que toca á la puerta del que tiene.

Pero no basta eso, sino que es menester saber pedir y pedir con humildad. Toda la filosofía moral pagana, todas las ciencias no alcanzarían para hallar remedios á los quebrantos, y lo mismo supo en esto Platón, que el último pagano. Se puede llegar al deseo de mejorar; se puede llegar hasta la desesperación, si no se cumple el deseo; pero no más allá, á no haber un Verbo revelado para enseñarnos que la congoja de la carne es la fortaleza del espíritu, y que el que busca á Dios en el llanto le encuentra en el consuelo.

Por eso es que Salomón llama hermosa á la misericordia del Señor y *nada sabe el que no sabe á Jesucristo*. El hombre poco logra con conocer la extensión y los números, que lo hace matemático, ni con el conocimiento de las leyes naturales, que lo hace filósofo: le queda por saber cómo se redime del mal moral, que lo cerca por todas partes como una atmósfera. Esa es la *sabiduría* de que habla el Sabio, y esa es la Religión que fundó Jesús.

Todo se explica por ella: los acontecimientos encuentran su clave, las causas y efectos su hilo

de relación, las sociedades su ley, la vida, en la fragilidad que le es natural, su apoyo cierto. La desigualdad de las riquezas la corrigió la limosna, y el vacío que apareció en el mundo por la ruina que deja siempre la desgracia, quedó lleno por la acción de una Providencia que acude á todo reclamo y otorga todo ruego. ¡Es muy consolador tener quien nos diga al oído palabras dulces y ponga en nuestras llagas unguentos olorosos!

El amor desinteresado, el generoso sacrificio, la caridad ardiente, todo esto lo enseñamos por Dios y lo practicamos por El. En su voluntad vemos todo, y su voluntad es la que reconocemos como regia. ¿Por qué nos olvidamos de esta doctrina en el sufrimiento extremo? ¿Por qué sentimos tanto con la carne y no nos moderamos más en el espíritu?

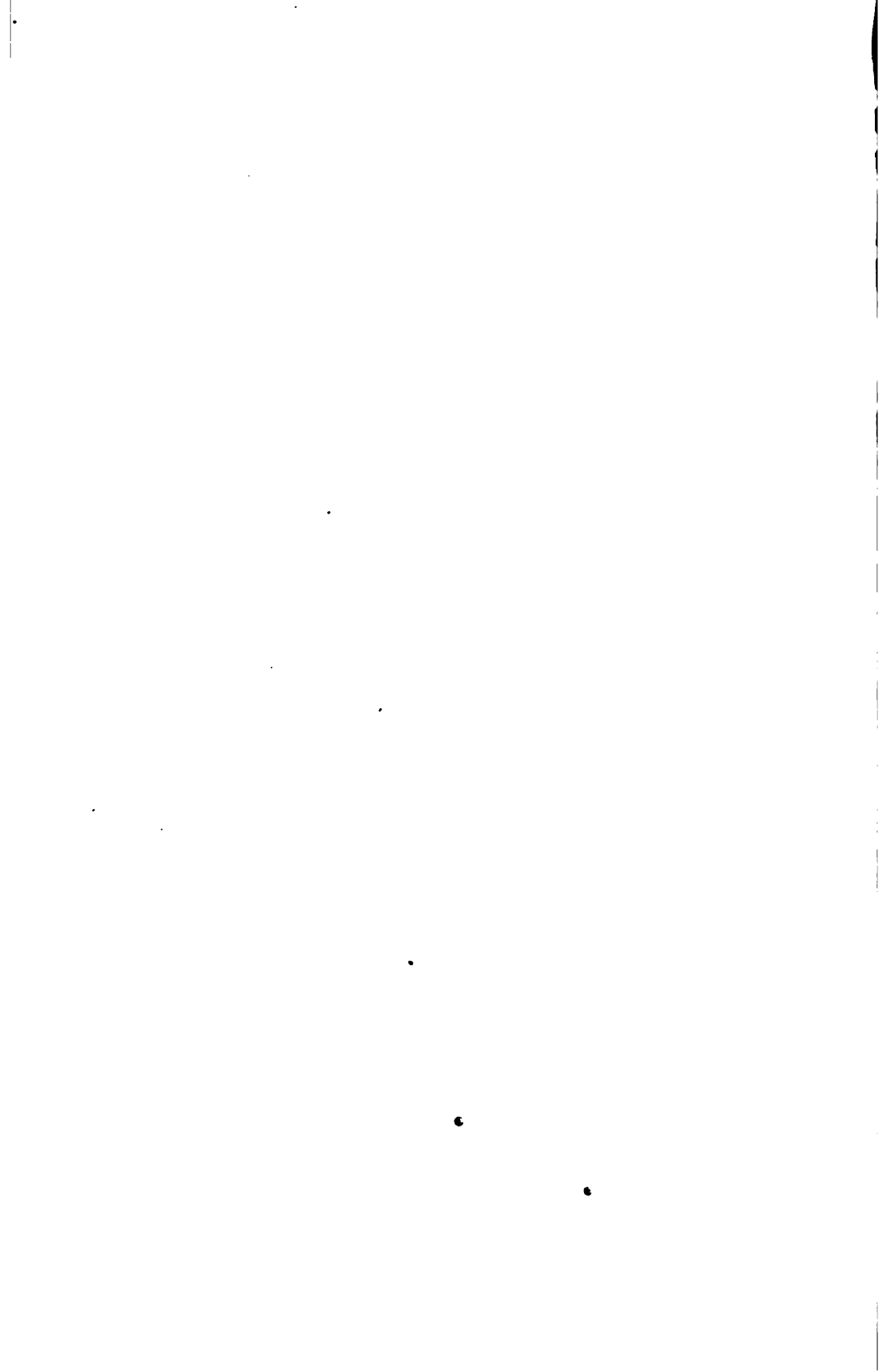
Desengañémonos: nada se hace ni se permite sino para altos fines, y en cuanto al hombre, su vida está en manos del que le hizo. Delante de esa inmensa legislación, delante de esa economía que pasa por todo, sin maltratar ni la hierba de los campos, sin romper ni una gota de rocío, y que lo mismo rige los mundos que pone en contacto los átomos, toda queja es vana si pasa más allá de un homenaje de humildad, y hasta es injuriosa si es persistente. Las lágrimas deben caer como una debilidad de la naturaleza; pero deben enjugarse como un tributo hecho á Dios.

No digas que predico: encontré estas verdades en mis reflexiones de estudio, encontré á Jesucristo en el fondo de mi corazón, no podía callar las unas y dejar de presentar al otro como un consuelo al tratarse de la memoria de tu caro R.

Dios le dotó espléndidamente. El lo dió y El lo quitó ¿de qué te lamentas más de lo que has hecho? No te dió que sentir nunca; lograste cerrarle los ojos con tus manos; y la fe te manda creer que goza y ruega por tí y por los tuyos: ¿qué más quieres? ¿Querrás alterar la ordenación de la Providencia.....? Quizá los males que evitas, él los evita, y la gracia que logras, él la alcanza. Tú necesitabas de quien orase por tí donde la oración alcanza siempre.

*Cecilio Acosta.*

## FUNERALES DEL SEÑOR DOCTOR

MANUEL JOSÉ MOSQUERA,

DIGNÍSIMO ARZOBISPO DE SANTA FE DE BOGOTÁ,

HECHOS EN LA S. I. M. DE CARACAS

EL DÍA 23 DE MARZO DE 1854

---

¿Qué puedo yo temer?..... ¿Será el destierro?—  
Mi patria está donde se adore á Dios.

(SAN BASILIO).



Los hombres que han nacido para la gloria verdadera, llevan en su destino como en su carácter cierto sello de originalidad y de grandeza que da á su vida aquella luz que va luégo á reflejar sobre la historia. Estudiándola en sus varias épocas, halla úno, como dirigida por mano oculta y sabia, la estrella que les va trazando su camino. Esa estrella es el genio que los agita. Arrastrados y sublimados por él, vense brillar, cual astros, en medio de sus coetáneos; y ora conmoviendo desde sus cimientos las sociedades para transformarlas, ora á la cabeza de los pueblos para dirigirlos, ora al frente de las ideas para inocularlas, ora dando ejemplos de indomable fortaleza.

leza para franquear los estorbos que se oponen á su paso, dejan, al morir, huellas profundas de admiración y pasmo. Si hablan, enseñan; si obran, alcanzan; si reforman, crean; y cuando mueren, aunque sea en la desgracia, mueren tan magníficamente como el sol, entre celajes de carmín y plata, y cortinas de riquísima púrpura.

Cuál más, cuál menos, todos ellos son instrumentos escogidos, de trascendentales y altas miras, y no es fácil comprenderlas bien, limitándose úno á estrechísimo recinto. Un horizonte no se estudió jamás en una faja, ni la extensión de los mares en el movimiento de una ola. La Providencia está más en la síntesis que en la análisis, más en la unidad que en las partes, más en el conjunto que en los pormenores. Viéndola así, es como pueden alcanzarse sus excelsos fines, que son siempre remotos, dilatados, profundos. Para leerlos, es menester abarcar un grandé espacio: sus caracteres son los acontecimientos, sus páginas las naciones, su tiempo los siglos, su libro la humanidad. De los grandes hechos, las crónicas recientes fueron de ordinario incompetentes, parciales ó mezquinos jueces. Esos himnos que la posteridad entona, esos altares que levanta, esa trompa que da á la fama voladora, no vienen á ser otra cosa que el galardón con que ella acude á desagraviar de la injusticia de sus contemporáneos la memoria de los varones eminentes.

La Religión Católica, más que ninguna otra institución, ha sabido dar á los suyos un temple tan superior de alma, que se busca, y no se encuentra en las fuerzas naturales. Homero tuvo

que fingir á sus héroes invulnerables ó dioses, para hacerlos sufridos, valientes y serenos. Morir haciendo ruido, morir soñando en la fama, morir en Farsalia, se comprende: el hombre es capaz alguna vez de dar su sangre por la gloria; pero morir por doctrinas abstractas, morir olvidado de la sociedad, morir sin más testigo que el Cielo, sólo el Cielo puede inspirarlo. Cambiar el dolor por el renombre, es posible; cambiar el dolor por Dios, sólo es de Dios. El martirio alegre y reflexivo, y la confesión que lo prepara, son palmas que no tocan más que al Cristianismo.

El ejemplo más instructivo y más flamante es el del señor Doctor MANUEL JOSÉ MOSQUERA, Dignísimo Arzobispo de Santa Fe de Bogotá, que falleció el año pasado de 1853 en Marsella, desterrado de su patria la Nueva Granada. Hay nombres que llevan consigo ya el elogio. En los días clásicos de la gran República, cuando acababa de salir Colombia de las manos de Bolívar, cuando se cantaba el canto de victoria, cuando estaban recién escritos con sangre de heroísmo los anales brillantes que dieron tantos celos á la Europa, cuando se formaba el padrón de los Libertadores, la familia Mosquera fué inscrita como una de las más distinguidas. Gozó de los triunfos, pero participó de los peligros, y el día de la ovación hubo coronas señaladas para ella. En el gabinete tuvo hombres de seso y de consejo, en las armas varones de acero y pundonor caballeresco, en las letras doctores eminentes, y en las asambleas populares y en los Congresos de la Nación, oradores disertos



que hicieron salir alguna vez de la tribuna los resplandores de Atenas.

El joven Manuel José estaba llamado á alcanzar gloriosísimos destinos, ayudado de las alas que le daban su claro entendimiento y su genial vocación. Dedicado á los estudios, hizo en ellos progresos asombrosos. Filosofía, literatura, crítica, erudición, antigüedades, conocimientos profanos y eclesiásticos, tódo le fué dentro de poco consustancial; y recorría ese campo dilatado, como una águila atraviesa angosto valle. Hablaba, escribía, disertaba en estas materias como en asuntos familiares: más de una vez se vieron los destellos de su talento en obras de disciplina y de ciencia canónica que no hubieran desdeñado los famosos apologistas de la edad pasada. La Patria debía estar vana con el hijo; y cuando más luégo le vió elevado por sus méritos á la alta dignidad de Pastor suyo, regocijarse de tenerle por su prez, su honra y su blasón.

Tales son los títulos que el Arzobispo granadino tenía á la estimación de su país. Estaba radicada en su historia primitiva, que es siempre el orgullo de los pueblos. A esto unía su carácter y sus prendas, su Pontificado de beneficencia, su caridad para tódos y su profundo saber. Leyendo sus escritos nos acordamos muchas veces del siglo de oro de la Iglesia: era Tertuliano con su dialéctica, el Crisóstomo con su abundancia, San Agustín con su doctrina. Un Obispo así, con una cuna histórica, con ejecutorias de la Libertad, con palmas conquistadas en los combates del ingenio, y cercado de ovejas á quienes alimenta-

ba diariamente con el pan de su limosna, la miel de su palabra, y el vino de su amor, muy distante estaba de creer acabar sus días en extranjerías playas.

Los juicios de Dios son inexcrutables. El desierto fue para San Jerónimo su pena y su estadio: allí ensayó sus fuerzas ese gigante de las letras. San Atanasio tuvo que ser expulsado cinco veces de su silla, combatir todo el poder de Constancio, y devorar siete años las soledades de la Tebaida, para que su nombre pudiese dar olor de clara fama y materia de sabrosísima alabanza en las populosas plazas de Alejandría. La desgracia ha sido siempre la mejor corona de las virtudes.

La Nueva Granada, sin saberlo, preparaba el mismo camino á su Prelado: servía de instrumento á su destino, á su nombre, á su apoteosis. La Providencia la arrastraba: quería darle un hijo ilustre, un orgullo más para sus fastos. El linde entre las dos Potestades ha sido siempre un problema para la filosofía. En torno suyo hay sombras santas, sombras de misterio. El misterio es la esencia de Dios, el carácter de la Religión, el prestigio del alma, y la ley de la humanidad. Cuando las leyes no lo acatan, se divorcian de las costumbres, que jamás van sino por donde fuere el corazón.

El Patronato dió la señal de la lucha. La Nación lo quería para sí, el Poder espiritual lo reclamaba como un derecho. Fué una centella arrojada en el campo de las conciencias, y ya se sabe cuán terrible es el combate entre las ideas y la Fe. El Estado tenía á las únas por defensa,

el Pontífice á la ótra por escudo. El corazón humano siempre se va tras las creencias, y los códigos son sabios cuando saben respetarlas. Los códigos son relativos, sólo la moral es absoluta. De un lado estaba el espíritu de las reformas, inflexible: del ótro, diez y nueve siglos, los Concilios, la Iglesia. La lealtad á los deberes es el sentimiento de los caracteres elevados; é intimado el señor Mosquera, el destierro para él era la gloria. El hombre muere bien donde la honra, al morir, recoge y guarda su nombre.

Ya están cerradas las puertas tras de él: ya el mar le oculta la techumbre de su casa, las copas de sus árboles, los lugares de sus mayores, sus costas queridas. Los Estados Unidos, la Inglaterra, la Francia, le tienden al pasar alfombras de flores, pero aquellas flores no son las de sus campos; le oprimen á agasajos, pero él no mira en el tropel los semblantes de los suyos; llenan el aire con su nombre, pero él no escucha entre los vivas la voz de sus amigos. Las maravillas del Norte, la magnificencia de París, las pompas de Amiens, nada hablan á sus ojos: el israelita en los ríos de Babilonia no hace más que suspirar por Jerusalén. La patria es tódo, porque es el amor: fuéra de ella no hay intérprete para el corazón. No nos entienden, tal vez ni nos atienden. Todo muda: el hermano se llama hombre; el hombre, extraño; la tierra, ajena; la hospitalidad, favor; el pan, limosna..... Es lo único que arranca lágrimas al valor. Se puede luchar con la muerte, con los afectos jamás.

El ilustre proscrito no llegará á Roma: el sol

no llegará á la Patria de los soles: cada suspiro es un manojo de luz que pierde, y él debe apagar-se en Marsella..... ¡ Ya no ve á su Hija, ya no se embriaga con sus miradas, ya no se enloquece de oír sus discreciones, ya no le cuenta á su seno las historias del Cielo, ya no la alimenta con la leche de su doctrina, ya no le da el pan de los ángeles!..... Ya murió!..... El que tódo lo tuvo en su país, el alumno de la Libertad, el Pastor de ovejas, acabó sus días menesteroso, sin hogar, sin majada, sin el llanto de los suyos, que es la despedida de amor del moribundo..... ¡ No bebió el agua de sus ríos, no comió el pan de sus trojes, no respiró el aura de sus huertos, no vió la luz de sus horizontes al morir!.....

Iglesia de la Nueva Granada! Hija suya! Vístete del dolor como de un manto, destrenza tus cabellos, enluta tus muros, y siéntate en el silencio del Santuario á llorar á tu Padre. Tú no estuviste allí, tú no le cerraste los ojos con tus manos, tú no ablandaste la muerte con tus lágrimas..... Una súplica á tiempo lo hubiera hecho todo. Señalaras tu pelo cubierto de ceniza, tus vestidos rasgados, tu corazón hecho sangre, tus solemnidades desiertas, tus pompas mudas, tu templo en orfandad, tus atrios solitarios, y el Pastor se salva. Los muros del Tabernáculo del Señor se quebrantan con los ruegos: la oración que sale de los ayes del martirio es la única lisonja para Dios. Combates y triunfas, pides y alcanzas..... ¡ Una hija llorando y pidiendo por su padre, es el cielo de rodillas!.....

Aquellas manos que tántas veces abrieron los

tesoros de la Providencia para tí, tú no las aprestaste en ese trance: aquella cabeza que contenía toda la ciencia de los Padres, tú no la sostuviste: aquella boca que nunca se abrió sino para decir la sabiduría y la verdad, tú no la besaste: aquellos pies que nunca anduvieron más caminos que los caminos del Evangelio, tú no los bañaste con tus lágrimas. Ya él no alegrará más tus fiestas, ni hará resonar su voz en tu recinto, ni será el ornamento de tu Templo, ni será señalado al pasar como el Caudillo de tu pueblo, ni te llevará de la mano á ver los sarmientos de su viña, ni se sentará á la sombra contigo para mostrarte las espigas, ni te contará los secretos de lo alto, ni te explicará los misterios de la vida, ni te pondrá sobre las niñas de sus ojos, ni te embriagará más con su amor ..... Ah! Tú no lo sabes todo, tú no conoces toda su caridad. Dicen que nunca te olvidó en medio de los sufrimientos de su alma: que asociaba siempre al nombre de Jesús el nombre de su Hija; y que al espirar, sus últimas preces, derramadas por tí, fueron recogidas y llevadas por un ángel hasta Dios.

Así terminó sus días uno de los varones más claros de la América por su piedad, por sus talentos, por su ciencia, y por la fortaleza de su espíritu. El dolor más se siente que se ve: de la desgracia apenas puede hablar el desgraciado; pero todavía, si es grande, cabe medirse, aunque de lejos. Un gigante luchando con la adversidad, mayormente si sucumbe, es una figura histórica sublime. El señor Mosquera debía inspirar simpatías, hacer eco, imprimir admiración por todas

partes. Su vida había sido un modelo, su familia un timbre, su casa el granero del pobre, su mano el instrumento de la caridad, sus lágrimas el consuelo de la viuda, su palabra el catecismo del amor, sus escritos el orgullo de la Patria, su numen la gala de las letras, su Pontificado el trasunto del Evangelio, su combate el ensayo del martirio. Las plantas del ilustre Confesor dejaban impresa por dondequiera que pasaban una historia de heroísmo.

Un hombre de ese temple, sublimado sobre el mundo, lleno de resignación, indiferente á las comodidades, y atravesando el mar de las tempestades en un barquichuelo que él mismo armó en las dulcísimas costas de la patria, es algo, es mucho, es un pasmo hasta á los ojos del valor. Un hombre así no está en las proporciones naturales. Un hombre así no tiene más explicación que las altas miras de la Providencia. Es el rayo de Job que se desata, para atravesar el caos, barrer las sombras, fecundar el espacio, y volver luégo á las manos del Señor para decirle: «Aquí estoy».

La Europa católica fijó luégo sus miradas en el valeroso desterrado; y siguiendo sus pasos, y contándolos uno á uno, los trasladaba á sus anales como un ejemplo para la posteridad y un triunfo de la Iglesia. Fueron numerosos y brillantes los testimonios de respeto á su persona y á su causa: lo mismo en la capital del Imperio francés, que en la capital del Soma: fué una efusión, un entusiasmo, un delirio. En la Silla Romana, tuvieron eco también los grandes hechos, y el Sumo

Pontífice, en una carta, tierna como el amor de las madres, y franca como la piedad, le ofreció su córte por asilo.

Caracas no podía permanecer indiferente al ruido de tales sucesos. Ella tenía sentimientos que satisfacer por religión, y deberes que llenar por gratitud. El Ilustrísimo y Dignísimo señor Doctor Ramón Ignacio Méndez, Arzobispo suyo, patricio, soldado, legislador, erudito, anticuario y escritor, fué al fin desgraciado y expulso; y después de una peregrinación honrosa, fué á morir á Villeta en los brazos del señor Mosquera, que le hizo exequias pomposísimas.

¡Rara coincidencia del destino! Los dos Prelados tuvieron la misma suerte, los mismos tormentos que sufrir, el mismo fin glorioso preparado. El neo-granadino debía llegar más tarde al suyo, lanzándose por caminos de peligros; pero la Providencia tenía dispuesto que el Prelado compatriota hiciese, en presencia suya, el testamento de la lealtad á sus deberes, le legase su firmeza y su denuedo, y le diese á la orilla de la tumba, que es donde más aprovecha, una lección de sacrificio.

Supo hacerlos el Pontífice venezolano, y dar, con esto, días de gloria á la República. En él el carácter era el hombre, la acción y el pensamiento dos gemelos, la vida deber duro, el honor necesidad. Quien tal tiene, es poderoso para tódo. Esto explica su valor genial. Comprendía lo grande, y por eso fué libre; alcanzaba la verdad, y por eso fué sabio; sentía lo sublime, y por eso fué católico. Nunca se juzgan mejor los hechos, que pasado el tiempo de su existencia: se disipa entonces la niebla

que los cubría, y se ven claros y en su verdadero tamaño los objetos. Se dice que la distancia los magnifica; es ilusión: lo que sucede es, que han desaparecido ya las pasiones, quedan desembarazados los intermedios, y se ve como desnudo el cuerpo del relieve, que es la historia. El señor Méndez era un hombre singular. Cualquiera que sea el juicio que forme de él la crítica jurídica, la Religión, más alta, la piedad, más generosa, tomarán á cargo suyo la defensa. Entre tanto que las escuelas altercan, quien sabe morir por su demanda, ése es grande y ése triunfa. La admiración no tiene reglas, sino sentimiento; ni cálculo, sino arranques. En los anales de nuestros varones eminentes, las letras de la historia del señor Méndez siempre estarán iluminadas.

Tal era la joya para la cual la Nueva Granada había destinado su más precioso relicario. Eso se hizo en el tiempo de la desgracia, cuando el corazón atesora, para guardar intacta, la memoria de los servicios generosos. Venezuela los palpaba; y si no podía pagar, era capaz de agradecer. En materia de gratitud, no satisface quien llena la medida, sino quien llena el corazón.

Los lazos de fraternidad que nos unen con la República vecina, y el nombre de su Hijo, estaban pidiendo un tributo demostrativo á su memoria por parte de nosotros. Concibió luego el pensamiento para llevarlo á ejecución el Illmo. y Dignísimo señor Arzobispo de Caracas Doctor Silvestre Guevara y Lira, joven prelado nacido para hacer cosas grandes en medio de su grey. Donde hay un bién hecho ó por hacer, donde hay una



acción magnánima, allí está su mano, su cooperación ó su celo. Es un regalo de la Providencia hecho en un día de regocijo y de triunfo celestial. Si pudiéramos leer en su corazón, no hallaríamos más que dos palabras: «Dios y amor.» Si la Piedad hubiera tenido que formar un apóstol en los moldes secretos del Señor, él hubiera sido ese apóstol. Su físico participa de su índole: ni una tensión de músculos que indique la viveza de pasiones exaltadas, ni una demostración jamás de enojo: su risa simpática, y la suave luz de sus ojos, dan con frecuencia á su semblante un baño de grave jovialidad que lo hace franco, dulce y fácil. La virtud en él no es lucha, sino instinto. Su caridad es de siempre: no tiene mañana, medio día, noche ni descanso. Sería menester ir hasta San Ambrosio, para encontrar su mismo dón de gentes, su mismo espíritu evangélico. Le conocimos y tratámos ántes de ser exaltado al episcopado: llevaba ya en su compostura el sello del ministerio y la conciencia de su misión. Dios escoge.

Los Ilustrísimos y Dignísimos señores Obispos de Guayana y Trícala, que estaban á la sazón en la ciudad, coadyuvaron entusiasmados á la idea de los funerales del señor Mosquera, los cuales se dispuso hacer, como una especial prueba de honor, en la Santa Iglesia Metropolitana. He aquí el oficio que el señor Arzobispo pasó al muy Reverendo señor Deán y Cabildo.

«Caracas, marzo 15 de 1854.—Muy Venerable señor Deán y Cabildo.—La muerte del Illmo. señor Doctor Manuel José Mosquera, Dignísimo Arzobispo de Santa Fe de Bogotá, ocurrida en

«Marsella, es un acontecimiento que afecta dolorosamente á toda la Iglesia Católica, que en él ha perdido uno de sus más ilustres defensores. Nuestra Iglesia debe participar con tanta más razón de este duelo general, cuanto que no podemos ménos que recordar en esta ocasión, los espléndidos honores fúnebres que aquel generoso Arzobispo hizo en Bogotá á nuestro Dignísimo Predecesor el Illmo. señor Doctor Ramón Ignacio Méndez, de grata memoria. Por este doble motivo, y de acuerdo con los Ilustrísimos señores Obispos de Guayana y Trícala que se hallan en esta capital, hemos resuelto: que el día 23 de los corrientes se celebren honras en la Santa Iglesia Metropolitana en justo homenaje de gratitud á la respetable memoria de tan digno Prelado, honor del episcopado americano.»

«Desde luego hemos contado con que US. muy Venerable, animado sin duda de los mismos sentimientos, acogerá gustoso este pensamiento, y tomará las medidas necesarias á fin de que tenga lugar dicho solemne acto en el indicado día, á cuyo fin tenemos el honor de participarlo á US. Muy Venerable.»

«Dios Nuestro Señor guarde á US. Muy Venerable muchos años.—SILVESTRE, Arzobispo de Caracas.»

El Cabildo, compuesto de eclesiásticos distinguidos por su ciencia, por sus lauros académicos, y por sus servicios á la Religión, se prestó gustoso á cooperar, y contestó en una nota que honra tanto su carácter como sus sentimientos.

«Caracas, marzo 17 de 1854.—Reverendísimo

«señor Arzobispo de Caracas y Venezuela.—En el  
«Cabildo ordinario del 15 del mes que cursa; y  
«después de tomada en consideración una nota  
«oficial de S. S. Illma. con fecha del propio día,  
«por la cual se sirve excitar á este Cuerpo á  
«celebrar honras al Illmo. señor Doctor Manuel  
«José Mosquera, Dignísimo Arzobispo de Santa  
«Fe de Bogotá, que ha fallecido en Marsella, se  
«acordó por unanimidad contestar á S. S. Illma.  
«en los términos siguientes:

«El Cabildo se ha impuesto con suma satis-  
«facción de la nota con que S. S. Illma. le ha  
«honrado, relativamente á las exequias que se ha  
«servido disponer se celebren en esta S. I. M., en  
«honor del Illmo. Prelado difunto; y que abundan-  
«do este Cuerpo en los mismos sentimientos de  
«piedad y gratitud que S. S. Illma. interesa, se  
«presta gustoso á que aquéllas se verifiquen el día  
«señalado, ofreciendo el Cabildo por su parte toda  
«su cooperación.»

«Los miembros del Cabildo, que, con la mayor  
«complacencia suscribimos esta comunicación, te-  
«nemos la honra de orientar á S. S. Illma. del  
«acuerdo que precede, transcribiéndoselo para su  
«inteligencia y satisfacción, y en contestación á  
«su nota memorada.»

«Con la más alta consideración y respeto somos  
«de S. S. Illma. obsecuentes servidores.—Illmo.  
«Señor.—M. ROMERO.—DOMINGO QUINTERO.—DIE-  
«GO CÓRDOVA.—J. M. RIVERO.—JOSÉ EUSTAQUIO  
«VAAMONDE.—ARROYO.»

El 23 del pasado marzo fué el día señalado  
para las honras, y en el cual se celebraron. El

anterior, á las 5 de la tarde, se había dado en todas las iglesias de la ciudad el doble de seña, que continuó desde las oraciones hasta las ocho de la noche. Los tres Prelados habían encabezado las esquelas de invitación. La Catedral estaba preparada para el duelo.

Debe decirse que la población lo tenía ya en su alma antes de manifestarlo en sus semblantes y vestidos, y ansiaba por el momento de dar un testimonio público de él. Contábanse los días, las horas, los instantes: se pensaba ennoblecer á la América honrando la memoria de un claro americano. El valor con que se muere, eso tiene: deja ver sobre la tumba, de la inmortalidad que comienza, parte de su luz y de su fuego, y la Vestal de ese fuego es la Alabanza. Es un premio más de la virtud. La calumnia no hace tanto mal como la envidia, y ya no la hay para las sombras: no puede clavar su diente, y las deja. Después de la muerte es que comienza la justicia para los hombres.

La iglesia no tenía ningún recargo de esos adornos con que la riqueza de las artes acude algunas veces á contentar el gusto profano de los ojos, y á suplir, con símbolos y formas, demostraciones de dolor que no pueden estar sino en el dolor mismo. El dolor no tiene más símbolo que el llanto. Las columnas y muros desnudos como en señal de amargo desconsuelo, delante del catafalco seis grandes blandones plateados con seis cirios blanquísimos ardiendo, debajo de la cúpula el catafalco levantado como un voto de esperanza, recogimiento religioso, silencio santo, tristeza sublime, sombras

de eternidad en el recinto, sombras de misterio en el santuario.....no había más. Eso y Dios, es lo que constituye la majestad de los templos.

El monumento, todo de madera, figurando mármoles varios hábilmente pintados, para hacer completa la ilusión, estaba colocado en lo que se llama Calle Peregrina, solada de uno á otro extremo de grandes mármoles blancos y azules. Componíase de tres partes principales: un basamento de 4 varas en cuadro y casi 3 de alto, formando dos grandes gradas de mármol rojo de Levante y otro morado llamado Porta-Saneta; un pedestal corintio de 3 varas de altura, de mármol morado más claro, y de alabastro; y sobre una pieza arquitectónica que seguía, la copa cineraria que usaban los griegos para depositar las cenizas de sus grandes hombres, toda dorada, y contrahaciendo, con verde esmalte, esmeraldas embutidas.

En los cuatro ángulos de la primera grada se veían arder, como la luz de la purificación, cuatro lámparas de gas blanco, de figura semiesférica inversa con su pie, caprichosamente colocadas sobre vástagos, cada uno de ellos con una especie de hoja que se adelantaba á recibir el platillo de descanso. La luz que arde á orillas de la tumba abre un resquicio para mirar la eternidad. Al pié del pedestal, en la segunda grada, sobre un cojín de terciopelo encarnado, estaban colocadas las insignias episcopales: al lado izquierdo el báculo, al derecho la cruz arzobispal, en el medio la mitra preciosa: tódo enlutado con un velo negro de crespón claro, las puntas guarnecidas con flecos

de hilo de oro, algunas estrellas doradas alrededor de una orla dorada también, y en el centro una M como inicial del apellido *Mosquera*.

Había, hechas con letras de oro, cuatro inscripciones en las cuatro faces del pedestal. En la anterior se leía:

RMO. D. D. EMMANUELI JOSEPHO MOSQUERA,  
DIGNISSIMO ARCHIEPISCOPO SANCTAE FIDEI DE BOGOTÁ,  
QUI OB ECCLESIAE LIBERTATIS DEFENSIONEM  
EXUL EFFECTUS, MASSILIA OBDORMIVIT IN DOMINO.

ARCHIEP. CARACENSIS, EPISCOPI GUAIANAE ET TRICALAE, CAPIT.  
METROPOLIT, HUIUSQUE CIVITATIS CLERUS, IN MORBORIS  
ET GRATITUDINIS TESTIMONIUM,  
M O N U M E N T U M

P. D. G.

ANNO R. S. MDCCCLIV.

En la posterior estaba:

CONTRA OMNES ADVERSARIOS SCUTUM TIMORIS DEI  
TANDIU INFATIGABILITER TENUIT, DONEC AD  
VICTORIAM PERVENERIT.

Al lado izquierdo:

VIDEBO PATREM ANTEQUAM MORIAR: HAEC SPES MEA,  
ET ORATIO ANIMAE MEAE.

Al lado derecho:

DILEXI JUSTITIAM, ET ODIVI INIQUITATEM, PROPTEREA  
MORIOR IN EXILIO.

El concurso correspondió á la grandeza del objeto. El Clero, el Seminario Tridentino, las

Cámaras Legislativas, el Cuerpo Diplomático, los empleados del Gobierno, y multitud de personas más de diferentes condiciones, todos vestidos de riguroso luto, y sentados en asientos preparados de antemano, hicieron cortejo fúnebre al acto religioso. La enfermedad del señor Arzobispo, que le tenía en cama hacía dos días, le impidió asistir; pero hizo de Preste el señor Doctoral Doctor Domingo Quintero. Por lo demás, nada faltaba: los altares estaban colgados de nuevo, la contemplación era profunda, la música solemne. Principiaron los oficios.

El alma en esos momentos, sueltas las ataduras de la tierra, se lanza en pos de lo infinito. Siéntese sin grillos, fácil, presta, alada, y vuela. Los espacios de Milton, las profundidades bíblicas, las extendidísimas parábolas de los cometas, los caminos de la luz, crúzalos, devóralos, y apenas principia el mar de los espacios. Horizonte tras horizonte, bóveda tras bóveda, hasta que se cansa la imaginación, hasta que se doblan las alas de rendidas, no ve en ellos otra cosa que soles por fanales. El tabernáculo del Señor, donde el pan es caridad y las cosechas Providencia, está más léjos; no se ve, no se alcanza sino por los que estuvieren preparados. Cércanlo en torno sombras terribles de misterio, silencio de majestad imperturbable, espesísimas nubes que le sirven de ancho asiento, y cielos de zafir de pabellón.

¡Qué pequeño aparece luégo el hombre! Gloria, grandeza, honores, fama, poder, tódo es humo, sombras de aves pasajeras, errantes como los sueños, que no dejan por donde pasan seña ni rastro.

El que un instante viene después, nada sabe, ó sabe poco. Esas pirámides soberbias, esas inscripciones mentirosas, esos arcos de triunfo, son suplementos con que la humana gloria oculta de ordinario su propia insuficiencia. El contraste siempre como sello de las cosas: para el Trebia hay Zama, para Tilsit Fontainebleau. Roma mandó un tiempo sus águilas á viajar por el mundo, y viajaban por su casa: Gengis-Kan soñó un día en Tonkat la dominación universal, viendo el Asia de rodillas: Napoleón en Erfurt creyó que la gloria era su esclava..... Nada queda de esas colosales creaciones..... la historia apenas para recordar la inestabilidad. Esos hombres extraordinarios que como fuego bajado del Cielo, por dondequiera que pasan, destrozan, talan, queman, amedrentan, son como relámpagos de tempestad: vense brillar, serpear, pasar, y un momento después ya las tinieblas han ocupado y borrado sus caminos. Nos creemos autores, y somos instrumentos; criadores, y somos criaturas. Los imperios se levantan y caen, el renombre radia y se apaga: vienen otros imperios y otro renombre á sustituir á los primeros. Hace tiempo que Babilonia y Menfis no están sino en el mapa. Acontecimientos, revoluciones, leyes, usos, costumbres, tódo es de un día, ó de días que se acaban: como las olas del mar, dejan ahora lucir al sol sus espumas, y más después están en el abismo. Hay una fuerza oculta que mueve, divide, amasa y transforma. Los pueblos Dios mismo los exalta, y luego los rae de la sobre haz de la tierra. Tódo es así, tódo, en la historia de la humanidad; y si colocados en la corriente de los



siglos, nos estamos á ver pasar el fúnebre convoy de las naciones sepultadas en sus escombros, en sus trozos de obeliscos, en sus mármoles y bronces quebrantados y en el silencio de las tumbas, que no mienten, no hallaremos más que lágrimas, miseria, polvo, nada.

No hay más, al fin, que Dios. Solo él perdura, manda y triunfa. Lo ve úno claro, casi lo toca entre las meditaciones y sombras del sepulcro. Las pompas del mundo ya no existen, la fiebre agitada de las pasiones está apagada. Allí reina la verdad como en su palacio, y el libro de la vida puede leerse sin comentarios. En él está tódo: está que las virtudes son la única escala para el Cielo, la caridad la única fuerza para subirla, y sus obras el único viático succulento que acompaña hasta el fin de la jornada. Esa es la sabiduría. La muerte es triunfo entonces; y el Catolicismo es grande, porque su doctrina no es más que la preparación para la muerte.

Contribuía á hacer más instructiva la lección el patético lamento de la música. La música del cristianismo resonando en las bóvedas de un templo cristiano, en presencia del Santuario, delante de un monumento, y sirviendo de eco á la memoria de un hombre extraordinario que no existe, es admirable. Es una lluvia de lágrimas que cae toda sobre el corazón, y lo obliga á sentir profundamente, enternecerse y llorar.

Dominados estábamos de estas impresiones, cuando subió á la cátedra sagrada, para hacerlas más vivas, el orador escogido. El Ilustrísimo Señor Doctor Mariano Fernández Fortique merece bien

el nombre. Orador es el que sabe pintar la verdad y las pasiones, y él lo sabe. Capaz de arrebatarse hasta el estro, y amante de la belleza, su frase es fuego ó luz. Adorador de las formas, es un artista consumado que se complace en tallarlas y pulirlas. Tiene moldes; pero esos moldes son los de la naturaleza. Con inclinación á la pintura, no hubiera sido Jordán sino Coello. Su sensibilidad no es un accidente, sino un raudal del corazón. Ese raudal baña, tinte todas sus ideas, ora se exalten para sublimar el heroísmo, ora se humillen hasta el dolor para llorar el infortunio. Su palabra no se forma en los labios, sino en la oficina del pensamiento; y de aquí nace que no tenga letras sino espíritu. En lo privado como lo público, orando ó platicando en medio de sus círculos, siempre es el mismo. De un gusto ático, de una instrucción amena, de uñas maneras cultas; y galante, pulcro y fácil, asiste úno á su conversación como á un museo. Lo que tiene de firme su carácter evangélico, tiene de dulce y blanda su índole. Para hacer un amigo no tiene más que hablar, para hacer comprender un afecto que expresarlo. Las circunstancias contribuyen más de lo que se cree al desarrollo de los talentos. En el siglo IV el señor Fortique se hubiera parecido mucho á San Basilio por su graciosa sencillez, en el siglo de Luis XIV á Fenelón por su ternura. Estas dotes, unidas al caudal de su doctrina, le daban superioridad en la tribuna.

El discurso fué magnífico, y á la altura del personaje. El orador acompañó al Prelado granadino en el curso de su vida hasta su muerte, y con

pinceladas rápidas y maestras, (de manera que podía uno seguirlo con la vista) le condujo alternativamente á los honores académicos, á las Dignidades de la Iglesia, al Pontificado, al destierro, y á la gloria. El ojo lo veía tódo como en un cuadro, y lo veía bien, por bien trazado. Goces, penas, vicisitudes, causas, lucha, tódo estaba en su lugar, en su ocasión y en su forma. El estilo elevado, el lenguaje culto, las imágenes vivas, las descripciones pomposas, las situaciones patéticas.

El pinta de esta manera lo veleidoso de las cosas mundanas: «Una lección más, amados hermanos míos, una lección más sobre la vanidad de las grandezas humanas, lo transitorio de las terrenales glorias, y la rapidez con que pasan las figuras de este mundo. Ayer no más admirábamos la felicidad del varón ilustre cuya memoria nos ocupa tristemente en este día: ayer no más le veíamos rodeado de todo el brillo que dan el nacimiento, la fortuna, las ciencias, las altas dignidades, sorprendido él mismo de su propia dicha. Y hoy ya le vemos perseguido, desterrado y enfermo, rendirse al peso de tantos infortunios, y espirar por último en una tierra extraña, léjos de su amada grey, sin el consuelo de dirigirle las últimas palabras de su amor y darle su postrera bendición».

Al hablarse de la expatriación, déjanse oír estos sentidos conceptos: «Dice (el señor Mosquera) á su patria su último adiós, y entregado á la divina Providencia, da principio á esa larga peregrinación llena de tormentos y de glorias, en que, como discípulo de Jesús, alternativamente recibe

los resplandores del Tabor y participa de los dolores del Gólgota».

El ilustre desterrado no puede en Amiens concurrir á la solemne procesión de Santa Teudosia, y la ve pasar así: «En el umbral de un hospicio de caridad situado en el tránsito, revestido de pontifical, sentado en un trono, solitario, inmóvil, silencioso, profundamente afectado de aquella pomposa ceremonia y de sus tristes recuerdos, el Arzobispo de Bogotá se deja ver como la imagen de un Santo Pontífice, expuesta allí á la veneración pública».

Por último, el orador sorprende por el modo con que expresa—así como fué sorprendente por sí misma—la muerte del Pontífice americano: «A elogio tan espléndido», trae el del Abate Combalot «que como un gran golpe de luz ha venido á iluminar el pálido cuadro que había podido yo trazar; yo no debo, Cristianos, añadir ni una sola palabra más. Seguiré en silencio al Prelado moribundo, en sus lentas y tristes jornadas, hasta llegar á Marsella..... y..... aquí, ah! aquí, yo no abriré mis labios sino para deciros: ¡ha muerto!»

El auditorio quedó satisfecho: el orador había conmovido. Después de los combates de la vida, le gusta á uno hallar el premio, después de las virtudes corona, después del desconsuelo la Religión, después del error la verdad, después del mundo á Dios. El corazón descansa, goza, triunfa; y si llora, el llanto es como la lluvia que cae sobre los ávidos sembrados: lluvia de vida y de provecho.

En especial el señor Obispo de Tricala doctor Mariano Talavera, que presidía el Clero, estuvo

constantemente anegado en lágrimas. ¡Alma superior que no sabe estar sino volando! ¡Anciano venerable cuyas canas son el título y la señal de mil merecimientos! Revolvía talvez en su mente á la sazón la humanidad, el hombre, sus destinos; y perdido en ellos, apelaba al llanto, que es el mejor idioma para Dios. Las águilas son las que pueden elevarse para ver, cuan hondos son, los precipicios y el abismo. Había respirado la atmósfera de nuestra gloria primitiva, había visto salir las portentosas creaciones de la boca de Bolívar, había seguido el pendón de la Independencia, había predicado la acción de Boyacá y los triunfos del Perú, había estudiado tódo y lo sabía, había sido un pasmo de elocuencia en la tribuna; y estaba allí como un monumento venerable de la Libertad y de la Iglesia. Docto, prudente, desprendido, firme, generoso, el señor Talavera hubiera sido ornamento de cualquier siglo. Tal era el Prelado que lloraba al pie del monumento del Proscrito.

Terminada la oración, los dos Obispos presentes y dos Canónigos, cantaron los cuatro responsos extraordinarios, y el quinto el celebrante. Esa entonación lúgubre que parece el llanto de la agonía, lleva un baño tan dulce de esperanza, que casi halla úno el otorgamiento al lado mismo de la súplica. Aquellas oraciones, aquellas quejas ahogadas entre las columnas de incienso que suben en lentas espirales á lo alto como en señal de humildad, son un espectáculo sublime, patético, conmovedor. Allí la petición casi impone la fuerza. El mundo ha acompañado al difunto hasta las melodías de la música: todavía allí se embriaga el

alma; hasta el discurso fúnebre: todavía allí se escucha la voz de la alabanza. A poco se interpone el silencio: es profundo..... Ya todos como que se han ido..... Como que queda la criatura á solas con su Criador, el alma á solas con Dios..... Como que va á principiar el tremendo juicio..... La Religión, entonces como siempre es tan ingeniosa, que no abandona á su protegido. Va luego, y busca, y trae, y pone de intercesora, y obliga á rogar en ese trance, colocada de rodillas en la puerta de la eternidad, á la Iglesia, á la que se fundó en el Gólgota, á la que triunfó en el Capitolio, á la regada con la sangre de los mártires, á la que ha atravesado los siglos, á la que ha ilustrado la humanidad, á la Madre del amor, á la Hija del Cielo, á la Castísima esposa de Jesús..... Entre la vida y la muerte hay horribles sombras de espanto. Sólo el Catolicismo posee la luz que las disipa.

Hondos sentimientos, provechosas lecciones quedan grabadas en el alma para no borrarse nunca. La filosofía práctica trascendental es el conocimiento del bien y el mal; y allí, en esos momentos, es cuando pueden alcanzarse esas ideas. Todo se ve como es, sin decoraciones, sin trajes, sin disfraz. El orgullo ya no se hincha, ni el amor propio ciega, ni la ambición se precipita, ni la lisonja embriaga, ni la gloria sueña. La farsa se ha acabado: el rey no es rey, ni el conquistador conquistador, ni el príncipe príncipe: ya todos son hermanos, compañeros, iguales: fué un supuesto, una ficción, un drama: se habló un momento de él, y más después nada se habló. La vanidad, el renombre, los humos del triunfo, el poderío, las riquezas, son fan-

tasmas que fueron y no son; son sueños que se tuvieron y apenas pueden recordarse: son como las nubes, cándidos y espesos copos de vellón vistas de lejos, y de cerca, tenuísimo vapor que no tiene cuerpo ni figura.

Tales eran los pensamientos en que estaba sumergido el concurso al despedirse de la iglesia. Se retiró profundamente afectado, y sin duda también profundamente satisfecho. Se acababa de dar el último adiós á un contemporáneo célebre, se acababa de sellar una brillante historia; pero ese adiós era de vida, y ese sello de virtud. La estrella había declinado, pero era para atravesar otros espacios, tachonar otras bóvedas, derramar su luz en otros cielos.

A los cinco días de celebradas las honras entró en Caracas, á llenar su puesto de Senador por la provincia de Mérida, el Ilustrísimo y Dignísimo Obispo de la Diócesis del mismo nombre, señor doctor Juan Hilario Boset. No le tocó estar en ellas, pero puede decirse que le alcanzó el incienso del sacrificio. Casi se acababa de quemar sobre los altares. Hubiera hecho digna figura al lado de sus Hermanos, hubiera sido una gala más de la función. De carácter angelical, no conoce el mal sino de nombre. Esa dote del corazón es el título que da más derecho al sacerdocio. La elocuencia es la persuasión, y el bien lo predicará mejor quién más lo crea. De las cosas, de los actos humanos, no sabe sino lo justo: si lo pusieran á escribir la historia del mundo, escribiría la del Cielo. En los tiempos primitivos de la Iglesia hubiera sido siempre Obispo, y elegido en especial por su piedad.

La tiene en el corazón, y como su corazón está en los labios, su palabra es siempre amor. Versado en las ciencias morales y en la liturgia, dotado de prudencia consumada, de costumbres evangélicas, y enriquecido con una erudición bíblica profunda, nada le falta para ser un Pontífice digno de la Iglesia. Nos sentimos conmovidos al escribir este rasgo, porque fué nuestro maestro.

De esta manera quiso la Providencia, en honor del señor Mosquera, que se reuniesen, con poco tiempo no más de diferencia, los cuatro Prelados de Venezuela en el lugar donde la Religión recogía todas sus pompas para hacer solemnes las exequias.

Venezuela creyó que debía hacerlas, y las hizo. Estaba de por medio una notabilidad de la América, un hombre de la Fama, un Confesor valeroso, el primer Pontífice de la Nueva Granada. Ella es nuestra hermana, y no es menester decir más. Religión, usos, costumbres, lengua, destino, hasta el origen, todo nos es común; y los pueblos no tienen otros lazos. Nacimos del mismo aliento del Genio, comimos el mismo pan de la desgracia, bebimos el mismo vino de la prosperidad: vicisitudes, reveses, trances, hazafías, lo mismo en proporciones iguales para todos; y ora en medio de páramos y nieves, ora entre desiertos horribles, desesperando ó gozando, en los lugares de la muerte, ó en el alcázar de la Victoria, nos sirvió siempre de guía la misma enseña gloriosa. Nuestra sangre se mezcló en los campos de batalla; y los votos de los bravos que caían, se vieron muchas veces confundidos en un mismo aliento de entusiasmo, como



## FUNERALES DEL ILMO. SR. MOSQUERA

---

la última profesión de fe política, como el testamento del honor. Juntos peleámos, juntos hicimos una cruzada de heroísmo. Después de un abrazo de unión, marchámos en brillante peregrinación, en peregrinación de triunfos, desde el pie de las cordilleras colombianas hasta las argentadas cimas del Perú. El día grande de Colombia, el día que se dió el banquete de la Libertad, eran unos mismos nuestros héroes, nuestros trofeos, nuestras palmas. Mientras los Andes subsistan, mientras la historia no se borre, mientras el nombre de Bolívar esté escrito en sus colosales creaciones, el vínculo de nuestro amor será imperecedero. No: no debe relajarse nunca. De otra suerte, las sombras de Boyacá se levantarían para decirnos: «Rompéis con la discordia lo que nosotros sellámos con la sangre».

Vea pues, la Nueva Granada los sentimientos de fraternidad que abriga nuestra República hacia ella, por el aprecio que se hace acá de su nombre, de su gloria y de su Hijo.

Caracas: Abril 10 de 1854.

*Cecilio Acosta.*



## CARTA A R. H.

---

Caracas : junio 23 de 1869.

Mi estimado amigo.

**B**ECIBÍ el 20 tu carta, que no había contestado por ocupaciones, y tanto como por esto, por meditar un poco sobre el tema. Hay temas muy complicados, porque envuelven grandes problemas históricos y políticos, y tú sabes lo que sucede en este caso : que si no se toma el verdadero punto de mira, no se ve el cuadro en su luz, y resultan tantos pareceres y opiniones, cuantos ojos (puede decirse) é intereses. El juzgar con acierto de las cosas es más raro de lo que vulgarmente se cree : es menester para ello asociar la profundidad con el candor, que no siempre andan á una ; y harto conocido es, que pedir esto siempre, es pedir cotufas en el golfo. Por eso hay tántas crónicas y contadas historias, y mil sofistas para un solo filósofo. Tácitos no hay todos los días, y Bossuet, Guizot y Macaulay no son alhajas viles de vil mercado.

Me pones con la exigencia á prueba ; pero como tú no eres yunque ni yo he de quebrarme, vamos á ella. Dígolo, porque es diferente escribir úno lo que quiere, de escribir lo que le piden. Aquí entra ya el miedo, aunque no entrara el amor propio ; y ambas cosas son malas, la úna porque turba, y la ótra porque ciega. A dicha el rogador eres tú, tan indulgente ; el rogado yo, tan llano y tan humilde ; y la materia, una que no está destinada, ni para ganar premios en concurso, ni para fundar la teoría de una escuela novadora.

La cuestión es *cuál es el valor de las instituciones ; cómo obran en los pueblos que las poseen ; y cuál es la relación que hay entre ellas y el desenvolvimiento de la civilización y la marcha del espíritu*. Cuestión que sólo en un libro podría entrar desahogada, y para la cual una carta viene estrecha. No extrañes, pues, las proporciones homeopáticas, casi de polvillo, que le dé.

Llámanse *instituciones* las leyes, fundamentales ó no, y los demás establecimientos de un pueblo que tienen la condición de permanentes, ora por su duración, ora por la semejanza del carácter. Podría yo expresarlo también de otra manera que explica lo mismo : son la fisonomía nacional. Cuando es práctico, y, hasta donde es posible verdadero, el ejercicio del sufragio popular en las naciones que lo admiten ; cuando la administración de justicia es el eco de la legislación existente y no de las pasiones de partido ; cuando las administraciones políticas se suceden como los mandatarios responsables de un mismo poderdante ;

cuando el aparecimiento de los gobiernos es el fenómeno uniforme de una causa que perdura y de un poder que no varía ; cuando en fin la máquina social funciona toda, y funciona sin peligros, exenta de esas revoluciones frecuentes que lo que hacen es derribar para reconstituir después sobre escombros; aunque haya muchos defectos, como el edificio está sobre suelo firme, se dice de él y se dice con propiedad, que tiene instituciones.

No basta para ello que haya creencias reinantes, leyes escritas ni opiniones por fervientes ó universales que sean ; porque todo eso puede ser de formación blanda, y movable á cualquier viento de novedad, ó bien reemplazable por otras creencias, leyes ú opiniones. Países que por su índole no pueden fijar costumbre públicas, ni cercar de respeto la ley fundamental, ni ver en los gobiernos más que el reflejo transitorio de las aspiraciones de bando, están de ordinario expuestos á esas agitaciones que hacen instable la vida social para no tener al fin ninguna ; de resultas de lo cual sobreviene, no sólo el atraso, cuando no el aniquilamiento de la riqueza, sino también, lo que es más deplorable, la corrupción general como síntoma y causa de postración y ruina. Es observable esto sobre todo en los Estados flamantes, ávidos de madurar en un día el progreso, que es la obra lenta de los años, y por consiguiente, más que á la vida social, entregados á la vida política, como si ésta fuese la única manera de ser del cuerpo : sube entonces la plétora á la cabeza, y tras la convulsión puede aparecer á poco la muerte. Tal proceder puede ser explicable hasta por

causas naturales, porque la mocedad, en las naciones como en los hombres, es antojadiza y ciega; pero siempre es sensible, ó que haya razas menos discretas para su propio bien, ó que nunca falten consejeros poco avisados para precipitarlas en el mal.

En política pocas teorías habrá más perniciosas que la que erige la agitación en savia, para buscar en ella la nutrición. Sus apóstoles ó sus propagadores, lo que hacen es soplar fuego para formar cenizas; y la experiencia está á la mano como triste ejemplo. La estadística nunca engaña. Se notará que las naciones que en tal incurren, ó están sobrecargadas de deudas que no pueden pagar, ó tienen industrias comprometidas, ó abrigan en su seno gérmenes de destrucción inevitable, por más que los cubran con manto de púrpura ó de gloria. En estos casos, y como consecuencia, se ven transformaciones radicales frecuentes, gobiernos opuestos ó enemigos, la anarquía sucediendo á la paz ó la corona á la república, y todo ese tren de descomposición social que acaba al fin con hombres y con cosas. Otros efectos resultan en tales países: que se inhabilitan para la producción de la riqueza, que se debilitan para la resistencia ó el sostenimiento de su derecho, y que pierden el crédito y hasta la consideración, por estar tenidos como los hijos locos en la gran familia de las naciones.

De cuanto llevo expuesto se deducen grandes verdades: que las leyes para que sean provechosas deben estar fundadas en las costumbres, y éstas á su vez respetarlas como á tales; que el provecho resulta de la permanencia; y que en este sentido,

y si se permite la frase, las instituciones son *las ideas petrificadas*. Compréndase bien : hablo de ideas fundamentales, es decir, de las que forman la vida orgánica del cuerpo social ; y la petrificación no es la eternidad sino la consistencia de ellas, mientras vengan ótras que las reemplacen de un modo regular, y como la expresión, no de la tribuna turbulenta, sino del derecho justificado. No se olvide que el desarrollo de un cuerpo exige dos cosas: organismo en que tenga lugar, siempre el mismo en la sustancia, y períodos para él, en que vienen á modificarse un tanto las formas. Esta es condición de toda vida ; porque nada es más lógico que la Providencia.

Salgo al paso á una objeción. ¿ Y el progreso ? se dirá. Ya está contestado. El pensamiento libre, la prensa libre, la libertad de cultos, personal, de industria y de enseñanza, la propiedad, la asociación, lo sagrado de la correspondencia epistolar, la facultad sin trabas del tránsito, la extensión de todo sistema tributario que no sea el indicado por la Cámara del pueblo, y los demás derechos cuyo escudo es la Constitución, se obtienen mejor ó se aseguran más en un estado de sosiego que hace cundir las ideas y funda prácticas, que en ótro de violenta agitación, que lo que hace es debilitar ó contradecir las únas y borrar las ótras. Cuando sucede esto último es preciso volver á comenzar ; y fué de que la guerra devora una gran parte de lo que existe, quedan en los odios que ella produce, chispas para engendrar después un nuevo incendio.

Sin duda que como de esos acontecimientos

extraordinarios hay y tiene que haber en el mundo, por diversas causas; que no siempre es asequible que perdure un estado progresivo y regular; que son esos fenómenos tan naturales, como las descargas eléctricas ó cualquier otro suceso físico; entran en las categorías de las leyes, y mientras haya sociedad habrá de haber guerra y paz como condiciones fisiológicas que se desarrollan y combaten para un triunfo moral á favor de la última. Pero lo que yo no quiero ni conviene al orden social, es, que la escuela revolucionaria se proclame como una escuela filosófica. Las revoluciones son explicables como un hecho consumado, como una ley *ex post facto* de cualquier causa que las engendre, algunas veces como un derecho radical; pero no como un sistema *a priori* de progreso calculado. Hay aquí tres cosas: la política que precave, la historia que cuenta, la Providencia que dirige: de ordinario la justicia no queda establecida sino después de la sanción de los hechos. Son tales los miramientos que merece el orden público, que no es permitido, en la alta enseñanza del derecho, desatar las pasiones como gufa, ni apelar á teorías especiosas como dogma. En buena doctrina en esta materia, así como detrás de la verdad está la luz, detrás del error está la sangre.

Me gusta siempre llegar á conclusiones, porque el pensamiento que no va por los carriles de la lógica, va extraviado. Concluyo diciendo: que puede haber pueblos grandes, civilizados ó gloriosos, sin instituciones: falta notable; que puede haber ótros con ellas, y que estén al mismo tiempo

atrasados en las ciencias, en las artes, en las industrias ó en la libertad: bién éste mezclado con el mal; y pueblos, en fin, que poseen una y otra cosa.

La Inglaterra está en este último caso. Desde el tiempo de Guillermo III (revolución de 1688) goza de paz interior puede decirse no interrumpida, habiendo logrado de entonces acá consolidar sus instituciones y hacer prácticos el orden y la libertad: maquinaria esa toda aceitada, y como gobierno, sin disputa el más célebre del mundo. Hay vicios, y muy graves, es cierto; pero no se olvide que la última estructura se levantó sobre una armazón feudal, y que en el mejoramiento de los males el mejor modo de ir, es irse con tiento. La Inglaterra sabe que para llenar las velas de manera que no zozobre el buque, no es recurso seguro abrir las puertas al antro de Eolo.

Bélgica es *una tacita de oro*, y es de ayer; Holanda es una nación envidiable; y Suiza hace tiempo que marcha. Todas tres están en el caso de la Inglaterra.

No puede decirse otro tanto de Rusia ni de Austria. La primera, todavía es cosaca y tiene hordas temibles en el Don, posee un gobierno que impone la obediencia con metralla, y no ha alcanzado aún sino una organización de círculos de hierro donde la libertad se ahoga ó muere: confusa mezcla de primado religioso, fanatismo político y tiranía militar. La segunda, lucha estérilmente—mucho más después que perdió la primacía de la vieja Confederación—entre antiguas tradiciones, gobiernos imposibles y rebeldes, é ideas



vencedoras que tocan á la puerta; siendo el resultado de tódo, una situación difícil, una política vacilante y un gobierno que no es modelo. Sin embargo, una y otra nación conservan instituciones; debido á lo cual, es que ambas se cuentan en el número de las naciones civilizadas.

Francia es un pueblo poderoso y lleno de glorias. Es el del siglo de Luis XVI, el del siglo de los enciclopedistas, el de la Revolución francesa, el de las guerras napoleónicas, el que desde Madama de Stael acá ha producido un conjunto de escritores y obras admirables. Chateaubriand es un apóstol, Bastiat un jefe de escuela, Guizot un historiador y un filósofo, Proudhon el que creó el Hércules del sofisma para ejercitar la gimnástica de la ciencia; y obras periódicas cuyas hay, como *Le Journal des économistes*, y *La Revue des deux mondes*, que pueden dar materia de digestión á cinco siglos enteros. Sin embargo, ese pueblo no tiene instituciones; y lo único que lo salva es su inmensa vitalidad, que le vale para sobrenadar siempre, si bien quebrantado, después de cien diluvios.

España merece párrafo aparte, siquiera por ser nuestra madre: nación grande y de dilatada fama un tiempo como pocas. En el de Carlos V fué la monarquía universal, en el de Felipe II puso espanto en el corazón de la Inglaterra, y cuando el cuarto Felipe, llegó el teatro nacional á su mayor esplendor. Ha tenido escritores como Cervantes, que ha dado el fruto más ingenioso y talvez el más grande del espíritu humano; como Lope de Vega, que pudo conversar en verso y es-

cribir *El Nuevo Mundo*, y como Calderón, que era un río de cascadas sonoras: ha producido por imitación de lo que se hacía en la propia casa á Corneille y á Moliere en casa extraña; y ha hablado una lengua divina que se hablaba al mismo tiempo por gala en las cortes de Bruselas, de Baviera, de Nápoles, de Viena y de Milán. Tiempos ésos de alta caballerosidad, de hazañas fabulosas, y de un esplendor tan deslumbrante, que la historia vuelve hacia ellos los ojos y señala con el dedo, como para hacer ver hasta dónde ha podido llegar el poderío humano.

Sin duda que yo no hablo aquí sino de los hechos, del gran relieve que sobresale en el grande escudo de este gran pueblo. Por lo demás, una cosa es el derecho público contemporáneo admitido, y otra la justicia póstera: el derecho de ordinario es el consentido ó el escrito; la justicia siempre es eterna. Digo esto, para hacer ver que nunca se pueden examinar para juzgar los grandes acontecimientos, sino á la luz de las ideas reinantes, y que lo que hoy se aprecia como mal, ha podido apreciarse como bién en otro tiempo. La civilización es un viajero, y la templanza la justicia de la historia.

Después de todo lo que había hecho España, un país queda como agotado, y hay postración. Las leyes sociales son inflexibles: cuando es mucho el peso que sube, si la armazón que lo sostiene es débil, es mucho el peso que cae. No soy historiador ni crítico, y no me alcanza por consiguiente el deber de seguir un camino de observaciones en que hay tantos matices como épo-

cas. Podría decirse que después de esa cosecha espléndida no han faltado allí frutos preciosísimos y abundantes, capaces de haber enriquecido los graneros y dado rico mosto á los lagares. Con todo, es lo cierto, que tras ese tiempo, España ha dormido más ó menos; pero ha dormido con el sueño de las razas fuertes, para despertar después más enérgica. Y esto hasta su explicación tiene: dedicada al cultivo del espíritu y floreciendo en ingenios de primer orden cuando era conquistadora, creaba epopeyas para cantarlas, y se sentaba en el trono para recibir culto divino. Cuando más tarde otras naciones volvieron la vista á otras necesidades, y empezaron á ser industriosas para conseguir preponderancia ó influjo, ella desdeñó seguir las mismas huellas, se contentó con sus tradiciones, y tuvo en menos toda otra grandeza y nombre que no fuese el de las letras ó la gloria. ¡Inocente candor éste, en que lo grave de la falta encuentra gracia apenas en lo generoso de la idea!

Paso la mayor parte de los príncipes de la raza borbónica. Desde Felipe V, que poco hizo por causa de la *guerra de sucesión* y los embarazos en el arreglo de una casa que no era la suya, es preciso remontar hasta Carlos III, aurora bella de un día que no terminó sin anublarse. Paso los demás príncipes hasta llegar á Isabel II, que hoy llora en el destierro sus desaciertos oficiales. Esta señora fue en general desgraciada en gobiernos, reduciéndose casi todas las cuestiones de la monarquía á cuestiones de palacio ó á triunfos del amor propio: batallas de parlamento por re-

formas, ostentación de poder por administración, y discursos hermosos por progreso. Entre tanto, el adelanto material y las industrias, sin promoverse. Ha habido hombres importantes, es verdad; pero todos ellos se gastaron en trabajos estériles y en luchas de bando.

En esto ha sorprendido á España la gran transformación, que la hará cambiar de frente y que le prepara sin duda nuevos y gloriosos destinos. En tales sucesos está siempre el dedo de Dios.

Por lo dicho se ve en qué ha consistido la grandeza, y en qué únicamente consiste lo que se echa menos en ese pueblo. Se echan menos las artes mecánicas y la industria, salvo en Barcelona, emporio de riqueza. La causa de tódo, la dicha.

Pero en punto á letras, bellas artes y aun á ciencias, España tiene riquísimo tesoro, y saldrá siempre con cualquier nación airosa en el cotejo.

Ahí están en la Real Academia: el Marqués de Molins, Bretón de los Herreros, Hartzenbusch, Cueto, Ochoa, Campoamor, Fernández Guerra y Orbe, Cañete, Segovia, Escosura, Tamayo y Baus, Ferrer del Río, Valera, Selgas, Nocedal y ótros de no inferiores dotes, todos ellos escritores distinguidos y varones eminentes.

En la Academia de la Historia: D. Pedro de Madrazo, D. Cayetano Rosell, Moreno Nieto, Gayangos, Colmeiro, Amador de los Ríos, etc.

En la de ciencias morales y políticas: Gómez de la Serna, Colmeiro y muchos de los caballeros arriba citados.

En el foro: D. Manuel Cortinas, Gómez de la Serna, Cervantes, D. Santos de Isasa, D. Alonso Martínez, Rivero, Martos, Rodríguez San Pedro, etc.

En Bellas Artes; D. Pedro de Madrazo, etc.

Son escritores profundos en ciencias políticas y filosofía: D. Federico Balart, Juderías Bender, D. Eduardo Mier, etc.

Grandes oradores: González Bravo, Olózaga, Pi y Margall, Nocedal, D. Emilio Castelar, y otros muy de la talla de Guizot, Thiers, Picard, Julio Favre, etc.

Voy á concluir este punto con una observación. A España podrá causarle algún atraso el que tiene todavía en el desarrollo de los intereses materiales, y el que además le pueda sobrevenir—si no se consolida pronto—con la lucha que tengan para echar raigambre las nuevas instituciones; pero mucho debe esperarse de una nación que tanto tiene, que conserva intactas las fuerzas de su raza, y que talvez es hoy—porque el destino tiene horas—el gran lecho donde duerme la ninfa de una nueva gloria suya en el mundo.

Completo mi recorrida. Los Estados Unidos del Norte son un pueblo portentoso, porque han fundado instituciones; el Brasil y Chile, aunque no en igual grado, marchan bien; la República Argentina, lo mismo; y Colombia se ensaya ventajosamente. Méjico mal; las Repúblicas de Centro América comienzan; y casi los demás Estados latinos en América se agitan:

Me toca ahora hablar de mi patria, país modelo un tiempo y de días serenos, de días de luto

después por causa de su lucha fratricida. Eso ha pasado ya, y son los tiempos ótros. Nos esforzamos ahora por consolidar las instituciones, y pongo á Dios por testigo de que lo lograremos. No me ciega el amor: Venezuela, por su índole suavísima, por su precocidad adivinadora, por su espíritu fino, por su adaptabilidad para todos los adelantos, por su culto por lo bello, será un día, así que venga un raudal mayor de luz artificial ajena, y haya mayor comercio y trato con el mundo, la Grecia antigua de los tiempos modernos. Hago con esto justicia, y siento al hacerla noble orgullo nacional.

Ahora vuelvo á ti, á quien había dejado por el tema. He hecho lo que he podido: perdóname, y déjame ya cerrar por fin esta carta. Cada uno ofrece sólo de lo que es su propiedad; con lo cual habrás de ver que sólo tengo que darte el afecto con que he sido siempre tu amigo.

*Cecilio Acosta.*





**DOMINGO GARBAN**  
**Y SU LIBRO DE POESIAS**

---



La poesía pertenece á las flores del alma que más la ennoblecen, dándole, cuando son propiedades suyas, aquella riqueza de dones y aquella espontaneidad de sentimientos generosos que la hacen depositaria de todo lo grande y dispensadora de todo lo bueno; y hasta contribuye á calificarla de una manera excepcional y á diferenciarla de lo que no está así dotado, porque el alma que no es un jardín, no pasa algunas veces de ser una encrucijada ó un desierto, ó bien una oficina donde forjan sus planes el receloso egoísmo ó el frío cálculo.

Dejando á un lado lo pequeño, que en las manifestaciones del espíritu es la mímica ó la falsa representación de sus creaciones ó sus obras, y alzando el vuelo hasta la región del arte, es fácil hallar en él la musa que inflama esas almas privilegiadas, capaces con esto de descubrir y aprovechar los tesoros de la sensibilidad, de la piedad, de la gloria, de la plástica, del ritmo, de la armonía y los colores.



Hay tres mundos unidos por un vínculo misterioso. El primero es el de la materia, reducido á movimientos, apariencias, influencias, descomposición y recomposición de seres, en el cual las matemáticas y la física, apoderadas como están de los secretos de la extensión, del número y las fuerzas, han asentado sus reales para hacer cada día mayores conquistas, si bien, considerando el campo que aun queda por explorar, siempre escasas, porque, la casi infinita variedad de formas hace casi insondable el piélago de sus leyes. El segundo es el mundo social, cuyo campo son los intereses, sentimientos y pasiones, llamados á ser armonizados por la justicia, la religión, la moral, la libertad y las costumbres. Y el tercero, el mundo de la imaginación; éste es, en cierto sentido, el más vasto, vario y bello de todos; porque no sólo abarca el infinito, que es el mar del tiempo sin orillas; lo indefinido, en que el colorido es fantástico, y los misterios verdades; el cielo, que es pabellón que baja de alturas inaccesibles y se pierde en abismos sin fondo; que no sólo presenta en la ficción del romance y fábula medios de entretenimientos y enseñanza; en el drama ejemplos para desengaño y enmieda; en el poema épico las hazañas de los héroes famosos; en la musa de la historia el numen que la hace filosófica y fecunda; en las bellas artes los encantos de la imitación y de las formas; sino que, remontándose á otras esferas, y no teniendo en cuenta el cálculo por pobre y el telescopio por tardo, cruza en un vuelo el espacio como si fuese un salón, cuenta en minutos los sistemas solares en que el número es indeterminado.

y la unidad de millones, y sigue el camino de la luz hasta dar con su hervidero, y se va tras las recientes huellas de Dios á ver salir de ellas inmensas agrupaciones de mundos para llenar el vacío.

Pero si la imaginación es importante por la jurisdicción extensa que abraza, no lo es menos por las hermosas prendas con que enriquece al individuo que la posee. Sólo con ella es el sér perfecto, porque le proporciona alas para atravesar regiones que únicamente volando se atraviesan, y también corazón que es donde se hallan los sufrimientos, fruiciones y correspondencias de la vida comunicativa y sensitiva; así, el hombre siente, ama, se compadece, y es capaz de dar y recibir afectos; así alarga con la mano buena fe, y con lo que promete verdad; y así está cerca del llanto para acudir á la angustia, y de la limosna para socorrer la miseria. En el hogar en que reina la virtud, ve un idilio de la felicidad, y lo funda ó lo respeta; en la religión, una necesidad ó un consuelo y la tiene siempre en la memoria para las preces; en Dios, el hacedor de tódo, y le rinde culto sincero.

Lo más notable y trascendental en la imaginación son sus obras, por la influencia que tiene en el mejoramiento y perfección del hombre.

Si la religión, la escuela y la industria están llamadas al progreso moral, intelectual y material, por lo que enseñan, y porque enriquecen é independizan, las buenas letras y las bellas artes lo están al progreso que pudiera llamarse de cultura y pulimento por lo que enaltecen el alma y por el bien que hacen á la sociedad, dulcificando

los sentimientos y encaminando al bien las inclinaciones y tendencias. El canto, el ritmo, las formas plásticas, el juego de los colores y la luz para dar al lienzo vida, la imitación de la naturaleza, ejercen tal magia sobre los sentidos y el espíritu, que al propio tiempo que los conmueve los domina: es el triunfo de lo ideal sobre lo real, de lo casi divino sobre lo humano. El teatro seguirá siendo enseñanza, y el arte, en general, reformador y civilizador. Quien lea la *Jerusalén* del Tasso ó el *Telémaco* de Fenelón ú oiga un oratorio de Mendelsohn, una sinfonía de Beethoven ó el *Stabat Mater* de Rossini ó contemple la *Virgen de la Silla* de Rafael ó la *Asunción* del Ticiano: ó no persiste en el pensamiento de un crimen, ó no lo forma siquiera; y nadie puede decir hasta dónde las obras de los grandes ingenios, reproducidas por el grabado ó popularizadas por las variaciones de temas ó de otro modo, pueden ser motivo para ennoblecer los sentimientos ó suavizar las costumbres públicas.

Así como la imaginación es la facultad, la poesía es la forma suya que opera tales prodigios, y tal es la extensión de su poder, su jurisdicción y su imperio.

Bien conozco que he debido excusar las precedentes reflexiones, no sólo por ajenas de mi incompetencia propia, sino por mal halladas—amenas como tienen que ser—con la situación de mi espíritu, endurecido ya á fuerza de mis estudios habituales áridos y secos; pero, por una parte, la pluma confiesa de ordinario el pecado después de cometido, y por ótra, no es fácil siempre detenerse por

obstáculos á vista de un objeto que llama poderosamente la atención.

Este objeto es el libro de poesías del señor Domingo Garbán, hasta ahora coleccionadas y publicadas en Caracas, que han sido y son leídas con crédito y aplauso, bien que sin haber logrado hasta ahora un juicio serio. La crítica que no consiste en censuras, sino en un dictamen imparcial, tendrá que presentarlas, no como un modelo, pero sí como un hermoso ensayo que augura ya distinguido puésito en el proscenio de las letras á su afortunado autor, si sabe aprovechar sus buenas dotes; todo lo cual será fácil ver en lo que se diga de él, y en los trozos y piezas que se citan.

El señor Garbán, joven todavía y canario de origen, tiempo hace que está en esta ciudad dedicado al comercio, y ocupa en él una posición respetable, en que sus relaciones, su crédito y sus negocios casi no le dejan espacio sino para atender á su administración. Sin embargo, en medio del disgusto de atenciones monótonas y de afanes diarios, ha sabido hallar siempre vagar y ratos vacíos para exhalar quejas, entonar himnos, cantar amores y castigar con mano suave, que es su manera, el resabio de costumbres estragadas, en versos, por lo común fáciles, sonoros y graciosos, que cafan primero sobre papeles sueltos para ir á encerrarse á su escritorio, de donde salían, rogados, al poder de los amigos, y de allí, por voluntad de ellos, á la imprenta para ser regocijo de todos, viendo así el que los había hecho, reconocido del público el primer fruto de su ingenio y la primera corona de las musas.

Semejante generoso estímulo sería para alentarle á escribir nuevas composiciones que son en mayor número que las coleccionadas, y que él mantiene todavía inéditas, guardadas en el secreto cofre de su modestia. La fantasía del señor Garbán se produce y se desata de un modo tan natural como la fuente se desliza, como la lluvia cae, como el aura sopla, como el naciente día dora con su grana valles y montes; lo que es notable, porque no habiendo recibido él más educación que la que las familias de escasa fortuna dan á sus hijos para los menesteres ordinarios de la vida, sin estudios clásicos de ningún género, ni haber leído nunca los modelos del arte, se ve con todo en su instintiva inclinación que, de ordinario, ó no quebranta sus reglas ó las adivina.

La índole de sus composiciones es como la propia, delicada, blanda y apacible; ajena de toda pasión exaltada, de toda tinte fuerte, de todo colorido de contraste: toma siempre de la naturaleza ó de la sociedad lo más bello, la mañana, la luna, el amor inocente, el voto santo, la piedad, la oración, el culto de los templos; y enamorado de estos sentimientos, escenas y objetos y de otros semejantes, que son los que más prendarían á un ángel, deja impresiones que son esperanzas, y forma cuadros que parecen la felicidad.

Así habla de las gotas de rocío:

«¡Qué grato es ver la plácida verdura  
Salpicada de aljófar diamantino,  
Lágrimas que vertió de emoción pura  
El ángel de la noche peregrino!»

De la luna se expresa de este modo:

«Y si cuando yo en la tumba  
La paz que anhelo consiga,  
No hubiere una mano amiga  
Que en ella ponga una cruz,

Ni quien alce una plegaria,  
Ni una lámpara me encienda,  
Sobre mis restos descienda  
Tu consoladora luz».

Aquí hay un desengaño y una queja.  
En seguida veráse una imagen de la vida huma-  
na en dición rica y versos numerosos.

«Y así nuestra existencia va pasando  
Entre esperanzas bellas y dolores;  
Como arroyo que va serpenteando  
Por entre verdes márgenes y flores:  
Ora tórbido pasa rebramando,  
Ora apacible, murmurando amores,  
Y, al fin de espumas y de abrojos lleno,  
Del mar se abisma en el profundo seno».

Hablando del *juicio final* y de lo que constitui-  
rá su anuncio, su comprobación y sus efectos, trae;

Será el (juicio) «cuando.....  
.....»  
«Y cuando un manto fúnebre  
Al universo envuelva  
Porque apagada se halle  
La clara luz solar,  
Y en el espacio vaguen  
Medrosas, vacilantes,  
La luna y las estrellas,  
De sombras en un mar.

Cuando Satán destroce  
Sus férreas ataduras,  
Y venga con los suyos  
El mundo á combatir;

Y al toque pavoroso  
De la trompeta, empiecen  
Del polvo en que dormitan  
Los muertos á surgir.

.....  
.....

Trémula, agonizante,  
En polvo convertida,  
La creación entera  
Al fin se encontrará:  
Entonces ¡ay! la mano  
Del Dios que la sostiene,  
Desquiciará sus ojos,  
Y al caos volverá».

Aquí el tono es más elevado y el estilo robusto,  
hasta parecer de la mano de un maestro.

Desde un cementerio que describe, apostrofa á  
los reyes.

«Venid, vosotros, monarcas  
De la tierra poderosos,  
Que tiranos y orgullosos  
Dictáis al mundo la ley;  
Aquí veréis entre el polvo  
Vuestro poder extinguido,  
Que es tan polvo el desvalido  
Como polvo será el rey».

Y á María la pinta:

«Del esplendente sol estás vestida,  
De la cándida luna estás calzada,  
Por coros de querubes bendecida,  
De fúlgidas estrellas coronada».

Mas, nada iguala á la soltura y la gracia de  
la poesía «A Celia», que inserto íntegra por ser  
breve.

¡ QUÉDATE ASI !

Á CELIA

Quédate así, mi bien, dulce amor mío,  
Al borde de ese límpido arroyuelo,  
Oyendo de sus aguas el murmullo,  
Viendo en su fondo retratarse el cielo.

Quédate así, sentada, vida mía,  
Sobre esa alfombra de verdor lozano.  
Así..... posada tu mejilla hermosa  
Sobre tu blanca y delicada mano.

Quédate así, oyendo de las aves  
Los himnos de celeste melodía,  
Que entonan al hundirse en Occidente  
El luminar espléndido del día.

Quédate así, gustando hermosa Celia,  
El aroma embriagante de las flores:  
Quédate así, oyendo de la brisa  
Que juega entre el follaje, los rumores.

Déjame engalanar tu nivea frente  
Con guirnaldas de rosas y jazmines;  
Que así te quiero ver, y así adorarte,  
Como adoran á Dios los querubines.

Bajo el agreste pabellón que forman  
Las ramas de estos árboles frondosos,  
Parecerás la reina de las flores,  
Circundada de ambientes deliciosos.

Quédate así, mi bien, blanca paloma,  
Y entusiasmado pulsaré mi lira,  
Y á la armonía de sus cuerdas de oro  
Cantaré el himno que tu amor me inspira.

Más ya la noche desplegó su manto  
Y nos veló del cielo los colores,  
Y entre tocas de tul la luna asoma  
Irradiando sus pálidos fulgores.



Partamos, pues, de este paisaje bello  
Mi hermosa Celia, mi adorada huri,  
Y cuando al lado de este arroyo vuelvas  
Quédate así, mi bien, quédate así.

Por estas muestras se ve á qué género del arte se inclinó de preferencia el talento del señor Garbán, y cuáles son las prendas que sobresalen en él como escritor. Es de esperarse, conforme corra el tiempo, mayormente si trae ante los ojos y estudia los buenos dechados, que cada vez adquirirá más realce, y aun que llegue á la perfección, á pocos concedida.

No vaya á creerse, con todo, que las composiciones de este género, por serlo, son de fácil desempeño, como si se pretendiese que el espectro solar que da el prisma, por simple, es menos difícil pintar que el rayo de la luz, por ser compuesto.

Precisamente por faltar en ellas la viveza de pasiones contrarias, engendradoras de impresiones fuertes, y como resulta del drama, es ardua empresa dar á sus asuntos animación y relieve, sino es el que nace de la sensibilidad exquisita y del donaire en la expresión, ó bien del fino tacto con que se descubren los pasos invisibles de Dios en ciertas escenas de la naturaleza, la virtud, y la inocencia en ciertas instituciones sociales, y en las ideas y religiosos dogmas la verdad pura, la promesa cierta y la piedad sencilla: hasta es conveniente traer como ejemplo cuánto más hacadero es retratar una armadura de caballero con todas sus piezas, que la túnica transparente de las Gracias, si el fin es dejar traslucir á medias lo que debe estar en par-

te oculto, y no ocultar totalmente lo que debe mirarse con los ojos del pudor.

El señor Garbán ha sabido hacer la elección de la especie de entretenimientos que han de llenar sus ocios, para llenarlos bien, como en efecto puede hacerlo, porque cuenta para ello con sobriedad, que ya es una excelente dote, y con buen gusto, instinto éste y aspiración del arte. Nunca se hará lo bastante para condenar la impropiedad, hija de la falta de tacto, y el fárrago que conduce á la confusión. De ambos resabios, el último es el más fatal, porque es hasta ridículo: el vano follaje, el estilo campanoso y hueco, hacen el efecto de figuras de biombo, con colores que chillan, barrigonas y mofletudas, ó de río en creciente, que no deja ver ni oír sino aguas sucias y piedras rodadoras: el pensamiento debe tener siempre ademán y traje á lo señor, y no vestidura de botarga.

Aunque el autor de la colección tiene fuerzas sobradas, si sabe ponerlas á logro, para continuar cada vez con mayor éxito en la senda que ha emprendido, nunca están demás advertencias que previenen extravíos. La poesía es tan delicada que no consiente adornos postizos ni otras prendas que las de extremado valor: el lenguaje y el estilo deben ser los apropiados al asunto, la dicción siempre digna y con aquel realce llamado á diferenciarla del lenguaje común, así como el traje de los pensamientos, por decirlo así, de córte, y algunas veces regio. Las reglas en este particular han ido siendo cada vez más severas; de modo que toda mancha de este género en el lenguaje poético, si no lo desfigura lo afea.

Ya había alcanzado el idioma todo su esplendor; ingenios de primer orden habían creado con sus obras el siglo de oro en la literatura española, enriqueciéndola con todas las galas de la elocución, y sin embargo, con harta frecuencia se quedaron deficientes en el ritmo, que ha venido á alcanzar toda su perfección en el presente siglo, después que Moratín, el hijo, dejó en herencia, entre otras joyas, sus numerosos y rotundos versos.

En fuerza de esta legislación ya obligatoria, es preciso tachar al señor Garbán en trozos no citados, versos flojos, pensamientos triviales y frases descuidadas y prosaicas, como si su fantasía hubiese corrido sin freno ó su pluma dormitado; pero rescata él tan ventajosamente tales descuidos con bellezas, que la censura se desarma, y casi hay que perdonarle lo úno por lo ótro.

Otro consejo. Hace muy bien el señor Garbán en emplear así sus ocios, con tal que no sea otra parte de su tiempo. Los que no son como Homero, Dante ó Shakespeare, nacidos para maestros del género humano, pueden hacer obras poéticas y aún publicarlas por esparcimiento y solaz, pero no deben descuidar sus principales ocupaciones; porque estos goces se tienen como se baila, ó como se dicen chistes, sin que por eso sea racional estar siempre bromeando ó saltando. El hombre ha nacido para producir ó crear, y no hay cosa más inexplicable y reprehensible que ver en ciertos espíritus soñolientos, ó amigos de pasar indolentes las horas, la propensión á menear siempre los dedos para vivir de la cadencia y la rima, que pueden dar blandos ocios, pero no pan. Por lo demás,

nada más laudable que estos ejercicios, que son hasta un buen agüero: el que es incapaz de un sentimiento poético, ya está juzgado, en razón de que la poesía es la flor temprana del alma, y de que faltando la una falta la fecundidad, y hasta la nobleza de la ótra. Ni el hacer estas composiciones desdice de los puestos públicos y atenciones graves: Federico el Grande, que luchó con tántas naciones coligadas y engrandeció á la Prusia, hacía versos franceses; los hacía latinos Grocio, que puede llamarse el fundador del Derecho de Gentes; los hizo así mismo Madama Stael, de cuya cabeza salieron obras inmortales, y en cuyo salón, especie de gabinete sin otro título que el prestigio de su genio, se trataron las altas cuestiones que un tiempo agitaron la Europa toda.

El señor Garbán es de estatura entre pequeña y mediana, con más inclinación á la última, cuerpo compacto, hablar pausado, cara redonda y ancha detrás, que se adelgaza hacia adelante, tez andaluza, aspecto serio, pelo lacio, boca bien formada, nariz correcta y ojos rasgados, apacibles y llenos de abundante luz. Esto en cuanto á lo físico. En cuanto á lo moral es religioso y católico por sentimientos y convicción. No busca ni rechaza amigos, y los tiene numerosos por su palabra medida, su pecho reservado y sus promesas ciertas. No cabe en sus escritos el libelo, ni en sus labios la censura, ni en su pensamiento el odio, porque le gusta vivir de paz, de que da él mismo ejemplo con su conducta. Nunca llega á la jovialidad, aunque sí al esparcimiento en trato muy íntimo, y siempre dentro de los límites del decoro, que constituye el fondo de

## JUICIO CRÍTICO

---

su carácter. Ama el orden en sociedad, y es tierno en el amor de la familia. Lleva su modestia hasta ocultar su propia benevolencia, que se ve más en obras que en discursos. Con lo cual, con firmeza de ideas, con costumbres sanas y sencillas, con trato noble y con un ingenio fácil, se tiene en el objeto de este retrato una hermosísima figura.

*Cecilio Acosta.*

Caracas: Mayo de 1881.



**CARTA A DON AURELIANO FERNANDEZ**  
**GUERRA Y ORBE**

---

Caracas: 18 de agosto de 1873.

Mi distinguido amigo y colega:



No sabré decir á usted como es propio, por no haber lenguaje adecuado para expresar el gozo extremo, el que experimenté con la lectura de su hermosa carta fecha 8 de julio próximo pasado, la que por causa de la amistad que usted me ofrece de modo tan gentil y espontáneo, ha venido á hacer verdadero el presentimiento que tuve de que alguna vez la alcanzaría, y á colmar así mis más ardientes votos.

Buenas razones tuve para formarlos con un órgano, como nuestro J. A. Calcaño, amigo de ambos, que por corresponder al mío, tomó á empeño suyo facilitarme tanta honra, y con un carácter como el de usted, en quien la gloria no inspiró nunca el desdén de la humildad; sólo que (y ha de serme permitido este candor) usted ha invertido el orden de las cosas, y con un comedimiento que enamo-

ra y una grandeza que cautiva, se ha anticipado, queriendo ser el primero en ofrecer, cuando ha debido ser el suplicado. Lo cual, si por una parte compromete mi gratitud hasta el punto de empobrecerme y dejarme sin medios para el pago, por ótra, á vista de la magnificencia del regalo, deja ver en él, por lo que á usted toca, una prenda de su cariño, y por lo que á mí, un título que me da derecho á reclamarlo. Puede usted creerme: no sé qué hacerme con tanta dicha.

En cambio ahora, no tengo otra cosa que prometerá usted sino mi buena voluntad, que estará siempre dispuesta, ocúpela usted ó no, á obras de su servicio y á servicios de su agrado. Yo de mí soy ingenuo en sentimientos y sé guardar la memoria de los beneficios recibidos, lo que me veo forzado á confesar, no como retrato de mi persona, que estaría mal de propia mano, sino como seguridad que doy y fianza que ofrezco, de que, pequeño como soy, si no igualdad encontrará usted en mi correspondencia.

Y aquí, ó sea por la iniciación en nuestro trato ó porque comenzar es parte de la obra, me siento ya con más libertad en la pluma y con más confianza con usted, á que habrá contribuido mayormente la conciencia que tengo de sus relevantes cualidades: usted sabe para amar, y es ingenio para ser querido; no como ótros, que aunque en su puésto, no bajan nunca de la altura. En la parte de las obras de usted que he tenido la fortuna de leer, sobre el espíritu—que da la luz—he hallado que ponderar el corazón—que la hace próvida—sirviéndole la transparencia de ideas, que

en su manera es organismo, para dejar ver detrás su doctrina y sus bondades. Yo me amartelo mucho de caracteres así, porque el candor engendra fe, y porque el verbo, para que sea de provecho y aplaudido, ha de tener consigo benevolencia, que es la hermosura con la miel de la verdad.

Perdone usted este poco de filosofía que se vino al paso, y que talvez se vino para abrirlo á asunto tan serio como el *Libro de Santoña*. Días ha que, ignorándolo usted, le tengo en mis manos enviado por José Antonio para que lo leyera é hiciese un juicio sobre él. No soy hombre para tanto. A José Antonio le engañó su buen deseo, á mí me comprometió mi buena voluntad; y no mis fuerzas, á que dando un tiento, he encontrado no sólo flacas sino incompetentes. ¿Dónde hallar en mí caudal bastante que corresponda al de erudición riquísima, crítica sabia, apreciaciones filosóficas, pensamientos profundos, afectos tiernos, lenguaje puro, y donaire y galas de estilo que posee á maravillas obra tan singular? ¿Cómo sin alas remontar las edades que ya fueron, y sin ojos de linca, atrás, muy atrás, cuando hubiera sido un sueño pensar en imprenta, en medio de los destrozos del tiempo, borrado todo rastro, todo en torno tinieblas; sin historiadores, sino fabulistas; sin anales, sino cuentos; sin criterio, sino credulidad; descubrir, como sacadas de ruinas, las articulaciones de las cosas, y encarnar en ellas el organismo de ideas que van á tener ya vida en la historia? ¿Quién me da á mí que alcance á hacer estas investigaciones de que usted ha sacado



tánto y tánto lauro, ni que pueda ver en qué partes recogió usted el polvo de oro de los siglos para prestar á su narración atavíos, decoro y sabor de antigüedad, en cuáles ótras los hechos comprobados para formar cuerpo á la verdad, y dónde, en fin, en campos tan áridos, la gracia para el hechizo y los colores para el cuadro, en escrito como ése que tiene de crónica, de memoria y de pieza literaria?

De mí sé decir que lo que es admirarlo, podré, pero juzgarlo no; sin que esto me impida recorrer ligeramente, si no el tódo, alguna de sus bellezas.

Siendo el objeto del libro describir la inauguración del Colegio de San Juan Bautista de Santofía, fundado por el noble, ilustrado y cristiano Marqués de Manzanedo, hallo en usted feliz tanto como atrevida la idea de ascender nada menos que 18 siglos antes del nacimiento de Nuestro Señor: seguir tal cual señal oscura que queda de los pueblos primitivos de la España, ya aborígenes, ya invasores, y averiguar su vida, sus costumbres, sus alianzas y sus guerras: ver, aunque al favor de dudosa luz, cómo se engrandecen, se combaten, se hostigan, se confunden y se mezclan: y aprovechando toda inscripción antigua, toda noticia numismática, todo fragmento de historia, cuando ha sido posible encontrarlos, y con la mira puesta en el espíritu de tanta nación aventurera é inquieta, no poner tregua al afán hasta dar con la cántabra, la más dura y gallarda de tódas, si en los triunfos desapoderada y altiva, en las desgracias indomable, para de esta manera y con esta

sanción heráldica del tiempo, proclamar en la última la raza que da brillo y la ejecutoria que ennoblece el lugar que fué teatro de tal grandiosa fiesta, celebrada en honor de la civilización, de la piedad y de las letras.

En la recorrida que usted hace me parece notable la rapidez del estilo; sin que falte ni un punto de enlace en la traba entre época y época, ni el colorido para el carácter, ni las condiciones para la índole, ni los impulsos para las tendencias, ni nada de lo que constituye fisonomía, en la historia de tribus—enjambres, pudiera decirse más bien—incorporados muchas veces en una masa común. Por larguísimos años su manera de vivir fué incursiones, salteamientos, combates, despojos; por título la usurpación, por ley la fuerza. Podrá venirse en cuenta de lo que era tal estado, por lo que Justino dice á esos pueblos: *Si extraneus deest, domi hostem quaerunt*. A la vista de lo cual me pasma que usted haya podido encontrar los hilos necesarios para formar la tela.

Lo más singular es, que siendo varios los pueblos que entonces hormigueaban en España, iberos, celtiberos, celtas, celtosutas, váceos, cántabros, vascones, vetones, turdelos, etc., y encontrados en sus pareceres los autores que tratan sobre ellos, Plutarco, Polibio, Plinio, Estrabón, Cluverio y ótros, haya usted hallado luz donde los demás sólo tienen nieblas.

La conquista y ocupación que Augusto hizo de la Cantabria, el sometimiento de ella por los reyes visigodos desde el tiempo de Leovigildo, los condos impuestos por éstos y los romanos, la inva-

sión de los sarracenos—que usted comprueba llegó hasta aquel territorio, aunque negado esto por el cronicón de don Alonso el Magno—tódo cae bien de la pluma de usted, y nada se echa de menos, hasta comprender las proezas de don Alonso el Católico, príncipe piadoso, emprendedor y valiente, de quien Dulcidio dice: «*Deo atque hominibus amabilis exstitit*».

Ni falta la parte de la historia religiosa relativa á los cántabros, en tiempos como los narrados, de donaciones y privilegios frecuentes para la erección de monasterios y de casas de piedad y religión, y en que los monarcas buscaban en el fomento de ambas, no menos que la propagación de la fe, la consolidación de su cetro y la mejora de sus intereses mundanos. El convento de Santa María del Puerto ganó mucho con el favor que le prestó el Obispo Antonio, y más todavía con el fervoroso celo del monje Paterno, quien lo levantó de las ruinas y lo llenó de religiosos, para verlo á poco desierto, bien que después fué restablecido de un tódo por el rey de Navarra, D. García V., en carta foral de 25 de marzo de 1042. La más espléndida donación que usted refiere es la del emperador Alonso VII con su mujer, doña Berenguela; y me gusta la mención por haber sido este príncipe, así como afortunado en los aumentos de honra que proporcionó á Castilla con sus bélicas guerras contra los moros, y con la mano que tuvo y el influjo que ejerció en los vecinos de Navarra y Aragón, amigo de serlo de Dios, y de dotar y aventajar iglesias, entre ellas las de Zamora y Santiago, para la cual hasta consiguió

de su tío el Papa Calixto el título y los honores de silla arzobispal.

Con ocasión de describir usted el románico templo de Santa María, con que pone de bulto las proporciones del arte, entra usted, en los tres párrafos que principian en el segundo de la página 46 con las palabras *Quede para varones doctos*, etc., en consideraciones bellísimas, cuyo desempeño quisiera usted dejar para ajenas plumas, á tiempo mismo que usted las hace con tal novedad, acierto y gracia. Procede usted como el que habiendo sostenido en sus robustos hombros peso enorme, se manifiesta impotente para uno liviano, cuando en realidad lo lleva á cuestas. Este es uno de los casos en que la modestia, apenas proferida, encuentra la pena que le toca. Usted, á semejanza del que, despedido ya de su familia y afectos, se vuelve para renovarlos, aumentarlos y dejar encargos tiernos, desea, después de haber agotado tántos anales oscuros y antiguos, que nada se quede en el tiutero, y que ótros registren, á ver si hallan cómo enaltecer más, si cabe, la *Peña de la Montaña*.

Tras esto pasa usted á decir quién fué el señor don Juan Manuel de Manzanedo y González, quién el hábil arquitecto que construyó el Colegio, y á poner ante los ojos, como maestro, las partes del edificio, su belleza arquitectónica, y las condiciones de comodidad y adaptabilidad para su objeto.

En seguida viene el cuadro de la fiesta inaugural, de la música, el banquete, los brindis, los aplausos y de esa especie de alegría sana y de

alto tono, que es la que nace de sentimientos puros, y la única que ha podido inspirar concurso tan selecto. Me imagino yo—trasportado á esos momentos, y á vista de damas en quienes el recato no es el menor joyel de la hermosura, que dejan ver la gracia sólo hasta donde llega el linde del decoro, y que si se prendan es del talento ó del valor; en medio de celebridades académicas que llevan sobre sus frentes verde aún el lauro del ingenio, y de bizarros jefes del ejército, que conservan intactas las tradiciones de la gloria; siendo adornos del acto abogados, magistrados, profesores, eclesiásticos, y tanto varon más de cuenta y lustre; acá inscripciones del pueblo sobre pulida pirámide grabadas, allá lemas alusivos en banderolas de oro y seda; y sobre tódo en presencia del fundador del Instituto, tan digno de eterna recordación por su mano amiga á favor de los buenos estudios, y en esos instantes objeto de solicitudes y atenciones—que volvería á la mente la memoria de aquellos buenos tiempos en que la alta galantería, el chiste fino, el cuento culto y las distinguidas maneras cortesanas, eran gala y materia de competencia en los salones; en que el trato era llaneza y buena fe; en que el honor tenía escudo y pasaba en herencia á la familia; en que la honra era de opinión y no de fábrica; en que la razón de Estado, aunque tuviera cierto linaje de interés, tenía cierto fondo de justicia; en que la justicia se estaba en su casa, sin salir en busca del favor ni del cohecho; en que la ardiente mocedad oía los consejos de la fría senectud; y en que sin contradicción y sin disputa,

imperaba en la sociedad el pundonor, en el hogar el padre y en el templo Dios.

Pero de todo lo que pasó el 24 de junio de 1871, nada me cautiva tanto como el discurso del Marqués de Manzanedo. Es para leído cien veces, y para no cansar nunca. ¡Cómo se nota que en él habló sólo la conciencia! ¡Qué ideas tan puras! ¡Qué doctrinas tan sanas! El autor no se precipita como un torrente, ni revienta como una catarata, sino va cual claro arroyo que se duerme mansamente en el valle para dejar ver sus blancas guijas. Pone ante los ojos el elevado fin de los estudios; que los niños, como la vasija de que habla Horacio, deben tomar cuanto antes el buen olor, que para ellos es el del buen ejemplo y las virtudes; que poco aprovecha ilustrar el entendimiento, si no se educa el corazón, ni muchas letras sin la información en las costumbres; que las instituciones para enseñar alumnos y formar ciudadanos, no tienen cimiento ni pie, si no descansan en la religión y la moral, y que *nada sabe el que no sabe á Jesucristo*. El lenguaje es correcto, el estilo sobrio como el de cátedra; y hay en la oración cierto género de majestad apacible, que no sé si es la verdad ó la belleza ó ambas cosas juntas, como prenda del conjunto y de las partes.

Y tiene razón el noble Marqués. El catolicismo ha sido siempre estrella y guía de las edades pasadas, y está llamado á serlo de las edades venideras. Los mayores genios le han pertenecido: Bossuet encontró la filosofía de la historia, San Agustín mundos de relaciones que no alcan-

zará nunca á recorrer con sus solas fuerzas el espíritu humano, y San Pablo el hilo misterioso que une la tierra con el Cielo. Es inmensa su vitalidad, es inagotable su riqueza; ayer fué lo mismo que hoy, y de sus veneros han salido todas las grandes y útiles máximas sociales. Cada vez que las lucubraciones de muchos siglos dan como resultado algún principio que se cree la obra del ingenio, se presenta el catolicismo para decir: «Ya yo lo había enseñado». Y en efecto, él, antes que ninguna otra institución, proclamó la libertad y el derecho de sufragio en los concilios, la abolición de la esclavitud en los cánones, y la verdad de que el número, aunque se admite como un criterio probable, no es en sí un criterio verdadero.

Aquí termino, amado amigo mío, con su precioso *Libro de Santoña*. Tuviera yo ingenio, y habría hecho más; pero usted recibirá bien esta carta sin corrección y sin lima, siquiera por el buen deseo que la inspira. He estado, por otra parte, lleno de ocupaciones. Fué de las que me son ordinarias, por encargo del Gobierno he tenido que redactar en nueve meses, bien que asociado á un compañero, el Código Penal y el de Procedimiento Criminal, que son ya ley de la República. Usted sabe que esto en todas partes es obra de algunos años; por lo que, en el caso mío, ha sido menester multiplicar labor y afán. Agregue usted trabajos que he tenido y tengo, resultantes de aquéllos, mis ocupaciones de foro, mis deberes domésticos, mi correspondencia no poco atrasada, las dificultades de la vida, que son es-

pinas dondequiera, la falta de bibliotecas; y tendrá nuestro amigo José Antonio los motivos por qué diferí un poco el cumplimiento de su voluntad, que era también la mía, y por qué va tan pobre, pudiendo no haber ido tanto, ésta que yo llamo ligera apreciación.

He de pasar el libro para que lo disfrute como yo, al señor D. Rafael Seijas, Secretario y Ministro de Estado que ha sido en las Relaciones Exteriores del Gobierno de Venezuela. Gran publicista, profundo conocedor de la lengua, cultísimo escritor, nada le falta, incluso el entusiasmo por lo bello, para ser juez competente. De lenguaje correcto, de estilo fácil, de frase graciosamente pulida, su manera es la de Solís y la de Melo. ¡Cuánto celebrarí yo, amigo mío, que ambos pudiésemos llamar al señor Seijas, á quien me une trato tan íntimo, colega nuestro!

Envío á usted en este paquete varios números de la *Revista* de Caracas. En uno está una carta que dediqué á la memoria del Excelentísimo señor D. Eugenio de Ochoa, al Excelentísimo señor D. Leopoldo Augusto de Cueto y al señor D. Ramón de Campoamor, la cual remito porque ignoro si los dos últimos señores la han recibido, y porque en ella ya hago mención de usted: poquedades de mi gratitud. En otros números se halla una Reseña histórica mía sobre el Derecho Penal, con motivo de otro Código de esta especie que hice ahora años por encargo de un Congreso. En otro número leerá usted mi juicio sobre cuál fué la causa de la desgracia de Ovidio. Trapos viejos, pero que son míos, y van para usted, que es benévolo.



## CARTA

---

Quiero saber si en la Academia se ha dado cuenta de dos trabajos míos: un *Ensayo crítico sobre la Legislación comparada* de mi grande amigo D. Ricardo O. Limardo, y varias observaciones al Diccionario de la lengua. Usted se dignará informarme sobre ambas cosas.

Como nuestro vínculo ha sido José Antonio, en otra carta, por ser ésta ya larga, le hablaré de él, de su ingenio y de sus otras prendas.

Adjunto á usted mi retrato, para que me conozca cual soy. Fue hecho en junio de este año. Yo quisiera tener el de usted en tarjeta.

Ahora sólo me resta suplicarle que sea tan bueno como para continuarme su amistad, y que me honre admitiéndome la mía, como la del más decidido y más cordial de sus admiradores.

*Cecilio Acosta.*

Señor D. Aurellano Fernández Guerra y Orbe, Socio de número de la Academia Española, etc., etc., etc., Madrid.



## ELLA ES

PARA EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA ELMIRA AN TOMMARCHI

---

**E**LLA es», dijo un ángel sentado en una nube cercana á la tierra, á otro ángel sentado también en otra nube inmediata, el cual dirigió la vista á su compañero, que había abierto el diálogo.

Las nubes que pueden servir de asiento á estos espíritus alados parece que se columpian en el vacío, y son las formadas por el alba en el momento en que ella fabrica los nácares de la luz; muelles como vellones finísimos, blancas como la nieve, y ligeramente teñidas por el sol naciente, que no queriendo mancharlas del todo, les deja como muestra de amor suyo las rosas de sus huellas.

Ariel y Manzul, los dos ángeles referidos, venían de atravesar en todas direcciones el espacio y los mundos que Dios creó, y habían plegado las alas como si buscasen tregua á grandes

fatigas, impropias de estos mensajeros, que cruzan la obra del Señor, casi infinita, como quien cruza un palacio. Habían estado en donde nace el sol, carmín y púrpura el lecho, y llamas de incendio las que produce su carro. Habían estado en los veneros de la luz, en que el topacio, la esmeralda, el diamante y otras piedras preciosas hierven líquidas en abismos inmensos para producir los rayos que inundan el orbe, que visten el arco iris, y se quiebran en el prisma para dar plumajes de colores. Habían visitado la región en que se fabrican los astros, compuesta de materia primitiva y caótica, de donde se ven salir sin cesar, como si fuesen enjambres de abejas, millares de moles para rodar en el espacio y vivir millares de años. Habían aportado al arsenal donde habitan el granizo y las tempestades: el trueno allí todavía mudo, el rayo encadenado. Habían visto pasar miles de mundos calcinados como la piedra de un horno, y otros haciéndose añicos como el cristal de un vaso. Habían saltado de estrella en estrella como quien salva escaso arroyo, y recorrido en un solo aliento, la faja láctea, cuajada toda ella de orbes colosales que nos parecen de aquí menudo polvo. Habían encontrado con las recientes huellas de Dios, cada una de ellas una naturaleza, porque El las imprimió, y todas ellas un hervidero de la vida para crear universos, sólo porque El puso allí sus plantas.

Los dos viajeros no habían encontrado en esa larga jornada lo que buscaban como escapado del Cielo, de donde habían salido en su busca como

en la de precioso joyel. No fueron enviados con este encargo, sino que lo tomaron por su cuenta, porque los ángeles son los niños mimados de la casa de Dios, bulliciosos y traviesos, y como tales, ya visitan los jardines místicos para oler las flores de la castidad, de la pureza, del mérito y la gloria, ya se espacían por el mundo todo, como el que desea ver la riqueza y las posesiones de su padre ó de su amo; sólo porque ellos van y vienen en un instante y cruzan el infinito jugando.

Pero razón tenían para la empresa. El Cielo tiene sus grandes días de regocijo, en que pudiera decirse que el Señor se reviste con el manto supremo de su gloria y se pone la córte de gala: lo es el día en que entra un justo, el cual pasa á su morada por entre bosques de laureles: lo es el día en que se practica en la tierra la virtud, que logra allí cánticos divinos, y se celebra con banquetes en que el vino es amor y el pan de complacencias: lo es el día de las creaciones.

Pero ninguna más celebrada que la creación de las almas y de los espíritus, destinados al mundo moral, el más cercano, por ser responsable de sus actos, á Dios. Las almas son iguales, pero los espíritus no, y su autor se complace en dotarlos más ó menos, y hasta en labrarles formas, si así pudiera decirse, como un escultor á su estatua. Un espíritu superior es quien inspira á Homero su «Ilíada», á Shakespeare sus dramas, á Cervantes su «Quijote»; quien facilita á Bacón encontrar su filosofía experimental, á Descartes su geometría analítica, y á Newton el hilo que ata la Tie-

rra con el Sol; quien traslada á las galerías del Vaticano las historias del Cielo, valiéndose del pincel de Rafael y Miguel Angel; quien es causa de que Napoleón el Grande avasalle á Europa, ella de rodillas y él mandando; y quien hace eterna la sabiduría de Pablo, la ciencia de Agustín, y el genio de Pascal y de Bossuet. Si el barco es el huésped de todos los mares, y los mares acercan los continentes para el comercio y el tráfico; si la geografía ha desdoblado el mundo para medirlo y lo tiene hoy en la faltriquera; si el talento ha arrancado ya á la naturaleza la mitad de sus secretos y promete tener la otra mitad dentro de breve; si las ciencias son pasto común y el periódico libro del pueblo; si las máquinas multiplican las fuerzas, las artes los recursos y los recursos el bienestar y los goces; si el fuego y la electricidad son esclavos del hombre y la imprenta su órgano, todo esto es obra del espíritu distinguido, que sopla en todas partes como viento y tódo lo cubre como atmósfera.

Uno de estos espíritus distinguidos era el que se iba á crear en el Cielo un día solemne, preparándose para ello una pompa igual á la usada cuando se crearon los espíritus de Santa Teresa, Isabel la Católica, Juana de Arco y Madame de Stael.

El Cielo es una ciudad sagrada, y el Tabernáculo del Señor el lugar de los grandes misterios, todos ellos creaciones. Allí se hallan los bienaventurados, cuya beatitud es serenidad, que se regocijan y huelgan sin cesar, se entretienen en coloquios divinos, y pastan perpetuamente sus

ojos en la vista del que los consuela y glorifica. Allí no hay mañana, ni mediodía, ni tarde, sino una acumulación de blancas albas, rosadas auro-  
ras y crepúsculos en que el véspero semeja un  
diamante engastado en el azul de la bóveda ce-  
leste. Allí la esperanza es posesión, y la pose-  
sión plenitud, y la plenitud abastecimiento sin  
hartura de goces eternos que se beben en ríos de  
paz, para saborearlos después bajo sombras de pal-  
meras; el ambiente todo perfumes, el espacio todo  
canciones. Allí la transparencia no es la de nues-  
tra luz material, sino de una luz mística que  
permite ver todo sin fatiga, y divisarlo sin dis-  
tancia. Allí ve úño, como se dice en el Cantar  
de los Cantares, que *está sostenido con flores, cercado  
de manzanas y enfermo de amor*; y ve además, como  
se dice en otra parte de la Escritura, *cuán suave  
es el Señor*. Por último allí ve úno á Dios en esen-  
cia: á un lado el carro triunfal en que se pasea  
en las nubes para los rigores de su justicia, ó en  
la parte superior de los abismos para fecundar el  
caos; al ótro la urna de las fuerzas creatrices y  
la que encierra la nada, las cuales, abiertas, pue-  
den producir en un instante el lleno ó el vacío; en  
la mano la urna de las misericordias para derra-  
marlas sin tregua sobre el hombre, su criatura  
predilecta; pendiente al hombro el manto de tre-  
menda majestad, y su cabeza envuelta entre nie-  
blas misteriosas para que su mirada de fuego no  
derrita los mundos.

Llegado el momento de tales obras, querer  
y hacer todo es úno; pero en este caso y para  
llevar á cabo la meditada, se acudió á uno de

los moldes secretos del Señor, en que la vació El mismo, lleno de complacencias celestes por el alto destino que le reservaba y el *sello místico* especial que fué su voluntad imprimirle. El espíritu modela las tendencias y las facciones, que reciben de él baño y luz; y ora comunica á Alcibíades la hermosura del cuerpo, que el supo asociar con su elocuencia graciosa y su denuedo en Cizico, ora da á los ojos aquella mirada que es de águila en Bolívar para los prodigios de la libertad, ó piedad alegre en Santa Cecilia, inmortalizada á causa de ésta y de su arte por el Dominiquino y Carlos Dolce. El elegante griego que supo encontrar todas las formas artísticas; el romano de nervudos miembros que sojuzgó el orbe desde los montes de Caledonia y las orillas del Elba hasta el monte Atlas, y desde Calpe hasta el Tigris; el rubio galo que llegó alguna vez á poner el pie dentro de los muros de la Ciudad Eterna; los demás pueblos que han sido conquistadores ó prósperos ó grandes; y los genios como Safo, delicia de Lesbos, Demóstenes, á quien Dionisio de Halicarnaso creía poseído por un dios, Mirabeau, el oráculo en política de las ideas salvadoras; todos han logrado conquistar ó engrandecerse ó admirar llevados de un impulso, ó inspirados de un numen, que no es otra cosa que el poder y fuerza del espíritu.

El que se acababa de crear en el Cielo, que se estremeció de contento al verle nacer, había sido el regocijo de todos, especialmente de los ángeles, que llegaron á creerle de su jerarquía, y batieron las alas para celebrar su advenimiento.

Entre tódos se distinguieron Ariel y Manzul, que le oprimieron á besos, de los besos castos en que no hay carne sino amor puro, y volaron á los jardines místicos para llenar sus faldas de flores y cubrirle con ellas.

Pero cuando volvieron, el espíritu había desaparecido, y en vano registraron el Cielo los locos muchachos Ariel y Manzul, que derramaron entonces las primeras lágrimas amargas en toda su vida angélica, desde que habían sido formados en el día solemne en que Dios creó un millón de soles y un millón de planetas.

Hé aquí el motivo del viaje que emprendieron para buscarle, sabiéndolo Dios, que reía de su simpleza, porque eran de los más consentidos de su córte; y afanándose ellos por todas partes, hasta llegar cerca de este planeta nuestro, desde donde Manzul y Ariel continuaron su diálogo así:

—¿Quién es ella?—respondió Manzul.

—El espíritu que buscamos.

—No puede ser, porque él nació en el Cielo y éste es un planeta.

—Sí puede ser porque en el Cielo nace todo lo espiritual, y en la tierra habita el hombre, compuesto de carne y además de espíritu, que de lo alto es que baja. Este sér es privilegiado, casi tiene la primogenitura, porque Jesús le redimió con su sangre; y de su especie salió María, corredentora y coomnipotente, quien por sólo pedirlo, hace llover gracias é inclinarse los cielos. La que tienes enfrente y vemos de aquí, es una niña, llena de prestigios que Dios le dió, y tan rica en dones,



que nunca se vieron tantos juntos. Es el mismo espíritu que fué creado en aquel gran día.

—¿Tiene ella el mismo ingenio del espíritu?

—Es el que la anima, y el que le da fecunda vena y ático donaire.

—¿Tiene sus bellezas y gracias?

—Las mismas.

—Hazme divisar de aquí y muéstrame, para convencerme, el *sello místico* que debe llevar como señal.

Entonces Ariel, antes de batir las alas para volverse al Cielo, como se volvió á poco con su compañero, le dijo:

—Ya ves, no te engaño: es el mismo sello; es **EL MIRA**.

Caracas: 1º de abril de 1878.


## QUINTIN BOCAYUVA

6

UN NOMBRAMIENTO DIGNO

---

**E**L gobierno de Venezuela acaba de nombrar Cónsul en Río Janeiro y de expedir las letras patentes de tal al señor *Quintín Bocayuva*, nombramiento que honra tanto al que lo hace como al que lo recibe, por la alta distinción que de este modo se dispensa, y porque de tiempo atrás viene aquel caballero sirviendo ventajosamente á la prensa de su país, y siendo en América toda, donde se leen sus doctrinas y se aprecian sus esfuerzos, uno de los órganos más autorizados del progreso y de las ideas liberales.

A pesar de la distancia—que no fuera nada, á haber trato más íntimo—y de la falta casi absoluta de éste, al Brasil lo tenemos siempre en Venezuela ante los ojos, por la cultura que ha alcanzado, el orden de que disfruta y la sabia administración que lo rige; sin sernos desconocidos: ni sus cosas internas, de ordinario puestas en justicia; ni su

agricultura, que va delantera ; ni su espíritu, que nos gustara más ver asiduo dentro que inquieto fuera de la propia casa ; ni sus hombres así de Estado como de estudio, de los cuales cuenta tantos ; ni su gobierno, notable en general por su cordura, fruto éste el máspreciado de la sabiduría política, y para práctica, la mejor lección de la experiencia.

Lástima grande que ese país, con las manos por lo común ocupadas en labrar su dicha doméstica para satisfacción propia y envidia ajena, las haya levantado algunas veces para acción extraña con los vecinos, dando así al código internacional páginas en que (para decir lo ménos de ellas) la justificación es dudosa y el derecho disputado; pero es de esperarse, visto el buen juicio del gobierno, ya allí tradicional, que el Brasil continúe en la misma conducta de circunspección que hace tiempo observa.

Como de estos malos pasos se ven con frecuencia en la historia de las naciones, sujetas como los individuos á extravíos en su mocedad y á errores siempre—ya que la vida tiene que pasar por sombras y por luz—y junto con esta reflexión, no será la menos satisfactoria para aquel pueblo americano, considerar, que él es entre los modernos uno de los que han dado menos motivo para el escándalo y más hermosos ejemplos de prudencia política, de regularidad administrativa, de respeto al crédito, á la ley y á la propiedad, y de amor al orden y la justicia como fianzas del sosiego público.

Es preciso decir la verdad, que de ordinario se reserva para después de la muerte de los grandes

hombres: lo que ha sido el Brasil, la civilización á que ha llegado, el desenvolvimiento de sus industrias, la cifra de su producción, el papel que hace en el mundo, y los gérmenes de vitalidad que guarda en seno, tódo es la obra de Don Pedro II, carácter que pasará á la posteridad como uno de los más bellos de la época, así como él pasará como uno de los administradores más sabios.

Tiene la previsión, la sagacidad, el amor á la libertad práctica y al sistema parlamentario de Guillermo III de Inglaterra, sin su concentración comunicativa, su dureza de carácter ni su frialdad de hielo; la capacidad, la instrucción, el espíritu ciudadano, la aspiración al progreso indefinido en letras, ciencias y artes de Luis Felipe, *rey de los franceses*, sin su manía de tratados para poco provecho, si no es el del reposo, ni su afán de leyes para ninguna ó poca reforma electoral; y la bondad inagotable de Leopoldo I de Bélgica, con más alcance que él para el bien de su pueblo y más firmeza para promoverlo y fundarlo. De los jefes de naciones del último tiempo el que más se parece á Don Pedro II es Víctor Manuel II; pero su reino y su reinado han sido la obra de Mazzini con la promoción de sus sociedades, sus viajes, su *Joven Italia* y su grito de *Dio e popolo*; de Cavour con su genio abarcador; de Garibaldi con su constancia y su fortuna; y el *Re galantuomo* no ha hecho más que llegar á la posesión de una herencia rica donde las tradiciones, el genio y los Papas han acumulado en galerías, monumentos y museos lo más grande que ha salido de las manos y de la inteligencia del hombre; mientras que aquel

monarca se encontró con resabios coloniales, con ideas añejas y con todos los vicios de una civilización que muere, y tuvo que formar la del nuevo retoño para el árbol frondoso que hoy cubre al Brasil.

Caracteres así son los que merecen elogio y ser presentados como modelos; y creo bien que aprovechará esta lección hoy que el mundo está dispuesto para recibirla. Napoleón I es talvez el último ¡alto! mandado hacer al progreso en la corriente de los siglos en nombre del genio y de la fuerza, para presenciar un drama de saugre, de carnicería homérica y de dominación universal: puede continuar habiendo, es cierto, tiranuelos de farsa, mandones de botarga, de éstos que creen que los cascabeles son gloria y las vejigas fama, y hasta continúan todavía gobiernos duros, fundados en raíces antiguas y en antecedentes petrificados, que van cediendo ya á la acción y al pico del tiempo; pero lo que es un acontecimiento tan extraordinario como aquél, no se repetirá, porque fué una sorpresa, porque ya la civilización ha tomado todos los puéstos, que son los de su casa, y porque el derecho ha arrojado para siempre al abismo el manto de los Césares.

De entonces acá, en mejor condición las cosas, difundidas las luces, sobre aviso las clases, celoso el espíritu de reclamación, y moralizada la historia, ya ésta ni dará sus mejores páginas sino al mérito, ni recogerá más como trofeos suyos sino los de triunfos nobles; ó si no, véase en prueba de ello cómo la diplomacia acaba de tomar de las manos á los dos colosos del siglo, de quebrantarles los im-

petus, y de obligarles á arreglar en Berlín en paz una contienda que, llevada á las armas, hubiera conmovido el suelo de Europa y parado el carro del mundo.

Este marcha por fin á la justicia y á altos y gloriosos destinos: el desafuero se va, el crimen afortunado se esconde, y por todas partes hay para la virtud palmas y para el talento laurel. Satisfactorio ha sido ver justificado esto en el viaje de Don Pedro por los Estados Unidos del Norte y por Europa, donde fué objeto de agasajo, admiración y amor, no sólo por parte de las testas coronadas, los magnates, los sabios y los artistas, sino por parte de la clase pobre, que se apresuraba á saludar en él al monarca sin púrpura, al divorciado dinástico, al alumno de la libertad, y al que rigiendo un imperio, ha logrado regirlo sin humillación, sin miseria, sin lágrimas ni sangre; á tiempo que el obsequiado, ó huyendo á las demostraciones, ó correspondiéndolas dignamente cuando no podía evitarlas, vivía ó en los talleres para ver los últimos artefactos, ó en las fábricas para conocer los últimos inventos, ó en los bancos para estudiar el giro, ó en los mercados para contar la producción, ó en los museos y galerías para contemplar los frutos del ingenio y llevar este motivo de estímulo á su patria.

El Brasil es un gran pueblo: la constitución (cuya fecha me parece ser de 1834) se cumple religiosamente, los cuerpos deliberantes son independientes, el poder moderador no abusa, el municipio es poder como lo es la prensa, la asociación derecho, la ley verdad, y lo mío mío y lo tuyo tuyo; lo

cual sirve para enseñar una vez más, que las instituciones, para ser útiles, no deben estar sólo en el papel sino en la práctica.

Por lo dicho se verá la conveniencia del vínculo que acaba de establecerse entre Venezuela y aquel Estado. Nuestro Gobierno comprende, y por eso trata de aprovechar, las ventajas de las relaciones consulares, si no más importantes y solemnes, sí más necesarias de ordinario que las diplomáticas, por los intereses que promueven en la navegación y el comercio, hoy el alma del progreso material, y porque el derecho moderno aspira á extender las prerrogativas y las funciones de los Cónsules.

En cuanto al nombrado, señor Bocayuva, es un gran pensador, un filósofo, un escritor, un liberal, un carácter; y la elección no puede haber sido más feliz. En comprobación, léase lo que trae *O Mequetrefe* de Río:

«Acima de todas as convulsões epilepticas que abalam os partidos desvirtuados, que compromettem os destinos desta nação, de pé nos estadios da imprensa, sereno, triumphante, porque traz no peito a convicção do dever,—Quintino Bocayuva attingiu dous objectivos que o glorificam:

Elevar o nivel moral da imprensa brazileira;

Orientar a opinião do seu paiz, mystificada pela traição daquelles que, das alturas do poder, tinham por missão bem guial-a.»

Caracas: 24 de junio de 1878.

*Cecilio Acosta.*

•  
~~~~~  
•

## ADRIANO PAEZ

---

*Señor don Adriano Páez.*

Caracas, 11 de enero de 1880.

Mi querido amigo:

**D**os cartas le he escrito de que no he tenido contestación ; sin duda porque no habrán llegado á sus manos. La última sobre todo me interesaba, por ir adjunto un artículo mío, enviado segunda vez, en que hago su juicio y el de sus obras. No vaya usted á creer que lo estimo por ser mío, sino sólo porque se refiere á usted.

Como no poseo sino un ejemplar del periódico en que aquel salió, he hecho sacar una copia, que remito al señor don F. Buitrago, á fin de que él tenga la bondad de reproducirlo en *El Zipa*.

Mi carta á ese amigo va abierta, para que usted la lea y se sirva entregarla con lo que lleva. Así espero que sucederá, ya que aquí no cabe modestia.



Usted comprenderá que yo no tengo sino poquedades; pero quien da lo que tiene da lo que puede, y más que tódo, para abono mío, en ellas encontrará usted todo el afecto con que soy su amigo.

*Cecilio Acosta.*

Un año nuevo muy feliz para usted.

---

ADRIANO PAEZ

---

*Señor Redactor de «La Tribuna Liberal».*

Espero que usted se digne reproducir en su periódico el artículo que le envíó intitulado *El Hogar*, de mi amigo muy distinguido el señor don Adriano Páez, colombiano, á fin de que Venezuela conozca esta preciosa joya.

En épocas como la actual, en que se han hecho tan de moda los elogios, tiene úno que andar con mucho tiento para soltar una palabra que lo envuelva, no sea que se traduzca ó como lisonja vulgar, ó como juicio ligero; y hasta hay que irse, en los casos mismos de alto mérito y de alta gloria, con la balanza en la mano y como quien pesa algo, para de esa manera no confundir el dios con el ídolo, cuando, al revés, debía presidir en la expresión un sentimiento derramado y un entusiasmo férvido. Pero, á dicha, la

verdad tiene su criterio: si la pluma y la palabra mienten, ahí están los hechos que la atestiguan, y sobre todo, ella aquí es como los vestidos, que son los que deben ser cuando caen ó ajustan bien, y se nota que el dueño puede llevarlos á lo cortesano ó usarlos á lo señor.

Me tienen cautivado el ingenio y el corazón de Adriano Páez; me hacía falta decirlo, y descanso diciéndolo: era esta confesión hasta una deuda de la sociedad, que pago yo como su miembro. Aunque á tanta distancia, fui colaborador con él en *El Americano*, periódico de París, ahora lo soy en el suyo, *La Patria*, de Bogotá, y no puedo ocultar el afán con que busco y el deleite con que leo sus originales producciones, en las cuales, poniendo aparte la inventiva y las gracias de estilo, que le son naturales, se ven un pecho noble que rebosa en gentileza y amor y en tolerancia para todos, y un alma que, ora abre sus alas para devorar espacio en busca de rumbos nuevos para el progreso, ora toca á la tumba que encierra á los siglos pasados para estudiar en ese polvo—así y todo elemento de organismo histórico—el entroque, la filiación y la familia de las ideas generadoras y esenciales.

Soy tan amante del espíritu superior, que dondequiera que sopla, allí voy á aspirar su aliento, ó á verle pasar como el aliento de Dios, para admirar luego, como si fuese rastro suyo, ó una nueva simiente para la civilización, ó un nuevo vínculo para hacer más estrecho el que debe unir el género humano. El universo va de este modo dejándose conquistar y poseer. Ya el mar es ca-

mino, el vapor transporte, la imprenta voz, el fuego prisionero, la electricidad esclava, el derecho goce, y medio cielo puede decirse que lo tenemos ya dentro de casa, traídos sus globos por el telescopio y el cálculo, para contarlos como fichas y medirlos como granos. Los filósofos y artistas no tienen más oficio que formar transparencias, ya de la naturaleza material para ver las leyes físicas, ya de la naturaleza plástica y bella para encontrar sus creaciones y modelos, de manera que, á fuerza de esa elaboración sin tregua que recoge y guarda, desbasta y pule, ordena y cristaliza, aprende y enseña, conforme corra el tiempo se vayan convirtiendo cada vez más el cosmos en luz, el apartamiento en amor recíproco, las restricciones mezquinas en libertad amplia, y las reglas latentes del buen gusto en conservatorios, poemas, monumentos y galerías, como manifestaciones espléndidas del arte.

He llegado á estas reflexiones conducido por el hilo del señor Páez, que en lo tocante á su genio investigador, pertenece al número de los zapadores atrevidos del progreso humano, por sus tendencias humanitarias, su espíritu filosófico y su dón de generalizar cuanto principio acumula. Rompiendo—lo que es en el terreno de la especulación y el raciocinio—todo círculo que no sea el de las ideas, volviendo la espalda á toda doctrina que no sea demostrable ó no ponga en contacto á los hombres, es de observar en él el anhelo con que investiga, el acierto con que halla y el ardor con que define las leyes sociales, que luégo reconoce como código inmutable y proclama como impres-

criptibles derechos. El conoce, con todo, que hay veces que los ojos de la razón se anublan, que las alas de la imaginación se cansan, que se tropieza con un muro, más allá del cual, no cabe vista ni acción humana; que hay en suma dos regiones, y así como en la una es centinela con el quién vive siempre en la boca, delante de la otra sabe él que debe humillarse como criatura, tener fe como creyente y rogar como necesitado. Esto hace ver que en él hay mucho corazón. Dos cosas ha probado la historia: que los hombres que lo tienen son los más dispuestos á orar, y que las obras de inventiva que perduran para la invención y el placer, son aquellas en que tiene tanta parte la sensibilidad como el talento.

Pero Adriano Páez es de igual modo sobresaliente en lo serio y en lo dulce, en lo profundo y en lo ameno; y para convencerse basta leer su *Hogar*.

Es ése un cuadro hermosísimo, cuyos colores los ha tomado el autor, del sueño, que en el hogar es que se tiene, de la paz, que en él es que se goza, del candor, que allí es que vive; fué, en el mundo exterior, fatiga no más, discordias y engaño. Nada es más encantador que un niño durmiendo y una madre al lado, velando ó contemplando, ó bien para que no despierte, ó para extasiarse mirando aquella cinceladura delicada y casta, en que la naturaleza no ha recibido aún la injuria del tiempo: los niños cuando duermen, sueñan blancas albas que no son de aquí, ó ideas ligerísimas, como mariposas místicas que los divierten un instante para volverse á su cielo, y

cuando despiertan, de nada se acuerdan sino de la que les dió el sér, cuyos brazos piden. Nada más solemne que la oración dominical pronunciada en la mesa por el jefe de la casa: el alimento así sabe mejor, y se hace una comida religiosa. Nada más imponente que un oratorio, donde los coloquios son santos, las promesas son ciertas, y el Dador se inclina á oír y otorgar lo que se pide. Nada más divertido que ver una turba de traviosos muchachos corriendo acá y allá, ó cruzándose por entre los rosales del jardín, cuyas flores deshojan, ó bien intentando coger de uno de los frutales un nido, que algunas veces no logran, porque también aquél es un hogar y vienen los pájaros padres á defenderlo. Nada más tierno que sentir á nuestra hermana acudiendo á abrirnos la puerta de la calle, porque conoció nuestro toque, nuestra voz y nuestros pasos. El primer pedazo de cielo que vemos, del patio de la cosa ó del umbral es que lo vemos, y de uno ú otro resguardados, es que observamos, sencillamente, pasar por fuera odios que se devoran, pasiones que hierven, y una sociedad presa de luchas. El hogar es donde pasa la historia de la inocencia, toda ella pensamientos de ángeles, hasta con sus candideces divinas; la historia de la infancia, llena de incidentes, en que los juegos son gracias, y los engaños donosas burlas para los padres; la historia de la virtud, en que es el Cielo que derrama dones por preces. El hogar, por último, es donde hay concordias, familia, consuelo, ventura, lumbre, pan y Dios.

Adriano Páez no consulta escuelas ni sigue

reglas de arte: queda como reglas lo que él da á la estampa, por estar bien, y sobre estar bien, está hermoso, porque sus poderosas facultades son exuberantes como la naturaleza. Es mucho lo que ha escrito, y como es muy joven, *causa lástima y grima*, como diría don Nicolás Moratín, verle en edad tan *florecente*, osar á tanto y hacerlo tan bien. Esto es honra para su país, tan honrado por otros respectos. Así como Bogotá es una especie de ciudad alemana por lo que se estudia y se sabe, Colombia en general es un país de pensadores y escritores distinguidos, entre los más conspicuos de los cuales pueden ser citados además de Páez, Torres Caicedo, Caro, Cuervo, Quijano Otero, Ospina, los Samperes, Camacho Roldán, Santiago Pérez, Ortiz, Marroquín, Lino Ruiz, Rafael Núñez, Holguín, Martínez, Ancizar, Isaacs, Pombo, Madiedo, Arrieta, Aldebarán, Elmira Antommarchi, Hortensia Antommarchi de Vásquez, Galindo, Borda y cien más.

De las obras políticas y de las literarias del señor Páez he recibido sendos cuadernos, y se los agradezco.

Ignoro el fruto que al presente pueda mi amigo recoger de sus afanes en algunos países de nuestra América: los tiempos son malos; el éxito dios; la barbarie gasta ejecutoria y títulos, fuérase de tener como propiedad suya el poder; la inteligencia vive de olvido ó indultos, y con frecuencia vale más la encrucijada que la academia, el fusil que la pluma. Hay veces que las generaciones vivientes, vivas y todo, son polvo vil por sus costumbres y sus hábitos; pero siempre es noble

ADRIANO PÁEZ

---

que el espíritu lance sobre él, para pisarlo, su carro triunfador. La semilla de la palabra es como ciertos huevecillos y gérmenes, que si no al pronto, con el tiempo producen.

Felicito al eminente escritor colombiano.

Caracas, enero 22 de 1879.

*Cecilio Acosta.*




## CARTA AL SENOR DON HECTOR F. VARELA

---

*Señor don Héctor F. Varela.*

Caracas, 7 de diciembre de 1872.

Mi distinguido amigo y hermano:

A buena dicha que me trajo su grata carta fecha 1º de noviembre último, no me permitió contestarla á tiempo, porque el buque que llevó la correspondencia de aquí salió antes que llegase el que trajo la de Europa. Pero siempre es sazón oportuna para los afectos, mayormente para los que van del que los debe sin reserva al que los recibe con favores. Usted me tiene tan obligado, que aun poniendo yo mi escaso caudal todo, joyas que fuéa, quedaría alcanzado para la paga; si no es que usted quiera aceptarme como prendas, (que eso sí ofrezco), una gratitud que nunca será tibia, y una amistad que siempre será suya.

He leído en *El Americano* con el gozo que usted puede imaginar, por ser usted la causa de ello, su generoso juicio sobre mi humilde discurso en la Academia venezolana de Ciencias Socia-



les y Bellas Letras, el cual no pasa de ser una expansión patriótica, y un homenaje sencillo, bien que profundo, de respeto y amor á la Real Academia Española, por haberse dignado este ilustre Cuerpo asociarme á él en la clase de *Correspondiente extranjero*. Antes era ésa una pieza literaria oscura: hoy ya cuenta con la ejecutoria de usted.

La misma demostración cabelleresca debo á varios colombianos, entre ellos, el distinguido escritor D. Pablo Arosemena, hermano del célebre D. Justo; nombres que tiempo ha me son familiares, y que quisiera tener tan cerca de mi amistad, como los tengo de mi cariño y mi respeto. No puedo significar á usted cuánto amo á Colombia.

Usted, además de mi discurso, se sirvió insertar en su periódico mi opinión sobre la guerra franco-prusiana; y sobre ello, y para hacer más señalada la fineza, me adjuntó los recortes en la carta. No sólo el regalo, sino la cesta. Gracias, mi noble amigo.

Tamafía honra, la acepto en especial para mi patria, á quien pertenece. Yo, de propio merecimiento, nada soy; ella sí, con tantos títulos. Creo no engañarme: anales tenemos que pudieran leerse con orgullo en el foro romano delante de las sombras de los Camilos y los Régulos; hechos de gloria que pudieran haberse entallado en el escudo de los Eneas; y en cuanto á ingenio nativo, nace aquí tan espontáneo y tan fácil, que Venezuela será algún día la Grecia antigua de los tiempos modernos; sólo que nos falta aún edad que madure, cultivo que acendre, historia que narre, y

ese cúmulo de adquisiciones en ciencias, artes é industrias, que son, al propio tiempo que depósito, fruto y enseñanza de los siglos.

Esta naturaleza nuestra está siempre de pláceme y de fiesta, ó derramando dones, ó vistiendo galas; da gusto ver cómo nunca se cansa ni se agota; y óso pensar, que á ello es debido, así como á estar estos horizontes de continuo llenos de luz, que haya tánta en los espíritus para la inventiva y las ideas, tal disposición en los ánimos para lo bizarro y lo gentil, y tal gracia y bondad en las maneras, que las hagan equivaler á una galantería natural, sin afectación y sin resabios. Usted habrá de ser tan bueno conmigo, como para perdonarme este arranque de entusiasmo, ya que no hay vanidad en el candor, y que ninguno es más inocente que el que engendra el amor de la familia.

Y ahora me vuelvo á usted, á quien deseo decir cosas que de antiguo me bullen en el pecho. Desde su elocuentísimo discurso en Ginebra, que mereció los aplausos de jueces tan competentes como los que había en ese congreso de sabios, que ha logrado hacer tánto eco en Europa y en América, y que le comprometió á usted desde entonces en alianza íntima con las aspiraciones del progreso, vengo siguiendo los pasos de usted, y observándole, ora como objeto de ovaciones espléndidas en algunas ciudades populosas americanas y como ídolo favorito de la prensa de todas ellas, ora como publicista de novedades trascendentales en las ciencias, y como escritor eminente, de recursos inagotables, de doctrina, de

numen y de estro. Para mí, el que manda en el camino es el que va en la locomotora y ordena la voz de partida en el silbato; y quien más enseña al mundo el que hace reflejar sobre él el esplendor del espíritu. Sobre tódo, me encantan las ideas generosas, las que aman y unen á los hombres, porque son chispas de la fragua del corazón, que es como si dijéramos, pedazos de la verdad. La inteligencia sola, es fría, infecunda á veces, si la concepción no toma el fuego y la inspiración del sentimiento. En lo material como en lo moral, el calor y la luz siempre andan juntos.

Este que expongo respecto á usted, pobre como se queda, no es sólo mi juicio, sino el de cuantos le conocen de lejos ó de cerca. Dondequiera que se agita el pensamiento, usted es apreciado así, y mejor. Ha luchado mucho; ha hecho una peregrinación brillante, con aplausos por séquito y lauros por triunfos; ha predicado una cruzada de ideas desde las orillas del Plata hasta París, donde se ha fijado con su pluma, á fin de difundirlas de ahí como de un centro, y de unir, según parece y yo quisiera, las dos civilizaciones.

Hasta me gustara que se dijera úna en un sentido, en el sentido del aprovechamiento y de la alianza, bien que haya dos en el sentido crítico, por haber úna que se pone y ótra que sale; pero es úno mismo el sol. Hay despojos que caen, pero hay corteza que queda. Cada institución tiene su tiempo, cada idea su espacio de desenvolvimiento, cada ley sus condiciones coetáneas; y lo que queda de ello, salvo lo que se

corrompe, siempre es vitalidad que sirve y organismo que integra. El espíritu de progreso no levanta muros para dividir, ni se goza en cortar miembros y crear parálisis, sino en buscar palpitations y arterias, para ver dónde hay ó hubo vida, y estudiar así la humanidad. Ese polvo histórico que cubre lo pasado, no es polvo no más, sino esqueletos de ideas, que aún en ese estado enseñan, porque tienen cifra, porque forman página, y porque con ellos entronca, como una familia, el pensamiento, que es siempre solidario. De otra suerte, los hechos pasarían para dejar sólo escombros, y las generaciones el vacío. El mundo, bajo esta faz, no sería sino un sistema de destrucción continua sin regeneración sucesiva, el progreso la aproximación al caos, el tiempo presente el anuncio del último estrago, y la nada—puesto que tal es lo que quedaría detrás—la última palabra de los siglos.

Otra es la grande escuela, la cristiana, la de asimilación de lo que es útil, la de proceso orgánico, la de solidaridad universal. La solidaridad, ya que no sea el propio progreso, es una de sus condiciones, porque el destino es úno mismo, y la raza humana úna. En esa inmensa elaboración social sin tregua que distingue á la humanidad en su carrera, y en que andan confundidos instintos y razón, impulsos y derechos, errores y principios, aunque cada pueblo tiene su modo de ser, y cada época su tinte, se observa ahondando un poco, que los intereses son los que dividen, el orgullo el que arrastra, las pasiones las que ciegan, la guerra la que azo-

ta; y ahondando más hasta llegar al fondo de las cosas, que hay ideas generadoras que siempre viven, y la continuación de una trama nunca rota.

Llegar á ese fondo, ó aproximarse á él, para apropiarse las ideas puras, debe ser el blanco del afán, la vida esa lucha, el fin del derecho esa conquista. Pero el derecho, para hacerla, tiene que contar con que también sea completa su sanción, que sólo será cuando la ilustración, y en especial el sentimiento religioso, estén en todos los espíritus como en todas las conciencias. Entre tanto, en lo que dependa de los hombres, la verdad no se tendrá sino en fragmentos; la justicia no se deberá muchas veces sino al combate ó á la súplica; las obras serán ensayos, los sistemas teorías, y las teorías con frecuencia transitorias. Vamos, vamos; pero no estamos. El derecho político no es todavía el derecho público universal, ni el Civil el llamado á ser el eco del de Gentes, ni la razón de hoy la razón de mañana.

Todo esto prueba que debemos ser observadores y pacientes; que si cosechamos en nuestros campos, tenemos que espigar en los ajenos; que en todas partes ha estampado Dios sus huellas, y que la tolerancia con instituciones y con hombres, es, no sólo virtud, sino justicia de la crítica. La filosofía de la historia es grande, porque no condena, sino juzga; y la civilización lo es, porque quiere todo para todos.

Yo no sé si he fastidiado á usted con esta talvez extemporánea disertación, prolija para car-

ta, para usted sin duda inútil. Pero hay veces que la pluma corre por su cuenta, ó que vuelven los hábitos de colegio, ó que al más frío y al más circunspecto en hablar le entra su calorito y su gana de hacerlo, ó no sé qué; pero hecha ya la obra, dejarla, y cometido el pecado, el indulto. Usted me lo dará.

He dejado lugar aparte para *El Americano*. El que yo le doy, no es el que le honra, sino el que tiene ya en el mundo. En pocos días (así puede decirse), de niño se ha hecho hombre; derrama á torrentes doctrina y luz; y su voz se oye, y su parecer se consulta en cuantas cuestiones hay de actualidad, así como en las que no lo son campea, ó una filosofía observadora, ú observaciones sagaces, ó el arte más puro. Leyéndolo, cree úno tener algo en las manos que se agita. Hay savia en él, vitalidad, movimiento. Refleja el progreso.

Un periódico escrito en una gran metrópoli, y bien escrito, es una máquina de creaciones, un prodigio. Enfrena las olas de la agitación social, ó las dirige; forma las tempestades, para convertirlas en lluvias de ideas; desata el rayo si es preciso, ó lo recoge, como ira ó como complacencia del derecho; levanta tribuna para la opinión, y tribunal para la queja; inmortaliza el pensamiento; da consejo á los gabinetes, materia á los códigos, sanción á la ley, fermento á los comicios, estro á las inspiraciones oratorias; y después de ser en las relaciones internacionales, en virtud de su poder, árbitro de la paz y de la guerra, va á los salones para ofrecer en sus cuentos, diálo-

gos y juguetes delicados, la norma de la galauteoría alta, el chiste fino y la sal de ingenio.

Sea, pues, bienvenido *El Americano*. Aquí se le solicita, se le aprecia, se le aplaude, y en general está haciendo grandes beneficios á la América. Ya tendremos en Europa un representante más y tan caracterizado como él, que lleve nuestra voz y que haga conocer allá el movimiento de nuestras industrias, el monto de nuestra producción, la exuberancia de nuestras riquezas; en suma, nuestra cultura y adelantos.

Aquí tenemos tesoros inagotables, es preciso decirlo al mundo. Aquí tenemos á Dios; es preciso decirlo también. Que se nos conozca, que se nos aprecie, que se nos trate, para las grandes miras de la civilización y la alianza del progreso. El día que estemos en su carro tódos, tódos, sin exclusión para nadie, detrás habrán quedado distinciones y divisiones históricas no más; é irá delante el prospecto de aspiraciones comunes y de esperanzas lisonjeras.

Ya voy á poner punto. Envío á usted esos dos recortes de producciones de Rafael Seijas y Eduardo Calcaño, entre tantas de tanto venezolano como pudiera enviar, las cuales me gustaría ver reproducidas, para dar á conocer más á sus autores. Me encuentro embarazado para hablar de ellos, por ser mis grandes amigos. Ambos abogados: el primero eminente publicista, polígloto y escritor cultísimo, que no sabe vaciar nunca sus frases sino en los grandes moldes de la edad de oro; el segundo, pluma brillante, palabra fácil, dispuesta tanto á la doctrina como á la lu-

cha, y con un espíritu que no derrama jamás sino esplendores. No me pregunte usted si eso es todo. Yo le contestaría como Mucio Scévola á Por-sena, «que todavía quedan trescientos romanos (más diría yo) para sostener el alto honor de Roma.»

Antes de concluir, y como usted se sirve exigir mi colaboración, debo manifestar á usted, que la prestaré como una honra para mí, hasta donde lo permita la pobreza de mis facultades. Seré más asiduo así que salga de dos cuidados y atenciones. En primer lugar tengo á mi excelente madre muy enferma, y yo vivo con su vida. En segundo, estoy encargado por el Gobierno, en compañía con un jurisconsulto de nota, de la formación del Código penal y del de enjuiciamiento criminal, y de presentar hecha esta obra de años en tres meses y medio.

Como deseamos corresponder á la alta confianza con que se nos ha distinguido, nos matamos trabajando. Por fortuna el compañero que tengo no puede ser mejor: el doctor Juan Pablo Rojas Paúl, inteligente, ilustrado, de una sagacidad jurídica rara; y me complazco en poner aquí su nombre, no sólo por esto, sino porque es amigo mío de corazón, porque es un hombre público de mi país que ha dejado siempre en el gabinete las huellas más honrosas, y porque es nieto del célebre doctor Felipe Fermín de Paúl, caballero de palabra dada y buena fe cumplida, y patriarca del derecho.

No me llame usted enamorado de los hombres y de mi patria, ó si se quiere, llámeme, con tal que me llame también su *nuevo pero leal amigo*.

*Cecilio Acosta.*







## EL DR. DON JOSE MARIA SAMPER

---



ENEZUELA ha sido afortunada en estos últimos meses: no sólo hemos tenido el gusto de recibir entre nosotros al célebre don José María Samper, al respetable é ilustrado doctor Pradilla, al circunspecto general don A. Posada, al simpático y culto don José Borda, que desempeña aquí el Consulado General de su país, y á otros caballeros colombianos más, sino el de agasajarlos cordialmente; y lo manifiesto—amigo como soy de Colombia—para que se sepa que conservamos sin romper y nos son caros siempre los lazos de familia.

Estos lazos se formaron por la naturaleza, que los hizo eternos en el origen de raza, la religión, la lengua y las costumbres, y vinieron á estrecharse más en los combates por la libertad y en los esfuerzos generosos por un destino común. Los pueblos que no quieren perecer, han de conservar ileso su escudo é intacto el tesoro de sus tradiciones y su gloria; y es imposible registrar la nuestra, escrita toda ella en páginas de oro que dan ya materia al romance y á leyendas mitológicas, sin reco-

nocer que en los grandes días de prueba venezolanos y granadinos derramaron juntos su sangre, juntos llevaron al altar de la Patria holocaustos é incienso y á los campos del honor gentil bravura, juntos grabaron su nombre en el granito de los Andes, ó lo dieron al viento de la fama en las costas de la mar y en el curso de los ríos, y después de una cruzada brillante en que cada paso fué un sacrificio y cada hecho un asombro, y sonada la hora del triunfo definitivo, hallaron haber sido unos mismos sus trances, sus vicisitudes, sus capitanes y trofeos, y que por sobre sus cabezas flameaba el pabellón de cien victorias, como un signo clásico de independencia y un título histórico de inmortalidad.

Hoy, pasado no más un tiempo puede decirse corto, con no tener éste aún lo indefinido de la distancia, ni la niebla de los siglos, vuelve úno sin cesar la vista á tanto suceso heroico y á tanto alto ejemplo, para llenarse de admiración y pasmo; para ver á Zea en el Congreso de Guayana, echando con su palabra, los fundamentos de la Gran República, ó tronando como tronaba Demóstenes con estro patriótico contra Filipo; á Santander en los consejos y la Administración de la antigua Santa Fé, prestando servicios—bien que afeados después—que nunca olvidará la Libertad; á Sucre, atravesando páramos y desfiladeros y realizando prodigios; á Ricaurte pereciendo volado por el fuego; á Mariño que todo lo dió á la idea revolucionaria; á Páez que poseía el valor sin par y no la cólera de Aquiles; á Silva y Urdaneta, el Diómedes el úno, y el ótro el Berthier venezolanos; á los Ayalas

y Muñozes derramando su preciosa sangre, unidos como los eslabones de una misma cadena de glorias San Félix y Pantano de Vargas, Carabobo y Boyacá; y á Bolívar, dirigiendo como Júpiter desde el Olimpo batallas de semidioses y héroes, ó cargando sobre sus hombros, como Eneas, el escudo en que resaltaban ya en relieve los claros hechos de la futura triunfadora Roma; para aprovechar en fin, todo ese conjunto de lecciones, y ver si al favor suyo, fortificamos, mejoramos y enaltecemos estas virtudes nuestras tan flacas, esta propensión á los goces epicúreos que equivale á la molicie, este ánimo movable á todo viento de poder—que es una forma de servidumbre—y este espíritu de partido, contento sólo con nombres por cosas y con personas por principios.

Lástima sólo que nuestros anales primitivos, permanezcan todavía dentro de casa, y no los conozca bien para admirarlos más el mundo, porque el castellano, en que están escritos, no es hoy, como lo fué un tiempo, órgano de comunicación universal, con serlo—y en ésto no superado por ningún ótro—de arte, expresión, elocuencia y gala; pero el día ha de llegar, y entonces nuestra grandeza épica entrará á la alta historia cual entra el Amazonas al océano, abriéndose paso triunfal por en medio de sus enemigas, resistentes y poderosas olas.

Tales recuerdos y sentimientos, que han caído naturalmente de la pluma, son los que tuve y experimenté cuando dí la mano para dar con ella la bienvenida á los mencionados amigos; y me gusta verlos renovados ahora que voy á hablar, para

hacer mi despedida, del doctor Samper, en el cual me fijo de un modo especial, porque es el que ha prolongado más largo tiempo su permanencia transitoria entre nosotros, y alcanzado, por sus precedentes de escritor distinguido y las prendas preciosas de su carácter, mayor número de simpatías y afectos.

Ya de tiempo atrás, sus escritos, llenos de nativo donaire, y prendidos con todas las galas del arte que dan atracción y belleza, ó bien levantados en alas poderosas para las altas disquisiciones de la filosofía y la política, han venido siendo el estudio y encanto de los hombres serios, amigos de lo sobrio y profundo, y de la juventud culta y fantástica, prendada de la brillantez del estilo, la novedad en la elocución y las gracias del ingenio. Semejantes producciones se leían y releían, y no sólo eso, sino que llegaron á formar escuela de buen gusto, como asimismo objetos de emulación y estímulo; de manera que cuando el autor puso los piés en Venezuela, traía por delante un carácter conocido y un nombre afamado. Esta es la verdad, que me complazco en decir, como un triunfo de la civilización, y por ser un consuelo saber que el espíritu es cosmopolita, y que el que lo posee en grado eminente, tiene en sus manos un medio de ilustración, un elemento de reforma y un impulso de progreso. Haya apóstoles así, y el evangelio de la idea será cuanto ántes dogma común.

No es para ponderar, con estos antecedentes, la recepción que se ha hecho al doctor Samper: visitado de toda clase de personas, que se apresuraban por conocerle y ser sus amigos, invitado á obse-

quios continuados, festejado en salones distinguidos, mencionado con alabanza por la prensa de toda la República, honrado con distinciones por el alto Gobierno, considerado por los demás funcionarios públicos, y cercado por la juventud, que le llevaba serenatas para oír su palabra, ha sido objeto constante de atenciones delicadas y demostraciones exquisitas. Lo cual (sea dicho con orgullo patrio) es muy significativo en un pueblo como Venezuela, de tanta altivez, ingenio y gentileza: el espectáculo ha sido el de Atenas recibiendo á Esparta, y el honor el que ha alcanzado toda la Grecia.

El doctor Samper ha sabido corresponder como caballero y amigo, entusiasmar como orador disertado, engalanar los periódicos con escritos que pueden ya formar un volumen como escritor de fecundidad, profundidad, aliento y numen; y puedo decir que ha llenado la expectación pública, y que va á salir del país dejando el mismo entusiasmo con que entró. Privilegio éste del talento, que no se impone, y de la modestia, que lo oculta.

Su trato es una red: queda úno cogido por todas partes; su fisonomía abierta: entra úno por ella á su corazón por cualquiera de las cien puertas que tiene, como por las de la antigua Tebas de Egipto; y después de un rato de conversación, ve úno que ha alcanzado en él un vínculo y un afecto. Le he oído orar improvisando, y confieso que me ha cautivado por una palabra fácil en que venían ya los pensamientos encadenados y las frases hechas para redondear el pensamiento; y hay que advertir que podía haber hablado lo

que hubiera querido, y que todos querían que hablase más para deleite.

Carácter firme, sentimientos de decoro, alma cristiana, corazón generoso; todo esto forma una propiedad de su ser y el complemento de sus partes.

¿Por qué caracteres tan perfectos, ó permanecen alejados de la política, ó no entran á ella como ejecutores, sino á mucho lograr como doctrinarios, y á veces están olvidados, retirados y hasta perseguidos? ¿Por qué desgracia, en gran parte de los países de la América latina, la inteligencia lo más que ha alcanzado es aconsejar, por si la oyen, difundir en los periódicos enseñanza por si la siguen, ó hacer los códigos por si los observan; y casi nunca, ó si alguna vez por accidente—y si por accidente, de un modo transitorio, vergonzante ó condicional—entra á funcionar en la acción administrativa? ¿Cuándo se querrá creer y profesar que la administración pública es una ciencia altísima; que no deben entrar á desempeñar aquella los que aspiran sino los que saben, y que se comete un grave error en entregar la máquina gubernativa en manos inexpertas que la traban para el quietismo ó la precipitan para la destrucción? ¿Cuál será el día, que al fin ha de llegar, en que se comprenda que la palabra es el órgano de la luz, la doctrina el principio de la práctica, la práctica ilustrada el elemento de organización, la organización la fuerza que da la vida social, y la sociedad así la bendición de los asociados? ¿Por qué no se llaman al poder los hombres de decoro como garantía de dignidad, los hombres de honradez como garantía de justicia, los hombres de luces

como garantía de acierto? ¿Cuándo no ha sido verdad en la historia del género humano que la salud del régimen político es la obra única de talentos especiales ó de los que han salido de los liceos, los colegios, las universidades, la prensa ó las tradiciones de la gloria, y que cuando se eligen otros operarios, ó se obra para el desgobierno, ó se preparan resultados para la anarquía, el desorden ó la mengua?

Desengañémonos: la cábala como medio tenebroso, la confabulación como recurso de interés, el espíritu de partido como máquina de combate y exclusión, las denominaciones políticas como mote de aislamiento, y el engaño hecho al pueblo sencillo con promesas que no se cumplen, programas que quedan en el papel, principios que no pasan del ruido de las palabras, y tribunos malamente ambiciosos que lisonjean hoy para oprimir al día siguiente, ni fundan orden estable, ni dan libertad efectiva, ni hacen otra cosa que crear escándalos en lo presente para sonrojos en la historia. La grande escuela, la liberal, la mía, es la que respeta la conciencia como un santuario, la ley como una institución, la libertad como un derecho, la inteligencia como una guía, y la virtud como un título de merecimientos para ser considerada, y un diploma que habilita para desempeñar con rectitud los pueblos del Estado.

Tenía esta queja dentro del pecho y debía manifestarla, siquiera por el amor que profeso á esta América en donde he nacido, cuyo progreso deseo ver floreciente, y cuya gloria sin mancilla. Aquí no se ve más que una pintura general, y no alu-



siones concretas. No quiero tener memoria para las faltas de Venezuela y Colombia ni quiero saber si las hay en ellas; y si las hubiera, sé echar sobre ambas para cubrirlas—que para eso lo tienen espléndido—el manto de su gloria.

Vaya, pues, el doctor Samper á su país, y tenga por cierto que no ha estado entre extranjeros sino entre hermanos, ni en casa ajena sino en la propia.

*Cecilio Acosta.*

Caracas: 31 de Julio de 1877.


## CARTA AL SEÑOR DON JOSE M. SAMPER

Caracas: 20 de setiembre de 1878.

*Señor doctor don José M.<sup>a</sup> Samper.*

Mi distinguido y amado amigo:

**D**ARÍA yo un cielo por recibir carta de usted, y otro por recibirla de Miguel A. Caro; y sin embargo, ni tengo cielo, ni las cartas llegan, las cuales, á estar en ellas, llegarían de balde. Pero, ó bien la estafeta de Barranquilla las sepulta ó los vapores no las entregan, y tiene usted así lo que pasa: situación al parecer inexplicable entre dos regiones puerta en medio, y robadora del afecto entre dos pueblos hermanos.

Después de tanto tiempo pasado, la incomunicación subsiste aún, y lo digo para hacer notar que gastamos muchas veces en cuestiones vanas, contiendas estériles, imitación de cosas ya caídas en olvido ó desprecio, y hasta derramar sangre de la propia familia, lo que debiéramos gastar en la promoción de los intereses permanentes, y en el estímulo del progreso moral é intelectual.

Dejo de lo que acabo de decir un hilo cogido, para soltarlo dicho algo más, sólo algo, porque las cartas familiares han de ser saltuarias y sobre esto ligeras.

Este algo es, que á la raza latina—mayormente desde que cundió por todas partes el ardor de empresa y de negocio, y que las artes mecánicas, si no igual nobleza, alcanzaron más demanda que las artes liberales—le ha dañado mucho el demasiado apego á sus tradiciones gloriosas y el poco que con frecuencia ha mostrado al estudio de las necesidades del tiempo, al logro, para satisfacerlas, de los recursos necesarios, y al espíritu de investigación y análisis para beneficiar la naturaleza y hallar, en la aplicación de sus fuerzas productivas, industrias provechosas, y en ellas medios de comodidades y goces para cada uno, y de bienestar y engrandecimiento nacional.

Es cierto que ella en otros respectos de gran trascendencia histórica ha hecho lo que ninguna otra, y que ha dado origen á un millón de cosas y de hombres: á los códigos de la razón legal que rigieron el imperio romano, para convertirse, después de reformados, en los códigos de justicia que al presente rigen la mitad de Europa y casi toda América; á Maquiavelo que será menos calumniado así que sea más entendido; á Dante, cuya imaginación partía límites con lo infinito; á Colón que sacó un continente de las aguas para ser al mismo tiempo objeto de envidia y de renombre; á Miguel Angel y á Rafael, que desbarataban mundos y creaban cielos, al resto del siglo de León X, engendrador de obras inmortales que

serán reproducidas por el grabado, norma del buen gusto y modificación de las costumbres; á Bossuet, que por gala eligió un punto, cuando pudo haber tomado el espacio entero para escribir sus maravillas; á Pascal, cuya profundidad nadie ha podido medir; á Cervantes, cuyo libro sin par leen tódos y nadie imita: manco portentoso; al teatro cómico español, todavía sin rival; á la Revolución Francesa, incendio al mismo tiempo y luz, pero ésta tan pura, que será siempre aliento y guía en los combates por la libertad y en la peregrinación de las ideas; á Bolívar, en fin, cuya figura llegará á la cumbre que le toca, así que sus anales acaben de dar la vuelta á la tierra, para ser entonces el hijo mimado de la posteridad, el monopolizador de las alabanzas y el amo de la gloria.

Esto es verdad, pero también lo es, que las razas del Norte, por el aprovechamiento del tiempo, el espíritu de orden, el honor en que tienen á artes y á oficios, la atención que ponen y la acción que aplican á cuanto produce valores ó riqueza, y la paciencia, por decirlo así, con que recogen espigas para formar haces y se están á aguardar el tiempo para que llegue el oportuno, han conquistado en este sentido cierta excelencia sobre nuestra raza; bien que ésta será la primera, luégo que más doctrinado por la experiencia, reúna semejantes condiciones, tódas de cálculos ó mecánicas, á lo que es propiedad suya, es decir, la sensibilidad exquisita, el amor generoso, la galantería nativa, los modos cortesanos, la inventiva fácil, la imaginación fecunda y las gracias del ingenio.

Ya aquí por mi prurito de que toda doctrina

fructifique y toda observación aproveche, me entran ganas, siquiera por vía de queja, de paso no más, y como aquél á quien le duele ver el mal en el suyo, de mencionar algo de lo que sucede en algunos países de Hispano América: que se llame orden la servidumbre, política la cábala, progreso el delirio, y libertad la agitación: que las paces sean para perder derechos, porque los gobiernos los absorben, y las convulsiones para perder con la vida los bienes, porque los caudillos militares los codician: que el más influyente ó el candidato favorito, sea el que más mató, ó el que más robó, ó el más animal, como coco ó bien como instrumento de partido: que se haga ostentación de proteger las luces, al mismo tiempo que, ó se persiguen ó se temen, de manera que los hombres inteligentes honrados, que todo lo crean, hasta los códigos, hacen en política el papel de los músicos en los bailes, tocarlos, pero sin bailar ni cenar, que andamos con frecuencia tras doctrinas vetustas ó lo que es lo mismo, buscando trapos viejos, después de desechados por el mundo culto, ya de gala: que las leyes sean para escritas, las constituciones para cambiadas y la justicia para ser la acusadora de las faltas; junto con todo lo cual se mirarán también con espanto administraciones que se empujan, pueblos que se destrozan, intereses que hierven, pasiones que se inflaman, y como el espectáculo más aterrador, la virtud vergonzante y por el suelo y el vicio á la puja y ensalzado.

No prosigo en esto, sino que tomo un velo y lo cubro, ya que lo de la propia casa cuando no anda bien, del modo que no saca los colores al

rostro, es oculto, aunque haya de estar mejor, advertido para que se conozcan los resabios, y amonestado, para la enmienda. Lo he traído á cuenta para hacer ver que no las teorías especiosas, ni los cedacitos nuevos de ideas transitorias, ni los programas amañados, ni la política de cartelón, ni los tribunos de botarga, ni las leyes mudas, ni las banderolas y fiestas, ni los triunfos de bando, ni las urnas electorales vacías de votos y llenas de fraudes y cohechos, hacen la felicidad de los Estados, que hasta pueden moverse agitadamente y ser presentados por los necios como ejemplos de progreso, pero que se mueven hacia atrás, porque se despueblan y arruinan, ó se mueven para precipitarse en el abismo, porque se postran en la abyección y el descrédito.

Semejante pueblo podrá vivir como los retóricos, haciendo discursos y sacando conclusiones metafísicas, embrolladas ó estériles, ó bien odiándose y matándose como los Atridas y Pelópidas: podrá tener muchos códigos, muchas instituciones, muchos programas, muchos proyectos, mucha opinión nueva, la de hoy opuesta á la de ayer; pero con frecuencia nada más tendrá, si no es el ruido para el escándalo, la lucha para la fatiga, y el movimiento para quedar rendido á la postre. Los poetas harán versos laudatorios, los políticos crearán sistemas ingeniosos, las universidades y colegios enseñarán lo que no tiene séquito en la práctica, y entretanto sólo se verán en el fondo de la tela, como sus más resaltantes labores, muchedumbres que se desatan ó gobiernos que petrifican; ó el silencio ó la borrasca.

En el estado que alcanzan hoy las cosas, pueblo que tiene menos de éstas y más de palabras, es decir, que no está ocupado sino al favor, como los romanos del tiempo de la decadencia, esperándolo en los pórticos, va mal para su organización y su adelantamiento, porque cualquier vientecillo de doctrina flamante lo extravía, cualquiera promesa falsa lo engaña, cualquiera vislumbre de interés lo seduce, cualquier jefe de montaña lo amedrenta, cualquier gobierno malo lo oprime; de donde viene á ser que no tiene al cabo sino dos extremos, que se suceden como el día y la noche: ó una paz impuesta para la servidumbre, ó una guerra asoladora para la sangre.

Ffo que no se verá en lo expuesto un espíritu prevenido, para que no hay causa, ni encono, que no cabe en lo abstracto, sino una santa indignación impersonal contra los agitadores de bando, los falsificadores de ideas, los trapacistas de opinión, los amigos de farándula política, los que dicen una cosa al pueblo y ótra á los cómplices en el engaño, los que viven de mentiras porque embaucan, y del oro del erario porque engorda, los gritones de esquina, los oradores de café, los gobiernos absorbentes, los tribunos en la calle y tiranos bajo el solio. Por lo demás, soy el primero en reconocer, hablando de nuestra América, que nuestra índole es la más bella, nuestros sentimientos los más nobles, nuestros instintos los más generosos, nuestro espíritu el más fino, nuestra capacidad para ciencias, letras y artes la más varia, y que sólo nos faltan administraciones que muevan las manos para el bién, prensa

que diga la verdad, directores que no extravíen, partidos que no especulen, y para conseguir este bien, conciencia pública que lo conozca, y sanción que lo reclame y lo defienda.

Con atar lo que acabo de decir á lo que tengo dicho atrás, llego á la conclusión que buscaba, aunque usted no la necesite, á saber: que las convulsiones frecuentes y las guerras que ellas originan son de pueblos pobres y no ricos, los cuales no han menester buscar en las turbulencias el poderío y la fortuna, que tienen en la industria; de manera, según esto, que conservará más paz y se hará más próspero aquél en que haya más espíritu de empresa, haya más manos ocupadas y el trabajo esté más difundido y honrado.

Por fin, levanto la pluma de ésta, para otra materia.

Ya veo que se publicó en Bogotá mi carta á mi noble amigo el sabio don Rufino José Cuervo, bien que con algunos descuidos de imprenta, como no es raro que suceda en el diarismo. Aquí, aunque ha llegado, no se ha reproducido ni refutado.

Usted no sabe ni puede imaginar lo querido y admirado que es usted en Venezuela, donde se le ve como orador, escritor, publicista, filósofo y hombre de Estado distinguido, donde se le tiene por un caballero de palabra y hechos, y donde ningún particular ha recibido los honores y triunfos suyos, bien que debidos á su patriotismo, á sus raros talentos y á su arrebatadora palabra, en calles, casas, plazas, liceos y salones.

Llegaron á mis manos de Barranquilla varios



números de *El Pasatiempo* de esa ciudad, con fragmentos de *Francisco Martín*, por Aldebarán, donde se admiran, fué ra de la pureza del lenguaje y las gracias del estilo, el candor del cuento, el interés de la novela histórica y la profundidad filosófica de la historia misma. Démele usted la enhorabuena á su noble señora, tan ventajosamente reputada en el mundo de las letras. Usted es muy afortunado, por usted mismo y su estimable familia.

A Miguel A. Caro un abrazo estrechísimo, y que me escriba, y el mismo y la propia encomienda para Lino.

Estoy ansioso de saber de Colombia, y cómo le va con la nueva Administración, á mi juicio muy bien intencionada y muy bien dotada, con un patriota como el General don Julián Trujillo por Jefe, y un Ministerio de talento y de luces. Amo mucho á ese país, donde tengo tantos y tan distinguidos é ilustres amigos, y el cual considero como una nueva patria, por serlo por mi afecto, fué ra de serlo también por el nexo de la gloria. El día grande de ella para nosotros, aquél en que se inscribieron en nuestro escudo nobiliario—escudo común—nuestros héroes, estadistas, oradores y poetas; y hazañas tan brillantes como no las tuvieron nunca las repúblicas de la antigua Grecia juntas, quedó formada la familia y escrito para no borrarse jamás el árbol genealógico cuyo tronco fue Boyacá, y cuyas ramas dos grandes pueblos, donde figuraron Sucre y Joaquín Mosquera, Páez y Córdova, Soublette y Nariño, Urdaneta y Santander, Peña y Caldas, Urbaneja

y Castillo, Mendoza y Zea, y un millón más, y sobre todos ellos Bolívar, equivalente él solo á un asunto de epopeya y casi á un mito de la historia. Aquellos tiempos avergüenzan el presente, pero pasarán las malas y obscuras horas y vendrá otra vez el lampo divino. Siempre he pensado que la justicia es eterna, que estos países nuestros tienen destino, y que la libertad se perpetúa en América.

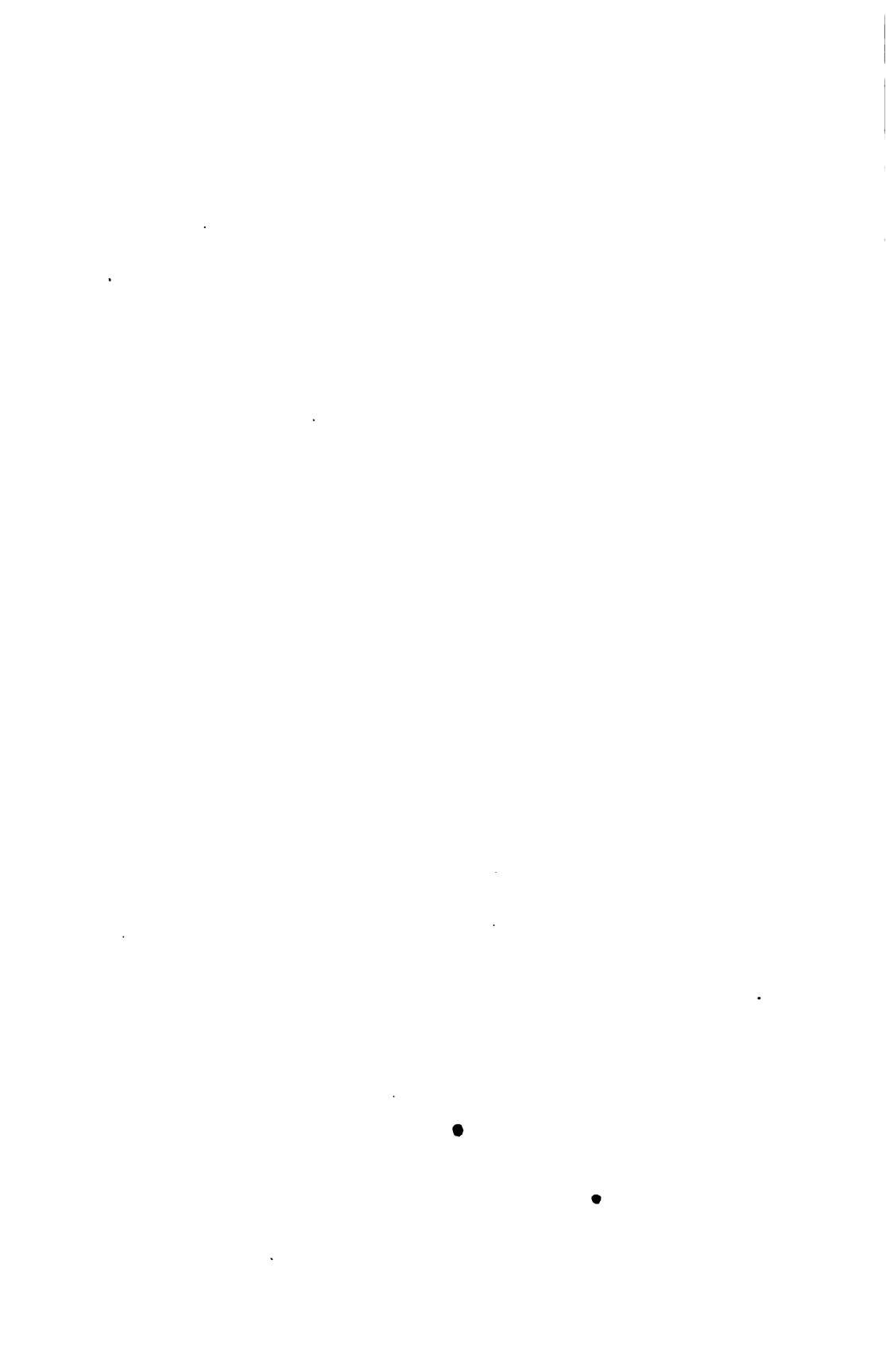
Vea usted todavía los bordes de esta carta por mi luto negros, y la carta misma sin materia y sin sustancia; y no lo extrañe usted, porque después de la muerte de mi adorada madre, no hay delante de mí sino tinieblas, y á mi alrededor sino vacío: ella era al propio tiempo numen y luz, é ida la suya, sólo tengo el color de la tristeza. No puedo olvidarla nunca, nunca: me enseñó á pronunciar el nombre de Jesús, me informó en las buenas costumbres, me aficionó á amar el honor y la gloria, me trajo siempre después de sus oraciones, con una alegría celestial de que me hacía participar, la buena nueva de gracias para mí alcanzadas por ella en sus coloquios con Dios, y no hizo jamás otra cosa en su ingenioso amor que tomar para sí el acíbar de la vida para dejarme la miel. Perdóneme, mi amigo: el elogio de sí mismo es necio orgullo; la justicia hecha á los padres es piedad.

Aquí medio mundo le recuerda, y no sé á quién nombrar porque todos quieren saber de usted.

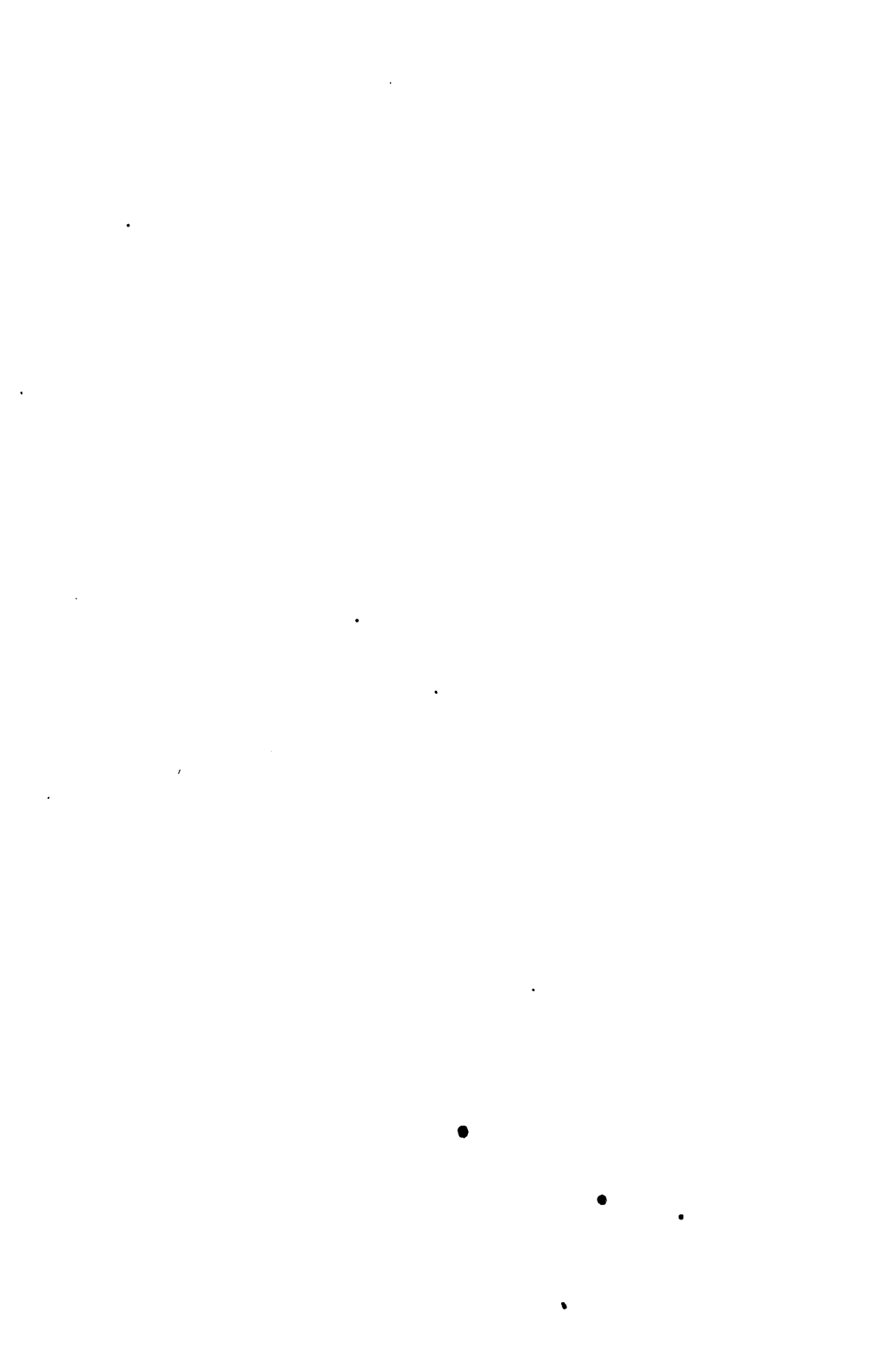
Termino ya abrazándole con el alma y llamándole su cordial amigo.

*Cecilio Acosta.*

---



# INDICE



# INDICE

	PÁGINAS
Un asunto de grave interés .....	5
Carta á D. Florencio Escardó. ....	19
Carta al Dr. I. Riera Aguinagalde.....	31
Influencia del elemento histórico-político en el drama y la novela.....	43
La Comedia.....	43
La Tragedia.....	103
La Novela.....	148
Juicio sobre «La Vuelta del Pastor».....	155
Carta al Dr. Ricardo O. Limardo.....	165
Id.        id.        id.....	195
Funerales del Ilmo. Sr. M. J. Mosquera.....	201
Carta á R. H.....	229
Domingo Garbán y su libro de poesías .....	243

## INDICE

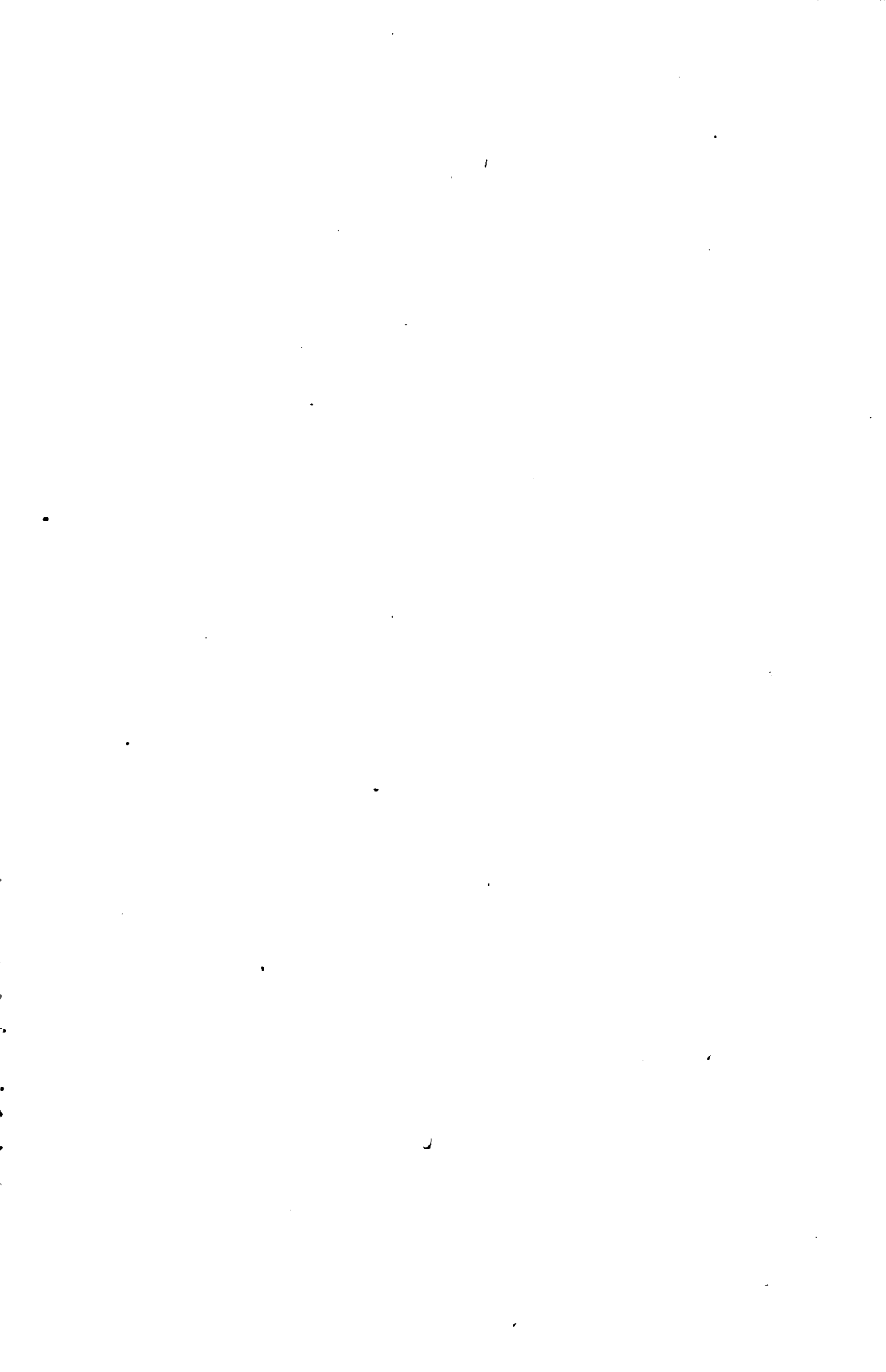
---

### PÁGINAS

---

Carta á D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe.....	257
« Ella es ».....	269
Quintín Bocayuva.....	277
Adriano Páez.....	283
Carta á Héctor F. Varela.....	291
D. José M <sup>a</sup> Samper.....	301
Carta á D. José M <sup>a</sup> Samper.....	309







14  
CH

